

BIBLIOTECA
CLÁSICA.

MURCIA
Biblioteca
General
Municipal

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

837

2898

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MURCIA

ARMARIO N.º

6
C

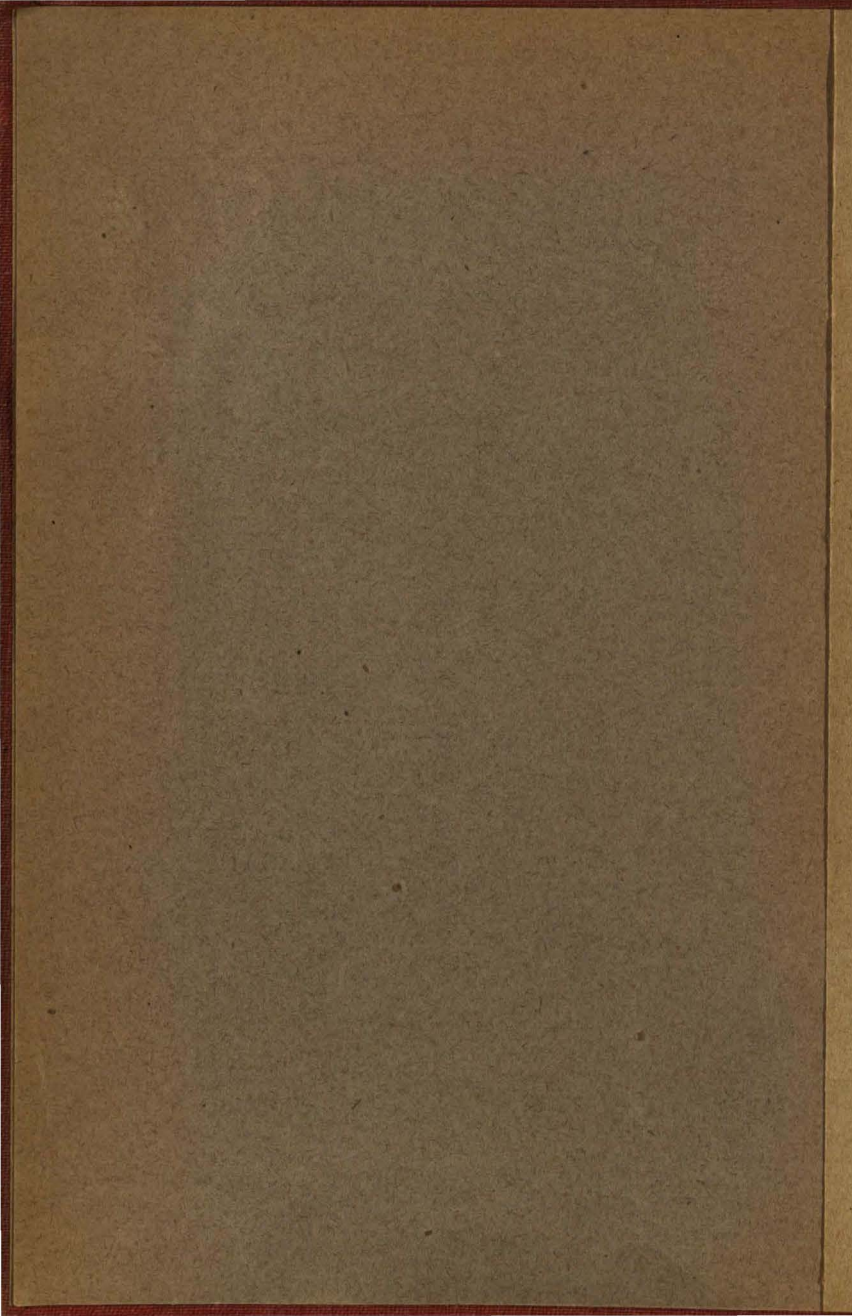
ESTANTE

VOLUMEN N.º

240

UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA

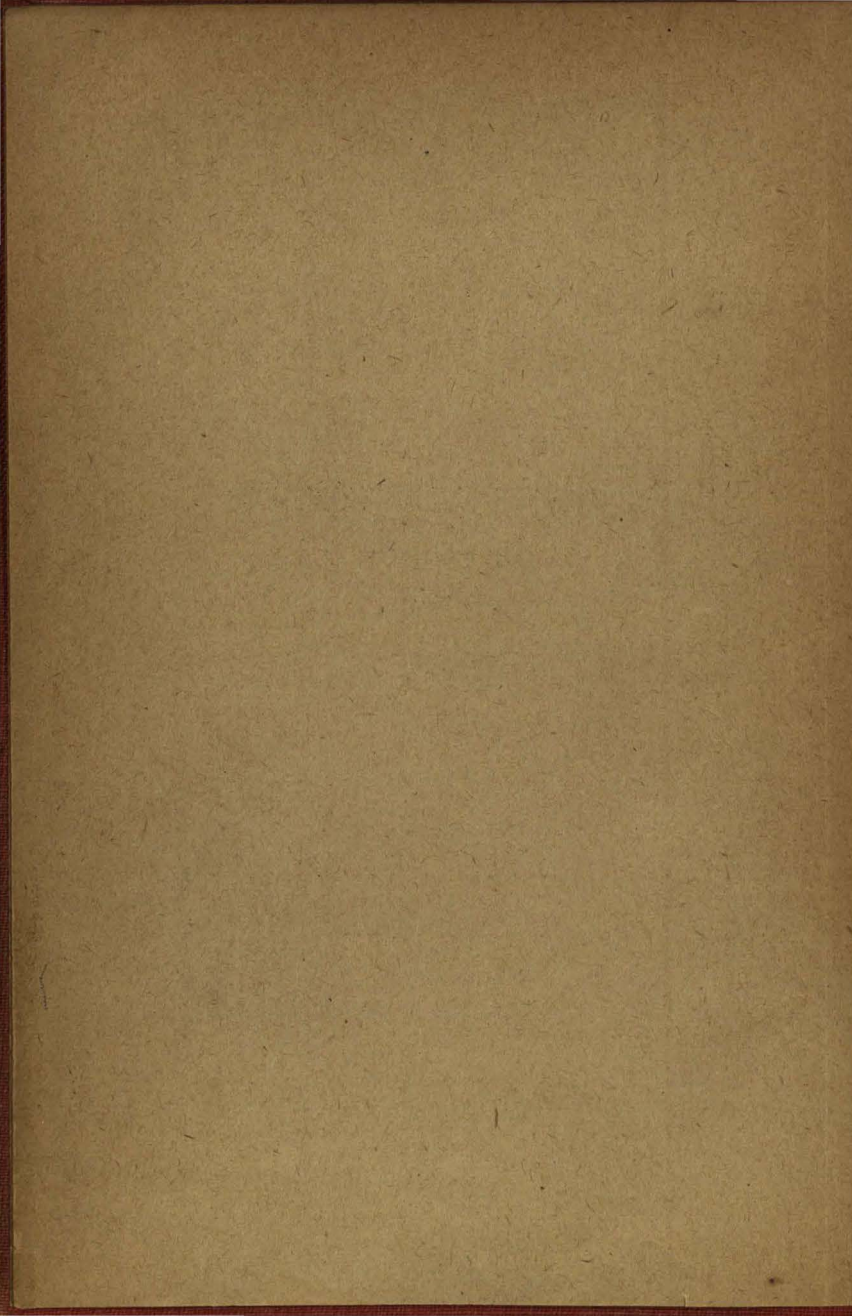
S
240



LAS TRISTES Y LAS PÓNTICAS

DE OVIDIO

Tomo II



R. 13404

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CCXL

220

OVIDIO

LAS TRISTES Y LAS PÓNTICAS

TRADUCIDAS Y ANOTADAS POR

DON GERMÁN SALINAS

TOMO II



MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESOSES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. II.

1917

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~


OVIDIO EN EL DESTIERRO

El primer libro de *Las Tristes*, título que cuadra perfectamente al tono quejumbroso que en ellas domina, y al fondo de los sentimientos que embargan el ánimo del autor, obligado a dejar, acaso para siempre, las delicias de Roma, lo compuso durante su penosa travesía desde Brindis a Tomos, en la que no faltaron las molestias y los peligros consiguientes a una larga navegación; molestias y peligros que parecían vaticinar las amargas horas de su destierro, tan semejante a las deportaciones de Siberia con que el czar de todas las Rusias suele desembarazarse de los súbditos que juzga peligrosos a la tranquilidad de su Imperio, e incompatibles con el ejercicio de la soberanía absoluta en el orden político, militar y religioso.

El escritor profundo e inagotable a quien las Musas eligieron como el fiel intérprete de las travesuras, embelecocos, delirios, estratagemas y perfidias del amor; el vate espiritual y cortesano que hizo de la poesía una religión, y del placer un ídolo

fervorosamente reverenciado; el que nunca experimentó contratiempos ni en el terreno del Arte, que dominaba a su antojo, ni en el orden social, modelado al tenor de su fantasía juguetona y desprensiva; el que se envanecía con el linaje y las prendas de una esposa capaz de todo género de sacrificios, con el círculo de sus amigos ilustres en la política y las letras, entre los que podría contar al mismo causante de su ruina, si la amistad verdadera cupiese en las almas sobornadas por la ambición del dominio universal; el que se había conquistado una multitud de admiradores, entre los hombres por su ingenioso desenfado, y entre el bello sexo por su cortesía refinada, y una legión de discípulos orgullosos de seguir la senda que tan experto maestro trazara a cuantos seguían los estandartes de Venus, la esposa de Vulcano, y a la par amiga de Marte, tan falsa con el primero como leal en cumplir las furtivas promesas hechas al segundo; el dechado de las gracias, las insinuantes ironías y las elegancias exquisitas; el cantor de los fáciles placeres, las galanterías espontáneas y las inconstancias ligeras, que rompen las cadenas que cada cual se fabrica en los momentos de la pasión, porque le pesan demasiado así que la ha satisfecho; el que poetizó los amores de los númenes, los héroes y los hombres con la sonrisa en los labios y la intención

maliciosa en la frase, que refleja un modo de pensar más malicioso todavía; el favorito de la gloria, del bienestar y la dicha, que pareció dar un mentís a la inestabilidad de la fortuna, como si hubiera conseguido clavar su voluble rueda, de pronto cae derribado por el edicto vengador de una ofensa hecha a los dioses de la tierra, menos compasivos que los del cielo, que lo anonada, lo expulsa de Roma por indigno de beber el agua de sus fuentes y calentarse al fuego de sus hogares, y lo relega a las heladas tierras de Sarmacia, últimos límites del Imperio, a purgar, en la vejez abrumada de sufrimientos, una juventud rica en satisfacciones y laureles, acabando en lamentable catástrofe la comedia que había representado en los tiernos años y los de la edad viril, sin que nadie fuera capaz de presentir desenlace tan sombrío, tan inesperado y de consecuencias tan fatales para las bellas letras, como lo fué para la Filosofía y la Elocuencia el asesinato de Marco Tulio Cicerón.

En la elegía III del libro primero de *Las Tristes*, la más conocida de los alumnos que asisten a los cursos de latinidad, traza el cuadro de los angustiosos momentos que precedieran a su partida en la noche del 19 de noviembre del año 767 de Roma, último de su permanencia en la ciudad por cuya gloria había laborado en el campo literario, no menos que en los de batalla los invictos

caudillos que extendían los límites del nascente y ya colosal Imperio. El recuerdo de esta tristísima noche le producía tan honda impresión, que no era dueño de retener las lágrimas que asomaban a sus ojos, pues adondequiera que los volviese encontraba motivos que acrecentaran las congojas y abatiesen aquel ánimo que no se erguía con la entereza del héroe ni se resignaba con la paciencia del mártir injustamente perseguido. En su estupor, ni atendió a los preparativos de la marcha, ni se cuidó de escoger los criados, los siervos, los vestidos y los demás recursos necesarios al que parte a un forzado destierro, casi en la seguridad de pisar por última vez el suelo de la patria querida. Su hija hallábase ausente en tierras de África, y sus amigos dispersos, por miedo de incurrir en las suspicacias del César omnipotente, fuera de algunos pocos, *unus et alter*, que antepusieron los santos deberes de la amistad a consideraciones egoístas o recelosas; entre ellos Celso, que hubo de abalanzarse sobre él, y arrebatarle la espada con que en el delirio de la desesperación intentó poner fin a las amarguras de su existencia, y lo consoló dejándole entrever la esperanza del indulto el día en que amainase la cólera de Octavio; y su esposa desolada que le estrechaba en los brazos, no para impedir la marcha, sino para acompañarle como sombra de su cuerpo, ayudarle en la tribulación,

confortar su espíritu desmayado y participar de su infortunio como había participado de su amor y patrimonio; y con trabajo se la pudo persuadir de que convenía a entrambos que permaneciese en Italia, donde serviría mejor la causa del desvalido esposo, pues las súplicas y lágrimas de una mujer inocente que implora piedad tienen más fuerza que las razones de cualquier defensor, porque interesan, conmueven y persuaden a la par con el ejemplo de la inocencia castigada: que rara vez alcanza la pena del delito al culpable, sin que la sufran en grado mayor los que le están unidos con los vínculos de la sangre.

Ya la noche precipitaba los pasos y el lucero de la mañana palidecía ante el despertar de la próxima aurora. El emisario del emperador instaba y no consentía al proscrito la menor dilación, y éste, después de pisar una y dos y tres veces el umbral de su morada, y volver pasos atrás para reiterar advertencias y órdenes de sobra repetidas, se arranca con supremo esfuerzo, y como si dejase parte del cuerpo en los brazos de su esposa, que cae desplomada al suelo, manchando de polvo los cabellos, hasta que vuelve al sentido, para desahogar la aflicción en lágrimas no menos amargas que la soledad espantosa a que el edicto del César la condenaba.

Según afirma el poeta en sus Elegías y Epís-

tolas, repitiéndolo hasta la saciedad, no fué desterrado, sino simplemente relegado a la ciudad de Tomos en Sarmacia. El destierro llevaba aparejada como consecuencia la confiscación de bienes y la pérdida de los derechos civiles, e imponíase por decreto del tribunal competente; la relegación era potestativa del César, y con un simple edicto alejaba de la patria a cuantos ponían en peligro el orden de cosas establecido, o merecían tal apartamiento por sus equívocas costumbres. Augusto, ya viejo, olvidaba sus extravíos de mozo, y quería imponer a los jóvenes la austeridad que a él como a todos los mortales imponen los años, déspotas inexorables en la corrección de los vicios que proceden del ardor de la sangre, siempre dispuesta a provocar estallidos pasionales, de los que casi nunca sale bien librada la moral; y en nombre de la misma se consideró en el deber de castigar al poeta y sus obras eróticas, sin acordarse de las poesías licenciosas que compuso cuando el ocio y el humor se lo permitían, ni reflexionar en que es harto problemática la autoridad del juez al perseguir delitos que él mismo no se abstuvo de cometer, alardeando de ellos como si fuesen timbres a sus innumerable títulos añadidos: la ley del embudo, aunque de nombre española y en ningún código promulgada, rige y ha regido en todas las épocas y naciones, para hacer antipática la justicia

a los flacos y débiles, contra quienes se ensaña con inusitado rigor.

Pero dejemos estas vagas reflexiones y volvamos a nuestro poeta. Al llegar a Brindis, donde debía embarcarse, salióle al paso su excelente amigo Máximo, personaje de verdadera influencia con Augusto, y descendiente del único que se salvó de aquellos trescientos Fabios que sucumbieron luchando contra los de Veyes: era éste, además de leal amigo, algo pariente de su mujer, de suerte que los vínculos de la amistad y la sangre le obligaban a favorecer al proscrito; pero estaba ligado asimismo al emperador por un parentesco no remoto y una devoción tan sincera, que juraba sentir como propias las ofensas que a su sagrada persona se infiriesen. Al saber lo sucedido se indignó contra el poeta, participando del enojo que provocó en más altas esferas, y encarándose con él, reprochóle vivamente su culpa, y le preguntó si era verdad el rumor que la pregonaba. Ovidio, indeciso y vacilante entre la confesión y la negativa, y aterrado por el ceño acusador del noble prócer a quien ofendiera en los sentimientos de lealtad que le unían al dueño del universo, acabó por confesar de plano su ceguedad o imprudencia, y Máximo, comprendiendo que ésta había tenido mayor parte que la deliberada intención de ofender, le devolvió su amistad y le prometió su ayu-

da, exponiéndose a la repulsa imperial por salvar al amigo y pariente que imploraba piedad, como lo atestiguan las epístolas del Ponto a su nombre dirigidas, cuyos versos respiran la consideración, el respeto y la gratitud más acendrada.

Por fin sus plantas pisan la última vez la tierra de Ausonia, sube a bordo de la nave presta a conducirlo a las riberas aborrecidas del Euxino, y a los pocos días una horrorosa tempestad viene a turbar el recogimiento de su espíritu enfermo, y el peligro inminente hízole olvidar por algunas horas los trabajos sinnúmero que le aguardaban. Con este motivo traza el cuadro sombrío que se ofrece a su imaginación en la elegía II del libro primero, el rechinar de los cables, el estallido del rayo, la rabia de los vientos y los golpes de las olas, que barrían la cubierta de la nave y amenazaban sepultarla en el abismo; y creyendo que los dioses de los mares se conjuraban con los de la tierra, acude al recurso de las preces, que se pierden entre los bramidos del Austro o se ahogan entre las espumas salobres que cierran la boca de quien las profiere; el mar le sobresalta con las hinchadas olas, el cielo con las plumizas nubes, y entre mar y cielo se desencadenan los súbditos de Eolo, y el piloto, indeciso, no sabe qué rumbo seguir, desconfía de su arte y acude a los votos, impetrando el auxilio de los númenes protectores de los navegantes. El

poeta pierde la confianza de la salvación, el inminente naufragio le horroriza, y más todavía que perezcan con él los compañeros de viaje, que ningún delito perpetraron merecedor de la muerte, que él contempla con impavidez, pues si sale de aquella ruda prueba, no será para abordar a playas amigas y contar a los que escucharle quieran las peripecias de la navegación con la alegría consiguiente, sino para arribar a la desembocadura del Íster, sepultarse en Tomos y soportar sin fuerzas que lo sostengan las inclemencias del clima las privaciones de todo género y la barbarie de los habitantes; cosa harto dura para un espíritu selecto que vagó en las regiones ideales del Arte y cultivó el trato de la sociedad más extremada en los refinamientos del lujo y el placer.

No fué ésta la única deshecha borrasca que hubo de arrostrar; sorprendiéronle de nuevo vientos huracanados y le empujaron hacia Italia, que contempló por última vez; pero, calmado el temporal, arribó con los sustos consiguientes al istmo de Corinto, y atravesó a pie la corta distancia que separa los dos mares.

Según los datos que nos aporta la elegía X del mismo libro, en el puerto de Cencrea sobre el golfo Sarónico hallábase anclada una segunda nave en la que debía reembarcarse y a la que tributa espontáneos elogios por sus condiciones marineras.

«Voy a bordo — dice —, y así prosiga, de una nave puesta bajo la protección de la rubia Minerva, que debe su nombre al casco de la diosa en ella pintado. Cuando iza las velas, boga presta al menor soplo del viento; cuando se vale del remo, obedece dócil al esfuerzo del remador. No satisfecha con vencer la velocidad de las que parten a su lado, si quiere, déjase atrás a las que abandonaron antes el puerto. Afronta las corrientes, resiste el choque de las olas que de lejos le asaltan, y sus costados no se hienden al furor de las aguas tempestuosas.»

Con ella penetró en el Hellesponto, tocó en el puerto de Imbros, pasó ante las playas de Cerinto, y cansado de navegar descendió a tierra cerca de Tempira en Samotracia, y recorrió a pie los campos Bistonios, cuyos feroces habitantes le hicieron entender que la crueldad de las tempestades era más tolerable que la codicia y el odio de los moradores de aquella región. En una tercera nave atravesó la Propóntida y el Bósforo, y por fin llegó a Tomos, a la izquierda del Euxino y cerca de la desembocadura del Íster, término de las incomodidades de su navegación, donde esperaban al infeliz otras más insoportables, que no podía contrarrestar el desaliento de su vejez aniquilada por los continuos golpes; la tierra donde se le confiaba le infundía mayor espanto que las olas ene-

migas, y perseguido por las asechanzas de los hombres y la cólera de los vientos, por la espada y el oleaje, recela que aquélla se disponga a lucrarse con su sangre, y éste ambicione el honor de su muerte; pues todos los elementos se conjuraban para perderle, como si obedeciesen al mandato de quien le perseguía y quisieran congraciarse con él por los servicios que le prestaban aterrizando de cien maneras al ofensor de su numen soberano.

Las elegías de este primer libro se compusieron durante tan penosa travesía, sobre las aguas del Adriático azotadas por los fríos vendavales de diciembre, o ante las Cicladas del Egeo, llenas de estupor viéndole componer versos, sin que le arretrase la impetuosidad de las olas que en más de una ocasión inundaron la cubierta del navío y salpicaron las tablillas depositarias de los dísticos, que contenían el resumen de las penas, sobresaltos, inquietudes y temores que en tropel le asestaban, como en días mejores las Gracias, las Ninfas y los Amorcillos se deleitaron oyendo las expansiones eróticas que grabó con indelebles caracteres en sus poemas juveniles.

A primera vista juzgaríase un loco de atar al vate que no renunciaba a la compañía de las Píerides ni en los momentos más críticos y difíciles, cuando tan funestas le habían sido por inspirarle *El Arte de amar* y *El Remedio del amor*, obras pros-

critas de las bibliotecas públicas como disolventes y corruptoras, y no por eso menos leídas que otras muchas ni mejores ni peores, en ellas puestas a disposición de cuantos quisieran hojearlas o estudiarlas; pero téngase en cuenta lo difícil, si no imposible, para ingenio tan natural y espontáneo como el de Ovidio, que regularmente no hubiese acertado a componer un corto período sin que la cadencia y la medida de las voces dejasen de convertirlo en versos flúidos y sonoros; téngase en cuenta, decimos, lo costoso que había de serle resistir a la voz interna que le ordenaba estampar en ellos las miserias de su adverso destino, como en época mejor le sirvieron para estallar en las explosiones de un amor satisfecho y venturoso. Por otra parte, aborrecía la holganza y consideraba la inercia como una muerte anticipada; el estudio y la composición llenaron las horas de su vida, fuera de aquellas que consagró al placer, y el uno y la otra hubieron de ser los compañeros inseparables que le hiciesen olvidar los tormentos que le angustiaban desde el día en que provocó la indignación del divino Augusto. Así que sin detenerse, sin perder momento, redacta y corrige este primer libro de elegías, y después de ponerle a manera de prólogo la que las encabeza, lo envía a Roma para disculpar su imprudencia, rechazar los calificativos harto duros aplicados a sus actos, de-

mostrar que apenas merecían la reprobación, y preparar el terreno a los libros siguientes, escritos en descargo de errores que confesaba, impetrando la salud del único que podía devolvérsela, como el hierro de la lanza de Aquiles era el único bálsamo capaz de cicatrizar las horribles heridas que producía.

El segundo libro lo constituye una elegía de extensión desmesurada, que es un alegato en defensa propia, y a la vez un humilde suplicatorio al César, reconociéndose en parte culpable y merecedor de castigo, pero digno por su confesión y arrepentimiento de que se le relegue a pueblo menos aborrecible que el de Tomos. El plan de la misma deja poco que desear; los versos son fluidos y sonoros, las imágenes sorprendentes y la argumentación ingeniosa y persuasiva; bien que, obcecado en aprovechar los elementos de prueba que se le ocurren, cita obras de famosísimos autores a quienes la crítica ha declarado en definitiva modelos irreprochables por la belleza y alto sentido moral de sus creaciones, lo cual no evitó que los declarase culpables de escandalizar las costumbres, confundiéndolos con otros que merecían fallo semejante, y sin embargo no fueron castigados por sus atrevimientos ofensivos a la decencia; y él no se resigna a ser la única víctima ni a recoger como fruto de sus estudios y vigiliass la relegación a las

playas inhospitalarias del Euxino. «Si fuera más prudente — son palabras suyas —, habría con razón odiado a las doctas hermanas, divinidades perniciosas al que les rinde culto; mas tan extremada es la locura de su pasión, que vuelven a poner la planta en la roca que la hirió, a la manera que el gladiador vencido vuelve a combatir en la arena, y la nave una vez averiada afronta de nuevo el peligro del naufragio, en la esperanza de que sus versos desarmen la cólera que provocaron; pues los potentes númenes inclinan con deleite los oídos a las alabanzas de los vates. César es tan poderoso en la tierra como Júpiter en el cielo, y si éste vibrase los rayos a cada yerro cometido por los hombres, ¡cuán presto se quedaría desarmado! Mas no; apenas acaba de espantar al orbe con el estrépito del trueno, disipa los nublados y serena el día, mereciendo que se le llame el padre y soberano de los dioses, como Augusto es el padre y soberano de la patria, siempre generoso y clemente con los enemigos.»

Pero Ovidio no se cuenta entre ellos; su causa no reviste tamaña gravedad; nunca conspiró ni tomó las armas contra el César; al contrario, uniendo sus votos a los del pueblo, quemó el incienso en su altar, rogó que penetrase lo más tarde posible en las celestes moradas y grabó su nombre en el poema de *Las Metamorfosis*, que comienza en

el Caos y termina en su felicísimo reinado; aunque declara que los cantos no son capaces de realzar una gloria que iguala o excede a la de los númerones inmortales. Al mismo tiempo le recuerda su conducta de caballero intachable y miembro del tribunal de los centumviro, «que jamás malversó la hacienda de los acusados y siempre decidió con igualdad escrupulosa los pleitos civiles que se le encomendaban; tanto que la misma parte condenada confesó más de una vez la rectitud de sus fallos, y se resiste a creer que por una imprudencia de los ojos, que vieron lo que no debían, tenga que desmoronarse su casa esclarecida desde la antigüedad, y que a ninguna cedía en nobleza; por eso concibe grandes alientos cuando piensa en la benignidad del príncipe, tan parco en el castigo de sus ofensas, que con la vida y los bienes le dejó la esperanza de la redención; pero cuando medita en el rigor del destino, sus ilusiones se desvanecen, y como los vientos que alborotan el mar no se desencadenan con el mismo ímpetu y el mismo tenaz furor, sino que a ratos se calman y quedan tan silenciosos que parecen haber perdido el coraje, así sus temores huyen, vuelven, y en incesante alternativa ya le brindan, ya le niegan el consuelo de ver aplacado al que con una palabra de clemencia puede devolverlo a los patrios hogares».

Sus pretensiones no rayan tan altas; comprende que su imprudencia reclama la expiación, y se dispone a borrarla con las lágrimas vertidas en la soledad y alejamiento de su casa y familia. Lo que desea y solicita y confía obtener de los buenos servicios de sus valedores y de la benignidad de César no es el perdón, sino que se le conceda destierro menos alejado de Italia y libre de las incursiones de los Jácigas, los Getas y las hordas de Meterea; bástele haber perdido la patria sin perder la seguridad, porque sería oprobioso que un hijo nacido de la sangre latina se viese expuesto a arrastrar las cadenas de los bárbaros.

Luego, pasando como sobre ascuas por la naturaleza de la falta que se le imputa, cuyo recuerdo encontraría las heridas aun recientes, trata de sincerarse de la acusación de haber dado en sus poemas eróticos torpes lecciones de adulterio y contribuido a la relajación de las costumbres, que no tenían necesidad del incentivo de sus consejos para emular con ventaja a las de Sibaris y Mileto, y su defensa es tan hábil y razonada, cuanto lo permiten las dificultades de la causa por que aboga. En primer lugar cita los versos de su *Arte* que excluyen a doncellas y matronas y sólo admiten como alumnas a libertas, entretenidas y meretrices, para ilustrarlas en aquellos hurtos permitidos que no ennegrecen las sombras del delito; pues

mal podía dar lecciones de adulterio el que nunca osó profanar el tálamo de las esposas, ni seducir las hijas de familia que anudaban con la cinta sus cabellos; en segundo lugar, prueba que la mujer tiene derecho a oír y saber muchas cosas que se le prohíben ejecutar a la que aspira a un legítimo himeneo, y que las mismas Vestales asisten en los espectáculos a escenas poco edificantes, sin que el guardián de sus pasos y acciones les imponga el menor correctivo; y por último, que si es cierto que las poesías en extremo galantes pueden incitar a las que se inclinan al vicio, lo mismo les ocurrirá en el templo, en el circo, en el teatro y en la lectura de los poemas heroicos, porque en el templo de Jove recordarán sus innumerables adulterios; en el circo se sentarán al lado de libertinos y extranjeros; en el teatro aprenderán estratagemas que burlen la necia confianza de los maridos, y en los poemas leerán hechos que hagan asomar el rubor a sus mejillas. Además, él compuso su *Arte* para regocijo y entretenimiento de la juventud prendida en las redes de trapisondas y amoríos, porque comprendió que su estro hubiera fracasado siguiendo las huellas de Homero o Píndaro, y porque en épocas descreídas y enervadoras como la suya no caben las ficciones y arrebatos de un loco entusiasmo, y se dedicó a cultivar el campo que pocos habían labrado, y halló la

simiente de su cosecha en el refinamiento y despreocupación de la gran ciudad, como Homero en los antiguos aedas los episodios de sus epopeyas grandiosas; y habiendo tantos escritores compuestos poesías alegres y obscenas, ninguno más que él fué perseguido por su ingenio retozón en demasía; lo que le impulsa a renegar de haber aprendido en la escuela las primeras letras, haber consagrado tantas vigiliass al comercio de las Musas, haber escalado el Olimpo para rememorar las hazañas de los númenes y haber calzado con el coturno trágico los rencorosos celos de Medea, siempre dispuestos a perpetrar crímenes nefandos.

No anduvo tan discreto en la larguísima enumeración de vates griegos y latinos, a los que en defensa propia pasa revista, como si los yerros ajenos autorizasen los propios y los delincuentes de antaño, por el hecho de haber esquivado la sanción de la justicia, absolviesen a los de nuestros días; y aun encontramos más reprehensible que, en el afán inmoderado de hallar cómplices de sus extravíos, mezcle y baraje a capricho nombres respetables con otros de ínfimo valer, que se notaron por una procacidad insolente y desatentada. Condenar con el mismo rigor a la poetisa Safo, al culto Menandro y *La Iliada* y *La Odisea*, que recuerdan el rapto de Helena y el incidente de Briseida el primero, y el segundo las delicias de Ulises en la grata com-

pañía de Calipso y Circe, que al obsceno Arístides, que trazó el cuadro de las disoluciones de Mileto, o al asqueroso Eubio, que enseñó a las mujeres el empleo de los abortivos, o al autor de *Los Sibaritas* y otros de igual jaez, es un absurdo intolerable que, sin aprovechar a la defensa, pone en tela de juicio su discernimiento, que no supo apreciar en la poetisa de Lesbos la intensidad de la pasión por Longino, calificada de sublime; en el autor de *La Comedia nueva*, al creador del teatro moderno que ridiculiza vicios y extravagancias sin ultrajar a nadie con diatribas personales, y en el cantor de Meonia, el épico más excelso que han conocido los siglos. ¡Pues qué!, si Paris robó a Helena y su rapto desencadenó contra Troya la coalición de los príncipes Aqueos, ¿no fué inducido por la diosa Venus, que le prometió poner en sus brazos la más hermosa de las mujeres? Y Ulises el sagaz, el constante y el valeroso después de la guerra troyana, ¿tuvo otro afán que el de regresar a su pequeño reino de Ítaca y discurrir los días de la vejez acompañado por su hijo Telémaco y su amantísima Penélope, dechado de las esposas que, privadas del marido, hallan en las labores propias del sexo el modo de abreviar las horas eternas de una ausencia que inmortalizó con su fidelidad y discreción por ninguna superadas? En medio de los contratiempos padecidos al regresar victorioso a la pa-

tria, halló el mejor acogimiento en las islas de Circe y Calipso, que le dispensaron íntimos favores y hasta le prometieron la inmortalidad si desistía del empeño de arribar a su reino; pero el amor de la patria y de la esposa rompió los lazos que le sujetaban, más fuertes que las cuerdas que le ataron al mástil de su barco, cuando quiso esquivar los peligrosos cantos de las Sirenas. ¿Y se atreve a comparar un poema donde se desbordan sentimientos tan generosos con el Arte de la disolución desaprensiva enseñada a los jóvenes, si es que la ignoraban, para pervertir los impulsos de la generación con las perfidias y estratagemas del impudor, que solicita el goce rehuendo el sacrificio, convirtiendo el tálamo en que se incubaba la vida, en el lecho del lupanar donde se multiplican los gérmenes nauseabundos del agotamiento y de la muerte?

Mentira parece que la ofuscación le llevara a tal extremo; pero no anduvo más acertado al traer a cuento a los autores latinos, con los que intenta defender sus libros eróticos, confundiendo los nombres sospechosos del lascivo Catulo, el liliputiense Calvo, el impúdico Memmio, el muelle Cornificio y el tierno Tibulo, con el del grave autor de *Los Anales*, porque narra el encuentro de Ilia y Marte, y el del delicado Virgilio, por el cuarto libro de *La Eneida*, el más conmovedor y brillante

de todos. Como si la reina de Cartago, vencida por los artificios de Venus y Cupido, y por la conmiseración que despertaron en su alma los trabajos del piadoso Eneas, que la indujeron a ofrecerle el premio que galardonase de tanto heroísmo, aquella Elisa que, viéndose escarnecida en su piedad femenil y su orgullo de reina, dispone levantar la pira que reduzca a cenizas su cuerpo ultrajado por el insensible huésped extranjero, que la enloqueció de amor para abandonarla sin remordimiento, fuese una mujerzuela vil o una cortesana como las que en pórticos y teatros pescaban incautos que sostuviesen el lujo estrepitoso y provocativo con que el vicio se presentaba engalanado, haciendo ostentación de su prestigio avasallador. *Ne quid nimis*. Ciertamente que Ovidio fué el único castigado por sus poesías licenciosas, si ello motivó la condena, lo que nos parece hartamente problemático; cierto que se le impuso en la vejez la pena que merecieron faltas de la juvenil edad, y el castigo que tan lejos sigue a la culpa tiene visos de enconada venganza y no de legítima sanción; mas esto no le autoriza a confundir las especies ni a notar de licenciosos a poetas que son timbres nobilísimos del genio creador. Enhorabuena que se desate contra los mimos de Laberio y Publio Siro, por las osadías y procacidades en que abundan; pero nadie le consentirá que ponga al mismo nivel las tra-

gedias de Esquilo y Sófocles, porque en ellas se realizan crímenes espantosos, castigados inmediatamente con catástrofes más espantosas todavía. Los derechos de la defensa, como los del ciudadano, tienen sus límites, y no se permite reclamar piedad al reo si empieza por mancillar reputaciones que los siglos han confirmado por gloriosas. Con menos datos habría hecho gala de más solidez en la argumentación, y con el arrepentimiento sincero del pasado habría salido más ganancioso que acumulando cargos a diestro y siniestro contra los que no podían defenderse de sus ataques, impropios del vate que nunca mojó el estilo en la hiel de la injuria personal, y tuvo, al contrario, frases benévolas y alentadoras para cuantos se arriesgaban a trepar por la difícil cuesta del Helicón.

No sabemos si Augusto leyó esta larga instancia en que a boca llena se le prodigan lisonjas y adoraciones, o si, por el contrario, extendió a ella la proscripción fulminada contra los restantes poetas, lo cual parece hartamente verosímil, y se desprende con mayor facilidad de la indiferencia con que un año y otro fueron acogidas las súplicas del consternado vate, el cual no perdió la esperanza, y con pertinaz insistencia envió a Roma libro tras libro de elegías sentimentales, en que sonaban los ayes del dolor, y al mismo tiempo exponía a sus

influyentes amigos las miserias que le agobiaban, por si se les ofrecía ocasión de conmover al César y aliviar en todo o en parte sus agudos padecimientos. Sensible es que le faltase la entereza y comprometiese la dignidad en el arduo empeño; pues si eran lícitas las disculpas con que trataba de explicar los hechos que motivaron su expatriación, ninguno aprobará que levantase en su casa una capilla a las efigies de la familia imperial y les quemase contrito los granos de incienso debidos a los dioses. Aun cayó más hondo: aprendió la lengua de los Getas, obligado por la necesidad de comunicarse con estos bárbaros a quienes aborrecía, y en ella compuso en loor de Augusto un poema que asombrara a su ignorante auditorio por la devoción y fidelidad que le testimoniaba. Trabajo nos cuesta aceptar la sinceridad de tales manifestaciones, y recelamos que el temor y la esperanza pusieran votos y plegarias en sus versos, mientras en el fuero interno se desataba en denuestos y maldiciones: tan poco crédito merecen las lisonjas prodigadas a los poderosos, cuando se intenta con ellas alcanzar honores inmerecidos o conseguir el perdón de faltas castigadas con adusta severidad.

También nuestro D. Francisco de Quevedo, cuyo chispeante ingenio corría parejas con una vasta erudición y cuyo españolismo sin tacha se

filtraba por la urdimbre de sus conceptos, equívocos y agudezas, tuvo la desgracia de ofender a Felipe *el Grande*, según el ridículo apodo que le puso el incapaz conde-duque de Olivares, por el delito de haber glosado el Padrenuestro con patriótica intención, para advertirle del desgobierno y ruina que amenazaba a la Monarquía, y también conllevaba impaciente la prisión de San Marcos y los grillos de sus pies, y escribía con insistencia una y otra carta a su íntimo amigo Adán de la Parra para que gestionara el negocio de su liberación, cuando aun ardía el horno del resentimiento en los pechos del receloso valido y el inconsciente monarca; mas nunca descendió a bajezas ni abyecciones adulaciones; buscó en la filosofía de Séneca lenitivo a sus pesares, y soportó con entereza castellana los rigores que sólo podía evitar con una vergonzosa retractación, teniendo al fin la dicha de romper sus injustas prisiones y entrar con aire de triunfador en la Corte el mismo día que el conde-duque, cargado con el peso de sus intemperancias y desaciertos, salía desterrado al pueblecillo de Loeches, llevándose consigo el prestigio y los esplendores del trono de las Españas. Advirtió al soberano con franqueza, aceptó la cárcel con resignación, y aun, a quedar en ella sepultado, realzara su fama con el martirio, que es la aureola divina de los perseguidos que sustentan los fueros de la verdad.

En Ovidio hallaron poca cabida los sentimientos patrióticos; débil y flaco de complexión, enemigo de las luchas que perturbasen sus ocios espirituales, consagrado al trato de las Musas, que le colmaron de mercedes, y amante de las dulzuras del hogar y las expansiones amistosas, era lógico que huyera de banderías políticas y aceptase como definitiva la soberanía de Octavio César Augusto. Tiene poco mérito esta devoción interesada, y menos el no haber fraguado conspiraciones atentatorias al poder reinante y por todos reconocido; para ello se necesita el temple de un Bruto o de un Catilina, y no creemos menoscabar su prestigio negándole las dotes de tales revolucionarios. Si tuvo algún arresto, lo consumió en las contiendas con las mujeres, cuyos flacos conocía y cuyas prendas físicas excitaban su admiración; y este apocamiento y flojedad del espíritu se reflejan en los libros restantes de las elegías, de las que fué a la vez autor y protagonista desdichado. En sus *Amores* da rienda suelta a las travesuras de la juventud, y como potro sin freno se lanza a la carrera del placer; en sus *Tristes* rebosan las tristezas, y las palabras suenan en armonía con la postración que lo anonada. «Sus páginas no brillan con el aceite de cedro, ni van pulidas con la piedra pómez, porque les sonroja presentarse más atildadas que su dueño, y ciertas expresiones poco castizas que

las afean denuncian que se escribieron en tierras de bárbaros.» Aunque fueron grandes las penalidades del viaje, las fuerzas le ayudaron a resistir lo que parecía increíble. Es más: cuando la violencia de las olas le puso entre la vida y la muerte, la misma ansiedad que lo dominaba adormecía los latidos del enfermo corazón; mas al fijar sus plantas en la región a que se le confinaba, raudales de lágrimas brotan de sus ojos, tan abundantes como el agua de las nieves en primavera. Se acuerda de Roma, de los teatros y pórticos y de cuanto le queda en la ciudad para siempre perdida, y este recuerdo le aflige y le desespera, hasta pedir a los dioses que le abran pronto las puertas del sepulcro poniendo fin a sus intolerables padecimientos.

No tardó en sentir las consecuencias de tan lastimoso estado: en la elegía III del mismo libro comunica a su esposa la alarmante crisis de su salud, que teme se resuelva en un funesto desenlace. Ni siquiera se siente con fuerzas para dar la noticia del extremo a que se halla reducido, y se vale de mano extraña, porque el pulso febril le impide trazar los caracteres; no podía resistir las inclemencias del clima ni acostumbrarse a las aguas, y menos a los alimentos nocivos a su estómago, a las incomodidades de la casa que habitaba ni a vegetar solitario, sin un amigo cuyo trato y conversación le abreviase las cansadas horas. Sus-

pira por las mil cosas que le faltan, y sobre todo por la compañía de la esposa, en aquellos momentos irremplazable. Habla con ella a solas, y así la ausencia no se la roba enteramente; no deja pasar día ni noche sin que se le ofrezca al pensamiento, y oye decir a los que le asisten que en los accesos de la fiebre balbucea su nombre; y no le aflige tanto pagar el último tributo que los mortales deben a su condición como la idea de ser sepultado en tierra extranjera, entre las sombras aborrecibles de los Sármatas y los Getas, sin que su cadáver repose en el féretro acostumbrado, sin que nadie llore en los funerales, sin que su esposa acuda a recogerle el último suspiro, ni la mano de la amistad venga a cerrar sus ojos extintos; y con la amargura de que sus restos exánimes, al sucumbir a la intensidad de la dolencia, no yazgan en el suelo de la patria, y su sombra, si es verdadera la doctrina del filósofo de Samos, no vague por los frescos campos Pelignos o las riberas del Tíber, sino por los yermos desolados de la Sarmacia, para que el destierro le persiga inexorable, sin detenerse en los límites que separan la vida de la eternidad insondable.

Por fortuna, no se cumplieron tales presentimientos; aquel malestar fué sin duda un amago que advertía al caballero de Italia sus escasas condiciones de adaptación al clima riguroso de la Es-

citia, sólo soportable a gentes nacidas en el ingrato suelo que a menudo describe. Las hordas de los Getas, los Besos y los Jácigas, vecinos limítrofes, y relativamente tranquilos en el estío, aguardaban como fieras al acecho que el invierno cubriese la tierra de nieve, y caía en tal cantidad, que en muchos sitios se amontonaba la de dos años, pues aun no deshecha la del primero, venía la del segundo, siendo el sol y la lluvia impotentes a derretirla. La barrera del Danubio helábase por la acción de los vientos, y permitía el paso a los enemigos, que con pieles y bragas se defendían lo mejor posible de las bajas temperaturas. El vino se congelaba, tomando la forma de la vasija que lo contenía, y se apuraba, partido como el pan, a pedazos. Las barbas de los habitantes sonaban al chocar unos con otros los copos de escarcha que en ellas se recogían, y ésta era la época en que atravesaban el río en los carros y ágiles corceles, llevando la devastación por dondequiera. Pocos labriegos se atrevían a sembrar los campos en país tan inseguro, y esos pocos iban armados y dispuestos a defenderse o guarecerse tras los muros de la ciudad, mientras los invasores saqueaban sus pobres riquezas, reducidas a los rebaños, los carros y las escasas economías de su mísera existencia; y los que por imprevisión no se retiraban a tiempo, caían muertos por las saetas teñidas en sangre de

víbora, o con los brazos atados a la espalda seguían como siervos las huestes del vencedor. En ocasiones atrevíanse a atacar las murallas de la ciudad, y Ovidio, a pesar de sus años, hubo de abandonar muchas veces las enceradas tablillas, y ceñirse el yelmo, embrazar el escudo y empuñar la espada para defenderse de las impetuosas émbestidas de los bárbaros, que aparecían de improviso y desaparecían como por encanto en aquel terreno inhospitalario, que ni los árboles ni las vides alegraban con su verdor, y en cambio lo regaban a menudo los hombres con su sangre, comprando a precio de la seguridad y la vida el privilegio poco envidiable de habitarlo.

Y por si esto no bastaba a la expiación, aun hubo seres tan ruines y despreciables que desde Roma le persiguiesen y difamasen, con el propósito de que se le confiscaran los bienes y el aliciente de obtener en premio de sus bajezas lo que no habían de alcanzar por lícitos medios, como lo declara la elegía XI, que parece escrita con la sangre que aun manaba de las recientes heridas, y en la que disparándose contra un sujeto de esta ralea en términos vigorosos y elocuentes, sin que el encono le ciegue, como en la filípica del Ibis, no olvida aducir cuantas razones prueban la vileza y cobardía de su proceder y el interés malsano que le inspira y alienta, asegurándole que sus miserias

han llegado al colmo, que se esfuerza en vano por aumentarlas, que el enojo de César arrastra consigo todos los males, y para convencerle mejor y que no tome las protestas a fingimientos, le confiesa que sentiría gran regocijo si le viera experimentar sus propios dolores.

En honor a la verdad, fueron contados estos repulsivos personajes; la mayoría de los amigos, por miedo de caer envueltos en la catástrofe que lamentaba, y no por desafecto, huyó como de un apestado del mísero poeta; mas no faltaron algunos, siempre son pocos los escogidos, que cumplieron con creces los buenos oficios que la amistad impone, aventurándose a los disgustos que pudieran sobrevenirles, entre ellos uno a quien apenas había tratado en la intimidad, uno de quien hizo poca cuenta en los días bonancibles y sobre quien puso los ojos casi con indiferencia, que cuando arreció la adversidad y casi todos le volvieron la espalda, atrevióse a pisar los umbrales de su casa consternada, le consoló y alentó en sus aflicciones, y lo que no hicieron las amistades antiguas, le despidió con los ojos arrasados en llanto y la voz entrecortada por los sollozos, y en la ausencia le defendió con calor, dando pruebas inequívocas del afecto que le profesaba; y este recuerdo borra momentáneamente de su memoria los agravios que de otros recibiera, pues un amigo

verdadero nos compensa de la tibieza de los falsificados, y es un escudo que podemos oponer a los ataques injustos de los cobardes y rencorosos enemigos que nadie deja de tropezar en las malandanzas del trato social.

Y ora elogie instigado por el agradecimiento, o vitupere traiciones no receladas, sin recurrir a la acrimonia ni a la sensiblería, descubre los íntimos repliegues del alma ya combatida por el temor, ya alentada por la esperanza, ya acusadora de tibiezas, ya pródiga de lisonjas con sus influyentes relaciones o los príncipes de la familia imperial; y en este punto claudica a ratos la lozanía espontánea de su numen, que se aviene con las desnudeces de la verdad mejor que con las galas y arreos de ditirambos pomposos e interesados. En los demás casos es un elegíaco admirable, y los críticos que le zahieren, o no saben lo que se dicen, o faltan a sabiendas a los dictados de la imparcialidad. Las obras más personalísimas de Ovidio son *Los Amores* y *Las Tristes*; aquéllos hijos de una mocedad alegre y estruendosa, éstas producto de una vejez desalentada que busca en la comunicación el natural desahogo de penas, que comprimidas acabarían por matar a quien las padece; no las escribe para nuevos y pomposos títulos pregoneiros de su talento, sino porque necesita, como el pan que lleva a la boca, dar noble empleo a las

ociosas horas, y no encuentra ninguno como el de traducir en dísticos las sombrías emociones que experimenta. «Si en sus libros (elegía I del cuarto) se notan defectos de cuantía, que sin duda se notarán, sírvanle de excusa las circunstancias en que se escribieron. Estaba desterrado, y más que la fama perseguía el descanso y la distracción que le impidieran pensar continuamente en el rigor de su estrella. Eso mismo incita al siervo que cava la tierra con los grillos en los pies, y olvida su duro trabajo con toscas canciones; por eso canta el barquero que encorva el fatigado cuerpo sobre la arena fangosa al arrastrar la barca contra la corriente del río; el pastor fatigado se apoya en su báculo, o se sienta en la peña y deleita a las ovejas con la flauta de caña; canta y a la vez gira el huso la sierva para engañar las horas transcurridas en su labor; y la poesía es su bálsamo de consuelo, su única fiel compañera que no teme las asechanzas de los hombres, la espada del guerrero, el mar, los vientos ni la barbarie; y aunque quisiera no poner las manos en los misterios de las Musas por los daños que le trajeron, ¿en qué se ha de ocupar? Vive dominado por su influjo, y ama los cantos que ocasionaron su desastre: así el fruto desconocido del loto que gustaron los marinos de Duliquio, bien que dañoso, les fué grato al paladar. El amante se da cuenta de su martirio y ado-

ra al ídolo que sin descanso le martiriza, y así le cautiva la poesía que tanto le ha perjudicado, y ama el dardo que le derribó malherido. Tal vez su pasión se gradúe de locura, mas esta locura le reporta no escasa utilidad; impide al pensamiento fijarse de continuo en la tragedia de que es protagonista, y le hace olvidarse de los tedios naturales; y cuando la inspiración enciende su fantasía, el entusiasmo se sobrepone a las miserias humanas, y entonces ni siente el destierro, ni las playas del Ponto, ni luchar contra la inquina de los dioses, y como si bebiese las ondas soporíferas del Leteo, se embota en su ánimo el sentimiento de la adversidad, y goza dulzuras inefables con las doctas hermanas que ciñeron de guirnaldas sus sienes juveniles, y después de diez lustros vuelven a coronar con ellas su cabeza encanecida. No halla nadie a quien recitar sus versos, nadie cuyos oídos puedan comprender las expresiones latinas; pero ¿en qué ha de entretenerse? Escribe y lee para sí mismo, y sus obras viven seguras de la benevolencia de su juez. Compone cartas rebosantes de ternura a su esposa, que consumía las horas ingratas de la viudez afligida por los improperios del miserable que despectivamente la llamó la mujer del desterrado, y la incita a sobrellevar en calma esta contrariedad, pues las ha sobrellevado mayores enalteciendo la sangre de los Fabios que circula por sus

venas, o reitera en sentidas misivas sus protestas de fidelidad a Grecino, Celso, Máximo y otros semejantes, noticiándoles sus ocupaciones y los quebrantos de su salud que pronosticaban un próximo fin si no se le conmutaba pronto el lugar del destierro. Llevaba ya dos años expuesto al insalubre clima de los Getas, y en vez de acostumbrarse lo resistía con menos paciencia, y era más intenso que al principio el sentimiento de su desventura. Su dolencia actual rebasaba los términos de la primera, porque siendo la misma, crecía y aumentaba al envejecer, y al presente le aterraba la gravedad de sus males que le eran más conocidos. Desfallece, siente que se aproxima el plazo fatal; su tez ha perdido el color y la piel recubre la flaqueza del cuerpo, menos enfermo que el ánimo desmayado. Suspira por la compañía de sus amigos, la más necesaria de su esposa y la vista de Roma, y contemplaba con horror los páramos ante ella extendidos y las hordas de Escitas que los recorren; así, lo que ve y lo que no ve contribuye igualmente a su suplicio; desea que la muerte se apresure y ponga fin a una vida aborrecible, y como si antes de expirar quisiera hacer ante sus compatriotas una confesión general de los méritos que le avaloraban y los errores que le deslucieron, y dejar consignados los sucesos principales de la misma para que el público que conoce sus obras

conozca al autor, pone remate a este cuarto libro con su biografía, que es una de las piezas más conocidas de los que cultivan los estudios clásicos o han asistido simplemente a las aulas de latinidad.

El quinto y último libro de *Las Tristes* no merece de los precedentes, y aunque el fondo es idéntico, su fantasía casi inagotable le presta la variedad apetecida. Las venas de agua que rompen por las grietas de las rocas en las montañas, no son menos frescas y cristalinas porque las produzca la misma nieve, y al salir a luz y caer de la altura fascinan con los colores del iris, se visten encajes de espuma y anuncian con resonante estrépito su proximidad a pastores y ganados; y ya se despeñan en cascadas, ya se extienden y esmaltan los prados, ya luchan contra las rocas, impotentes a detener su carrera triunfal; así la vena de una inspiración honda y sincera multiplica los matices, los tonos, las imágenes y sonoridades sin agotar el caudal que enriquece los partos del ingenio, cuya fecundidad sólo se detiene en los umbrales de la muerte. Si algún importuno le pregunta cuándo va a poner fin a sus poemas henchidos de lágrimas, le responde sin vacilación: «El mismo día que mude de fortuna, ella me suministra una fuente inagotable de quejas. No soy el que habla, es la voz de mi destino. En el instante que me devuelvas a mi patria y carísima esposa, la satisfac-

ción se pintará en mi rostro y seré el que antes fuí. Si el enojo del invicto César se templase en mi favor, le brindaría canciones rebosantes de alegría. En el ínterin, ¿qué estamparé en mis libros sino tristes impresiones? Este es el tono que conviene a mis funerales.»

Y en él prosigue la tarea sin preocuparse de que al lector parezcan buenos o malos los versos, porque no le obliga a leerlos ni aspira a la fama que ya le han conquistado obras de mayor aliento que las producidas en el destierro, sólo de algún mérito para él que reflexione en el país y circunstancias en que se compusieron, y sepa que el autor pretende vivir con ellas, ya que de otro modo no se le consiente en medio de sus amigos; y vuelve a la carga estimulándoles en el empeño de protegerle, comunicando a su esposa las alternativas de paz e intranquilidad, de esperanzas y desalientos que lo combaten, o vibrando crueles dardos contra los que se aferran en perseguirle, como el asno coceaba al león moribundo, o dirigiendo sus plegarias a Augusto, ya que sus intercesores se mostraban tan tibios en el negocio que más le interesa. «Árbitro del Imperio—le dice—, cuya salud es la garantía del interés que todos los dioses sienten por el pueblo de Ausonia, gloria e imagen de la patria por ti floreciente, héroe no menos grande que el orbe que riges, así habites en la tierra, y

así te envidie el cielo y tardes años en ocupar el puesto que se te asigna entre las constelaciones. Te suplico que me perdones, quita una mínima parte a la furia de tu rayo, y con la restante quedaré harto castigado... Lo que pido yo es un castigo, no trato de evadir mi infortunio, y lo pido para ser desgraciado con alguna mayor seguridad.»

Los oídos de César permanecieron tan insensibles a estas súplicas como a las instancias de los que laboraban en el terreno particular con más tesón que fortuna en igual sentido; y Ovidio, creyendo que sólo la ayuda divina tendría influjo para alcanzar lo que un día y otro se le rehusaba, aprovecha la ocasión de las fiestas de Baco, en que los poetas se ciñen olorosas guirnaldas, apuran repetidas copas y entonan a coro las alabanzas que perpetúan las hazañas y correrías de su protector, y le invita a sostener y patrocinar al vate que profesa el culto de la hiedra, si los decretos de las Parcas no anulan el poderío de los dioses; y si es cierto que éstos se comunican entre sí, le ruega que su divinidad intente vencer la de César, ya que para tan alta victoria resultan ineficaces y estériles los esfuerzos de los hombres.

Tampoco en el Olimpo halló mejor acogida, y amainando las velas se dirige a los pocos amigos que le acreditaron antes y después de su caída una

fidelidad inquebrantable, pone en conocimiento de su esposa que había celebrado su natalicio vestido de blanco, color que armonizaba poco con las negruras de su situación, y ruega a los dioses que perdonen al dechado de tantas virtudes, que duerme en el solitario lecho y conlleva resignada la perpetua separación del esposo que en la ausencia le prodiga testimonios solemnes de reconocimiento, y pretende inmortalizar en sus epístolas las raras prendas que la adornan y la constituyen una excepción singular de las matronas de sus días; aunque parezca digna de lástima, lo es más de las mordeduras de la envidia, porque la tormenta puso de relieve su virtud y constancia acreditada, y si no es inaccesible al dolor, lo es al justo reproche, y no pocas quisieran verse en su lugar, ensalzadas y glorificadas y oyendo los elogios que la poesía tributa con profusión a los héroes y los númenes; y así concluye el último libro de *Las Tristes*, resumen y compendio de dulces querellas, protestas generosas de amistad, duras recriminaciones y pruebas de amor acendrado que revelan una sensibilidad delicada en pugna con las escabrosidades de *El Arte de amar*, y una reflexión tardía que abomina y reprueba los excesos de sus años juveniles.

En los cuatro libros de *Las Pónticas* que siguen a *Las Tristes*, últimas lamentaciones de su achacosa vejez, vuelve a insistir con tenacidad en el

eterno tema, con la diferencia de no recatarse en nombrar particularmente a los que aluden *Las Tristes* de una manera velada. Creyó, y con razón, que la cólera del César no se desataría contra ellos por haberle dispensado su amistad y permanecer firmes en la adversa fortuna, o que no valía la pena de ocultar los nombres que con tanta claridad se traslucían. Contábanse entre ellos Grecino, cónsul designado, que le favorecía, y temía a la vez indisponerse con el soberano; Pomponio Flacco, a la sazón gobernador en Siria; Sexto Pompeyo, que le ayudaba en secreto, temiendo los inconvenientes de pregonar el interés que le merecía; Bruto, el hijo del matador de César, que reconciliado con su heredero, no quería atizar un posible resentimiento; Rufino, cuyos saludables consejos le prestaban alientos efímeros, para sumirle de nuevo en la postración; Varrón, la enciclopedia viviente de su siglo; Caro, el maestro de los príncipes; Suilio, el docto amigo de Germánico; Mesalino, heredero del valor y la elocuencia de su padre; Ático, el descendiente de Tito Pomponio, inmortalizado por Cornelio Nepote en su biografía; Cotta, a quien ocurrió la humorada de enviarle, para divertir sus ocios, las imágenes de los Césares y de Livia; el doctísimo Salano, con quien tuvo un trato superficial, y sin embargo se interesó en su defensa como uno de los mejores; el rey Cotys, que impe-

raba en la comarca vecina de Tomos, y se entregaba a las delicias de las Musas cuando los afanes de la guerra no se lo impedían, y sobre todos el entrañable Rufo, el sabio Celso, llamado el Hipócrates latino, y el nobilísimo Fabio Máximo, tan respetuoso con Augusto como decidido protector de su mísero pariente, y que a fuerza de instancias habría conseguido salvarle si la muerte no cortara el hilo de sus días, cuando ya el soberano se inclinaba al olvido y al indulto del poeta, disposición que cuadra tan bien a los que por fuerza se preparan a saldar pronto sus cuentas con la eternidad.

No deliraba Ovidio al afirmar que el estambre de su vida se tramó con negros vellones; antes de sucumbir bajo el peso de las contrariedades murió Celso, murió Máximo y detrás Augusto, sucediéndole el taimado y feroz Tiberio, insensible a los halagos de la poesía y a los encomios de sus cultivadores. ¿Quién extrañará que un sombrío pesimismo ennegreciera su pensamiento diluido en raudales de lágrimas? La pureza de su dicción y estilo se resintieron del influjo pernicioso de la ciudad en que residía. Aprendió la lengua de los Getas, y en ella compuso un poema al César, con el que ganó poco su causa y menos su castiza latinidad, expuesta por contagio a la intrusión de voces y giros extranjeros; y en una de las epístolas confiesa que su memoria olvidaba poco a poco las

frases y palabras latinas, teniendo que dedicarse a ejercicios diarios de repetición, para no perder del todo el uso de la lengua patria. Obligüemos a cualquiera a residir siete u ocho años en tierra extraña, y exijámosle a su regreso que hable el idioma que aprendió en la niñez con la misma pureza de los que ni un día abandonaron el suelo natal, y si satisface tal exigencia, declaremos el caso milagroso, aunque los milagros son poco conocidos en el campo de la literatura. Menos justa es la acusación de ciertos críticos que le tildan de haber falseado en sus dísticos un dolor tan hondamente verdadero; si no todas, muchas de sus epístolas dijéranse escritas con la mano trémula por la alteración febril de la sangre que le producían sus desventuras, con tan poca entereza sobrellevadas. Declámese en alta voz contra el tono uniforme que en ellas domina, contra la enojosa repetición de las mismas súplicas y recomendaciones, de las mismas excusas y lisonjas; mas téngase en cuenta que Ovidio no las escribe para la fama, sino para distraer los ocios y apartar la mente de la consideración de sus males, cada día más rigurosos. Cuando se dirige a su amigo Flacco le comunica que «su cuerpo languidece, incapaz de restaurar las perdidas fuerzas; que el mal gusto de boca repugna las viandas, y le aflige que llegue la hora aborrecida de comer; no halla cosa que estimule su apetito en

los pescados del mar, los frutos de la tierra y las aves que pueblan el aire, y si la hermosa Hebe le brindase el néctar y la ambrosía que beben y comen los dioses, su rico sabor no le excitaría el paladar embotado, y como un peso incómodo le fatigaría en el estómago. Y no se atreve a participar estas molestias a nadie, temeroso de que se tomen por delicadezas. En verdad que, dada la situación en que se encuentra y el aspecto de su fortuna, las delicadezas estarían en su lugar, y se las desea tales cuales las siente al que juzga que la ira del César fué harto benévola al castigarle. Hasta el sueño, reparador alimento de un organismo debilitado, no cumple con él su dulce misión, y pasa las noches en el insomnio, desvelándole las agitaciones a que dan pábulo las tristezas del lugar.

De ahí que como enfermo incurable que sufre cada día más agudos dolores, y cobra aversión a cuanto le rodea, en estas postrimerías de la vejez se queja sin cesar del tibio celo de sus amigos, no superado por el de su esposa; del error que le indujo a confiar que acaso podría obtener un destierro menos nocivo a su salud; de la crudeza del clima y la índole de los habitantes de Tomos, tan repulsiva a la cortés urbanidad de un caballero romano. Bruto le advirtió que un crítico desconocido le motejaba que sus epístolas expresaran siempre iguales conceptos, sin variar el tono uni-

forme y amanerado que quita la estimación a los partos de la poesía; pero Ovidio, sin desoír la advertencia, le contestó que escribía como suplicante y no como poeta; era un enfermo que buscaba remedio a crueles dolencias físicas y morales, no un autor que se esforzara por renovar glorias ya conquistadas; y dirigiéndose con el mismo objeto a muchos personajes influyentes, por fuerza sus misivas habían de adolecer, comparadas unas con otras, del monótono compás que en ellas se censura.

A pesar de esto, le agradecemos la feliz idea que le impulsó a coleccionarlas y salvarlas de los estragos del tiempo, que tantas joyas de la antigüedad ha destruído: por ellas conocemos los movimientos de su vida íntima en la última etapa de su trabajoso camino; sus afectos, sus rencores, sus deseos y aversiones, sus esperanzas y desfallecimientos, sus reproches y sus lisonjas a los individuos de la familia imperial, que nos lo retratan de cuerpo entero, en los tristes días en que las vicisitudes de la adversa suerte le convirtieron en un autor que aplaudían con entusiasmo los Getas. No osaba ensayarse en poemas de altos vuelos, porque sus alas se abatían sin vigor. Extinguióse el fuego sagrado que antes encendía su corazón, y cuando tomaba las tablillas casi a la fuerza, no sentía placer en los momentos de la composición, costábale gran

esfuerzo sujetar las palabras a la medida, y le infundía tedio una corrección escrupulosa; ya porque no recogió ningún fruto de tan ingrata labor, que antes al contrario, fué el principio de sus desventuras, ya porque le parecía lo mismo danzar en las tinieblas que escribir composiciones que nadie había de leer. El oyente estimula al escritor con los aplausos y remoza su brío; mas la gloria es un aguijón poderoso que ya no ejerce sobre él influjo incontrastable y avasallador. Era su destino acarrear enemigos por todas partes, aun con las poesías más inofensivas, y sus lamentaciones llegaron a sonar como ultrajes inferidos al país donde se le recibió con respetuoso acogimiento. Los habitantes de Tomos, maltratados con frecuencia en sus epístolas, al fin se revolvieron contra el ofensor. En localidades de escasa población, donde los vecinos viven como si perteneciesen todos a una familia, el sentimiento patrio es más vivo, quisquilloso e intolerante con las influencias extrañas, y poco sufrido de palabras y conceptos que menoscaban la estimación a que se juzgan acreedores; y Ovidio, con sobra de motivos y falta absoluta de prudencia, no se recató de pintar con sombríos colores la inclemencia del clima, la esterilidad del suelo y la rudeza y crueldad de quienes lo poseían, ni de manifestar la invencible repulsión que le inspiraban las costumbres belicosas de Getas, Be-

sos, Corales y Sármatas, siempre dispuestos, como fieras salvajes, a la rapiña y la carnicería; y sus imprudentes manifestaciones le atrajeron el desvío y desataron contra él la cólera popular. Hombre sin hiel, incapaz de hacer daño a nadie, se lo hacía a sí mismo, por la fatal manía de revelar sus impresiones con ingenua sinceridad, no curándose del efecto que produjeran entre aquellas gentes, que le recibieron como huésped y habían de conservarle eternamente en el sepulcro. Tan enérgicas y amenazadoras llegaron a ser las protestas, que para evitar la nota de poco circunspecto, avínose a cantar la palinodia en la epístola XIV a Tuticano, asegurando a los Tomitas que les amaba y agradecía los favores recibidos, aunque aborreciese el país por las crudezas del clima, a su salud tan perjudiciales; y les desafía a que escudriñen sus últimos escritos, seguro de que no han de tropezar una frase maligna u ofensiva al pueblo donde reside, y al que debe tan noble hospitalidad. No olvida que sus vecinos premiaron la lectura de un poema en honor de César con estruendosa aprobación, que contra su voluntad le ciñeron las sienes con una corona por el favor público decretada, y que le eximieron de tributos, honra a nadie concedida, fuera de aquellos que gozaban por la ley de tal privilegio; y estos hechos que tiene bien presentes, le obligan a ensalzar y querer

la población de Tomos, y le sería mucho más querida si en ella encontrase lo que reclama la conservación de su salud, cada día más quebrantada por el clima, las aguas salobres y pantanosas que constituyen la única bebida, y los manjares que repugnan a su paladar. Unidas a estos inconvenientes las tristezas que le abatían, viendo cómo unas tras otras se cerraban las puertas a su esperanza, se puso tan demacrado que semejaba un cadáver, y antes de cumplir los sesenta, el año 771 de Roma y octavo de su destierro, pagó por fin el tributo que los mortales deben a la madre comun. En la última carta que dirige a su esposa, rogábala con encarecimiento que sus restos fuesen transportados a Italia; deseaba reposar en los campos de su patria, y que su sombra no vagara confundida con la de los Getas; ruego que alcanzó el mismo desgraciado éxito que los anteriores, confirmando la melancólica presunción de que el castigo persiguiese a su cadáver, como si fuese también responsable de la culpa que tan duramente expiaba.

Uno de sus comentadores afirma que a pesar de su condición de extranjero le costó el erario público un sepulcro; pero la existencia del mismo ha sido tan contestada como la situación de Tomos, que unos creyeron descubrir en Tomí o Tomisvar de Bulgaria, y otros en Savaria o Stumen sobre el

Save, sin faltar quienes la pongan en las riberas del mar Negro, entre dos viejas torres desmoronadas y conocidas por las torres de Leandro. Igual incertidumbre reina con respecto al lugar en que radicaba su sepulcro. Brusquío a principios del siglo xvi propaló la noticia de haberse descubierto el año 1508 en Savaria, según lo acreditaba esta inscripción:

EL DESTINO ES LA LEY DE LA NECESIDAD

Aquí yace sepultado el poeta a quien la cólera del divino César Augusto ordenó abandonar el suelo patrio. El mísero pretendió mil veces que se le sepultara en tierra de Italia, pero en vano, porque el destino le señaló este lugar para su tumba.

FATUM NECESITATIS LEX

*Hic situs est vates quem divi Caesaris ira
Augusti patria cedere jussit humo.
Saeper miser voluit patriis occumbere terris;
Sed frustra: hunc illi fata dedere locum.*

Faltábale explicar la anomalía de que el desterrado en Tomos apareciese sepultado en Savaria, ciudad de la Panomía, y supuso que el poeta se trasladó a ella para distraerse con el trato de los hombres de letras que acudían en gran número, y allí le sorprendió la muerte, y allí, por ende, se labró su sepultura; mas en el mismo año se des-

cubrió otro enterramiento en Sarvar, pueblo de Hungría sobre las márgenes del Raad, con la coincidencia de llevar grabada la inscripción anterior, lo cual induce a prestar tan escaso crédito al primer hallazgo como al segundo, máxime no siendo los únicos que pretenden la autenticidad. El año 1802 varias revistas francesas, y el *Moniteur* a su cabeza, anunciaron la aparición de la verdadera tumba de Ovidio, en el punto donde se alza la antigua Tomos, por ser conocidos aquellos lugares con el nombre de Laculi Ovidoli, lagos de Ovidio; pero la nueva conjetura se desvaneció ante los argumentos de una crítica razonada que no dejó duda acerca del engaño de buena fe padecido por los que pretendieron que allí yacían los restos del inmortal poeta, que es inútil buscar en parte alguna, desconociéndose la situación exacta del pueblo en que residió los últimos años.

La consolación a Livia con motivo de la muerte de Druso, en tierras de Germania, acompaña a estos libros, prescindiendo de la opinión que la atribuye a su contemporáneo Pedro Albinovano, porque los giros, las frases, los conceptos y la prolijidad afectada denuncian la factura del autor de *Las Tristes* y *Las Pónticas*. No sufriría gran quebranto su reputación quitándole la paternidad de esta elegía de extensión desmedida que intenta apagar los sollozos y secar las lágrimas de una madre, y

sólo consigue que el lisonjero cortesano se sobreponga al vate más o menos dolorido por la sensible pérdida que la patria acaba de experimentar. Y el caso se repite en la república de las letras con inusitada frecuencia. Una fuerza secreta impulsa a los poetas a emplear sus dotes con más acierto en las cabañas miserables que en los alcázares de los reyes. Éstos, que en la historia política son los protagonistas, en la poesía ocupan casi siempre un lugar secundario : ante el invencible Aquiles palidece la figura del poderoso Agamenón. El mismo Horacio habría fracasado en las odas patrióticas, si al quemar los granos del incienso en honor de Octavio Augusto, no lo hiciera también con los dioses, los héroes y los insignes caudillos que labraron por la grandeza de Ausonia. El divino Herrera acertó en la canción a D. Juan de Austria, porque la juventud y lozanía de este príncipe se llevaba tras sí las miradas y los corazones; y Bonaparte no tuvo la satisfacción de oír en el solio un himno tan ardiente y arrebatador como el que entonó Alejandro Manzoni ante sus despojos mortales, «virgen de servil encomio y de cobarde ultraje». La poesía es un eterno rebelde que al doblar el espinazo como abyecto palaciego, sólo pronuncia frases estudiadas o huecas, y cuando no se yerque mirando a los cielos, pierde la majestad de su hermoso continente.

Otros eruditos han querido autorizar con el nombre de Ovidio, favoreciéndole poco, obrillas baladíes que delatan menguados ingenios, y han inventado cuentos y anécdotas que hicieran verosímil lo absurdo a todas luces; superchería inocente que pretende dar alto valor a lo que no lo tiene, para introducirlo con tal salvaguardia en los mercados de la publicidad.

En cambio, es cierto que se han perdido algunas que realmente escribió, como la tragedia *Medea*, la traducción de Arato, el panegírico de Tiberio y las poesías que en su desesperación y momentáneo aborrecimiento de las Musas condenó a perecer en las llamas, por causantes principales de su ruina, sin que hayan quitado muchas hojas a la corona de hiedra que conquistó en competencia con los vates más excelsos del siglo de oro.

El poema *Los Fastos*, junto con el *El Ibis*, *El Nogal* y *El Pescador*, serán objeto de nuestras observaciones en el tomo siguiente.

LAS TRISTES

LIBRO PRIMERO

ELEGÍA I

Pequeño libro, irás, sin que te lo prohíba ni te acompañe, a Roma, donde, ¡ay de mí!, no puede penetrar tu autor. Parte sin ornato, como conviene al hijo de un desterrado, y viste en tu infelicidad el traje que te imponen los tiempos. Que el jacinto no te hermosee con su tinte de púrpura: tal color es impropio de los duelos; que tu título no se trace con bermellón, ni el aceite de cedro brille en tus hojas, ni los extremos de marfil se destaquen de la negra página. Luzcan estos primores en los libros venturosos; tú debes recordar mi adversa fortuna. Que la frágil piedra pómez no pula tu doble frente, para que aparezcas erizado con los pelos dispersos. No te avergüences de los borrones; el que los vea, notará que los han producido mis lágrimas. Marcha, libro mío; saluda de mi parte aquellos gratos lugares, y al menos los visitaré del único modo que se me permite.

Si entre la turba hay quien se acuerda de mí, y pregunta acaso en qué me ocupo, dile que vivo, mas

no afirmes que estoy sano y salvo; pues gozo la existencia gracias al beneficio de un Dios. Entrega con prudencia tus páginas a la curiosidad indiscreta, y no hables más de lo necesario. Al punto que te vea el lector, recordará mi crimen, y la voz general me declarará enemigo del bien público. No salgas a mi defensa, aunque las acusaciones me despedacen; una causa mala se empeora si la defienden. Tal vez encuentres alguno que se lastime de mi destierro, y no lea tus versos sin humedecer sus mejillas y temeroso de que le sorprenda cualquier malvado, haga muchos votos por que la clemencia de César me imponga castigo de menos rigor. Quienquiera que sea, yo a la vez ruego mil prosperidades para el que pretende aplacar a los dioses en pro de un desvalido. Ojalá consiga lo que impetra, y calmada la cólera del Príncipe, se me permita morir en el seno de la patria. Aun cumpliendo fiel mis órdenes, tal vez, libro mío, seas criticado y puesto por debajo de la reputación que se labró mi ingenio. Es deber del juez pesar tanto las circunstancias del hecho como el hecho mismo; si así fueres juzgado, no temas los peligros. Los cantos son partos de un ánimo sereno, y súbitas desgracias ennegrecen mis días; los cantos reclaman el sosiego y la soledad del escritor, y yo soy juguete del mar, los vientos y las sombrías tempestades. El vate necesita hallarse libre de temores, y mi perdición me representa una espada que amenaza a todas horas clavárseme en el pecho. Un crítico benévolo admirará mi labor actual, y leerá con indulgencia mis versos desmayados.

Pon en mi lugar a Homero asediado de infortunios, y su ingenio sobresaliente caerá abatido por tantos males. En fin, libro mío, corre sin que te preocupe la fama, y no te sonrojes si desagradas al lector. La fortuna no se nos muestra tan propicia que hagamos caso de la gloria. En mis prósperos tiempos amaba la celebridad y me afanaba con ardor por conquistar alto renombre; hoy hago bastante si no aborrezco la poesía para mí tan funesta, porque mi destierro lo debo a los frutos de mi ingenio. No obstante, ya que te es lícito, ve en mi lugar y contempla a Roma. Así permitiesen los dioses que yo me convirtiera en mi libro. ✂

Mas no porque te presentes como extranjero en la gran ciudad vayas a creer que pasarás inadvertido del público; te delatará tu sombrío color, bien que no lleves título y quieras disimular que me perteneces; sin embargo, penetra a la callada, no sea que te perjudiquen mis anteriores poemas, que hoy no gozan como en otros días la plenitud del favor. Si tropiezas alguno que por haberte, yo compuesto renuncia a leerte y te arroja con displicencia, dile que se fije en el título, que no eres el maestro del *Amor*, obra que ya pagó la merecida pena. Tal vez quieras saber si te mando subir la colina donde se abre el palacio que habita César. Perdonadme, augustos lugares y dioses que presidís en ellos: de vuestra altura descendió el rayo sobre mi cabeza; reconozco la clemencia de los númenes que habitan tales mansiones, pero temo la cólera que me ha castigado. Al menor ruido de alas se asusta la paloma herida por las uñas

del gavilán, y la oveja arrancada a la boca de hambriento lobo no se atreve a apartarse lejos del redil. Si resucitara Faetón huiría del cielo, y se negaría a regir los corceles que pretendió su arrogancia. Yo mismo, lo reconozco, temo las armas de Jove que experimenté en mi daño, y cuando truena me creo amenazado por un rayo vengador. El piloto de la escuadra de Argos que escapó a los escollos de Cafareia, aparta siempre su nave de los bordes de la Eubea, y mi barca, ya una vez maltrecha por horrorosa tempestad, rehuye la visita de los sitios en que estuve a pique de naufragar. Así, pues, libro mío, encógete con cierta timidez, y que te baste ser leído entre gentes de modesta condición. Ícaro, por haberse lanzado con alas poco firmes a las regiones aéreas, dió su nombre al mar Icario. ♀

- Difícil me es aconsejarte si debes valerte de los remos o las velas; consulta en esto el lugar y la ocasión. Si puedes introducirte cuando se halle desocupado; si ves todas las circunstancias favorables; si la cólera agotó ya su violencia; si algún protector, viéndote perplejo y temeroso, te presenta y habla cuatro palabras en tu abono, pasa adelante, y ojalá, más dichoso que tu dueño, llegues allá en buena hora y ayudes al alivio de sus males; pues nadie sino el que causó las heridas puede, como Aquiles, aplicarles el remedio. Mas cuida no me perjudiques queriendo favorecerme; en mi alma alienta menos la esperanza que el temor. Evita atizar de nuevo la cólera que reposaba; no seas la ocasión de un segundo castigo.
- Cuando vuelvas a penetrar en el santuario de mis

estudios y ocupes la caja redonda que destino a tu residencia, contemplarás allí puestos en orden a tus hermanos, producto de mis constantes vigias. • Todos llevarán ostensiblemente sus títulos respectivos y publicarán sus nombres con todas las letras; tres verás que se ocultan aparte en un rincón oscuro y enseñan lo que nadie ignora: *El Arte de amar*. Huye su contacto y condénalos con los dictados de Edipo o Telegón. Te aconsejo que, por respeto a tu padre, no ames a ninguno de estos tres libros, despreciando sus lecciones. • Hallarás también quince volúmenes de *Metamorfosis*, poesías que escaparon a mis funerales; diles que el semblante de mi varia fortuna podría añadir una nueva transformación a las ya celebradas; pues de súbito tomó aspecto tan diferente del anterior, que hoy arranca lágrimas el que ayer rebo-saba de alborozo. Tenía, si quieres saberlo, otras muchas cosas que encomendarte; pero temo haber dado motivo al retraso de tu viaje, y si hubieses de llevar contigo, libro mío, cuanto se me ocurre, llegarías a convertirte en un fardo de difícil transporte. Apresura los pasos, el camino es largo; yo habitaré el último confín del orbe, tierra bien apartada de aquella en que nací.

II

Dioses de mar y cielo, ¿qué me resta sino acudir a los votos? No acabéis de destrózar mi nave quebrantada, ni confirméis, os lo suplico, la cólera del gran César. Contra la persecución de un Dios, otro nos presta muchas veces auxilio. Vulcano se declaró

contra Troya, y Apolo la defendía. Venus era favorable a los Teucros, y Minerva su enemiga. La hija de Saturno aborrecía a Eneas y fué la defensora de Turno; pero aquél vivía incólume gracias a la protección de Venus. Neptuno, furibundo, acometió cien veces al cauto Ulises, y otras tantas Minerva salvó al hermano de su padre. Aunque a larga distancia de la grandeza de estos héroes, ¿quién impedirá que una divinidad nos defienda de las iras de otra? ¡Ay mísero!, piérdense en el vacío mis inútiles plegarias, y olas imponentes cierran la boca del que las profiere. El airado Noto dispersa las palabras y no permite que mis preces lleguen a los dioses a quienes van dirigidas; así los mismos vientos, como si un suplicio no bastase a destruirme, se llevan, yo no sé adónde, mis velas y mis votos. ❧

¡Oh trance fatal, cuántos montes de agua se levantan contra mí! Diríase que amenazan a los astros del cielo. ¡Qué profundos valles entre las ondas que se rompen y hienden! Creyérase que van a descubrir los abismos del Tártaro. Adondequiera que vuelvas los ojos no verás sino mar y cielo: el uno hinchado con las olas, el otro amenazador con las nubes, y entre mar y cielo se desencadenan los vientos huracanados, y las ondas no saben a qué dueño obedecer; porque ya el Euro se precipita impetuoso desde el purpúreo Oriente, ya sopla el blando Céfito de la parte occidental, ya el helado Bóreas descende del árido Septentrión, ya el Noto le sale al encuentro por la parte contraria. El piloto, indeciso, no sabe qué rumbo seguir o evitar, y su arte vacila, recelando pe-

ligros por doquier. No hay duda, aquí perecemos, es vana la esperanza de salvación; mientras hablo, un golpe de mar me innunda el semblante, me quita el aliento y recibo por la boca, que implora al cielo en vano, las espumas salobres que pretenden ahogarme. Mi fiel esposa no se conduce más que de verme desterrado; es el único de mis trabajos que conoce y llora. No sabe que me veo perdido en la inmensidad del Ponto, que soy juguete de los vientos y que veo próxima la muerte. Los dioses me aconsejaron bien no permitiendo que se embarcara conmigo: hubiese pasado la amargura de sufrir dos veces la muerte; mas ahora, si yo perezco, como ella no peligra, sobreviviré a lo menos en la mitad de mi ser. ¡Ay de mí, ¡cómo se encienden las nubes en rápidas llamas; ¡qué espantoso fragor resuena en las bóvedas celestes! Las ondas azotan los costados de mi nave, con la fuerza de la pesada balista que rompe las murallas. La ola que en este momento nos ataca sobrepuja a todas las anteriores; es la que sigue a la novena y precede a la undécima. No temo la muerte, sino este espantoso modo de morir; suprimido el naufragio, la muerte sería para mí una merced.

Sirve de gran consuelo al que cae por la enfermedad o por el hierro, rendir el cuerpo exánime en la tierra donde ha vivido, esperar de sus deudos el sepulcro que se les ordenó levantar, y no servir de pasto a los peces marinos. Suponed que merezco muerte tan cruel; no soy el único pasajero de la nave. ¿Por qué infligir mi castigo a hombres inocentes? Números supremos, dioses que reináis en los mares azu-

lados, cesad unos y otros en vuestras amenazas. Permitted a un desgraciado arrastrar la vida que le concedió la cólera harto clemente de César en el punto que se le asigna. Si queréis que pague la pena merecida, mi culpa no es digna de la muerte, según el propio juez. Si César me hubiese querido enviar a las riberas de la Estigia, no necesitaba para esto vuestra ayuda: él no tiene empeño en que se vierta mi sangre; cuando quiera puede quitarme la vida que me perdonó. Vosotros, contra quienes no me reprocho haber cometido ningún crimen, ¡oh dioses!, aplacaos al fin con las cuitas que padezco. Mas aunque todos os esforzarais por salvar a un desdichado, no podríais volver a la existencia al que yace herido de muerte. Que el mar repose en calma, que los vientos me favorezcan, que consiga vuestro perdón, no por eso dejaré de ser el desterrado. Y no es la codicia insaciable de riquezas ganadas con el tráfico de mercancías la que me impele a surcar los vastos mares; no voy, como en otro tiempo, a completar mis estudios en Atenas o a las ciudades de Asia y los sitios que antes visité; no navego hacia la insigne ciudad de Alejandría para asistir, ¡oh Nilo!, regocijado al espectáculo de tus fiestas. Si deseo vientos favorables, ¿quién osará creerlo?, es porque anhelan mis votos llegar a la tierra de Sarmacia; con ellos me atrevo a pisar las bárbaras playas del Ponto occidental, y aun me quejo de retrasar tanto la fuga de mi patria y me esfuerzo en abreviar la ruta con mis preces para visitar a los habitantes de Tomos, ciudad situada en no sé qué rincón del orbe.

✓ Si os soy querido, calmad la rabia de las olas y que vuestra divinidad se manifieste propicia a mi viaje; si os soy odioso, dejadme llegar a la región que se me ha señalado: la mitad de mi suplicio radica en la naturaleza de este país. ¿Ya qué hago aquí? Vientos, empujad rápidos mis velas; ¿por qué se distinguen todavía desde las playas de Ausonia? El César os lo prohíbe. ¿Por qué detenéis al mísero que ha desterrado? Vean luego mis ojos la comarca del Ponto; lo dispuso y lo merecí, y estimo injusto y poco piadoso defender los delitos que él condena.

Si nunca las acciones humanas escapan a la penetración de los dioses, vosotros sabéis que fui culpable, pero no criminal; es más: si me dejé impulsar del error, debióse a la ofuscación del entendimiento, no a la maldad. Si con mi escaso prestigio sostuve siempre la casa de Augusto; si sus órdenes tuvieron para mí el valor de públicos decretos; si llamé siglo feliz al de su imperio y mi piedad quemó el incienso en honor de César y los suyos; si tales fueron mis sentimientos, dioses, dignaos perdonarme; si lo contrario, que me arrebaté la ola suspendida sobre mi cabeza. ¿Es ilusión, o comienzan a desvanecerse las nubes tormentosas y se quebranta la agitación del mar que muda de aspecto? No es debido al azar; sois vosotros, a quienes condicionalmente invoqué, a quienes nadie consigue engañar, los que venís en mi auxilio.

III

Cuando se me representa la imagen de aquella tristísima noche que fué la última de mi permanencia en Roma, cuando de nuevo recuerdo la noche en que hube de abandonar tantas prendas queridas, aun ahora mis ojos se deshacen en raudales de llanto. Ya estaba a punto de amanecer el día en que César me ordenaba traspasar las fronteras de Ausonia; ni la disposición del espíritu ni el tiempo consentían los preparativos del viaje, y un profundo estupor paralizaba mis energías. No me cuidé de escoger los siervos, los acompañantes, los vestidos y lo que necesita quien parte al destierro; estaba tan atónito como el hombre que, herido por el rayo de Jove, vive y no se da cuenta de su vida. Así que el exceso del dolor disipó las nubes que ofuscaban mi mente y comencé a recobrar los sentidos, resuelto a partir, dirijo las últimas palabras a mis inconsolables amigos, que de muchos sólo me acompañaba alguno que otro: mi esposa, mezclando su llanto con el mío, me sujetaba en los tiernos brazos y anegaba en ríos de lágrimas las inocentes mejillas. Mi hija, ausente en la tierra lejana de Libia, no podía conocer mi suerte fatal. Adondequiera que volvieses los ojos no verías más que llantos y gemidos; todo presentaba el cuadro de un luctuoso funeral. Mujeres, hombres y niños me lloran como muerto, y no hay rincón en la casa que no se vea anegado de lágrimas. Si es lícito comparar los grandes sucesos con los pequeños accidentes, tal

era el aspecto de Troya en el momento de su caída. Ya cesaban de oírse las voces de los hombres y los ladridos de los perros, y la luna regía en lo alto del cielo los nocturnos caballos; yo, contemplándola, y distinguiendo a su luz el Capitolio, cuya proximidad de nada aprovechó a mis Lares, exclamé: «Númenes habitantes de estas mansiones vecinas, templos que ya nunca volverán a ver mis ojos, dioses que abandono y que residís en la noble ciudad de Quirino, recibid para siempre mi postrer salutación. Aunque embrazo tarde el escudo después de recibir la herida, no obstante libertad ni destierró del odio que me persigue, y decid al varón celestial el error de que fuí víctima, no vaya a juzgar mi falta un odioso crimen. Lo que vosotros sabéis, sépalo asimismo el autor de mi castigo; porque aplacando a este dios, ya no puedo llamarme desdichado.» Tal plegaria dirigí a los dioses; mi esposa estuvo más insistente y entrecortaba con los sollozos sus palabras. Postrada ante los Lares y los cabellos en desorden, besó con sus trémulos labios los fuegos extintos y elevó a los ad-versos Penates cien súplicas que no habían de reportar ningún provecho a su desventurado esposo. Ya la noche precipitando los pasos me negaba toda dilación, y la Osa de Parrasio había vuelto su carro. ¿Qué hacer? El dulce amor de la patria me retenía, mas esta noche era la última de mi estancia en Roma. ¡Ah!, ¡cuántas veces viendo el apresuramiento de algún compañero le dije!: «¿Por qué te apresuras? Pien-sa en el lugar que abandonas y en aquel adonde corres precipitado.» ¡Cuántas veces, engañándome a mí mis-

mo, señalé otra hora más favorable a mi partida. Tres veces pisé el umbral, y otras tantas volví los pasos atrás, y mis tardíos pies revelaban la indecisión del ánimo. Con frecuencia, después de las despedidas, reanudaba de nuevo la conversaeión, y como si ya me alejase, di los últimos besos, reiteré los mismos mandatos y procuré engañarme contemplando las prendas queridas de mi corazón. Por fin exclamé: «¿A qué tal premura? La Escitia es adonde me destierran, y tengo que abandonar a Roma; una y otra justifican la demora. Vivo aún, me arrancan por siempre de los brazos de mi esposa, de mi casa y de los miembros fieles a la misma. ¡Oh dulces compañeros a quienes amé con amor fraternal, oh corazones unidos al mío con la fidelidad de Teseo!, os estrecharé con efusión, ya que se me permite; pues acaso no vuelva a hacerlo jamás: quiero lucrarme de la hora que se me concede.» Llega el momento, dejo sin concluir las palabras y abrazo a los seres queridos del alma. Mientras que hablo y lloramos, el lucero de la mañana, estrella funesta para mí, resplandeció en el alto firmamento. Me separo con esfuerzo como si me arrancasen los miembros y mi cuerpo se rompiese en dos partes; de tal modo se dolió Metio cuando los caballos vueltos en sentido contrario le despedazaron en castigo de su traición. Resuenan entonces los clamores y gemidos de todos los míos y se golpean los pechos con violentas manos. Entonces mi esposa, arrojándose a los hombros del que partía, mezcló con sus lágrimas estas tristes palabras: «No puedes separarte de mí; partiremos, ¡ahl, partiremos

los dos juntos; te seguiré, y mujer de un desterrado, me desterraré igualmente. Tu camino se abre para mí, los últimos confines me recibirán y no seré pesada carga en tu nave pronta a zarpar. La cólera del César te ordena salir de la patria, el amor que te profeso, sí, el amor será mi César.» Bregaba en tal empeño que ya había manifestado antes, y apenas se dejó persuadir por la consideración de nuestro mutuo interés.

Parto al fin, si aquello no era conducirme derecho al sepulcro, desaliñado y con el cabello revuelto sobre el hirsuto rostro. Ella, angustiada por mi pena, sintió obscurecésele la vista, y supe después que se desplomó sobre el suelo desmayada. Así que recobró el sentido y con el cabello manchado de sucio polvo levantó el cuerpo del frío pavimento, deploró su suerte y sus Penates abandonados, y llamó por su nombre cien veces al esposo que le arrebataban, gimiendo con no menos duelo que si viese en la alzada pira el cuerpo de su hija o el mío. Deseaba morir y con la muerte poner término al sufrimiento, y sólo consintió vivir para serme útil en adelante. Que viva, pues así lo dispusieron los hados; que viva y preste continua ayuda a su desterrado esposo.

IV

El guardián de la Osa de Erimanto se sumerge en el Océano, y con su influjo alborota las aguas marinas; nosotros, sin embargo, rompemos las olas del Jonio a la fuerza y el temor alienta nuestra audacia.

¡Ay, mísero, qué ráfagas tan impetuosas encrespan el piélago y cómo hierve la arena removida en el hondo abismo! Una ola, cual montaña, asalta la proa y la encorvada popa y azota las imágenes de los dioses. Los costados de pino retumban; los cables sacudidos rechinan y la misma nave parece gemir con nuestros quebrantos. El piloto declara su terror en la palidez del rostro y déjase llevar por la nave que no acierta a dirigir, como el jinete de escaso vigor abandona las riendas impotentes a detener el potro rebelde; así veo al piloto disponer las velas, no hacia donde se dirige, sino adonde le arrebatara la impetuosidad de las ondas, y a no enviar Eolo vientos contrarios, pronto nos veremos arrastrados a lugares que nos están entredichos; pues dejando a la izquierda lejos la Iliria, nos hallamos a la vista de Italia, que se nos impide pisar. Cesad, vientos, os lo suplico, de empujarme a tierras prohibidas, y obedeced conmigo a un Dios poderoso. Mientras hablo y deseo y temo a la vez alejarme, ¡con qué violencia las ondas se estrellan en el costado de mi embarcación! Perdonadme, sí, perdonadme, númenes del cerúleo Ponto, ya me basta con el odio de Jove. Salvad de la muerte cruel a un hombre aniquilado, si quien pereció puede aun volver a la vida.

V

¡Oh tú, a quien siempre recordaré como el mejor de mis amigos, el primero que identificó su suerte con la mía, el primero, bien lo recuerdo, que viéndo-

me consternado osó alentarme con sus persuasiones y me aconsejó dulcemente conservar la vida cuando en mi destrozado pecho se abrigaba el ansia de la muerte, ya sabes a quién aludo en las señales que indican tu nombre, y no es posible que te equivoques sobre la gratitud a que me obligan tus favores, que quedarán por siempre grabados en el fondo de mi alma, siéndote deudor perpetuo de la existencia; el hálito que me anima se perderá en el vacío del aire, y abandonaré mis despojos a la llama de la pira antes que me olvide de tu generosa conducta, y en tiempo alguno deje de corresponderte con mi ternura. Que los dioses te sean propicios y te concedan fortuna en todo diferente de la mía, que no necesite la asistencia de nadie. Si un viento favorable impulsara mi nave, tal vez quedase ignorada tu fiel abnegación. Piritoo no habría conocido la constancia de Teseo, a no descender vivo aún a las riberas infernales. Desventurado Orestes, las furias que te perseguían hicieron que Pílates se revelase como el modelo de una acendrada fidelidad. Si Euríalo no hubiera caído, en las manos enemigas de los Rútulos, ninguna gloria hubiera conquistado Niso, el hijo de Hírtaco; que así como el oro se prueba sometido al fuego, así en la desgracia se acrisola la amistad verdadera. Cuando la fortuna nos ayuda y sonríe con benévola faz, todos siguen al esplendor de las riquezas; pero así que truena la tormenta, todos huyen y desconocen al mortal poco antes asediado por una turba de aduladores. Esta verdad que conocí en los ejemplos de los antepasados, ahora me la confirma

la experiencia de mi propia desventura. De tantos amigos, apenas me quedasteis dos o tres; los demás eran secuaces de la fortuna, no fieles amigos. Cuanto más reducido vuestro número, con tanto mayor ahinco debéis socorrer al desvalido y dar a su naufragio un seguro puerto. No os dejéis embargar de falso miedo, temerosos de que un Dios se ofenda de vuestra compasión. Mil veces César alabó la fidelidad en los mismos adversarios; ama esta virtud en los suyos y la aprueba en los enemigos. Mi causa tiene mejor defensa; no fomenté contra él disensiones y merecí el destierro por inadvertencia; así, te suplico que vivas atento a mi grave situación, por si consigues calmar un tanto la cólera de este numen.

Si alguien deseara conocer todas mis calamidades, pretendería más de lo que me es posible decir. He padecido tantos males como estrellas rutilan en el cielo, como en la árida playa se revuelven menudos átomos de arena; he soportado contrariedades que parecen increíbles, y aunque harto verdaderas, no encontraré quien las crea; parte de ellas debe morir conmigo, y ojalá mi silencio las sepultase en el olvido. Si tuviera una voz incansable, un pecho más duro que el bronce y añadiese cien bocas con cien lenguas, aun así el asunto agotaría mis fuerzas, antes que llegase a abarcarlo por completo. Famosos poetas, escribid sobre mis infortunios olvidando al rey de Nerito. Él anduvo errante muchos años por el breve espacio que media entre Duliquio y las casas de Ilión; a mí la suerte me ha lanzado a las costas de los Getas y los Sármatas, atravesando mares muy

alejados del cielo que conocía; él tuvo una hueste devota de fieles compañeros, y los míos me abandonaron en el momento de partir al destierro; él, regocijado y victorioso, volvió a la patria, y yo, vencido y desterrado me alejo de la mía, y no radicaba mi casa en Duliquio, Ítaca o Samos, lugares que sin mucho sentimiento pueden abandonarse, sino en Roma, la ciudad que desde sus siete colinas vela sobre todo el universo, la sede del Imperio y la morada de los dioses. El cuerpo de Ulises era recio y endurecido en las fatigas, mis fuerzas son débiles y mi complexión delicada; él se había hecho robusto en los trances duros de la guerra, yo me entregué siempre a estudios apacibles. Un dios me abrumó, sin que ningún otro aliviase mi desventura, y la diosa de los combates prestaba al rey de Ítaca constante ayuda. Siendo inferior a Jove el numen que reina en las hinchadas olas, él se vió perseguido por la venganza de Neptuno, yo por la de Jove. Añádase que la mayor parte de sus trabajos es una pura ficción, lo que no sucede en mis tristes sucesos. Él por fin encontró sus Penates deseados, y pisó los campos que por tanto tiempo le fuera imposible visitar, y yo tengo que carecer de la patria a perpetuidad, si no se calma la cólera del dios a quien he agraviado.

VI

Lide no fué tan amada del poeta de Claros, ni Batis del nacido en Cos, como tú, cara esposa, cuya imagen llevo grabada en el fondo del corazón, digna

de marido más feliz, ya que no más consecuente. Tú fuiste el puntal que impidió mi completa ruina, y si algo soy todavía, a ti lo debo todo. Tú conseguiste que no fuera el despojo y la presa de aquellos que codiciaban los restos de mi naufragio. Como el lobo rapaz incitado por el hambre y la sed de matanza espía el instante de sorprender un redil indefenso; como el buitre voraz revuelve a todas partes la vista, ansioso de descubrir un cadáver insepulto, así un sujeto que desconozco, envalentonado por mi fatal proscripción, intentó apoderarse de mis bienes, si tú lo hubieras consentido; mas le detuvo tu valor, que alentaron esforzados amigos, para los cuales será siempre poca mi inmensa gratitud. Un testigo tan veraz como desdichado ensalza tu proceder, si tiene algún peso testimonio como el mío. Tu abnegación sobrepuja a la de la esposa de Héctor y de Laodamia, que acompañó en la muerte a su marido. Si hubieses alcanzado la suerte de hallar un Homero, tu fama eclipsaría la de Penélope, ya debas tanta virtud a ti sola, sin que ninguna maestra te inculcara esa piedad, y tus nobles cualidades te adornen desde el día que naciste; ya sea que una mujer principal, por la que siempre has sentido veneración, te enseñase a ser el modelo de las buenas esposas, y el trato continuo te hiciese su semejante, si cabe similitud entre los destinos grandes y los humildes. ¡Ay de mí! ¿Por qué mis versos no revelan más brío? ¿Por qué mis cantos quedan debajo de tus méritos? ¿Por qué el escaso vigor con que escribí, en otro tiempo yace aniquilado por la pesadumbre de mis desdichas? Tú

ocuparías el primer puesto entre las santas heroínas y brillarías la primera por las virtudes del ánimo. No obstante, por menguado valor que alcancen mis elogios, vivirás eternamente en mis versos.

VII

Seas quien seas, tú que conservas la imagen fiel de mi persona, quita de mis cabellos la guirnalda de hiedra consagrada a Baco; esos felices distintivos convienen a los poetas dichosos, y no sienta bien la corona a mi triste situación. Caro amigo, afectas en vano el disimulo, sabiendo que me dirijo a ti, que me llevas a todas horas en el anillo del dedo. Engarzaste mi efigie en oro de ley, para ver del único modo que se te consentía la faz de un desterrado; acaso cuantas veces la contemplas te ocurre exclamar: «¡Qué lejos vive de aquí el amigo Nasón!» Te agradezco de veras el piadoso recuerdo, pero mi imagen se reproduce más exacta en los versos que te envió; léelos, a pesar de su escaso mérito. Canto en ellos las transformaciones de los mortales, obra interrumpida por el funesto destierro del autor, quien antes de partir los arrojó por su misma mano al fuego, con otros muchos poemas, en el arrebató de la desesperación. Como la hija de Testias abrasó, según cuentan, a su hijo con un tizón, revelándose mejor hermana que madre, así yo condené a morir conmigo mis inocentes libros, y arrojé mis propias entrañas a las llamas devoradoras, o en aborrecimiento de las Musas culpables de mi condenación,

o porque mi libro sin terminar semejaba todavía un esbozo informe. Mas puesto que no fué enteramente destruído, y aun vive, así lo creo, porque existían varios ejemplares, hoy les deseo próspera vida, que deleiten los ocios del lector y conserven mi recuerdo. Sin embargo, no podrá sostener con paciencia su lectura quien ignore que me ha sido imposible darles la última mano. Me los arrebataron cuando aun estaban en el yunque, y falta a sus páginas la postrer lima. No pido alabanzas, sino indulgencia; harto alabado me estimaré si consigo, lector, que no me desprecies. Al frente del primer libro he puesto seis versos; helos aquí, si los juzgas dignos de figurar en la portada: «Seas quienquiera, tú, que tomas en las manos esta obra huérfana de padre, concédele al menos un asilo en Roma, tu patria, y para que la favorezcas más, ten presente que no fué lanzada a la publicidad por el autor, sino casi arrancada de sus funerales. A ser posible, hubiéranse corregido las imperfecciones que descubren versos tan poco limados.»

VIII

Los ríos caudalosos retrocederán desde la desembocadura hacia sus fuentes; el sol volverá atrás los pasos de sus fogosos corceles; la tierra se cubrirá de estrellas; el arado abrirá surcos en el cielo, brotarán las llamas del seno de las ondas y saltará el agua del fuego; se trastornarán, en fin, todas las leyes de la Naturaleza, y ningún cuerpo seguirá la ruta que se le

trazó, se realizarán los fenómenos juzgados más imposibles y no habrá nada tan asombroso a que no prestemos crédula fe. Hago estos vaticinios después de verme burlado por quien debía constituir el apoyo más firme de mi desgracia. Pérfido, ¿a tal punto llegó tu falta de memoria, tanto miedo sentiste de socorrer a un desdichado, que ni osabas mirarle compasivo, ni sentir su aflicción, ni acompañarle siquiera a sus funerales? ¿Te atreves a pisotear como una cosa vil el santo y venerable nombre de la amistad? ¿Tanto te costaba visitar al amigo postrado bajo el peso de la desventura y levantar su ánimo con el lenitivo de tus palabras? Y ya que no te costase una lágrima su infortunio, ¿no pudiste acompañarle en sus quejas, aun siendo fingido tu dolor, y darle el último adiós, lo que no niegan los extraños, y unir tu voz y tus gritos a los del pueblo, y, en fin, contemplar, pues que te era lícito, en el día supremo de la partida aquel semblante angustiado que nunca volverías a ver, y por una vez sola en el curso de la vida recibir y devolverle con voz afectuosa el postrer adiós? Así lo hicieron otros no obligados por los lazos de la amistad, que con las lágrimas patentizaron sus íntimos sentimientos. ✕Cómo te hubieras conducido si relaciones habituales, causas poderosas y una amistad de larga fecha no me uniesen contigo? ¿Qué habrías hecho a no conocer todos mis placeres y ocupaciones, como yo conocía tus ocupaciones y placeres? ¿Qué si te hubiese tratado sólo en medio de Roma, cuando tantas veces fuiste recibido en los mismos lugares que yo? Y todo esto vino a ser juguete de los vientos del

mar, todo esto se lo llevaron en su corriente las olas del Leteo. ¡Ah! No te considero nacido en la grata ciudad de Quirino, donde jamás he de poner las plantas, sino entre los peñascos que erizan la ribera izquierda del Ponto, en los montes salvajes de los Escitas y Sármatas. Tus entrañas son de roca, tu corazón de insensible hiérro, y sin duda una tigre ofreció como nodriza sus hinchadas ubres a tu boca infantil; de otro modo asistieras a mi desgracia más conmovido, y no serías de mi parte fustigado por tu crueldad. Mas puesto que a mis daños fatales se une la pérdida del afecto que antes me acreditabas, haz por que me olvide de tus faltas, y con el mismo labio que hoy te acuso pueda ensalzar pronto tu fidelidad.

IX

Así logres arribar sin percances al término de la carrera, tú que lees mi obra sin enemiga prevención, y ojalá queden cumplidos en tu favor mis votos, que no consiguieron en el mío vencer a los dioses implacables. Mientras seas feliz contarás numerosos amigos; si el cielo de tu dicha se nubla, te quedarás solo. Mira cómo acuden las palomas a las blancas moradas, mientras que la torre ennegrecida por los años no recibe a ningún huésped alado. Nunca las hormigas se dirigen a los graneros vacíos, y nadie solicita la amistad del que perdió sus riquezas. Como a los rayos del sol sigue la sombra a nuestro cuerpo, y huye al momento que las nubes obscurecen su disco, así el

vulgo inconsecuente sigue el brillo de la fortuna y se aparta al instante que la envuelve un nublado amenazador. Quisiera que estas verdades te pareciesen siempre erróneas, pero mis propios sucesos obligan a confesar que no lo son.

Quando permanecía firme mi casa, si no con fausto, con cierta celebridad, vióse visitada por una turba suficiente de amigos; mas a la primer sacudida todos temieron la ruina, todos con espanto se dieron de concierto a la fuga, y no me asombra que teman los rayos crueles, los que ven cómo destruyen cuanto encuentran a su alrededor. Sin embargo, César, aun en el aborrecido contrario, aplaude al que permanece leal en el infortunio, y no suele irritarse, porque ninguno iguala su moderación contra el que ama en la adversidad al que amó en la fortuna. Dícese que Toas aprobó la conducta de Pílates cuando reconoció al compañero de Orestes el de Argos; la boca de Héctor solía ensalzar el hondo afecto que al hijo de Actor profesó siempre el invicto Aquiles; cuando el piadoso Teseo descendió a la región de los Manes por acompañar a su amigo, cuéntase que el mismo dios del Tártaro se sintió conmovido, y es creíble, Turno, que las lágrimas humedecieron tus mejillas al saber la heroica abnegación de Niso y Euríalo. También para los desgraciados existe la piedad, sentimiento que se encomia hasta en el enemigo. ¡Ay de mí! A cuán pocos mueven mis reflexiones, y eso que mi situación y las vicisitudes de mi existencia debieran arrancar copiosos raudales de llanto. Mas aunque las angustias laceren mi alma con los propios sucesos,

se ha serenado al considerar los tiempos felices; caro amigo, ya había previsto tu éxito cuando un tiempo menos favorable impulsaba tu barca. Si tienen algún valor las buenas costumbres y una vida irreprochable, nadie será más estimado que tú. Si alguien se aventaja en el estudio de las artes liberales, eres tú, cuya elocuencia triunfa en todas las causas. Yo, conmovido por ella, te dije desde el primer día, buen amigo, que un vasto escenario se abría a tus dotes sobresalientes, y no me lo revelaron las entrañas de las ovejas, o el trueno que retumbaba a la izquierda, o el canto y vuelo de las aves. Mi augur fué la razón, que presentía lo futuro; por ella adiviné y expuse lo que sabía, y puesto que el éxito ha confirmado mi predicción, me felicito y te felicito de todas veras, porque tu ingenio no quedó sepultado en la obscuridad. Ojalá el nuestro se hubiese hundido en profundas tinieblas; me convenía que mis estudios no vieses nunca la luz. Como se beneficia tu elocuencia con las serias artes, así me perjudicaron otras distintas de las que cultivas. Sin embargo, conoces mi vida, sabes que mis costumbres no tienen parentesco con aquel *Arte* de que soy autor, que este poema fué una diversión de mi juventud, y bien que digno de censura, al fin un simple juego. Si ningún argumento es capaz de colorar mi falta, creo a lo menos que podría disculparse. Discúlpala en lo posible, no hagas traición a la causa de la amistad. Diste un primer paso afortunado; sigue, pues, la misma ruta.

X

Voy a bordo, y así prosiga, de una nave puesta bajo la protección de la sabia Minerva, que debe su nombre al casco de la de diosa en ella pintado. Cuando iza las velas, boga presta al menor soplo del viento; cuando se vale del remo, avanza dócil al esfuerzo del remador. No satisfecha con vencer la velocidad de las que parten a su lado, si quiere déjase atrás a las que abandonaron antes el puerto. Afronta las corrientes, resiste el choque de las olas que de lejos la asaltan, y sus costados no se hienden al furor de las aguas tempestuosas. Desde Cencrea, próxima a Corinto, donde la conocí por vez primera, ha sido el guía y fiel compañero de mi fuga precipitada, y navego indemne a través de cien vicisitudes y borrascas, concitadas por los indómitos vientos, gracias a la protección de Palas. Ojalá franquee sin riesgo ahora la entrada del vasto Ponto y penetre en las aguas del litoral Gético, término de mi viaje.

Así que me llevó al mar de Helle, nieta de Eolo, y recorrió tan largo trayecto por un estrecho surco, nos dirigimós a la izquierda, y dejando la ciudad de Héctor, arribamos al puerto de Imbros; de allí un viento fresco nos impulsó a las playas de Cerinto, y fatigados anclamos, por fin, en Samotracia, de la que dista Tempira una breve travesía.

Hasta aquí hice mi viaje a bordo, pero quise recorrer a pie los campos Bistonios, mientras mi nave volvía a las aguas del Hellesponto, encaminándose a

Dardania, así llamada del nombre de su fundador; a Lampsaco, [defendida por el dios de los jardines, y al estrecho canal que separa las ciudades de Sestos y Abidos, donde pereció la virgen, mal conducida por el áureo carnero; luego dirigió el rumbo a Cicico, situada en las costas de la Propóntida, noble fundación del pueblo de Hemonia, y posteriormente a las costas de Bizancio, que señorea la entrada del Ponto, como ancha puerta que pone en comunicación dos mares. Así venza todos los escollos, y alentada por el impulso del Austro, atraviése incólume los montes inestables de Cianea, el golfo de Tynios, y desde él, por la ciudad de Apolonia, siga su ruta ante los muros elevados de Anquiale, y se deje atrás el puerto de Mesembria, Odesa, la ciudad, ¡oh Bacol!, que lleva tu nombre, y aquella en que los fugitivos de Alcatoe establecieron sus lares errantes, desde la cual arribe sin daño a la colonia de Mileto, adonde me relegó la cólera de un numen ofendido.

Si llego a pisar esta tierra, ofreceré a Minerva el sacrificio bien merecido de una oveja; víctima mayor, está por encima de mis recursos. Vosotros, hijos de Tíndaro, reverenciados en esta isla, os lo ruego, sed propicios a mi doble travesía. La una de mis naves se arriesga a pasar el estrecho de las Simplégadas; la otra se abre camino por las aguas Bistonias. Haced que los vientos favorezcan por igual a las dos, aunque siguen vías tan distintas.

XI

Todas las epístolas del libro que acabas de leer han sido compuestas durante mi penosa navegación. Las aguas del Adriático viéronme escribir, la una estremecido por los fríos de diciembre, la otra se compuso después de haber cruzado el istmo que divide dos mares, en el momento de tomar la segunda nave que había de conducirme al destierro. Imagino que las Cícladas del Egeo se llenaron de estupor viéndome componer poesías entre las fieras amenazas del mar embravecido. Yo mismo me asombro ahora de que no se abatiese mi ingenio en medio de tantas turbaciones del ánimo y las olas. Ya se dé a esta manía el nombre de estolidez o de locura, gracias a ella mi espíritu se sintió libre de toda inquietud. Con frecuencia era el juguete de las nubes tormentosas que aglomeraban las Cabrillas; con frecuencia el piélagó rugía amenazador por el influjo de Estérope; ya el guardián de la osa de Erimantó enlutaba el día, ya el Austro, al ocultarse las Híadas, amontonaba las nubes. A veces una ola invadía mi barco, y, no obstante, mi mano temblorosa seguía trazando versos buenos o malos. Ahora oigo rechinar los cables, sacudidos por el Aquilón, y la onda surge y se dobla a manera de un monte. El mismo piloto tiende las manos al cielo, se olvida de su arte e impetra la ayuda de los dioses. Adondequiera que vuelvo los ojos descubro la imagen de la muerte, el temor amilana mi brío, y deseo lo que temo, porque si arribo al puerto, el puerto

mismo es para mí un motivo de terror. La tierra adonde voy me inspira más espanto que las olas enemigas; persiguenme a un tiempo las perfidias de los hombres y del mar; la espada y el oleaje doblan mis temores; recelo que la una se disponga a lucrarse con mi sangre y que el otro ambicione el honor de mi muerte. La gente de la izquierda del Ponto es bárbara y siempre dispuesta a la rapiña; entre ella reinan constantemente la sangre, la guerra y la carnicería.

Aunque el mar se subleve alborotado por las borrascas del invierno, mi alma se halla más alterada que sus olas; por esta razón debes ser indulgente, lector benévolo, con mis poemas, si los encuentras, cual son, inferiores a lo que esperabas. No los escribo como en otros días en mis jardines, ni mi cuerpo reposa sobre el blando lecho en que solía tenderse. Véome acometido por el abismo indomable en un día cubierto de nubarrones, y las tablillas en que escribo se mojan con las cerúleas aguas. La tempestad lucha encarnizada y se indigna contra mí porque me atrevo a componer, despreciando sus pavorosas amenazas. Venza la tempestad al hombre; mas al mismo tiempo que pongo fin a mis versos, ponga ella también término a sus furores.

LIBRO SEGUNDO

ELEGÍA ÚNICA

¿Qué tengo que ver con vosotros, escritos malhadados, frutos de mis vigiliass, yo que sucumbí de modo miserable por culpa de mi ingenio? ¿Por qué reanudo el trato con las Musas, que constituye mi delito y motivó mi falta y mi condenación? ¿Acaso no me basta haber atraído una vez el castigo? Mis poemas, de infausto sino, hicieron que hombres y mujeres se apresurasen a conocerme, y que el mismo César notase mi persona y costumbres, después de poner los ojos en *El Arte de amar*. Quitame la manía de componer versos, y borrarás todos los errores de mi vida. Reconozco que sólo en ellos soy culpable. He aquí el fruto que he recogido de mi numen, mis afanes y mis laboriosas vigiliass: el destierro.

A ser más prudente, habría odiado con razón a las doctas hermanas, divinidades perniciosas al que les rinde culto; mas ahora, tan extremada es la locura de mi pasión, que vuelvo a poner mi planta en la roca que la hirió, de igual manera que el gladiador vencido vuelve a pisar la arena, y la nave que una vez naufragó afronta de nuevo las encrespadas olas. Acaso, como aconteció en otros tiempos al rey de Tentras, el mismo hierro que me produjo la herida me brinde

la curación y mi Musa desarme la cólera que ha provocado; con frecuencia la poesía calma a los potentes númenes, y el mismo César ordenó a las madres y nueras de Ausonia cantar la majestad de la diosa coronada de torres, y ensalzar a Apolo en los días de sus juegos, que cada siglo contempla una sola vez. Al ejemplo de estos númenes te suplico, ¡oh clementísimo César!, que leyendo mis versos depongas tu rencor. Confieso que es legítimo; no niego que lo merecí; el pudor no huyó hasta ese punto de mis labios; pero sin mi falta, ¿qué merced podrías otorgarme? Mi culpa te ha dado motivo para el perdón. Si Júpiter vibrase los rayos a cada yerro que cometen los hombres, ¡cuán presto se quedaría desarmado! Mas apenas acaba de espantar al orbe con el ronco estrépito del trueno, disipa los nublados y serena el día. Por eso se le llama con justicia el padre y soberano de los dioses, y en el vasto mundo no hay quien supere a Jove. Tú también, pues eres llamado el padre y soberano de la patria, revélate semejante al dios que lleva el mismo nombre; pero ya lo haces, y nadie empuñó jamás las riendas del Imperio con más moderación. Cien veces concediste al contrario vencido un perdón que él te hubiera rehusado de salir vencedor. Yo te vi prodigar también honores y riquezas a muchos que tomaron las armas para derribarte; el mismo día que terminó la guerra acabó la cólera que en ti había provocado, y vencido y vencedor confundieron en los templos sus ofrendas. Como tus soldados se regocijaban por la derrota del enemigo, así el enemigo sentía regocijo por tu triunfo.

Mi causa es mejor; no se me reprochó haber tomado contra ti las armas ni seguido las enseñas del enemigo. Lo juro por el mar, la tierra, los númenes celestes y por la divinidad protectora que resplandece a nuestros ojos. Siempre favorecí tus empresas, príncipe insigne, y siempre fuí tuyo en el fondo del alma, ya que no pude de otra manera. Siempre rogué que penetrases tarde en las celestes moradas; uniendo mi débil súplica a la del pueblo, quemé en tu honor el piadoso incienso y confundí mis votos con los de todos los ciudadanos.

¿A qué recordar aquellos libros que constituyen mi delito, en mil lugares realzados por tu nombre? Fija tu atención en el poema más importante, que déje sin concluir, sobre las metamorfosis increíbles de los mortales; encontrarás allí preconizada tu excelsitud, y a la par cien prendas de mis leales sentimientos. Mis cantos no realzan tu gloria, porque los encomios son incapaces de acrecentarla. La fama de Júpiter es superior; no obstante, gózase oyendo referir sus altos hechos y en prestar asuntos a las canciones de los vates; y cuando se rememoran las batallas que sostuvo con los Gigantes, a no dudarlo, se deleita en sus alabanzas. Otros te celebran en poemas dignos de ti, y entonan tus elogios con más elevado ingenio; pero si Júpiter se cautiva con la sangre derramada en una hecatombe, es igualmente sensible a la ofrenda de los menudos granos de incienso.

¡Ah, qué fiero, qué encarnizado contra mí el enemigo desconocido que te leyó mis frívolas poesías, para que no vieses con espíritu benévolo tus elogios

estampados en otros libros! Si te enconas contra mí, ¿quién podrá ser mi amigo? Difícil me será no odiarme yo a mí mismo. Cuando una casa quebrantada comienza a agrietarse, todo el peso de la misma carga sobre la parte más ruinosa, el edificio entero se resquebraja si los muros se hienden, y los techos se derrumban por su propio peso. Así mis poesías me han concitado el odio público, y la muchedumbre, como debía, se acomodó a imitar tu semblante. Recuerdo que aprobabas mi vida y costumbres cuando pasé revista ante ti en aquel caballo que me regalaste. Enhorabuena que esto no me sirva de nada, porque nada merece el que cumple su deber, pero al menos tampoco di lugar a censuras. Jamás malversé la hacienda de los acusados que se me confiara en los pleitos que juzgaba el tribunal de los centumviros. Como juez intachable resolví sobre los pleitos civiles, y la parte condenada declaró mi rectitud. Misero de mí, si los hechos recientes no me condenasen; pude vivir seguro bajo tu protección, más de una vez acreditada. Los últimos momentos me perdieron; una sola tormenta sepultó en el hondo abismo mi barca, tantas veces incólume; y no me combatieron unas olas aisladas, sino que se lanzaron contra mi cabeza las del Océano entero.

¿Por qué vi lo que vi? ¿Por qué hice delincuentes mis ojos? ¿Por qué conocí mi culpa después de cometer la imprudencia? Acteón por descuido vió a Diana despojada de sus vestiduras, y no por ello dejó de ser la presa de sus perros. Sin duda con respecto a los dioses deben expiarse los crímenes fortuitos, y

el acaso que los ofende no alcanza su perdón; pues desde el día en que me ofuscó una ciega temeridad acarree la pérdida de mi casa, modesta, pero sin tacha, y aunque modesta, esclarecida desde la antigüedad, tanto que a ninguna cede en nobleza. Ciertamente que no gozaba cuantiosas rentas, mas tampoco padeció la estrechez, y un caballero de la misma no llamaba la atención por ninguno de estos extremos. Pero admitiendo su modestia por el caudal y el origen, no quedó sepultada en la obscuridad gracias a mi ingenio, y si he abusado del mismo en mis escarceos juveniles, eso no me impidió conquistar un nombre célebre en todo el universo. La turba de los inteligentes conoce a Nasón y se atreve a contarle entre sus autores favoritos. Así se ha desmoronado esta casa querida de las Musas; una sola falta, bien que grave, precipitó su ruina, cayendo de modo que pueda levantarse, si un día se templara la cólera del César ofendido, cuya clemencia fué tanta en la imposición de la pena, que mi miedo la recelaba menos benigna. Me concediste la vida; tu enojo se detuvo ante la muerte, ¡oh príncipe tan moderado en valerte de tu poderío! Además, como si el concederme la vida fuese poca merced, no confiscaste mi patrimonio, no me condenaste por decreto del Senado, ni se ordenó mi extrañamiento por un juez especial; pronunciando las palabras fatales, así ha de obrar un príncipe, tú mismo, como convenía, dejaste vengada tus ofensas. Añádase que el edicto, ciertamente riguroso y amenazador al menos en la forma, dulcificaba el nombre de la pena, puesto que por él era relegado,

no desterrado, y la sobriedad de los términos aminoraba en parte mi infortunio. Ningún castigo más grave para el hombre sensato y razonable que haber incurrido en el desagrado de tan excelso varón; pero la divinidad no siempre se manifiesta implacable: el día suele resplandecer al ahuyentarse las nubes. Yo vi un olmo cargado de pámpanos y racimos después de herirlo el rayo cruel de Jove; aunque me prohibas esperar, nunca perderé la esperanza; sólo en eso puedo desobedecerte. Cuando pienso en ti, ¡oh el más dulce de los príncipes!, concibo grandes alientos; cuando pienso en mi fatal destino, al punto se desvanecen, y como los vientos que agitan el mar no se desencadenan con el mismo ímpetu y el mismo tenaz furor, sino que a ratos se calman y quedan tan silenciosos que parecen haber depuesto su coraje, así mis temores huyen, vuelven y en incesantes alternativas ya me brindan, ya me niegan el consuelo de verte aplacado.

Por los dioses a quienes ruego te concedan, y te la concederán sin duda, una larga existencia a poco que amen el nombre romano; por la patria segura y pacífica, gracias a tus desvelos paternos, de la que ayer formaba parte entre la muchedumbre, así tus constantes beneficios y claras virtudes hallen su galardón en el amor y la gratitud de la ciudad reconocida. Así Livia goce como tú largos años; Livia, la sola mujer digna de llamarse tu esposa; Livia, que de no existir, debieras renunciar al lazo del matrimonio, por ser la única de quien podías llamarte marido. Así vivas mil años y viva igualmente tu hijo, hasta que entrado en edad ayude a tu vejez en el desvelo de regir el Impe-

rio, y así tus nietos, astros juveniles, sigan las huellas que les señalas tú y su padre, y ojalá la victoria, siempre ligada a la suerte de tus ejércitos, resplandezca de nuevo siguiendo sus favoritas enseñas, envuelta con sus alas protectoras al caudillo de Ausonia, y coloque la corona de laurel sobre la frente del héroe, por cuya mano diriges la guerra, por cuyo esfuerzo combates, al que favoreces con tus auspicios y ayudas con tus dioses; pues con la mitad de tu ser atienes al gobierno de Roma y con la otra mitad sostienes en lejanas tierras una guerra sangrienta. Ojalá vuelva pronto a tu lado vencedor del enemigo y se alce triunfante sobre los corceles coronados de guirnalda. Perdóname, te lo ruego; depón tus dardos crueles, de este mísero harto conocidos; perdona, padre de la patria, y recordando este glorioso nombre, no me quites la esperanza de verte un día aplacado. No te pido mi regreso, aunque es creíble que los potentes dioses dispensan a veces beneficios mayores que los impetrados. Si concedes a mis súplicas destierro menos duro y apartado, me sentiré libre de gran parte de mi condena. Sufro toda suerte de rigores teniendo que vivir entre pueblos hostiles; ningún desterrado se vió jamás tan lejos de su patria. Solo y relegado cerca de las siete desembocaduras del Danubio, sintiendo el influjo de la helada virgen del Parrasia, y la corriente del río apenas me separa de los Jácigas, los de Colcos, los Getas y las hordas de Meterca. Bien que otros hayan sido desterrados por culpas mayores, a ninguno se confinó en tierra tan remota como a mí. Más allá sólo reinan los fríos y los

enemigos, y las ondas del mar convertidas en masas de hielo. El dominio de Roma concluye aquí, a la izquierda del Euxino; pues las comarcas limítrofes se hallan bajo el poder de los Basternas y Sármatas. Este país recién sometido a la dependencia de Ausonia, toca en los últimos límites del Imperio. Por tales razones te suplico que me relegues a sitio menos peligroso, y no me quites la seguridad juntamente con la patria; que no me infundan temor las hordas que el Íster apenas separa de mí, ni se exponga a caer en manos enemigas un súbdito tuyo. Sería oprobioso que, viviendo los Césares, un hombre nacido de la sangre latina arrastrase las cadenas de los bárbaros.

Dos faltas me perdieron: los versos y una ofensa por error; sobre este extremo he de guardar silencio, no valgo tanto que remueva tus heridas, y es demasiado que las hayas padecido una vez. Queda el segundo, la acusación de un torpe delito, el haber dado impúdicas lecciones de adulterio.

Es fácil algunas veces engañar a los espíritus celestes, y son muchas las cosas indignas de tu atención. Como Jove, ocupado en los asuntos del cielo y los dioses, no tiene espacio para atender a cosas insignificantes, así mientras abarcas con la vista el orbe sometido, los negocios de escaso interés escapan a tus desvelos. ¿Ibas, príncipe, a deponer la carga del Imperio por entregarte a la lectura de mis poesías escritas en dísticos? La grandeza del nombre romano que descansa sobre tus hombros, no es peso tan leve que consienta a tu divinidad solazarse con mis frívolos entretenimientos, ni examinar con tus ojos los

frutos de mis ocios. Ya tienes que someter la Panonia, ya la Iliria; ya las armas de Recia o de Tracia provocan tu sobresalto. Ya el Armenio pide la paz y el caballero Partho entrega los arcos y los estandartes que nos arrebató. La Germania te siente rejuvenecido en tu prole, y en vez del gran César, otro César pone fin a la guerra. Por último, en cuerpo tan colosal como jamás ha existido, no hay parte alguna donde vacile tu Imperio. Asimismo te fatiga el gobierno de la ciudad, el sostenimiento de tus leyes y la reforma de las costumbres, que pretendes modelar por las tuyas; no eres dueño de permitirte la tranquilidad que proporcionas al mundo, y una multitud de guerras te quitan el descanso. ¿Había de sorprenderme que, abrumado por el peso de negocios tan importantes, no te hubieres fijado en mis poesías eróticas? Mas sí, lo que me enorgullecerá bastante, hubieses tenido tiempo de hojearlas, no habrías leído nada criminal en mi *Arte*. Confieso que esta obra adolece de falta de gravedad y la creo indigna de ser leída por tan alto príncipe; sin embargo, no encierra enseñanzas contrarias a las leyes, ni van dirigidas a las damas romanas. Porque no dudes, a quienes dicto sus reglas, en uno de los tres libros se estampan estos cuatro versos: «Lejos de aquí, cintas graciosas, emblemas del pudor; y vosotras, largas túnicas que ocultáis los pies de las matronas. Sólo cantamos los hurtos legítimos y permitidos del amor, y los versos corren libres de toda tacha criminal.» Pues ¡qué!, ¿no excluimos con rigor de nuestro *Arte* a cuantas mujeres visten la estola o son respetables por la cinta de

sus cabellos? Se me objetará que la matrona pudiera aprovecharse de sus advertencias escritas para otras, encontrando lecciones no dedicadas a ellas; entonces que se rechace toda lectura, porque toda composición poética puede incitarlas a delinquir. Cualquiera libro que caiga en sus manos, si es inclinada al vicio, servirá para corromperla.

Que tome *Los Anales*, no hay libro menos provocativo, y allí leerá cómo Ilia vino a dar a luz. En el poema que comienza con el nombre de la madre de los romanos, pronto aprenderá que ésta es la hermosa Venus. Yo probaré luego, si me dejan proceder con orden, que todo linaje de poesía es capaz de estragar las costumbres, y no por eso todo libro poético es condenable.

Todo lo que aprovecha puede perjudicar. ¿Qué cosa más útil que el fuego?; no obstante, el malhechor que se dispone a incendiar una casa, agita la tea en sus audaces manos. La Medicina a veces da la salud, a veces la quita, y nos enseña a distinguir las hierbas saludables de las nocivas. El ladrón y el viajero precavido se ciñen la espada: el uno como instrumento de sus fechorías, el otro como medio de defensa. Se estudia la elocuencia para sostener la causa de la justicia, y en ocasiones protege a los criminales y persigue a los inocentes. Así mis poemas, leídos con rectitud de juicio, a nadie causarán el menor daño. El que en mis escritos descubre motivos de escándalo, se equivoca y me difama injustamente. Y cuando yo lo reconociese, ¿no suministran gérmenes de corrupción los mismos juegos? Manda, pues, supri-

mir todos los espectáculos, que fueron cien veces ocasión de fatales caídas, cuando el duro suelo se recubre con la arena del combate. Suprime el circo, porque en él reina segura la licencia y la inocente doncella se sienta al lado de un extranjero. Puesto que algunas pasean en los pórticos y dan citas a sus amantes, ¿por qué no se cierran todos ellos? ¿Hay lugar más augusto que el templo? Evite frecuentarlo la que sienta inclinación a pecar. Cuando penetre en el templo de Jove, el templo de Jove le recordará las muchas mujeres que hizo madres este dios; si va a adorar a Juno en el santuario vecino, pensará en la turba de concubinas que fueron el tormento de la diosa. En presencia de Palas deseará saber por qué esta virgen crió a Erictonio, fruto de un amor delincuente; y si se llega al templo del poderoso Marte alzado por tu munificencia, en la misma puerta verá a Venus junto al dios vengador. Si se sienta en el templo de Isis, querrá averiguar por qué la hija de Saturno la persiguió a través del mar Jonio y el Bósforo, y Venus le traerá al pensamiento a Anquises, la luna al héroe de Latmos y Ceres a Jasón. Todas las estatuas de estas diosas son capaces de corromper a un espíritu inclinado a la maldad, lo cual no impide que permanezcan firmes en sus lugares respectivos.

La primera página de mi libro, dirigido sólo a las meretrices, aparta lejos a las mujeres honestas; si alguna penetra en el santuario sin permiso del sacerdote, ella misma se declara culpable de criminal desobediencia. Mas no juzgo un crimen deleitarse en la lectura de versos galantes. A la mujer honrada se la

permite que lea muchas cosas que no debe hacer. Es frecuente que una matrona de severo ceño contemple desnudas mujeres que se disponen a los combates de Venus. Los ojos de las Vestales ven los inmodestos cuerpos de las cortesanas, sin que les imponga por ello castigo el vigilante de sus actos. ¿Mas por qué reina tan desaforada lascivia en los partos de mi Musa? ¿Por qué mi libro incita al amor? Lo confieso, es un pecado, una culpa manifiesta, y me arrepiento de mi poco seso y maligno ingenio. ¿Por qué no celebré mejor en un nuevo poema las desdichas de Troya arrasada por las armas de los griegos? ¿Por qué no canté a Tebas con las heridas recíprocas de los dos hermanos y las siete puertas encomendadas a siete jefes diferentes? La belicosa Roma me brindaba abundante materia, y es labor meritísima referir los altos hechos de la patria. En suma: debí cantar alguna parte de tus excelsas virtudes, ¡oh César!, que llenas con tu grandeza la redondez del orbe. Como los rayos deslumbrantes del sol atraen las miradas, así tus insignes acciones debieron atraer mi genio.

Soy censurado sin razón; yo labro humilde campo, y aquélla era una obra de opulenta fecundidad. Por el hecho de haber recorrido pequeño lago, no ha de confiarse una barca a las olas del piélagos, y aun acaso dude si es notable mi aptitud en la poesía ligera y sobresalgo en composiciones de corto vuelo; pero si me ordenas cantar a los gigantes aniquilados por el rayo de Júpiter, la carga abrumará mis fuerzas. Las heroicas empresas de César reclaman un vate de riquísima vena, para sostener la obra al nivel del

sujeto. No obstante, me atreví; pero temí luego empañar tu gloria y cometer un sacrilegio que menoscabase tu grandeza. Me dediqué, pues, a obrillas de poco fuste, a poemas que cautivaran a la juventud, encendiendo en mi pecho una falsa pasión. Ojalá no lo hiciera; mas el destino me arrastraba, y el ingenio me ocasionó la desgracia. ¡Ay de mí! ¿Por qué estudié? ¿Por qué mis padres me educaron? ¿Por qué mis ojos aprendieron a distinguir las letras? Merecí tu aborrecimiento por el libertinaje con que, en tu opinión, mi *Arte* mancillaba el lecho del matrimonio, y jamás las casadas aprendieron en mis lecciones a cometer infidelidades, porque nadie puede enseñar lo que apenas conoce, y compuse las delicias de mis tiernos versos sin que la menor hablilla ultrajase mi fama. No hay un solo marido de la ínfima plebe a quien mis erróneos consejos convirtieran en padre dudoso. Créelo: mis costumbres son distintas de mis versos. Mi musa es juguetona; mi proceder, honrado. Gran parte de mis poemas, hijos de la ficción y la fantasía, se permiten atrevimientos que rechaza su autor.

Mi libro no es el espejo del alma, sino un honesto pasatiempo que mira al fin de cautivar los oídos; de otro modo, Accio sería un hombre truculento; Terencio, un parásito, y amigos de reyertas los que cantan guerras atroces. Además, no fui el único que compuso libros a los tiernos amores; el único, sí, castigado por haberlos compuesto. La musa del viejo lírico de Teos, ¿qué nos persuade sino alentar a Venus con repetidas copas? ¿Qué sino el amor enseña Safo

a las doncellas de Lesbos? Y Safo y Anacreonte vivieron siempre sin peligro. Tampoco perjudicó al hijo de Bato haber confesado repetidas veces al lector sus íntimas satisfacciones. La intriga amorosa nunca falta en las comedias de Menandro, y son la lectura favorita de jóvenes y doncellas; la misma *Ilíada*, ¿es más que la historia de una torpe adúltera cuya posesión se disputan el esposo y el amante? El poema principia con la llama que encendió Briseida y la cólera que por el rapto de esta joven estalló entre los jefes. Y *La Odisea*, ¿no retrata a una esposa que durante la ausencia de su marido se vió solicitada por muchos pretendientes? ¿Quién sino el cantor de Meonia cuenta la sorpresa de Venus y Marte, cogidos en el lecho del placer? ¿Por quién sino por las noticias del gran Homero sabríamos que dos diosas se enamoraron de su huésped? Vence la tragedia en gravedad a todo género de poesía, y los asuntos amorosos constituyen su fondo. ¿Qué vemos en Hipólito? La ciega pasión de una madrastra, y Cánace es deudora de la celebridad al amor que sintió por su hermano. Pelops, el de la ebúrnea espalda, en alas del amor, ¿no guió su carro, tirado por los corceles frigios, hasta Pisa? La desesperación de un amor ultrajado, ¿no impulsó a una madre a clavar el hierro en las entrañas de sus hijos? El mismo transformó de pronto en aves a un rey y su concubina, con aquella madre que todavía llora a su querido Itis. Si el hermano de Eope no concibiese una incestuosa pasión, no leeríamos que los caballos del Sol retrocedieron espantados; ni la impía Escila hubiese calzado el co-

turno trágico, de no impulsarla el amor a cortar los cabellos de su padre. Al leer a Electra y a Orestes en su loco frenesí, lees el crimen de Egisto y de la hija de Tíndaro. ¿Qué decir del intrépido varón que domó la Quimera, a quien por poco mató la pérfida que le hospedaba? ¿Qué de Hermíone y la doncella hija de Esqueneo, y la profetisa amada por el rey de Micenas? ¿Qué de Dánae y su nuera, de la madre de Baco, de Hemón y de aquella en cuyo obsequio se unieron dos noches? ¿Hablaré del yerno de Pelias, de Teseo y del Pelasgo, que arribó el primero con su nave al litoral de Ilión? Suma también a Jole, la madre de Pirro, la esposa de Hércules, el hermoso Hílas y el joven Ganimedes. El tiempo me faltará si pretendo enumerar todas las tragedias del amor, y apenas ofrecerá mi libro una escueta lista de nombres. Del mismo modo la tragedia ha descendido a obscenas bufonerías, vertiendo multitud de frases ofensivas al pudor. No perjudicó al poeta que pintó a Aquiles afeminado ultrajar en verso las empresas esforzadas del héroe. Aristides trazó el cuadro de los vicios que se reprochaban a los de Mileto, y no por eso fué expulsado de la ciudad; ni Eubio, autor de un libro nefando, que enseña a las mujeres el empleo de los abortivos; ni el autor que hace poco compuso *Los Sibaritas* tuvo que huir; ni se desterró a las mujeres que pregonaron sus goces voluptuosos; confundidos se ven sus libros con las obras monumentales de los sabios, y puestos a disposición del público por la munificencia de nuestros caudillos. Y por que no arguyas que me defiendo con armas extranjeras, en

la poesía romana hallarás a granel las procacidades.

El grave Eunio empuñó la trompa bélica en honor de Marte, ingenio sobresaliente, pero rudo y sin artificio. Lucrecio explica las causas del fuego devorador y vaticina la destrucción de los tres elementos del mundo; pero el lascivo Catulo canta repetidas veces a su amiga, oculta bajo el seudónimo de Lesbia, y no satisfecho, divulga otros cien amoríos, confesando sin rubor tratos adúlteros. Iguales o parecidas licencias se permitió el liliputiense Calvo, descubriendo sus hurtos de varios modos. ¿A qué hablar de Tícidas y los versos de Memmio, que desterraron el pudor en los asuntos y en las palabras? Cinna es un compadre de éstos; Anser, todavía más procaz que Cinna, y muelles las poesías de Cornificio, lo mismo que las de Catón y las de los libros de Metelo, donde ya aparece el simulado nombre de Perila, ya el verdadero. El poeta que condujo la nave de Argos a las riberas del Fasis no supo callar sus secretos placeres, y no son más decorosos los cantos de Hortensio o los de Servio; ¿y quién vacilará en imitar tan notables modelos? Sisenna tradujo a Arístides, sin que le perjudicase el afean sus libros históricos con torpes bufonadas. No llenó de oprobio a Galo el celebrar a Licoris, sino el haber desatado la lengua por exceso en la bebida. Tibulo se siente poco dispuesto a creer en los juramentos de la que engaña con las mismas protestas a su esposo; confiesa que aconsejó a las casadas burlar a sus guardianes, y se lamenta de sufrir él mismo las consecuencias de sus lecciones. A veces, con el pretexto de admirar el diamante o el

sello de su amada, recuerda que aprovechó la ocasión para cogerle la mano, y refiere que otras la habló con los dedos y los gestos, o trazando mudos caracteres en la redonda mesa, y las adoctrina en conocer los jugos que borran las manchas lívidas de la carne que lleva impresas las señales de los dientes, y por fin tiene la audacia de pedir al marido poco celoso que le permita los tratos con su mujer para que no multiplique las infidelidades. Sabe a quién ladran los perros cuando él solo ronda una casa, y por qué tose tantas veces ante una puerta cerrada; enseña mil astucias de este jaez, y advierte a las casadas cómo lograrán burlar a sus maridos, lo cual no le ocasionó ningún percance. Y Tibulo es leído, agrada a todos y ya era bien conocido cuando subiste al Imperio. Encontrarás iguales lecciones en el tierno Propercio, que no fué notado por ello con la menor infamia. Yo le sucedí, puesto que la prudencia me veda citar los autores insignes que viven, y confieso no haber temido que donde navegaron tantas barcas fuese a naufragar la mía, salvándose las demás.

Otros escribieron libros sobre los juegos de azar, vicio grande en opinión de nuestros antepasados; el valor de las tabas y la habilidad de echarlas para sacar el punto mejor, evitando el can funesto; los números que se señalan en los dados y el modo de arrojar éstos, a fin de conseguir las cifras anheladas y salir ganancioso con su combinación; explicaron cómo avanzan los peones de color diferente en línea recta, y por qué una pieza cae prisionera si la atacan dos enemigos; el arte de moverla y proteger su retirada,

que no se efectúa sobre seguro si otra no la acompaña. En un reducido tablero se colocan dos líneas de piedrezuelas, y gana la partida el que sabe sostenerlas de frente. Hay otros muchos juegos — no me voy a ocupar de todos — con que se pierde el tiempo, que es un bien precioso. Hubo poetas que cantaron las pelotas de diversas formas y el modo de jugarlas. Éste enseña el arte de nadar; aquél, el del troco; quién dicta reglas para pintar el semblante o prescribe las leyes de los banquetes y las recepciones; quién nos da a conocer la tierra de que se fabrican los barrros cocidos, y la mejor para preservar el vino de toda impureza: tales son los pasatiempos propios de los brumosos días de diciembre que no acarrearón mal a nadie.

Seducido por estos ejemplos, yo también compuse versos juguetones; pero el fatal castigo me alcanzó a consecuencia de mis juegos. Entre tantos escritores, excepto yo, no conozco uno solo a quien perdiera su musa. ¿Qué me habría sucedido si hubiera escrito las representaciones obscenas de los mimos, donde siempre se desarrolla una acción criminal, y en los que alternan siempre un adúltero imprudente y una esposa infiel que se burla de su necio marido? Sin embargo, las doncellas, las matronas, los esposos, los mozalbetes y gran parte de los senadores asisten a su representación, y no sólo acostumbran a corromper los oídos con voces incestuosas, pues también los ojos tienen que sufrir espectáculos de gran depravación. Cuando el amante burla al marido con alguna nueva estratagema, se le aplaude y decreta la pal-

ma en medio del mayor entusiasmo; y lo que es más pernicioso todavía, el poeta se lucra con su engendro criminal, y el pretor lo paga a alto precio. Reflexiona, Augusto, sobre el coste de tus juegos públicos, y verás que tales piezas te han salido harto caras; que fuiste espectador de las mismas, y que las ofreciste a los demás: tanto se une en ti la majestad a la benevolencia; y que viste tranquilo en la escena tales adulterios, con esos ojos que velan por la seguridad del orbe. Si es lícito escribir mimos que rebosan la obscenidad, la materia que yo traté merece pena menor. Tal vez el escenario autoriza cualquier atrevimiento en este género de comedia, y permite decir en los mimos las más licenciosas osadías. Mis poemas se representaron muchas veces ante el pueblo por medio del baile, y en varias ocasiones puse en ellos los ojos.

Tampoco es un secreto que en tus palacios resplandecen, pintadas por la mano de hábiles artistas, las figuras de los héroes antiguos, y que en sitio de terminado cuelgan pequeñas tablas que representan escenas de amor y retratos de Venus. Allí se aparece el rostro de Telamón ardiendo de cólera, la bárbara madre cuyos ojos publican su crimen, y la misma Venus, que seca con la mano sus húmedos cabellos, como si aun estuviese cubierta por la onda que la dió a luz. Unos cantan la guerra erizada de dardos cruentos; otros, las hazañas de tus antepasados o las tuyas. La Naturaleza, envidiosa, me redujo a vivir en estrechos límites, por las débiles fuerzas de mi numen. No obstante, el autor de *La Eneida*, tu poema

favorito, llevó al héroe y sus armas al lecho de la reina de Cartago, y ningún episodio se lee en toda la obra con tanto interés como estos amores no sancionados por un legítimo himeneo. El mismo, siendo joven, describió en sus poesías bucólicas la pasión, llena de ternura, de las Filis y Amarilis, y nosotros, que delinquimos ha tiempo en un solo poema, vemos castigada con un nuevo suplicio la antigua culpa, pues sus dísticos vieron la luz desempeñando tú la censura, y me dejaste pasar tantas veces como un cumplido caballero. Así, la obra que mi imprudencia no estimaba peligrosa en la juvenil edad, me acarrió la ruina en la vejez. Tarde llegó la pena impuesta a mi antiguo libro, y ya muy alejada del tiempo en que la culpa se había cometido. No por eso vayas a creer que mis restantes obras son de la misma índole; en varias ocasiones desplegó mi barca velas mayores. Publiqué seis meses de *Fastos*, cada uno de los cuales finaliza con el mes respectivo. Este poema, César, se escribió bajo el amparo de tu nombre, y mi suerte fatal vino a interrumpir un trabajo a ti dedicado. Dimos asimismo al coturno trágico las desventuras reales en el tono que conviene a la majestad de la tragedia, y aunque falte a la empresa comenzada la última lima, he narrado las transformaciones prodigiosas de los seres, y así temples un tanto la indignación de tu ánimo y ordenes que te lean en momentos de descanso algunas páginas de este poema, que empieza desde el primer origen del mundo y acaba en tu época, y verás cuánto brío prestaste a mi inspiración y con cuánto entusiasmo escribo de ti y de los tuyos.

Yo nunca perseguí a nadie con mis versos mordaces, ni acusé con ellos los delitos de nadie; incapaz de ofender, nunca mezclé la hiel a mis festivas sales, y en ninguna de mis cartas descubrirás un rasgo emponzoñado; y entre tantos ciudadanos y tantos miles de versos como compuse, soy el único a quien hirió mi Calíope. Me atrevo a sospechar que ningún romano se alegra de mis desgracias, y muchos las lamentan. No me resuelvo a creer que haya quien me ultraje por mi caída, si mi bondad se paga con el debido reconocimiento. Puedan estas razones y otras muchas inclinar en mi favor tu divinidad, ¡oh padre, salud y defensa de la patria! No te suplico que me permitas regresar a Ausonia, como un día acaso no te desarme la duración excesiva de mi pena, sino un destierro más seguro y tranquilo, para que el castigo sea proporcionado a la culpa.

LIBRO TERCERO

ELEGÍA I

Obra de un desterrado, penetro temblorosa en esta ciudad, adonde me envían; amigo lector, tiende tu mano benévola al viajero muerto de cansancio; no temas que mis páginas sean para ti motivos de vergüenza: ningún verso de mi epístola habla de amor. La fortuna de mi desdichado dueño no consiente disfrazar sus dolores con bromas de mal gusto; aunque demasiado tarde, ¡ay!, condena y abomina ese *Arte* que por su daño compuso en los días de la verde juventud. Hojea mi contenido; no verás en él más que tristezas, y las voces suenan en armonía con las circunstancias. Si notas que cojean y se detienen cada dos versos, es por razón del metro o lo largo del camino. No resplandezco con el aceite de cedro, ni estoy pulido con la piedra pómez, porque me ruboriza andar más elegante que mi dueño. Si las líneas están afeadas por algunas tachas, el mismo poeta las produjo con sus lágrimas; y si te ofenden ciertas expresiones poco latinas, ten en cuenta que se escribieron en tierra de bárbaros. Lectores, decidme, si no os molesto, ¿qué vía debo seguir y a qué punto dirigirme, como extranjero que soy en la ciudad? No bien mi lengua indecisa pronunció con timidez

estas palabras, hallé con dificultad un solo hombre que quisiera indicarme el camino. Los dioses te den lo que no conceden a mi padre : vivir tranquilo en el seno de la patria. Ea, condúceme; ya te sigo, por más que llegue cansado de atravesar tierras y mares, desde comarcas remotas. Accedió, y guiando mis pasos, dijo: «Éste es el foro de César, ésta es la vía que por sus templos se llama Sagrada. Aquí se abre el santuario de Vesta, que guarda el Paladión y el fuego eterno; aquí se levanta el modesto palacio del antiguo Numa»; y de aquí pasando a la derecha, me dice: «Ésta es la puerta Palatina; éste el templo de Estator, donde tuvo su principio Roma.» Mientras miro tales monumentos, veo resplandecer con trofeos de armas un pórtico suntuoso, morada digna de un dios, y pregunté: «¿Es el templo de Jove?»; porque una corona de encina daba indicios a tal conjetura. Luego que conocí quién era su señor, exclamé: «No me engaño, cierto, es la mansión del potente Júpiter; mas ¿por qué reverdece el laurel ante la puerta, y rodea la entrada del augusto palacio con su opaco follaje? ¿Tal vez por los incesantes triunfos obtenidos, o porque fué amado siempre del dios de Léucade? ¿Es señal de la alegría que disfruta, o de la que difunde por todas partes, o el emblema de la paz con que ha tranquilizado el Universo? Como el verdor eterno del laurel y sus hojas, que nunca caen marchitas, así ella goza de gloria inmortal. Una inscripción declara el significado de la corona de encina, advirtiéndonos que se debe a sus esfuerzos la salud de los ciudadanos. Salva también, padre clementísi-

mo, a un ciudadano que yace relegado en la extremidad del mundo, cuyo castigo, que confiesa haber merecido, no se le impuso a consecuencia de un crimen, sino de un error excusable. ¡Desgraciado de mí!; me espanta el sitio, venero a su señor, y noto mis letras trazadas por una mano temblorosa. ¿No ves cómo palidece el color de la carta, y se encogen de miedo sus líneas desiguales? Quiera el Cielo aplacarte un día con respecto a mi padre, y que yo te vea, sacra mansión, habitada por sus actuales dueños.» De allí, siguiendo nuestro camino, subimos por excelsas gradas al marmóreo templo del dios de intonsa cabellera, donde, entre columnas talladas en tierras remotas, se admiran las estatuas de las Danaides y de su bárbaro padre con el acero desnudo, y dentro las doctas concepciones de sabios, antiguos y modernos, ofreciéndose a la curiosidad del lector. Allí buscaba a mis hermanos, fuera de aquellos que su mismo padre quisiera no haber escrito, y los buscaba en vano, cuando el guardián encargado de su custodia me ordenó salir de tan santos lugares. Me dirijo a otro templo próximo al vecino teatro, y en donde igualmente se me prohibía poner los pies; la libertad me impidió atravesar el atrio de este primer santuario abierto a mis poemas instructivos. La fatalidad del mísero autor recae sobre la descendencia, y nosotros sus hijos estamos como él condenados a destierro. Acaso un día César, menos severo con el poeta y sus libros, se deje desarmar por la duración del castigo. Dioses y tú, César, la divinidad de más poderío (no he de dirigirme a la turba de los inmor-

tales), os suplico que escuchéis mis votos. En el ínterin, puesto que se me rehusa un asilo público, me ocultaré en cualquier casa particular. Vosotras, manos plebeyas, si se os permite, acoged mis versos, abatidos por el rubor de la repulsa.

II

Estaba reservado a mis destinos visitar la Escitia y la tierra situada bajo la constelación de la hija de Licaón; vosotras, Piérides, doctas hijas de Latona, no socorristeis a vuestro sacerdote; de nada me aprovechó que en mis entretenimientos no se ocultara ningún crimen y que mi vida fuese aún menos reprehensible que mi musa: después de afrontar grandes peligros en mar y tierra, me veo condenado a los fríos rigurosos del Ponto. Yo, enemigo de los negocios y nacido para el sosiego tranquilo; yo, que era delicado e incapaz de soportar las fatigas, al presente padezco extremados rigores, y el mar sin puerto de refugio y las penosas vicisitudes del viaje fueron impotentes para perderme. Mi ánimo sufrió penalidades sinnúmero, y con las fuerzas que el cuerpo le prestaba pudo resistir lo que parecía insoportable. Pero cuando me puso entre la vida y la muerte el furor de los vientos y las olas, la misma ansiedad adormecía las cuitas de mi enfermo corazón; después que el viaje ha terminado, y el descanso ha puesto fin a sus peripecias, y he fijado las plantas en el lugar de mi destierro, ya sólo me consuelan las lágrimas, que saltan de mis

ojos más abundantes que el agua de las nieves en primavera. Pienso en Roma, en mi casa, en aquellos sitios tan deseados y en cuanto me queda en la ciudad para siempre perdida. ¡Ay de mí, que llamé tantas veces a las puertas del sepulcro y no se abrieron jamás! ¿Por qué evité el filo de tantas espadas? ¿Por qué no sepultó mi cabeza en el abismo ninguna de las tempestades que tantas veces me amenazaron? ¡Oh dioses, que experimenté harto ceñudos y asociados a la cólera de otro dios!, yo os conjuro a que estimuléis mis hados tardíos, y que cesen de permanecer cerradas las puertas de mi sepulcro.

III

Si acaso te sorprende mi carta escrita por mano extraña, sabe que estaba enfermo, sí, enfermo, en los remotos confines de un mundo desconocido, y poco seguro de mi remedio. Figúrate cuál será la prostración de mi ánimo languideciendo en una tierra odiosa, entre los Sármatas y los Getas; no resisto el clima, no me acostumbro a beber estas aguas, y no sé por qué tengo aversión al país. Mi casa es incómoda, los alimentos nocivos al estómago, y ni encuentro quien distraiga mis pesares con el trato de las Musas, ni un solo amigo que me consuele y con su conversación abrevie las cansadas horas. Languidezco, abatido, en los últimos pueblos del mundo habitado, y en mi abatimiento suspiro por las mil cosas que me faltan. Tú, querida esposa, vences todos estos recuer-

dos y ocupas la mejor parte de mi ser. Hablo contigo en la ausencia, mi voz te llama a ti sola, y no transcurre día ni noche sin pensar en ti. ¿Qué más? Oigo decir que en los momentos de fiebre tu nombre suena siempre en mi boca delirante. Si mi lengua desfalleciese, y pegada al paladar no se reanimara al calor de un vino generoso, a la noticia de tu llegada recobraría el movimiento, y la esperanza de verte me prestaría vigor. Yo estoy aquí entre la vida y la muerte, y acaso tú allá, olvidando mis trabajos, pasas alegres los días; pero no, carísima esposa, lo sé y lo afirmo: sin mí, tus horas tienen que resbalar en la tristeza. Si al cabo se cumplió el plazo señalado a mi destierro, y toco al término de la breve existencia, ¿qué os costaba, potentes dioses, perdonar al moribundo y permitir que al menos fuera sepultado en el suelo patrio, o que su castigo se difiriese hasta el momento de la muerte, o que ésta se precipitase anticipándose al destierro? ¿Conque he de perecer tan lejos, en ignotas playas, y a mi triste muerte se añadirá el horror de estos lugares? ¿Mi cuerpo exánime no reposará en el lecho acostumbrado; no habrá quien llore en mis funerales; las lágrimas de una esposa no vendrán a regar mi rostro, ni a detener un instante el alma fugitiva? ¿No dictaré mi postrer voluntad después de la última despedida? ¿La mano de un amigo no cerrará mis ojos sin luz? ¿Y sin fúnebres exequias, sin el honor del sepulcro ni el tributo del llanto, una tierra extranjera cubrirá mis infelices despojos? ¿Y tú, al oír estas nuevas, no sentirás turbada el alma, y no golpearás tu fiel pecho con mano temblorosa, y ten-

diendo los brazos hacia estas regiones, no pronunciarás en vano el nombre de tu desvalido esposo? ¡Ah!, cesa de martirizar tus mejillas y arrancarte el cabello, luz de mi vida; no es la vez única que me robaron a tu cariño; imagina que perecí al perder la patria; aquella muerte fué la primera y más cruel para mí. Ahora, amantísima esposa, si puedes, yo creo que no, regocíjate de que la muerte ponga fin a tantas desdichas como me asaltan. Lo que sí puedes es afrontar el dolor, sobrellevándolo con animoso brío: desde larga fecha hubiste de aprender lecciones de fortaleza. Pluguiese al Cielo que el alma pereciera con el cuerpo, y que ninguna parte del mío escapase a la llama devoradora; pues si el espíritu, de esencia inmortal, vuela a los sublimes espacios, confirmando la doctrina del viejo de Samos, la sombra de un romano vagará eternamente entre las de los Sármatas, siempre extranjera para sus bárbaros manes. Transporta a Roma en pequeña urna mis cenizas, y así, después de muerto, no me veré desterrado. Esto nadie te lo prohíbe. Una princesa de Tebas desobedeció las órdenes del rey dando sepultura al hermano que acababa de morir. Mezcla mis restos con hojas y polvo de amono, deposítalos en tierra cerca de los muros de la ciudad, y grabá en el mármol del túmulo con gruesos caracteres estos versos, que lean los ojos fugitivos del viandante: «Aquí reposo yo, el cantor de los tiernos amores, el poeta Nasón, perdido por su ingenio ¡Oh tú, pasajero!, si amaste algún día, no rehusés exclamar: «En paz descansan las cenizas de Nasón.» Esto basta para epita-

fio, pues mis obras serán un monumento más excelso y perdurable, y abrigo la confianza, aunque perdieron a su autor, que han de asegurarme renombre y gloria inmortal. No olvides llevar los fúnebres presentes a mi tumba, y adórnala con guirnaldas humedecidas con lágrimas. Aunque el fuego haya convertido mi cuerpo en cenizas, sus tristes reliquias serán sensibles a la piadosa ofrenda. Quisiera escribir mucho más, pero mi voz cansada y mi boca seca me privan de aliento para dictar. Recibe acaso el postrer recuerdo de mis labios, y goza la salud que no tiene quien te la envía.

IV

¡Oh tú, que siempre me fuiste querido de verdad, y a quien conocí en los días adversos que me trajeron la ruina!, cree a un amigo aleccionado por la experiencia, vive para ti y huye lejos de los nombres ilustres; vive para ti, y en cuanto puedas evita lo deslumbrante. El rayo asolador descende del alcázar celeste, pues si bien sólo los poderosos pueden ser útiles, no quiero nada del que puede causarme daño. La antena recogida burla a la deshecha tempestad, y la vela grande corre más peligro que la humilde. Ves cómo una leve corteza sobrenada en la superficie de las aguas, mientras el plomo de la red la sumerge en el fondo. Si yo me hubiera guiado por estos avisos que doy ahora, tal vez viviera en la ciudad que se me debe. Mientras viví con

tigo, mientras un soplo lejano impulsaba mi barca, bogueé siempre por tranquilas ondas. El que cae en suelo llano, lo que sucede raras veces, cae de modo que se puede levantar presto de la tierra apenas tocada; mas el mísero Elpenor, arrojado de lo alto del palacio, apareció ante su rey como una leve sombra. ¿Por qué se vió a Dédalo agitar sin riesgo las alas, y a Ícaro dar su nombre a la inmensa llanura? Porque éste volaba muy alto y aquél con brío menos audaz: uno y otro llevaban alas que no les pertenecían. Créeme: vive bien el que vive ignorado, y cada cual debiera permanecer en los términos de su fortuna. Eumedes no hubiera perdido a su hijo, si este insensato no se apasionara por los caballos de Aquiles. Merops no viera a Faetón abrasado por el rayo y a sus hijas convertidas en árboles, si su vástago se contentara con tenerlo por padre. Tú, pues, teme la elevación, y advertido por estos escarmientos, recoge las velas ambiciosas. Eres digno de recorrer las etapas de la vida sin lastimarte las plantas, y gozar de prósperos destinos. Mereces los votos que hago en tu favor por tu afecto y lealtad, que nunca se borrarán de mi memoria. Yo te oí lamentar mi suerte con tan extremado dolor, como el que sin duda retrataba mi aspecto. Sentí tus lágrimas resbalar por mi semblante, y las apuré junto con el testimonio de tu fidelidad. Ahora igualmente defiendes al amigo desterrado y le confortas en sus trabajos, que apenas admiten consuelo. Vive exento de envidia; deja deslizar sin gloria tus días tranquilos; busca los amigos entre tus iguales, y ama el nombre de Nasón, que

aun no ha sido desterrado; el Ponto de Escitia posee lo demás.

Habito una comarca próxima a la constelación de la Osa de Erimanto, tierra endurecida por el frío glacial. Más allá se ven el Bósforo, el Tánais, los pantanos Escíticos y algunos pocos lugares de nombres desconocidos; detrás nada, sino campos inhabitables por el rigor del clima. ¡Ah, cuán vecino soy de la última tierra del orbe! Mi patria está lejos, lejos mi carísima esposa, y cuanto me es amado después de la una y la otra. Pero si vivo apartado de tales seres, si no alcanzo a percibirlos por el sentido, los veo cómo se reproducen en mi imaginación, y pasan ante mis ojos la casa, la ciudad, el aspecto de los lugares y los varios sucesos en ellos representados. La cara de mi esposa la tengo como presente a la vista; ella agrava mis padecimientos, y ella los alivia: los agrava por su ausencia, y los alivia con el amor que me profesa y la entereza en soportar la carga que la abruma. También vosotros, amigos, vivís impresos en mi corazón, y desearía nombrar a cada uno en particular; pero un temor prudente reprime mis ímpetus; sospecho que no queréis ser nombrados individualmente en mis escritos. Antes lo deseabais, considerando como un alto honor que vuestros nombres se leyesen en mis poemas. En esta incertidumbre, hablaré a cada cual en lo íntimo del pecho, y no daré motivo a vuestros temores; mis versos no revelarán quiénes son los amigos que prefieren pasar ignorados. Los que me amaron en secreto, que continúen amándome todavía. No obstante, sabed que aun relegado a este

lejano país, os tengo siempre presentes en el alma. Según lo que alcance cada cual, esfuércese por endulzar parte de mis amarguras, y no me rehuséis en el destierro vuestra mano generosa. Así os sonría siempre la próspera fortuna y no tengáis que implorar el auxilio ajeno fustigados por mi suerte cruel.

V

Tuve contigo una amistad tan poco íntima, que sin esfuerzo podrías negarla, y acaso no me hubieses estrechado con efusión en tus brazos, si un viento bonancible impulsara siempre mi nave. Cuando caí, por miedo de verse envueltos en la ruina, todos, volviendo la espalda, huyeron mi peligrosa amistad; mientras tú te acercaste al hombre herido por el rayo de Jove y pisaste los umbrales de su casa consternada. Amigo de ayer a quien había tratado poco tiempo, hiciste por mí lo que apenas hicieron dos o tres de los antiguos. Yo noté la confusión de tu semblante, vista que me impresionó; vi tu cara humedecida por el llanto y más pálida que la mía, y atento a las lágrimas que avaloraban cada una de tus palabras, abrevé mi boca con aquéllas y con éstas mis oídos. Recibí los abrazos con que estrechabas mi cuello abatido, y tus besos entrecortados por los sollozos. En la ausencia me defendiste con todas tus fuerzas, buen amigo; ya sabes que esta voz ocupa el lugar de tu verdadero nombre, y todavía me diste mayores pruebas de inequívoca abnegación que nun-

ca se borrará de mi memoria. Los dioses te concedan medios para defender siempre a los amigos, y empléalos en más favorables circunstancias. Si en el ínterin preguntas, lo que en ti hallo verosímil, qué hago perdido en estas comarcas, te diré que aliento débil esperanza; no pretendas arrebatármela, de desenojar a una divinidad ofendida, y ya confie sin motivo, ya realice al cabo mi anhelo, quiero que me persuadas de la posibilidad de alcanzarlo, y pongas a contribución tu elocuencia demostrándome que mis votos pueden ser escuchados.

Cuanto más alta la persona, mejor se suele aplacar; las almas generosas se conmueven fácilmente. Basta al magnánimo león postrar a su víctima, y pone fin a la lucha así que la ha rendido; pero el lobo, el oso repulsivo y las fieras menos nobles, se encarnizan con sus presas moribundas. ¿En quién llamamos la fortaleza de Aquiles ante los muros de Troya?, y se declaró vencido por el llanto del viejo rey de Dardania. Con la magnificencia de su pompa funeral atestigua Poros la suprema generosidad del caudillo de Ematia. Y por no alegar ejemplos de los mortales que refrenaron sus ímpetus iracundos, hoy es el yerno de Juno el que antes fué su enemigo. En fin, no me resigno a desesperar de mi salvación, porque el origen de mi castigo no es un crimen que mana sangre.

Yo no intenté políticos trastornos amenazando la cabeza de César, que es la del orbe; yo no dije nada; mi lengua no pronunció ningún ultraje ni deslizó frases ofensivas en un momento de embriaguez; soy cas-

tigado porque mis ojos involuntariamente vieron un crimen, y mi falta se reduce a no haber estado ciego. En verdad no pretendo excusar enteramente mi culpa, pero su parte más punible estriba en un error; por eso abrigo la esperanza de que consigas aminorar mi pena, conmutándoseme el lugar del destierro, y ojalá el lucero de la mañana, precursor del sol resplandeciente, en su rápido corcel me traiga pronto día tan anhelado.

VI

Ni quieres disimular, caro amigo, los lazos de amistad que nos unen, ni podrías, si por ventura lo quisieses. Mientras me fué permitido, no hubo para mí persona más grata que tú, ni en toda la ciudad quien te estimase más que yo. A tal punto se divulgó nuestra cordialidad, que era más conocida que nosotros mismos. El candor de tu alma en las efusiones amistosas vióse reconocido por el mortal a quien rendías culto. Nada me ocultabas, de todo me hacías partícipe, depositabas en mi pecho multitud de secretos, y a la vez eras el único a quien comuniqué los míos, excepto el suceso que ocasionó mi ruina. Si yo te lo hubiese revelado, aun gozarías de tu feliz amigo, salvo y sano gracias a tus consejos; pero el hado me impulsaba con fuerza a merecer el castigo, y me cerró todo camino de salvación. Tal vez la prudencia pudo evitar mi desgracia, tal vez la razón se estrella siempre contra el hado. Mas tú que me estás unido por tan larga intimidad; tú, cuya separación me produ-

ce el pesar más hondo, no me olvides, y si gozas de algún favor, te suplico que lo aproveches en el mío, para que temples la cólera del dios a quien ofendí, y mi pena se mitigue con el cambio del lugar de destierro.

VII

Carta escrita con precipitación y fiel mensajera de mis pensamientos, ve a saludar a Perila. Encontrárasla sentada junto a su dulce madre, o entretenida con los libros y las Musas; pero abandonará sus ocupaciones así que sepa tu llegada, y sin tardar te preguntará por el motivo del viaje, el estado en que me dejaste y las tareas a que me dedico. Le dirás que vivo de tal modo que prefiero la muerte, y que la duración de mi pena no me reporta ningún alivio; que he vuelto al cultivo de las Musas que tanto daño me acarrearón, y a combinar voces que se presten a versos desiguales. A la vez le preguntarás: «¿Tú prosigues en nuestros comunes estudios, y compones doctos poemas hoy desusados en Roma?» La Naturaleza y los hados te dieron púdicas costumbres, raras cualidades y notable ingenio. Yo fuí el primero que encaminó tus pasos a la fuente Hipocrene, y no para ver cómo perecía desastrosamente la vena de tu inspiración; el primero que la descubrió en tus tiernos años, y tu guía y compañero como un padre lo es de su hija. Si todavía abrasa este fuego tu pecho, sólo la poetisa de Lesbos vencerá tus poemas magistrales. Pero temo que mi fortuna acorte tus vue-

los, y que tras mi caída tu espíritu permanezca inactivo. Cuando nos fué lícito me leías gustosa tus versos, yo te recitaba los míos, y era con frecuencia tu juez y tu maestro. Yo prestaba atento oído a tus poesías recién acabadas, y corregía los desmayos de tu vena. Acaso con el ejemplo del daño que mis libros me atrajeron, recelas que te toque parte de mi condenación. No temas, Perila; mas tampoco desvíes a ninguna de sus deberes, y que ninguna aprenda el amor en tus escritos. Así, rechaza, mujer ilustre, los pretextos de la ociosidad, y vuelve al cultivo de las bellas artes, tu religión favorita. La hermosura de tu rostro sentirá los estragos de los años; un día surcarán tu frente las arrugas del tiempo pasado, y pondrá las manos en tu beldad la senectud caduca que nos acomete con pasos silenciosos, y cuando alguien exclame: «Hermosa fué esta mujer», te dolerás y quisieras que el espejo te engañase.

Posees módicas rentas, aunque dignísima de mayores; imagínate que compiten con riquezas inmensas, pues la fortuna caprichosa las da y quita a quien se le antoja, y el que ayer era un Crespo se convierte de súbito en el pobre Iro. ¿A qué detenerme en pequeñeces? Quanto poseemos es deleznable, excepto las dotes del ánimo y el corazón; mírate en mí, privado de la patria, de mi casa, de vuestra compañía, y despojado de cuanto se me podía quitar, me entretengo y disfruto con mi ingenio, lo único que César no tiene derecho a perseguir. Cualquiera mano armada de acero cruel podría arrancarme la vida; pero después de muerto me sobrevivirá la fama, y seré

leído mientras Roma vencedora contemple desde sus siete colinas la redondez del orbe dominado por sus armas. Y tú, a cuyos talentos deseo destinos más felices que los míos, evita también, ya que puedes, el perecer del todo en la hoguera.

VIII

Ahora desearía montar el carro de Triptolemo, el que depositó en la inculta tierra las primeras semillas, ahora quisiera regir los dragones con cuyo auxilio Medea se fugó, ¡oh Corinto!, de tu ciudadela, ahora me arrojaría a tomar audaces alas, fuesen las de Perseo o las de Dédalo, para hendir con rápida marcha las tenues auras, y contemplar de repente el dulce suelo de la patria, el aspecto de mi desierta casa, los fieles amigos y, sobre todo, el rostro de mi queridísima esposa. Insensato, ¿por qué formas esos vanos y pueriles votos que ningún día ve ni verá realizados? Si has de suplicar alguna vez, adora el numen de Augusto y eleva humilde tus plegarias al dios cuyo enojo experimentaste. Él sólo te traerá las alas y los carros voladores; así que te permita el regreso, al instante emprenderás el vuelo.

Si impetrase este favor, el más grande que podría apetecer, temo que mis votos pareciesen demasiado ambiciosos. Tal vez un día, cuando su cólera se haya saciado, se me proporcione entonces la ocasión de rogarle con vivas instancias. En el ínterin solicitaré más pequeña merced, y para mí será muy gran-

de, que me ordene salir de esta región adonde le plazca. Aquí me dañan las aguas, el clima, la tierra y el aire, y una postración crónica aniquila mi organismo; sea que el contagio de la mente enferma se comunique a los miembros, sea que resida la causa de mi dolencia en la naturaleza del país. Desde que arribé al Ponto, los insomnios me fatigan, la demarcación casi descubre mis huesos y los alimentos me repugnan al paladar. En mi faz y mi cuerpo se retrata la palidez que en las primeras ráfagas otoñales seca las hojas heridas por los hielos precursores del invierno: me siento incapaz de restaurar las fuerzas perdidas y nunca faltan motivos a mis lamentaciones. Mi ánimo gime tan decaído como mi cuerpo igualmente enfermo; por una y otra parte arrostro un doble tormento. Siempre se me ofrece delante, como un espectro real, la imagen de mi triste destino, el aspecto de este lugar, las costumbres de sus moradores, sus trajes y su lengua; pienso en lo que soy y lo que fui antes, y de tal modo me sugestiona el amor de la muerte, que me lamento de que la cólera de César no haya vengado sus ofensas con la espada; mas puesto que su rigor se detuvo una vez, confío en que dulcifique mi destierro señalándome otro país.

IX

¿Quién lo creará? Aquí existen también ciudades griegas entre estos nombres bárbaros y atroces; aquí vino una colonia procedente de Mileto, que edificó

sus casas entre los Getas; pero el nombre primitivo del lugar anterior a la fundación de la ciudad, según las tradiciones, viene del asesinato de Absirto. En la nave construída por el esfuerzo de la belicosa Minerva, que surcó la primera estas aguas inexploradas, dícese que la impía Medea abordó un día a sus playas, huyendo del padre a quien abandonaba; así que lo descubre a lo lejos el centinela apostado en una eminencia, grita: «¡Que viene el enemigo; reconozco las velas de Colcos!» Los Minios se alarman, sueltan los cables del muelle, y el áncora obedece a las manos vigorosas que la elevan. La princesa de Colcos se golpea el pecho destrozado por los remordimientos con aquella mano que osó y osará cometer tantas atrocidades; y a pesar de la ingénita audacia de su ánimo, la palidez se pinta en el rostro atónito de la virgen. Luego, a la vista de la escuadra que avanza, grita: «Somos perdidos, y necesitamos detener a mi padre con cualquier stratagemas.» Mientras busca su salvación y vuelve la vista a todas partes, la fija en su hermano que se hallaba presente, y exclama: «Vencimos; éste me salvará con su muerte.» En seguida clava el mortífero hierro en las entrañas del inocente, que en su ignorancia no temía tan abominable traición; lo despedaza y dispersa por el campo sus miembros, que se habrían de recoger en sitios distintos, y a fin de que sepa su padre quién es la víctima, desde la cúspide de una roca expone a su vista las manos lívidas del joven y la cabeza que chorrea sangre, para que se detenga con esta nueva aflicción y retrase el funesto viaje, ocupado en re-

coger aquellos miembros inanimados. De aquí que este lugar se llame Tomos, porque en él una hermana hizo pedazos el cuerpo de su hermano.

X

Si hay todavía en Roma quien se acuerde del desterrado Nasón y, a falta de mi persona, subsiste en ella todavía mi nombre, sepa que vivo en medio de la barbarie, bajo la constelación que nunca se sumerge en las olas, rodeado por los Sármatas, gente feroz, y los Besos y los Getas, voces bien poco dignas de sonar en mis poemas. Si reinan los templados Céfiros, el Danubio nos sirve de barrera, y con sus líquidos raudales nos protege de la invasión; mas cuando el triste invierno muestra su escuálida faz, y la escarcha convierte el suelo en mármol de blancura deslumbrante, cuando el Bóreas se desata y la nieve se amontona bajo la Osa, entonces estos pueblos se sienten oprimidos por el polo que estremecen las borrascas. La nieve cubre la tierra y ni el sol ni la lluvia la deshacen; el Bóreas la endurece y la convierte en perpetua; aun no derretida la primera, cae la segunda, y suele amontonarse en muchos sitios la de dos años. La fuerza del violento Aquilón es tal, que derriba las altas torres y se lleva las casas arrancadas de su asiento.

Con pieles y burdas bragas cosidas se defienden sus habitantes mal de los fríos, y de todo el cuerpo sólo descubren el rostro; es frecuente oír cómo sue-

nan los cabellos a cualquier movimiento y ver las barbas blancas con los copos recogidos. El vino se sostiene sin liquidarse, conserva la forma de la vasija que lo guarda, y no se bebe a tragos, sino partido en pedazos. ¿Qué diré de los arroyos presos y solidificados por el frío, y los lagos donde se cavan bloques de agua? Este mismo río tan anchuroso como el que produce el pápiro que vierte en el vasto mar por muchas bocas su corriente, el Íster de ondas azuladas, se congela por la acción de los vientos y sus aguas por ocultas vías desembocan en el Euxino. Entonces camínase a pie por donde bogaban los barcos, el casco del caballo golpea las sólidas ondas, y mientras las líquidas resbalan por debajo, cruzan aquellos nuevos puentes los bueyes de los Sármatas que arrastran sus bárbaros carros. Apenas se me creerá, pero no teniendo interés en disfrazar la verdad, mi testimonio debe merecer plena confianza. Vimos el vasto Ponto cerrarse y detenerse, y que una capa de hielo oprimía sus inmóviles aguas; y no me bastó verlo, pisé su dura corteza, y mi pie no se mojó al tocar en la superficie de las ondas. Leandro, si hubieses en tu tiempo hallado así el mar, las aguas del estrecho no fueran las culpables de tu muerte. Entonces los delfines no pueden saltar al aire arqueando sus cuerpos, porque al intentarlo el duro invierno los contiene; y aunque el Bóreas sacuda las alas con estrépito, ni una ola se alza en el golfo cautivo. Las naves quedan aprisionadas entre témpanos semejantes a bloques de mármol, y el remo es impotente a romper la dureza de la superficie. Vimos a

los peces sujetos y encadenados por el hielo, y muchos de ellos aun estaban vivos.

Cuando la fuerza cruel del violento Bóreas cristaliza las aguas marinas o las que desborda el río impetuoso, de súbito atraviesa el Íster, congelado por los recios Aquilones, el bárbaro enemigo, tan temible por sus corceles como por sus saetas disparadas de lejos, que devastan las extensas llanuras vecinas. Los unos huyen, y como nadie defiende los campos, entregan al saqueo las riquezas abandonadas; pobres riquezas campestres reducidas a los rebaños, los carros rechinantes y las economías del mísero labriego; los otros, conducidos prisioneros con los brazos atados a la espalda, vuelven en vano las miradas hacia sus campos y sus Lares; una buena parte cae atravesada miserablemente por los arpones de las saetas, cuya ligera punta está teñida de mortal veneno: destruyen lo que no pueden coger y transportar consigo, y la llama enemiga devora las inocentes cabañas. Hasta en el reinado de la paz tiemblan con el espectro de la guerra, y la pesada reja se abstiene de romper las glebas. Aquí, o se ve o se teme al enemigo aun no visto, y el cultivo de la tierra cesa por el abandono. Aquí no se esconde el dulce racimo a la sombra de los pámpanos y las hojas, y el mosto no fermenta en las llenas cubas. La región niega toda especie de fruta, y Aconcio no encontraría una manzana donde escribir las palabras que dirigió a su amada. Los campos aparecen desnudos de árboles y verdor. ¡Ayl, estos lugares no debía visitarlos ningún mortal dichoso. Siendo tan dilatada la extensión del

universo, ésta es la tierra que fué escogida para mi destierro.

XI

Tú que insultas cobarde mis infortunios y sin descanso me persigues con tus cruentas asusaciones, sin duda naciste entre las rocas, te amamantaste con leche de fieras y alientas con un corazón de pederenal. ¿Hay grado mayor adonde llegue tu odio? ¿Crees que falta algo a mi desolación? Mírame en tierra extraña, en la playa inhospitatoria del Ponto, bajo la constelación de la Osa del Ménalo con su fiel Bóreas. No tengo trato ni conversación con esta gente feroz, y todos los sitios aquí infunden miedo. Como el tímido ciervo sorprendido por osos carniceros, o como tiembla la oveja asediada de lobos montaraces, así yo en medio de hordas belicosas tiemblo del enemigo que amenaza traspasarme el pecho. ¿Te parece poco castigo la separación de mi esposa, de mi patria y de tantas prendas queridas? Cuando no soportase otro daño que la cólera del César, ¿es poca desgracia para mí el arrostrarla? Y, sin embargo, no falta un hombre tan perverso que encone la herida todavía sangrienta, y ejercite su elocuencia perorando contra mis extravíos. Cualquiera logra ser elocuente en una causa fácil, y con poca fuerza se desmorona un edificio que amenaza caer. El valor estriba en allanar las fortalezas y los altos muros; hasta los cobardes pueden pisotear al caído. Ya no soy lo que fuí; ¿por qué trituras mi vana sombra?, ¿por qué

acometes con las piedras mis cenizas y mi hoguera? Héctor era tal, cuando luchaba en las batallas; amarrado a los caballos de Hemonia, ya no era el mismo Héctor. Ten presente que no soy el que conociste en otros días: de aquel sujeto no queda más que su fantasma. ¿A qué persigues feroz mi sombra con tus amargos dicterios? Cesa, te lo ruego, de ultrajar a mis manes. Demos que todos mis delitos son verdaderos y que en ellos no veas la imprudencia, sino el crimen: estoy pagando la pena que debe saciar tu rabia con el destierro, cruel por sí mismo y por el lugar que se me señaló. Mi suerte arrancaría lágrimas a los ojos de un verdugo; sólo a tu juicio no es bastante rigurosa. Eres más implacable que el siniestro Busiris o el rey que tostaba a fuego lento sus víctimas en las entrañas de un falso toro. El artífice que, según cuentan, lo ofreció al tirano de Sicilia, ponderaba en tales términos su labor maravillosa. «En este presente ¡oh rey!, hallarás que el empleo aventaja a la apariencia; su valor no estriba sólo en la bella forma ¿Ves esta abertura al diestro costado del toro? Por ella se ha de introducir la víctima que destines a la muerte, y una vez dentro, la encierras y la abrasas lentamente; en seguida mugirá, y crearás oír a un toro verdadero. Te suplico que pagues el regalo de mi invención con otro tal, que sea premio digno de su mérito.» Así dijo, y Falaris le contestó: «Admirable inventor del nuevo suplicio, tú mismo regarás con tu sangre tan ingenioso artefacto.» Bien pronto, abrasado cruelmente por el fuego que inventara, dejó escapar de su trémula boca quejumbrosos mugidos. ¿Qué

tengo que ver con los de Sicilia viviendo entre los Escitas y Getas? Mis quejas se vuelven contra ti, seas quien seas. Para que logres apagar tu sed en mi sangre y tu rencor implacable saboree gozoso este bárbaro placer, he sufrido en mi extrañamiento tales trabajos por mar y tierra, que, si los oyeras, pienso que tú mismo te moverías a compasión. Créeme que comparado con Ulises, la cólera de Neptuno fué menos iracunda que la de Jove. Así, seas quien fueres, cesa en el propósito de abrir mis llagas y poner tus crueles manos en la úlcera que me atormenta; deja que al fin se cicatrice por completo y que el olvido debilite el recuerdo de mi culpa. Teme las constantes alternativas de la suerte humana, que así nos eleva como nos humilla, y puesto que pones tanto interés en lo que me atañe, cosa que nunca imaginé pudiera suceder, desecha todo temor; mi fortuna ha llegado al colmo de la miseria, el enojo de César arrastra consigo todos los males, y para convencerte mejor y que no tomes mis protestas a fingimiento, desearía que tú mismo experimentases mis dolores.

XII

Los Céfiros templan los rigores del frío, y el año terminó su revolución; pero este invierno de las playas Meótidas me ha parecido más largo que otros. El carnero que no pudo soportar la carga de Helle, iguala el tiempo de la noche con el día; los jóvenes y las alegres doncellas cogen en el campo las violetas

que la baldía tierra produce sin que nadie las siembre; los prados se esmaltan con flores de diversos matices, y las parleras aves entonan sus cantos no aprendidos; la golondrina, para borrar el crimen de madre desnaturalizada, suspende en las vigas su cuna y frágil nido, y la hierba, hasta ahora oculta en los surcos de Ceres, asoma el débil tallo en la templada tierra. En los términos que hay viñas, las yemas brotan en los sarmientos, aunque la viña fructifica lejos de las playas Géticas; en los lugares de árboles las ramas se hinchan con la savia, pero los árboles distan largo trecho de los confines de los Getas.

Roma ahora se entrega a las diversiones; los juegos suceden sin intervalo a las gárrulas contiendas del foro locuaz; ya se verifican las apuestas de caballos, ya simulacros bélicos con armas ligeras, ya se juega a la pelota, ya al troco que gira veloz. Después de la lucha, la juventud, frotada de aceite, baña sus fatigados miembros en la fuente Virginal. La escena se inaugura, el aplauso estalla en los opuestos bandos y los tres foros resuenan con el estrépito de los tres teatros. ¡Oh!, cuatro y mil veces venturoso el mortal a quien no se prohíbe la estancia en Roma y goza de estos espectáculos. Yo no siento otra satisfacción que contemplar cómo el sol de primavera derrite la nieve y las aguas que ya no es preciso romper en los lagos endurecidos. Ni el mar se convierte en planicie de hielo, ni, como días atrás, el boyero Sármata conduce por el Íster su carro rechinante; al contrario, pronto comenzarán a nadar sobre su corriente los barcos, y algunas velas extranjeras arribarán a las

costas del Ponto. Correré solícito a saludar al marinerero, y le preguntaré adónde se dirige, quién es y de dónde viene. Me extrañaré mucho si partiendo de la región limítrofe no se reduce a bogar sin riesgos por las ondas vecinas. Es raro el navegante que viene de Italia a tan remotos mares; raro el que aborda este litoral sin puerto. Ya hable el griego, ya el latín, cuyas voces suenan más gratas en mis oídos, ya de la embocadura del estrecho y las ondas de la vasta Propóntide, el Noto propicio impulse aquí las velas de algún marino; cualquiera que sea, puede convertirse en el portavoz de fausta nueva y constituir una parte y un grado superior de la fama. Ojalá responda a mis súplicas, relatándome los triunfos que oyó de César y las acciones de gracias que a Jove tributa el Lacio, y la humillación de la rebelde Germania, que abate su triste cabeza a las plantas del magnánimo caudillo. Quien me refiera estos hechos, que sentiré no haber visto, inmediatamente será en mi casa recibido como huésped. ¡Ay de mí! ¿La morada de Nasón radicará siempre bajo el cielo de Escitia? ¿La sentencia fijó definitivamente sus Lares en este país? Quieran, César, los dioses que no sea tal el punto que se me asigna por patria y santuario de mis dioses, sino un sitio pasajero en el que expie mi falta.

XIII

He aquí que llega el tiempo señalado, el día inútil de mi natalicio, ¿pues para qué vi la luz? Cruel, ¿por qué vienes a aumentar los míseros años de un destem-

rrado? Mejor deberías ponerles término. Si en algo te interesaste por mí, o conservaras un átomo de pudor, no me habrías seguido tan lejos de la patria, y aquel lugar donde me conociste primero, tierno infante, hubieses procurado que fuese el último para mí, y darme la despedida en aquella ciudad que pronto había de abandonar, como hicieron mis amigos. ¿Qué te importa a ti el Ponto? ¿Acaso la cólera de César te relegó también a la extremidad de sus heladas tierras? ¿Esperas acaso que te tribute los honores acostumbrados, que flote caída de mis hombros la blanca vestidura, que ciña de flores el ara humeante y quemé en el solemne fuego los granos del incienso, y te ofrezca la torta que festejó el día de mi nacimiento, y mi boca pronuncie palabras de fausto augurio? No es tal mi situación, ni son los tiempos tan favorables que me regocije por tu advenimiento. Mejor me convendría una ara fúnebre ceñida de letal ciprés, y la llama dispuesta al incendio de la pira. Me resisto a ofrecer el incienso a los dioses inexorables, y a mis labios no acuden palabras de feliz presagio en tanto infortunio. Si a pesar de todo debo pedir alguna merced en este día, te suplico que no vuelvas a visitarme en estos lugares mientras habite el Ponto que baña los últimos límites del orbe y lleva el falso nombre de Euxino.

XIV

Cultivador y pontífice sagrado de las doctas letras, tú que solías festejarme en la prosperidad, ¿te preocupas hoy por igual de que no viva completamente

desterrado? ¿Acoges aún benévolo mis poemas, exceptuando aquel *Arte* que tan nocivo fuera a su autor? Te ruego que continúes en ese camino, amorador de los nuevos poetas, y en cuanto de ti dependa, esfuézzate por detenerme en Roma. El destierro se dictó contra mí, no contra mis libros, nada merecedores de compartir el destino de su dueño. Con frecuencia un padre desterrado vaga por las regiones extremas del mundo, y, no obstante, se permite a sus hijos residir en la ciudad. A ejemplo de Palas, mis versos se crearon sin madre, y constituyen mi familia y mi posteridad. Te los recomiendo, por lo mismo que lloran huérfanos de padre, y ha de ser para ti una carga mayor su tutela. Tres de mis libros me acompañaron en la desgracia; interésate públicamente por todos los restantes. Escribí además quince volúmenes de *Metamorfosis* arrancadas al funeral de su dueño, obra que pudo alcanzar gran renombre, si la ruina no me sorprendiese antes de darle la última mano. Por eso llega incorrecta al juicio del público, si el público se acuerda todavía de leer mis poemas. Imita a los demás libros este nuevo, valga lo que valiere, que te envío de un hemisferio diferente, y quien lo lea, si alguien lo lee, considere en qué tiempo y lugar se compuso. Será juez imparcial de mis trabajos el que sepa que se escribieron en el tiempo del destierro y el lugar de la barbarie, y se asombrará de que en medio de tantas adversidades mi triste mano haya podido trazar una sola línea. Las desdichas han quebrantado mi ingenio, que ya antes era de infecunda y pobre vena; pero tal como fué, perdióse por falta

de ejercicio, y la ha convertido en aridez la continua negligencia. Aquí no abundan los libros que me sirvan de incentivo y alimento; en su lugar resuenan los arcos y las armas. No hay hombre en esta tierra, si le recitase mis versos, capaz de comprenderlos, ni lugar adonde me retire, pues las puertas cerradas y el muro defensivo me separan de los enemigos Getas. A veces preguntó por la significación de una voz, un nombre y un lugar, y nadie satisface mis preguntas. Me sonroja confesarlo: muchas veces, cuando quiero decir algo, me faltan las palabras y no acierto a expresarme; casi nunca hiere mis oídos más que la jerga de Tracia y Escitia, y creo que podría escribir en la lengua de los Getas. No lo dudes, temo mezclar con los vocablos latinos los del Ponto, y que leas éstos estampados en mis escritos. Así, pues, acepta benévolo este libro de dudoso mérito, y excúsalo con el estado de mi presente fortuna.

LIBRO CUARTO

I

Si en mis libros, lector, se notan defectos de cuantía, como sin duda se notarán, sírvanles de excusa las circunstancias en que se escribieron. Estaba desterrado, y no apetecía la fama, sino el descanso y la distracción, que me impidiesen pensar continuamente en los rigores que me oprimen. Esto mismo incita al siervo que cava la tierra con los grillos en los pies, y aligera el penoso trabajo con sus toscas canciones; por esto canta el barquero que encorva su fatigado cuerpo sobre la arena fangosa, al arrastrar la tardía barca contra la corriente del río, o cuando mueve a la vez los remos hacia el pecho y hiende con los brazos las aguas a compás. El pastor, fatigado, se apoya en su báculo o se sienta en la peña, y deleita a sus ovejas con la flauta de caña. Canta, y a la vez gira el huso la sirvienta, para engañar las horas transcurridas en su labor. Dícese que Aquiles, lleno de pesadumbre por el rapto de Briseida, disipó su tristeza con los acordes de la lira Hemonia, y Orfeo arrastraba las selvas y las rocas insensibles para consolarse de la doble pérdida de su esposa. La Musa es mi bálsamo de consuelo en la comarca del Ponto, adonde fui relegado, y la única fiel compañera de mi destierro,

la única que no teme las emboscadas de los hombres, la espada del guerrero, el mar, los vientos y la barbarie. Conoce bien el error que cometí, causante de mi perdición, y sabe que en mi conducta hubo una falta y no un crimen. Sin duda ahora me lisonjea, por lo mismo que me perjudicó cuando fué declarada cómplice de mi delito. En verdad, no quisiera poner las manos en los misterios de las Musas, por lo dañosas que me han sido; pero, ¿qué he de hacer ahora? Vivo dominado por su influjo, y en mi delirio amo los cantos que me ocasionaron el desastre. Así el fruto desconocido del loto que gustaron los marinos de Duliquio, aunque dañoso, les fué grato al paladar. Siente por lo común el amante su martirio, y permanece aferrado a su amor y adora al ídolo que sin descanso le martiriza; y así me deleita la poesía, que tanto me ha perjudicado, y amo el dardo que me produjo tan cruel herida. Tal vez mi pasión se gradúe de locura; mas esta locura me reporta no escasa utilidad; impide al pensamiento fijarse de continuo en la tragedia del dolor y le hace olvidarse de los tedios actuales. Como la Bacante en delirio no se da cuenta de su herida al lanzar gritos en las cimas del Edón, así cuando el verde tirso agita mi inflamada fantasía, el entusiasmo se sobrepone a las miserias humanas, y entonces ni siento el destierro, ni las playas del Ponto de Escitia, ni luchar contra el enojo de los dioses, y como si bebiese las ondas soporíferas del Leteo, se embota en mí el sentimiento de la adversidad de los tiempos. Con razón venero a las diosas consoladoras de mis penas, que desde el Helicón me acompañaron al des-

tierra; y ya por el piélago, ya por tierra, se embarcaron conmigo y siguieron a pie mis huellas: que al menos me sean propicias, pues la turba restante de los dioses se declaró por César, y me abruman tantas adversidades como arenas hay en la playa, peces en las olas y huevos en el seno de los peces. Antes contarás las flores de primavera, las espigas del estío, los frutos de otoño y los copos de nieve en invierno, que los sufrimientos que en todas partes me maltrataron, hasta que arribó mi infortunio al siniestro litoral del Euxino. Sin embargo, desde que llegué, en nada la fortuna aligeró mis angustias; el adverso destino me ha seguido hasta el fin de la peregrinación. Aquí hube de reconocer que la trama del estambre de mis días se urdió con negros vellones. Sin hablar de las asechanzas y los peligros que se cernieron sobre mi cabeza, harto ciertos, y que acaso parezcan increíbles, ¿cabe mayor infelicidad para un romano, cuyo nombre repetía el pueblo a todas horas, que vivir entre los Besos y los Getas; mayor angustia que las puertas y murallas defiendan su vida, apenas asegurada con las fortificaciones de la ciudad?

Siempre huí de joven las ásperas contiendas bélicas, y nunca manejé las armas sino por juego; y ahora de viejo tengo que ceñir la espada, embrazar el escudo y cubrir con el yelmo mis canos cabellos; pues así que el centinela desde su puesto da la señal de alarma, en seguida mi trémula mano tiene que empuñar el acero. El enemigo feroz, provisto de sus arcos y flechas envenenadas, recorre las murallas con sus jadeantes corceles. Como el lobo rapaz sorprende

y arrastra a través de campos y selvas la oveja que no se encerró a tiempo en el redil, así el bárbaro enemigo, si encuentra en el campo alguno que no se retiró tras de las puertas, le echa mano y lo declara cautivo, poniéndole la cadena al cuello, o le derriba muerto con sus dardos emponzoñados. Aquí resido, nuevo colono de lugares tan peligrosos, donde, ¡ay!, arrastro una existencia demasiado larga, y a pesar de todo, entre tantas congojas, mi Musa extranjera se vuelve a los cantos y al antiguo culto; pero ni hallo nadie a quien recitar mis versos, ni nadie cuyos oídos puedan comprender las expresiones latinas. Yo, ¿en qué había de entretenerme? Escribo y leo para mí mismo, y mis obras viven seguras de la benevolencia de su juez. Muchas veces me digo: ¿Cuál es el objeto de tus afanes? ¿Por ventura han de leer tus libros los Sármatas y los Getas? Muchas veces también, al escribir, me saltan las lágrimas, y las letras quedan empapadas con mi llanto. Mi corazón siente las antiguas heridas como si fuesen de ayer, y el triste humor de los ojos resbala y cae en mi seno. Cuando recuerdo en mis vicisitudes lo que soy y lo que era, y pienso en el lugar que me deparó la suerte, y aquel de donde me arrojaron, cien veces arrebatado por la demencia, y enconado contra mis estudios malignos, arrojo los versos, condenándolos al fuego. Puesto que quedan pocos de una gran multitud, seas quien seas, dígnate leerlos con indulgencia. Tú, ¡oh Roma, cuyo acceso se me prohíbe!, acoge benigna mis poesías, que no valen más que mi fortuna.

II

Ya, fiera Germania, vencida como todo el orbe, tienes que doblar la rodilla ante los Césares; acaso sus magníficos palacios se adornan de guirnaldas, y el incienso chisporrotea en el fuego y con sus nubes obscurece el día; tal vez la segur alzada hiende el cuello de la blanca víctima, cuya sangre enrojece el suelo, y los dos caudillos victoriosos se disponen a llevar las ofrendas prometidas a los templos de los propicios dioses, con los príncipes que crecen bajo el nombre de César, para que esta familia domine la tierra a perpetuidad. Livia, en compañía de las virtuosas nueras, brinda a los númenes por la salud de su hijo las ofrendas merecidas, que ha de renovar en mil ocasiones, y va seguida de las madres y las doncellas que en perpetua virginidad velan el fuego sagrado. La plebe piadosa se entrega al júbilo lo mismo que el Senado y el orden ecuestre, del cual poco ha constituía una mínima parte.

Yo, desterrado lejos, no participo de la común alegría, pues la fama llega empequeñecida a países tan remotos. Así todo el pueblo podrá admirar el triunfo, leer los nombres de los jefes enemigos, de las ciudades conquistadas, y contemplar cómo caminan con cadenas al cuello los reyes cautivos, delante de los corceles coronados de guirnaldas; observará a los unos con los rostros abatidos por el vencimiento, y a los otros amenazadores e insensibles a sus penas.

Parte del concurso pregunta los motivos de la

guerra, sus éxitos y los nombres de los generales, y otra parte contesta, aunque no le sean bastante conocidos: «Ese que deslumbra elevado en su carroza y cubierto con el manto de Sidón, era el jefe de la campaña; el otro, su lugarteniente; aquel que ahora clava los tristes ojos en el suelo, no reveló igual abatimiento cuando empuñaba las armas; ese de feroz catadura y en cuyas miradas arde el odio todavía, fué el promotor y consejero de la guerra; el que esconde su repulsiva cara bajo mechones de cabellos, encerró con astucia nuestras huestes en una emboscada; el siguiente, dicen ser el ministro que sacrificaba los cautivos a los dioses, indignados de tal ofrenda; este lago, estos montes, aquellas fortalezas y aquellos ríos, viéronse llenos de cadáveres que enrojecieron sus ondas.» Druso, virtuoso vástago digno de su padre, conquistó en estas tierras el sobrenombre que lleva. Con los cuernos rotos y mal cubierto de verdes ovas, destácase el Rhin, coloreado por la sangre de sus hijos, y detrás viene la Germania, con los cabellos erizados; se sienta abatida a los pies del invicto caudillo, rinde su animoso cuello a la segur romana, y carga de cadenas las manos que empuñaron las armas. Por encima de todos, César, en el carro triunfal y vestido de púrpura, te ofrecerás a la vista del pueblo; por donde pases estallarán los aplausos de los tuyos, y las flores que arrojen alfombrarán tu camino. Ceñirás tus sienes con el laurel de Febo, y el soldado gritará con estruendosas voces: «¡Vitor, vitor! ¡Triunfo!» Con el ruido, el aplauso y las demostraciones populares sentirás a

ratos que tus cuatro caballos rehusan avanzar; luego subirás al Capitolio, templo favorable a tus votos, y allí depositarás el laurel prometido y debido a Jove. Yo desde mi destierro veré tu exaltación en los raptos de la fantasía: ella tiene derecho a penetrar en los sitios que se me han prohibido; ella recorre libre la inmensidad del orbe, y en su vuelo audaz se eleva hasta el cielo; ella pasea sus miradas por el centro de la ciudad, y no me niega participar de tanta ventura; ella me abrirá la vía donde contemple la carroza de marfil, y me permitirá corto tiempo vivir en el seno de la patria; pero el pueblo, dichoso, asistirá realmente al espectáculo, y gozará, alborozado, la presencia de su caudillo, mientras yo, desde país remoto, entregado a mis imaginaciones, sólo por el oído recibiré el gusto de tal solemnidad, y apenas hallaré quien satisfaga mi anhelo en alguno que desde el Lacio arribe a este mundo tan diferente, alguno que me refiera, aunque tarde, este triunfo ya antiguo, y que, no obstante, me regocijará en cualquier época que oiga referirlo. Luzca pronto el día en que abandone mis vestidos de duelo; la felicidad pública ahogará las quejas de mi situación personal.

III

Osa mayor y menor que, siempre inmunes a las aguas, regís la una las naves griegas, la otra las de Sidón, que contempláis el vasto universo desde la altura del polo, sin sepultaros jamás en los mares de

occidente, y sin tocar la tierra en vuestra revolución describís por encima del horizonte un círculo en torno del cielo, os conjuro a que dirijáis vuestras miradas hacia las murallas que con funesto arrojo osó franquear en otro tiempo Remo, el hijo de Ilía, y pongáis los brillantes ojos en mi esposa, para decirme si aún se acuerda de mí o si me ha olvidado. ¡Ah!, ¿por qué pregunto lo que es harto manifiesto? ¿por qué vacilo entre el miedo y la esperanza? Cree que es como la deseas; desecha vanos temores, y ten la certeza de su intachable fidelidad. Lo que no te pueden decir las estrellas fijas en el polo, puedes decírtelo a ti mismo sin riesgo de equivocarte: se acuerda de ti, eres el objeto de su tierna solicitud, y ya que otro bien no te reste, conserva tu nombre en el corazón, ve tu fisonomía como si la tuviera presente, y aunque tan alejada de ti, vive sólo para amarte.

Y dime, cuando tu alma enferma se rinde al justo dolor, ¿huye el ligero sueño de tu cuerpo intranquilo? ¿te asedian las cuitas al detenerte en la cámara del lecho nupcial y te impiden olvidarte un punto de mí? ¿sientes la acometida de la fiebre? ¿te parece eterna la noche y te duelen los miembros quebrantados del cuerpo? En verdad no dudo que sientas estas y otras dolencias, y que tu casto amor dé señales de hondo pesar: no es menor tu tormento que el de la princesa Tebana cuando vió a Héctor ensangrentado y arrastrado por los corceles de Tesalia. Por eso estoy dudoso acerca de lo que deba pedir, y no acierto a expresar de qué sentimiento quisiera verte poseída. Si estás triste, me indigno de ser la

causa de tu aflicción; no lo estás, y quisiera verte digna de la pérdida de tu consorte. ¡Oh la más dulcísima de las esposas!, deplora tus males, que nacen de los míos y te obligan a llevar una penosa existencia; llora mi caída: hay cierta voluptuosidad en el llanto; las lágrimas sacian y templan el dolor, y ojalá te vieses forzada a lamentar, no mi vida, sino mi muerte, y por ésta te hubiese dejado sola en el mundo. Así mi alma se evaporase de tus brazos en el seno de la patria con las lágrimas piadosas derramadas sobre mi seno, y en la hora suprema tu mano me cerrara los ojos, puestos en el cielo que me es conocido, y mis cenizas reposaran depositadas en la tumba de mis abuelos, y cubriese mi cadáver la tierra que me vió nacer, y, en fin, hubiera muerto sin tacha como viví; mas ahora mi vida tiene que sonrojarse de su suplicio.

¡Mísero de mí, si cuando te oyes llamar la esposa del desterrado vuelves el rostro encendido de rubor! ¡Mísero de mí, si consideras afrentoso nuestro enlace y te avergüenza el llamarte mi mujer! ¿Dónde está aquel tiempo en que te envanecías de ser mi cara mitad y no ocultabas el nombre de tu marido? ¿Qué se hizo de aquel tiempo, si no te desvelas por olvidarlo, en que te gloriabas (lo recuerdo) de ser y llamarte mía, y como sienta a una mujer digna, te agradaban todas mis prendas, y tu amor profundo aun añadía otras mil a las verdaderas, y tenías de mí tan alto concepto que a ningún otro varón me hubieses pospuesto y a ningún otro querías llamar tu esposo? Tampoco te sonrojes ahora de verte casada conmigo;

si por ello no eres extraña al dolor, debes serlo a la vergüenza. Cuando el audaz Capaneo cayó de súbito herido, ¿leíste acaso que Evadne se ruborizara de llamarle su esposo? Porque el rey del mundo apagase el fuego con el fuego, ¿habían, Faetón, de negarte tus parientes? Semele no fué mirada como extraña de Cadmo, su padre, por haber perecido víctima de una insensata ambición; ni porque yo me sintiese tocado por los rayos crueles de Jove, la púrpura del rubor debe saltar en tu rostro delicado; antes bien, esfuérate en mi defensa, preséntate como modelo de buenas esposas y alienta con tus virtudes lo difícil del encargo.

El camino de la gloria pasa a través de precipicios. ¿Quién conocería a Héctor en una Troya floreciente? Las públicas calamidades abrieron campo a su valor. Si no hubiera mares borrascosos, tu arte, Tifis, sería del todo inútil, y la tuya, Febo, si los hombres gozaran de perpetua salud. Oculta, perezosa y desconocida en los prósperos sucesos, la virtud se revela y enaltece en la adversidad; mi fortuna te brinda ocasión de ennoblecerte con nuevos títulos, y te proporciona motivos de ensalzar tu piedad. Aprovecha las circunstancias que ahora te son favorables; una vasta escena se ofrece a tus anhelos de gloria.

IV

¡Oh tú, vástago generoso de renombrados abuelos, que amortiguas el brillo de tu linaje con la nobleza de tus sentimientos, cuya alma refleja la integridad

paterna con toda la fuerza de tu carácter, y cuyo genio perpetúa la memoria heredada de los tuyos, que no admite rival en el foro romano!; si parece que te nombro, contra mi voluntad, señalando tus virtudes, perdona los elogios en que me obligan a prorrumper. No soy yo el culpable, tus prendas reconocidas te delatan; si apareces tal como eres, no eches la culpa a mi indiscreción, ni vayas a creer que el homenaje que mis versos te tributan pueda desconceptuarte a los ojos de un príncipe tan justo. Este padre de la patria, ¿quién más indulgente?, tolera que se escriba su nombre en mis poemas, y no podría prohibírmelo. César pertenece a la república, y me asiste derecho a una parte del bien común. Júpiter confía su divinidad a los ingenios de los poetas, y permite a cualquiera boca entonar sus alabanzas. Así aseguras tu causa con el ejemplo de dos dioses: el uno en quien se fijan nuestras miradas, y el otro en quien creemos.

Aunque cometa una indiscreción, me complacerá haberla cometido; porque mi carta no depende de tu voluntad, y si converso contigo, no lo tomes a nueva ofensa, pues antes de caer en desgracia eran nuestras conversaciones más frecuentes; y porque temas menos que mi amistad se te impute como un delito, si alguien te infriese tal agravio, recaería sobre tu padre, cuya amistad cultivé desde los años juveniles, cosa que no pretenderás disimular, y aplaudió mi numen, bien lo recuerdas, mucho más de lo que, a mi juicio, merecía, juzgando mis poemas con aquella gravedad que revelaba la alta nobleza de su cuna.

Cuando fuí recibido en tu casa, no lo debí a tu benevolencia, sino más bien a la del autor de tus días; pero, créeme, no abusé jamás de la confianza; si quitas mi última falta, la conducta de mi vida resiste a cualquiera acusación; y esta misma falta que me aniquiló, no dirías que fuese un crimen, si conocieras las circunstancias de mi fatal caída. Hubo en ella temor o ceguedad de mi parte, y ésta me perjudicó sobre todo.

¡Ahl, permítame que sepulte en el olvido mi triste destino, no sea que volviéndola a tocar de nuevo, mane sangre la herida aun no cicatrizada, y que apenas el tiempo sabrá curar. Así, reconociendo que en justicia merecí la pena, en mi pecado no hubo crimen ni premeditación, y esto lo sabe el dios que no me quitó la luz del día, ni consintió que otro poseyese mis riquezas confiscadas. Como viva los años que le deseo, acaso ponga fin a mi destino el día que se serene su cólera. Ahora le suplico que desde aquí me envíe a país distinto, si mis votos no son excesivamente atrevidos al solicitar un destierro menos riguroso, más próximo a Roma y más alejado del bárbaro enemigo. La clemencia de Augusto es tan grande, que si alguien le pidiera tal gracia en mi favor, acaso la concediese. Me aprisionan las heladas playas de este Ponto hospitalario, que en la antigüedad se llamó inhospitalario, cuyas olas son agitadas por vientos impetuosos, y cuya costa niega el refugio del puerto a las naves extranjeras. Las hordas que lo circundan viven de la rapiña a costa de su sangre, y la tierra es tan insegura como el pérfido mar. Estos

pueblos que se regocijan con la sangre humana, hállanse situados casi bajo la misma constelación. No lejos de nosotros, el Quersoneso Táurico alimenta el ara de la diosa de la aljaba con horrible carnicería, y, según la tradición, en estas comarcas tan poco repulsivas a los criminales como odiadas de los buenos, reinó Thoas antiguamente. Aquí la virgen de la sangre de Pélops, que se vió substituída por una cierva, presidía el culto nefando de su diosa protectora. Así que Orestes—no sé si llamarle piadoso o criminal—, agitado por las Furias, arribó a tan execrable lugar con el príncipe de Focea, modelo de noble amistad, y dos cuerpos animados por una alma sola, los dos fueron al momento atados y conducidos al ara de Diana, que manaba sangre ante la doble puerta del templo; mas ni éste ni aquél se sintieron aterrados por la propia muerte: uno y otro se atribulaban por la vida del amigo. Ya la sacerdotisa aparece con el cuchillo desnudo, y ciñe con las bárbaras cintas las cabezas de los griegos, cuando por las respuestas Ifigenia reconoce a su hermano, y en vez de sacrificarlo lo estrecha en sus brazos, y alegre traslada de aquellos lugares a otros menos feroces la imagen de la diosa que aborrecía los sangrientos sacrificios. Tal es la región que tengo por vecina, última parte del inmenso mundo abandonada de los hombres y los dioses. ¡Ayl, ¡ojalá los vientos que de ella alejaron a Orestes, hiciesen regresar mis velas, ya aplacado el numen que me castiga!

V

¡Oh tú, que ocupas el primer lugar entre mis queridos compañeros, única ara que ofreció asilo a mi desvalimiento, que con tus exhortaciones resucitaste mi alma moribunda, como la luz de una lámpara a la que echan aceite, que no temiste abrir un puerto seguro de refugio a mi barca maltrecha por el rayo, y que con tu caudal me habrías librado de la indignidad, si César me arrebatara los bienes paternos!; al desbordarse mi agradecimiento olvidando los tiempos que corren, ¡cuán cerca estuve de pronunciar tu nombre! Sin embargo, te reconoces, y tocado de la ambición de gloria, quisieras poder decir sin recelo: «Ese soy yo.» No te quepa duda, que si lo autorizases, me envanecería rendirte un público homenaje que inmortalizase tu rara fidelidad; pero temo que mis versos gratulatorios te perjudiquen, y dar a tu nombre un honor intempestivo. En cambio, puedes con seguridad regocijarte en el alma de que nunca te olvido, como no me olvidas tampoco. Ya que empezaste, sigue luchando con los remos para ayudarme, hasta que el dios, aplacado, me envíe un viento propicio. Defiende esta cabeza que nadie acertará a salvar si no la sostiene el que la hundió en las aguas de la Estigia, y apréstate, lo que es bien raro, con tu constancia a cumplir todos los deberes que impone una amistad inquebrantable. Así tu fortuna aumente con progreso perenne y logres favorecer a tus amigos sin necesitar nunca de ellos; así tu esposa iguale

la bondad de tu corazón, y la menor querella no perturbe vuestro feliz enlace; así el que nació de tu misma sangre te ame siempre con aquel afecto que por Cástor sentía su piadoso hermano; así tu hijo mozo se revele a ti tan semejante, que cualquiera por sus virtudes lo reconozca imagen tuya, y así tu hija encienda la tea conyugal, te dé un yerno y, joven todavía, te regocijes pronto con el nombre de abuelo.

VI

Con el tiempo se acostumbra el toro a la reja del labriego, y por sí mismo humilla la cerviz al corvo yugo; el corcel impetuoso, con el tiempo obedece a la flexible rienda, y dócil tasca el duro freno en la boca; con el tiempo se amansa la fiereza de los leones africanos, que acaban por perder su nativa ferocidad; la bestia informe de la India que obedece la voz de su dueño, vencida por el tiempo, acepta la servidumbre; el tiempo engrosa las uvas en los largos racimos, y apenas sus granos pueden contener el jugo que los hincha; el tiempo transforma la semilla en áureas espigas, y termina por dar a los frutos un sabor delicioso; el tiempo desgasta la reja del arado a fuerza de remover la tierra, quebranta las duras rocas y hasta el diamante; asimismo mitiga poco a poco las iras crueles, y aligera los duelos luctuosos y las penas del corazón. El tiempo que resbala con tácitos pasos, todo lo acaba menos mi tormento. Dos veces las espigas se han trillado en la

era desde que me veo lejos de la patria, y otras tantas saltó el mosto de la uva bajo el pie desnudo del vendimiador, y en tan largo espacio ni recobré la necesaria paciencia, ni es menos intenso que al principio el sentimiento de mi desventura. Así a veces los toros viejos sacuden el corvo yugo, y el potro ya domado repugna obedecer al freno. Mi dolencia actual es más grave que la primera, pues siendo la misma, creció y aumentó al envejecer. Yo no conocía como al presente toda la intensidad de mis males, y los siento más insoportables porque me son más conocidos. No es de poca monta el poseer la plenitud de las fuerzas, y no sentirse aniquilado por los golpes. El novel luchador es más peligroso en medio de la arena que el que siente los brazos fatigados en continuas luchas. El gladiador sin heridas es más fuerte en el manejo de las armas que aquel que ha enrojecido los dardos en la propia sangre. La nave recién construída soporta mejor las violentas tempestades, y la vieja, por el contrario, a la menor borrasca se avería. Yo así afronté antes con más paciencia las contrariedades que hoy lamento multiplicadas por la duración. Creedme, desfallezco y sospecho que será corto el plazo de mis sufrimientos. Las fuerzas me abandonan, mi color se ha demudado y apenas la débil piel recubre mis huesos; mi ánimo yace más enfermo que el cuerpo, preocupado continuamente con sus trabajos. Me falta la vista de Roma, la compañía de mis caros amigos y la de mi esposa, más querida que todos; en cambio veo las hordas de los Escitas, las turbas con bragas de los Getas, y así,

lo que veo y lo que no veo contribuye por igual a mi suplicio. La única esperanza que me consuela en tanto extremo, es que la muerte abreviará la duración de mis tormentos.

VII

Dos veces el sol ha venido a visitarme tras los helados fríos del invierno, y otras tantas en su giro anual ha tocado en los Peces; y durante espacio tan largo, ¿por qué no me has dirigido algunas líneas que me acreditaran tu afecto?; ¿por qué enmudeció tu amistad, cuando me escribían otros con los cuales tuve menos trato?; ¿por qué cuantas veces rompí el sello de una carta esperaba verla firmada con tu nombre? Ojalá me hayas escrito multitud de ellas, y ninguna haya llegado a mis manos. Mi deseo se habrá realizado, porque antes creeré en la cabeza de la Górgona Medusa erizada de serpientes; en los perros que ladran bajo el vientre de una virgen; en la Quimera, mitad león y mitad serpiente, que vomitaba llamas; en los cuadrúpedos unidos por el pecho al busto de un hombre; en el mortal de los tres cuerpos y el perro de las tres cabezas; en las esfinges y las harpías y los gigantes con pies de dragón; en Giges el de los cien brazos y el monstruo semihombre y semitoro; creeré todos estos prodigios, caro amigo, antes que suponer que tu mudanza me relegue al olvido.

Montes innumerables se nos interponen; los cami-

nos, los ríos, los campos y los vastos mares nos separan. Por mil motivos las cartas frecuentes que me escribiste, pudieron extraviarse y no llegar a mis manos. Vence estos mil obstáculos escribiéndome a menudo, y no me veré en la necesidad de excusarte a todas horas.

VIII

Ya mi cabeza imita a las plumas de los cisnes, y las canas de la vejez blanquean mis negros cabellos; ya cargan sobre mí los frágiles años de la edad perezosa, y me cuesta gran esfuerzo sostenerme en las plantas poco firmes. Ahora debía poner fin a mis trabajos, vivir libre de cuitas y alarmas, entregado a los ocios que me fueron siempre tan gratos, dedicarme en sosiego a mis estudios favoritos, cuidar mi modesta casa, mis viejos Penates y los campos paternos, hoy privados de su dueño, y envejecer seguro entre los brazos de mi esposa, las caricias de mis nietos y el dulce seno de la patria. Así esperaba un tiempo que transcurriría mi existencia; así me creí digno de emplear los años postreros. No plugo esto a los dioses que me han lanzado a través de mares y tierras a los riesgos del país de los Sármatas. Remólcase al arsenal de la marina el navío quebrantado, por miedo de que se hunda en alta mar. Para que no caiga y desluzca las muchas palmas que ganó, el corcel abatido pace tranquilo las hierbas de los campos; el soldado ya inútil en el manejo de las brillantes armas que empuñó brioso, las deposita al pie de

sus antiguos Lares, y asimismo mis fuerzas, quebrantadas por la tarda senectud, reclaman que se les conceda un pacífico retiro. Ya era tiempo de que no respirase en clima extraño, y no templara mi ardiente sed en las aguas de los Getas, sino de retraerme a la soledad de los jardines que poseía, y gozar la amistad de mis compatriotas y de Roma. Mi ánimo no adivinaba los secretos del porvenir cuando se prometía una vejez tranquila. Los hados se opusieron, y concediéndome al principio años felices, en los últimos me abrumaron con su rigor. Había deslizado diez lustros sin percances, cuando me perdí en la última etapa de la carrera. Cerca de la meta que me parecía casi tocar, mi carro se destrozó con espantable fracaso. En un rapto de demencia forcé a encolerizarse contra mí al mortal más benigno que existe en los ámbitos del mundo. La misma clemencia cayó vencida por mi culpa, y a pesar de su gravedad, aun me perdonó la vida, que he de pasar lejos de la patria, y habitando el país donde reina el Bóreas, en la ribera occidental del Ponto Euxino.

Si el oráculo de Delfos o el de Dodona me hubiesen vaticinado este castigo, habría reputado por quiméricos al uno y al otro; pero no hay nada tan fuerte aunque sujeto por cadenas diamantinas, que permanezca incólume si lo alcanza el rayo instantáneo de Jove, ni nada tan excelso, tan por encima de los peligros, que no se halle sometido al poder de un dios; pues si parte de mis males es consecuencia de mi error, la mayoría de ellos los debo a la cólera de un numen. En cuanto a vosotros, aleccionados como es-

táis por mi ejemplo, aprended a conciliaros el favor de un mortal que iguala a los inmortales.

IX

Si puedo y lo mereces, callaré tu nombre con tus ruines hazañas, sepultaré tus hechos en las aguas del Leteo, y mi clemencia se dejará vencer por tus tardías lágrimas, siempre que me persuadas de que te has arrepentido. Precisa que tú mismo te condenes y, a ser posible, que acredites el empeño de borrar de tu vida esos días dignos de Tisífone; si no quieres, y sigue ardiendo en tu pecho el odio contra mí, con dolor inmenso me veré forzado a tomar las armas, y aunque me halle relegado a los últimos confines del mundo, mi cólera te alcanzará donde te encuentres. César, si lo ignoras, me dejó en posesión de mis derechos, y redujo mi castigo a privarme de la patria, que aun espero de su clemencia pisar de nuevo, como el cielo guarde sus días.

Con frecuencia reverdece la potente encina, después de herida por el rayo de Jove. En fin, cuando no me quede otro medio de vengarme, las Musas me prestarán recursos y fuerzas. Por más que habite lejos de los míos en las playas de Escitia, viendo próximas las constelaciones que rehusan bañarse en el Océano, mi voz resonará en todas las naciones y mis quejas serán conocidas en todo el universo. Mis frases volarán desde el Oriente al Ocaso, y serán testigos la región de la Aurora y la de Hesperia. Mis gritos se

oirán más allá de las tierras y los mares, y el eco de mis gemidos repercutirá en el porvenir, y no sólo tus tiempos te conocerán como malvado, sino que la posteridad eternizará tus maldades. Ya me apresto a la lucha y aun no he empuñado las armas, y ojalá no tuviese motivos para empuñarlas; antes de abrirse el circo ya el toro brioso esparce la arena y con su pezuña hiende impaciente la tierra. Esto es más de lo que pretendí. Musa, toca a retirada; aun se permite a tal sujeto ocultar su nombre.

X

Yo soy el cantor de los tiernos amores; posteridad, oye mis palabras si quieres conocer al poeta que lees. Sulmona, abundante de frescos manantiales, es mi patria, que dista noventa millas de Roma. Allí vi la luz, y para que conozcas la época, fué el año en que perecieron los dos cónsules con una muerte igual. Si ello vale algo, heredé el orden ecuestre de mis insignes abuelos, y no debo a la fortuna el título de caballero. No fuí el primogénito, sino nacido después de mi hermano mayor, que vino al mundo un año antes. La misma estrella presidió el natalicio de ambos, que festejábamos el mismo día con la ofrenda de dos tortas, y era éste uno de los cinco consagrados a las fiestas de la belicosa Minerva, el primero que se dedica a los combates sangrientos. Nuestra educación comenzó pronto, gracias al celo de mi padre, y asistimos a las lecciones de los maestros insignes de

Roma. Mi hermano desde joven se inclinaba a la oratoria, como si hubiese nacido para las tempestuosas luchas del foro; y a mí desde niño me seducían los sagrados misterios, y la Musa en secreto me forzaba a rendirle culto. Muchas veces me dijo mi padre: «¿Por qué pierdes el tiempo en inútiles estudios? El mismo Homero no dejó ninguna riqueza.» Sus consejos me impresionaban, y abandonando todo el Helicón, intentaba coordinar palabras no sujetas a medida, espontáneamente acudían a formar pies cabales, y cuanto intentaba decir lo decía en verso. Entretanto los años resbalaban con pasos silenciosos, y mi hermano y yo tomamos la toga viril; echamos sobre nuestros hombros la púrpura laticlavia, y cada cual siguió su primera vocación. Ya mi hermano mayor había llegado a la edad de veinte años cuando murió, y comencé a carecer de una parte de mí mismo. Entré en el ejercicio de los cargos honoríficos que se conceden a la primera juventud, y fui nombrado triunviro. Me quedaba por conquistar el senado; mas esta carga era muy superior a mis fuerzas, y me contenté con la augusticlavia. De cuerpo poco vigoroso y natural menos apto para trabajos excesivos, y extraño a los impulsos de la turbulenta ambición, las hermanas Aonias, que siempre fueron de mí bien amadas, me convidaban a sus tranquilos ocios.

Cultivé y frecuenté la amistad de los poetas de aquel tiempo, y creía ver otros tantos dioses en estos inspirados mortales. Muchas veces el viejo Macer me leyó sus poemas de las Aves y las Serpientes nocivas y las Hierbas saludables; muchas veces Propercio,

unido a mí por íntimo afecto, me recitó sus fogosas elegías; Póntico, insigne por sus cantos heroicos, y Baso por sus yambos, se contaban como miembros queridos de mis reuniones, y el armonioso Horacio hechizaba mis oídos al acompañar con la lira de Ausonia sus elegantes odas. A Virgilio apenas le vi, y el avaro destino me arrebató pronto la amistad de Tibulo, que fué, Galo, tu sucesor, como de éste Propercio en la serie de los tiempos. Yo aparecí detrás, el cuarto, y lo mismo que veneré a los mayores, así los más jóvenes me veneraron a mí. No tardó mi Talía en darme a conocer; cuando leí al pueblo las poesías retozonas de mi juventud, sólo me había afeitado dos o tres veces. Exaltó mi numen una mujer celebrada en toda la ciudad, a la que dediqué mis *Amores* bajo el seudónimo de Corina. Compuse muchas obras, pero las que juzgué defectuosas, yo mismo las castigué entregándolas a las llamas; y antes de partir al destierro, quemé algunas que debían agradar, irritado contra mis estudios poéticos.

Mi tierno corazón, no invulnerable a las flechas de Cupido, se conmovía por la causa más leve, y a pesar de mi temperamento que se encendía con poco fuego, mi reputación no cayó envuelta en ninguna anécdota escandalosa. Casi niño todavía, diéronme una esposa ni digna ni conveniente, cuya unión se rompió en breve. Sucedióle la segunda, de proceder irreprochable, pero que tampoco hubo de compartir mi lecho largo tiempo, y la última, que me acompañó hasta la vejez, no se avergonzó de llamarse la esposa de un desterrado. Mi hija, dos veces fecunda en su

primera juventud, aunque no de un solo esposo, me hizo otras tantas abuelo.

Llegó por fin mi padre al término de su existencia, habiendo cumplido noventa años de edad, y lo lloré como él hubiese llorado mi pérdida; poco después pagué el último tributo a mi madre. ¡Felices ambos, sepultados a tiempo para no ver el día de mi condenación, y feliz yo también, porque no les hice testigos de mi infortunio ni les produje la consiguiente amargura! Si detrás de la muerte queda algo más que un vano nombre, y la leve sombra escapa a las llamas de la hoguera, y el rumor de mi falta llegó hasta vosotras, sombras de mis padres, y se juzgan mis delitos en el tribunal del infierno, quiero que sepáis la causa, y es imposible engañaros, que me ocasionó el destierro: fué por imprudente y no por criminal. Esto basta a los Manes: vuelvo a vosotros, espíritus curiosos de conocer los sucesos de mi vida. Transcurridos los años mejores, había llegado la vejez y sembrado de canas mi cabeza; desde mi nacimiento, ceñido en Pisa con la corona de olivo, el vencedor en la contienda de los carros había alcanzado diez veces el premio, cuando la cólera de un príncipe ofendido me obligó a residir en Tomos, ciudad sita a la izquierda del mar Euxino.

La causa de mi sentencia, harto conocida de todos, no necesita la confirmación de mi testimonio. ¿A qué referir la deslealtad de mis amigos, las acusaciones de los siervos y tantas amarguras más crueles que el mismo destierro? Pero mi ánimo se rebeló a sucumbir a tal prueba, y recogiendo sus fuerzas salió al fin vic-

torioso; di al olvido la paz y los ocios de la pasada edad, tomé las armas extrañas a mis hábitos, cuando lo reclamaba la ocasión, y afronté tantos peligros por mar y tierra, como estrellas lucen en el pólo que conocemos y el que se niega a nuestra vista, y después de largos rodeos arribé a las playas Sarmáticas vecinas de los Getas, hábiles en lanzar flechas. Aquí, aunque aturdido por el estruendo de las armas que en torno mío resuenan, endulzo con la poesía mi triste situación; y aunque no haya un solo oído dispuesto a escucharme, abrevio y engaño con ella las horas eternas del día. Si vivo aún, y conlleva la dureza de mis trabajos, y no he llegado a aborrecer mi penosa existencia, es, Musa, gracias a ti, que me consuelas, que calmas mis inquietudes y alivias mis dolores. Tú eres mi guía y compañera; tú me libras de las riberas del Íster, y me conduces a la cumbre del Helicón; tú, caso raro, me diste en vida un nombre célebre que la fama no suele conceder más que a los muertos. La envidia, detractora de lo actual, no clavó su inicuo diente en ninguna de mis obras; habiendo producido nuestro siglo excelentes poetas, la murmuración no se enconó maligna contra mi ingenio, y si bien reconozco a muchos superiores, no se me reputa inferior a ellos, y soy muy leído en todo el orbe. Si es que encierran algo de verdad los presagios de los vates, no seré, ¡oh tierral, tu despojo, desde el instante que muera; y ya deba al favor, ya a mis poemas este renombre, benévolo lector, recibe el testimonio legítimo de mi gratitud.

LIBRO QUINTO

I

Devoto lector, añade á los cuatro libros anteriores este último que te envío desde el litoral Gético, pues también será tal como lo exige la fortuna del poeta; no encontrarás en él un solo verso regocijado: como mi situación es lamentable, lamentables serán mis versos y su tono en armonía con el asunto. Alegre y dichoso compuse mis alegres poemas juveniles, que hoy me arrepiento de haber escrito. Desde que caí, sólo canto mi súbita catástrofe, y soy a la vez el protagonista de mi argumento. Como el cisne yerto en la ribera del Caistro dícese que llora su muerte con voz desfallecida, así yo, relegado a las playas de los Sármatas, me esfuerzo en que mis exequias no pasen silenciosas. Si alguien pretende que mis versos retocen de voluptuosidad, le advierto que no lea estas elegías. Mejor le convendrá leer a Galo, a Propercio con sus dulzuras y a Tibulo, de estilo tan delicado. Ójala no me contase en el número de estos vates. ¡Ay de mí! ¿Por qué mi Musa se atrevió nunca a ciertas libertades? Pero pago mi culpa en los confines del Íster que toca en la Escitia, por aleccionar al Amor provisto de su aljaba. En adelante mis poesías tratarán materias que todos puedan leer, y les ordeno que

no se olviden del nombre que llevan. Si alguno me pregunta por qué canto tan dolorosos afectos, es porque he sufrido hondas amarguras. Mi composición no es hija del arte ni del ingenio, sino que se inspira en el fondo de los propios males, y no delata más que una mínima parte de ellos. Dichoso el que a lo menos consigue precisar su número. Cuantos arbustos hay en la selva, arenas en el rojo Tíber y tallos de blanda hierba en el campo de Marte, tantos rigores sufrí, cuya medicina y quietud eficaz las hallo sólo en el estudio y trato de las Musas. Me dices: «Nasón, ¿cuándo vas a poner término a tus poesías henchidas de lágrimas?» El día mismo que mude de fortuna; ella me suministra una fuente inagotable de quejas; no soy yo el que habla, es la voz de mi destino. En el instante que me devuelvas a mi patria y carísima esposa, la satisfacción se pintará en mi rostro, y seré el que antes fuí. Si el enojo del invicto César se templase en mi favor, te brindaría canciones rebosantes de alegría. Sin embargo, mis escritos no se excederán como en mi juventud; basta que lo haya hecho una vez a costa de mi libertad. Cantaré lo que él mismo aplauda, si conmutándome parte de la pena me libra de la barbarie y los crueles Getas; en el ínterin, ¿qué estamparé en mis libros sino tristes impresiones? Este es el tono que conviene a mis funerales. Me contestas que me estuviera mejor soportar callado mis dolores, y disimular mi caída en el silencio. Exiges que la tortura no me arranque ningún gemido, y prohibes llorar al que recibió una herida gravísima. El mismo Fálaris consintió a sus víctimas prorrumpir en

mugidos, y quejarse por la boca del toro que inventó Perilo. No se ofendió Aquiles con las lágrimas de Príamo, y tú, más cruel que mi enemigo, me niegas el derecho al llanto. Cuando la prole de Latona privó a Niobe de sus hijos, no le impidió humedecer en lágrimas sus mejillas. De algo sirve aliviar con las quejas el tormento que nos mata, y esto explica las lamentaciones de Procne y Halción, y por esto el hijo de Peán en su antro helado fatigaba con sus voces las rocas de Lemnos. El dolor que se reconcentra nos ahoga, arde dentro del pecho y multiplica los efectos de su violencia.

Sé, pues, lector, indulgente, o rechaza todos mis libros si te daña todo lo que me sirve de lenitivo; mas no pueden perjudicarte; mis escritos sólo fueron perniciosos a su autor. ¿Te parecen malos?; convenido; mas ¿quién te obliga a leer malos versos? Y si los leíste sufriendo una decepción, ¿quién te impide lanzarlos lejos de ti? Yo no los corrijo; pero quienes lean mis poemas compuestos aquí, los juzgarán menos bárbaros que la tierra donde han nacido. Roma no debe compararme con sus excelsos vates; en cambio, entre los Sármatas pasaré por un gran escritor. Por último; yo no voy en pos de la gloria o del renombre que suele estimular al ingenio; sólo trato de evitar que mi ánimo se consuma en las incesantes cuitas que le acometen, a pesar de su tenaz oposición. Os he manifestado los motivos que me impulsan a escribir. ¿Queréis saber por qué os envío mis libros? Porque quiero de cualquier modo vivir con vosotros.

II

¿Por qué palideces en el momento de recibir una nueva epístola del Ponto, y la abres con mano temblorosa? Depón el temor; gozo de salud, y mi cuerpo, antes enfermizo y poco recio en los trabajos, se mantiene con vigor, fortalecido por la continuidad del sufrimiento, si no he llegado más bien a ser un enfermo crónico; pero mi energía languidece y decae a medida que pasa el tiempo, y afectado por las tristezas anteriores, las heridas que juzgué sanarían a la larga, están recientes como si fuesen de ayer; sin duda los años nos curan los pequeños males, y agravan con su transcurso las grandes aflicciones. El hijo de Peán alimentó cerca de dos lustros la llaga envenenada con la sangre de la Hidra. Télefo pereciera consumido por úlcera incurable si no le sanase la mano que le hirió, y si no cometí ningún crimen, espero que un día se resuelva a remediar mi daño el mismo que lo produjo, y satisfecho con lo que he sufrido, quiera quitar un poco de agua a este mar lleno de amarguras. Por mucho que me perdone, disminuirá en poco mi dolor, y una parte de mi castigo me servirá de castigo entero.

Cuántas conchas hay en las playas y flores esmaltan los jardines, cuantos granos lleva la adormidera letal, cuantas fieras habitan las selvas y peces bogan en las olas, cuantas aves agitan el aire con sus alas, tantas son mis adversidades; si me empeñase en contarlas, sería como si quisiese contar el número de las

olas del mar donde se ahogó Ícaro. Sin mencionar las molestias del viaje, los inminentes peligros de la navegación y las manos prontas a atacarme, tengo por residencia una tierra bárbara, la última del vasto continente, y un país rodeado de feroces enemigos. Mi culpa no es un crimen, y creo que sería trasladado de aquí como tú me favorecieses con el debido celo. Aquel dios vencedor que sustenta el poderío romano, más de una vez se manifestó clemente con el vencido. ¿Por qué vacilas y temes peligros imaginarios? Llégate a él y suplicale; en todo el universo no hallarás mortal más compasivo que César. ¡Infeliz de mí! ¿Cuál será mi suerte si mis próximos deudos me abandonan? ¿También tú subtraes el cuello al yugo que nos une? ¿Adónde me dirigiré? ¿Dónde hallar el bálsamo de mis heridas? Ya ninguna áncora sujeta mi nave. Pues bien: aun aborrecido, me acogeré a su ara sagrada, que no rechaza las manos suplicantes, y dirigiré mis preces desde el destierro a este dios poderoso, si es lícito al mortal comunicarse con Jove. Árbitro del Imperio, cuya salud es la garantía del interés que los dioses todos sienten por el pueblo de Ausonia, gloria e imagen de la patria por ti floreciente, héroe no menos grande que el orbe que riges, así habites en la tierra, y así te envidie el cielo, y tardes años en ocupar el puesto que se te asigna entre las constelaciones. Te suplico que me perdones, quita una mínima parte a la furia de tu rayo, y con la restante quedaré hartó castigado. La moderación reprime tu cólera; me concediste la vida, y no me quitaste el derecho ni el nombre de ciudada-

no, ni traspasaste a otro poseedor mi hacienda, ni se me llama desterrado en el decreto que me condena. Temí todos estos rigores, porque reconocía haberlos merecido; pero tu enojo no fué tan grande como mi falta. Me mandaste salir relegado a la comarca del Ponto, y surcar en fugitiva popa el mar de Escitia. Por tu mandato llegué hasta las ásperas playas del Euxino, tierra situada bajo el helado polo, y no me atormenta su clima riguroso, ni los campos siempre cubiertos por un manto de nieve, como oír la disonante jerga extraña a la lengua latina, en que el habla griega aparece corrompida por los Getas, y verme oprimido en torno de gentes belicosas, pues apenas mi débil mano me defiende de las flechas enemigas. La paz reina a intervalos, nunca la confianza en su duración; así que o se padecen o se temen los desastres de la guerra. ¡Ah!, por cambiar de residencia me expondría a que me devorase Caribdis cerca de Zanclea, y a precipitarme desde sus aguas en las de Estigia, o a ser abrasado sin espirar una queja por las ardientes lavas del Etna, o a precipitarme desde una roca en las olas del dios de Léucade. Lo que pido ya es un castigo; no trato de evadir mi infortunio, y lo pido para ser desgraciado con alguna mayor seguridad.

III

Este es el día, Baco, en que suelen celebrarte los poetas, si no equivoco la fecha; en que ciñen sus inspiradas frentes con olorosas guirnaldas, y cantan tus

alabanzas apurando copas de vino. Cuando la buena suerte me lo consentía, recuerdo que fui muchas veces entre ellos uno de los que más apreciabas, yo que ahora habito la Sarmacia, próxima a los feroces Getas, bajo la constelación de la Osa de Cinosura; yo, que dejé resbalar mi vida muelle y holgazana entregado a los estudios y el coro de las Musas, ahora, lejos de la patria, oigo cual suenan en torno mío los arcos de los Getas, después de haber afrontado mil peligros por tierras y mares. Ya proceda mi castigo del azar, o me lo haya infligido la cólera de los dioses, o la Parca sombría que presidió mi nacimiento, debiste sostener con tu divina protección al vate que profesaba el culto de la hiedra. ¿Acaso los decretos de las hermanas ábitras de nuestro destino están por encima del poder de los dioses? Tú, en verdad, has conseguido a fuerza de virtudes elevarte a las celestes mansiones, abriéndote el camino con incesantes trabajos. No habitaste en la patria, sino que recorriste el helado Estrimón y el país de los Getas belicosos, penetrando en la Persia hasta las espaciosas riberas del Ganges y los ríos en que bebe el indio atezado. Tal fué la ley que te impusieron dos veces las Parcas que hilan el fatal estambre, las dos veces que naciste. Si no es sacrilegio el medirme con los dioses, una suerte dura e inflexible me anonada, y mi caída iguala en lo horrenda la del jactancioso caudillo a quien derribó el rayo de Jove ante los muros de Tebas. Pero al oír que un vate gemía herido del rayo, debiste condolerte recordando a tu madre y exclamar viendo en torno tuyo a los poetas

que celebraban tus misterios: «No sé cuál de mis adoradores falta aquí.»

Bondadoso Baco, séme propicio, y así en recompensa el olmo se cargue de racimos y los granos de la uva se llenen de jugo; así formen tu séquito las Bacantes unidas a los jóvenes y bulliciosos Sátiros, y lancen delirantes exclamaciones en tu honor; así los huesos de Licurgo, el que empuñó contra ti una hacha impía, giman en el sepulcro, y sufra implacables tórnientos la sombra sacrílega de Penteo; y así brille eternamente en el cielo y eclipse los astros vecinos la corona de tu esposa, la princesa de Creta. Llega aquí, ¡oh el más hermoso de los dioses!, endulza mis amaguras y ten presente que soy uno de tus adoradores. Los dioses se comunican entre sí; intenta, Baco, con tu divinidad vencer la de César, y así vosotros, piadosa turba, poetas compañeros de mis estudios, rogad juntos con la copa en la mano la misma merced, y alguno en particular oyendo el nombre de Nasón deponga la copa mezclada con sus lágrimas, se acuerde de mí, y al girar en torno suyo la mirada, exclame: «¿Dónde está Nasón, que hace poco formaba parte de nuestro coro?» Esto si merecí por mi bondad vuestro favor, si nunca critiqué con dureza los méritos ajenos, si venerando dignamente los libros de los poetas antiguos estimo que no valen menos los que florecen en nuestros días. ¡Ojalá en premio escribáis versos dignos de Apolo, y puesto que no se os prohíbe, conservéis entré vosotros mi recuerdo!

IV

Soy la epístola escrita por Ovidio, que llega del litoral Euxino fatigada de la navegación y el viaje por tierra, quien me dijo: «Ve a contemplar la ciudad de Roma ya que se te permite. ¡Ay! ¡Cuánto más feliz es tu suerte que la mía!» El desventurado me escribó llorando, y no mojó en la boca la piedra con que había de sellarme, sino en las húmedas mejillas. Si alguien quiere conocer la causa de su tristeza, es lo mismo que pedirme que le enseñe el sol, es no ver hojas en la selva, blanda hierba en el ameno prado ni aguas en el caudaloso río. ¿Quién extrañará el dolor de Príamo por la pérdida de Héctor, y los gritos que a Filotectes arrancó la herida de la Hidra? Pluguiera a los dioses que la situación de Ovidio fuese tal que no tuviera motivos de aflicción; sin embargo, como debe, soporta en paciencia sus trances amargos y no rehusa obedecer al freno como indómito potro. Confía que no ha de ser eterno el enojo del príncipe, persuadido de que cometió una falta y no un crimen. Muchas veces recuerda la generosa clemencia del dios, y suele contarse como uno de los ejemplos que lo atestiguan; pues si conserva su patrimonio y los derechos de ciudadano y con ellos la vida, a la generosidad de este numen lo debe.

En cuanto a ti, ¡oh el más caro de sus amigos!, si das crédito a palabras, no dudes que te lleva grabado en lo íntimo del corazón, y te iguala al hijo de

Menecio, al compañero de Orestes, al hijo de Egeo, y te llama su Euríalo, y no se consume en ansia tan febril de visitar la patria y los numerosos seres que en ella siente haber perdido, como en el de recrearse a la vista de tu rostro y recibir tus miradas, ¡oh tú, más dulce que la miel depositada por la abeja de Ática en sus panales! Así mil veces en su desconsuelo se le reproduce aquel tiempo que lamenta no haber prevenido con la muerte, en que todos huían como de una peste su súbita catástrofe, temerosos de pisar los umbrales alcanzados por el rayo. Recuerda que tú le permaneciste fiel entre unos pocos, si pueden llamarse pocos dos o tres. En medio de su terror se daba cuenta de todo, y observó que sentías como propia su adversidad. Aun suele recordar tus palabras, tu aspecto triste, tus gemidos, y que humedeciste su seno con tu llanto; tu solicitud en acudir a su socorro y tus esfuerzos por consolar al amigo cuando necesitaba de mayor consuelo, por cuya abnegación te confirma su eterna gratitud y ternura, ya goce la luz del día, ya le sepulte la tierra, y hasta suele jurarlo por su cabeza y la tuya, que no estima menos preciosa. A tantas y tan grandes obligaciones responderá su inmenso agradecimiento, no permitiendo que tus bueyes labren la seca arena. Persevera en proteger siempre al desventurado; él, que te conoce bien, no te ruega; soy yo mismo quien te lo pide.

V

La fecha del natalicio de mi esposa reclama los acostumbrados honores; id, manos mías, a disponer los piadosos sacrificios. Así en otra época el heroico hijo de Laertes festejó tal vez los días de su esposa en la extremidad del orbe. Que mi lengua, olvidada de tenaces infortunios, no pronuncie palabras de mal agüero, si acierta aún a decirlas favorables. Traedme la ropa blanca que visto una sola vez en el transcurso del año, aunque su color no armonice con mi negro destino; levantemos una ara de césped y entretejamos guirnaldas que adornen los braseros encendidos. Esclavo, trae el incienso que eleva columnas humeantes, y el vino que chisporrotea al derramarse en el piadoso fuego. Natalicio queridísimo, desde mi lejano destierro deseo que amanezcas esplendoroso y bien diferente del mío, y si algún contratiempo lamentable amenazaba a mi esposa, pagado con mis males, quede ella por siempre libre de su rigor, y en lo sucesivo su nave, quebrantada con horrible tormenta, navegue sobre un mar tranquilo. Goce ella de su casa, su hija y su patria, y baste a la persecución del destino haberme arrebatado tales glorias, y cuando no sea feliz en lo que toca a su caro esposo, deslícese el resto de su vida sin nubes amenazadoras; viva y ame a su marido ausente por ley de la necesidad, y llegue a contar muchos años, a los que añadiría los míos; mas temo que le sea fatal el contagio de mi destino.

Nada hay estable para el hombre. ¿Quién había de imaginar que yo celebrara tal fiesta viviendo entre los Getas? Sin embargo, mira cómo el viento impulsa las nubes de incienso hacia Italia, lugar propicio a mis votos. Tal vez no carecen de significación las nubes ligeras que el fuego produce, ni huyen sin objeto los aires del Ponto. Cuando sobre el ara se verificaba el sacrificio común a los dos hermanos que perecieron el uno a manos del otro, no se dividió al azar el negro humo en dos columnas como si ellos lo ordenasen. Recuerdo haber dicho que este prodigio era imposible, y recusaba por falso al hijo de Bato. Ahora lo creo todo, viéndote, vapor advertido, volver la espalda al helado polo y encaminarte a la Ausonia. Este es el día, pues, que de no haber amanecido, no hubiera visto ninguna fiesta en mi presente miseria; este día produjo las excelsas virtudes de aquellas heroínas hijas de Aeción y de Icarío; en este día nacieron el pudor, la honradez, la fidelidad y las puras costumbres; pero en lugar del regocijo reinan las cuitas, los pesares, la suerte indigna de tanta abnegación y las quejas legítimas por el tálamo reducido a la viudez. La virtud sin duda se pone a prueba en la adversidad, y en los tiempos difíciles recaba títulos de gloria. Si el esforzado Ulises no hubiera sufrido tantos reveses, Penélope habría sido feliz, nunca renombrada. Si hubiera penetrado vencedor en la fortaleza de Equión el esposo de Evadne, ésta apenas sería conocida en su misma tierra. Entre tantas hijas de Pelias, una sola conquistó la celebridad, porque una sola estuvo casada

con un varón desdichado. Haz que otro arribe el primero a las playas de Ilión, y cesarán los elogios que se tributan a Laodamia, y tu ternura permaneciera desconocida, según mis deseos, si los vientos favorables hubiesen hinchado mis velas. No obstante, dioses, y tú, César, que has de contarte entre ellos, mas sólo cuando tus años iguallen a los del viejo de Pilos, no me perdones a mí, que confieso merecer tu castigo, pero perdona a mi esposa, que padece rigores injustificados.

VI

Tú, que en mejores días mereciste mi absoluta confianza, que eras mi refugio y mi único puerto, ¿tú abandonas también la defensa que aceptaste del amigo, y te descargas solícito de tan piadosa obligación? Confieso que soy una carga pesada, mas si habías de rechazarla en los momentos difíciles, nunca debiste aceptarla. Palinuro, ¿dejas el gobierno de la nave en medio del Océano? No huyas, y que tu constancia se eleve al nivel de tu pericia. ¿Cuándo el fiel Automedonte en medio del combate encarnizado abandonó por ligereza los corceles de Aquiles? ¿Cuándo Podalirio al asistir a un enfermo dejó de ministrarle los recursos de la medicina? Es más bochornoso despedir al huésped que rechazarlo; así no caiga nunca derribada por mi mano el ara que me ofreció asilo. Al principio sólo estabas obligado a mi defensa; ahora tienes que defender mi causa y tu buen nombre,

pues no he recaído en nuevas culpas, ni mis actos excusan la súbita mudanza de tu amistad. Esta respiración oprimida por la atmósfera de Escitia cese de sostener mi vida como deseo, antes que lacerarte el pecho con mis delitos, y que parezca merecer tu reprobación. No estoy tan aniquilado por el destino fatal que mi ánimo se extravíe con la pesadumbre de sus desdichas; pero supónlo perturbado: ¡cuántas veces el hijo de Agamenón ultrajó a Píldes con infamantes dicerios! Hasta es algo verosímil que golpease a su amigo, quien permaneció, no obstante, fiel a sus deberes.

Lo único común a dichosos y miserables es la consideración que a unos y otros se guarda. Cédese el paso a los ciegos y a quienes la pretexta, las fascas y las imperiosas voces nos obligan a respetar. Si no me perdonas, debes ser indulgente con mi desgracia; nadie tiene derecho a enconarse conmigo. Escoge el más mínimo, el más insignificante de mis trabajos, y será mucho más grande de lo que tú te imaginas. Cuantos cañaverales surgen de los húmedos pantanos, cuantas abejas mantienen las flores del Híbla, cuantas hormigas suelen por estrecha senda acarrear a sus trojes los granos que encuentran, tal es la muchedumbre de aflicciones que me asaltan, y cree que mis lamentos se quedan por debajo de la realidad. El que juzgue pocas mis desdichas, derrame arenas en la playa, espigas en los campos de mies y aguas en el mar. Así, no des rienda libre a intempestivos temores, ni abandones mi nave en medio del Océano.

VII

La epístola que lees te ha venido de aquella tierra donde el anchuroso Íster tributa sus aguas al mar. Si gozas una vida rebosante de dulce salud, no osaré creerme por completo desdichado. Como siempre, me preguntas, caro amigo, en qué me ocupo, aunque podrías adivinarlo por mi silencio. Soy desgraciado: este es el breve resumen de mis penas, como lo será el mortal que haya ofendido a César. ¿Tienes empeño de conocer la región de Tomos y las costumbres de los habitantes entre quienes vivo? Aunque la población es una mezcla de Griegos y Getas, domina principalmente el influjo de los últimos, raza indomable y numerosa que, con la de los Sármatas, va y vuelve por los caminos a caballo. Ninguno de ellos anda desprovisto de su carcaj, su arco y sus saetas teñidas del veneno de las víboras. Rudos en la voz y feroces en el aspecto, son la verdadera imagen del dios Marte; jamás se cortan la barba ni el cabello, y sus manos se alzan siempre prontas a clavar el cuchillo, que todo bárbaro lleva sujeto a la cintura. Entre éstos, ¡ay!, olvidado de los tiernos amores vive, amigo, tu poeta querido; son los únicos que ve y oye, y ojalá viva y no muera con ellos; al menos, huirá su sombra de sitios tan odiosos. Me escribes, amigo, que mis poemas se representan con bailes en el teatro, atestado de público, y que se aplauden con entusiasmo mis versos. Bien sabes que no compuse piezas teatrales y que mi Musa no ambiciona los aplau-

sos; pero no me desagrada cuanto contribuye a mi recuerdo y a que pase de boca en boca el nombre del desterrado. A veces, cuando pienso en los daños que me ocasionaron, reniego de mis poemas y del favor de las Piérides; mas después de maldecirlas, no acierto a vivir sin su compañía, y corro tras el dardo que se ensangrentó en mi cuerpo, como aquel navío griego que, destrozado por el oleaje de Eubea, aun osó desafiar los escollos de Cafarea. Aunque mis vigili-
as no persiguen la alabanza, ni me esfuerzo en eternizar un nombre que me fuera más provechoso haber sumido en la obscuridad, divierto el ánimo con el estudio, engaño mis dolores, y me afano así por burlarme de mis cuitas. ¿Qué ocupación mejor hallaría abandonado en tan tétrico país? ¿qué otro remedio intentaría aplicar a mis llagas? Si miro al lugar de mi residencia, lo hallo aborrecible y que no le hay más triste en todo el orbe; si miro a mis semejantes, apenas me parecen dignos de tal calificativo unos seres de más fiereza que los lobos salvajes, que no respetan las leyes, que atropellan la equidad con la fuerza, y bajo el acero del combatiente hacen caer la justicia vencida. Se preservan mal del frío con pieles y anchas bragas, y llevan sus horrendas caras erizadas de largos pelos. En pocos quedan vestigios de la lengua griega, convertida en un idioma bárbaro por el acento gético, y ni uno en la población sabe expresar en latín las ideas más corrientes. Yo mismo, vate romano, disculpádmeme, Musas, me veo obligado a emplear mil veces la lengua sarmática, y, ¡ay!, me abochorna confesarlo, por falta de costumbre apenas se me ocurren

las voces latinas, y recelo que habrá no pocos barbarismos en este libro, lo cual no es imputable al escritor, sino al país en que reside; no obstante, para conservar el hábito de la lengua ausonia y que mi boca no permanezca muda a las patrias voces, suelo hablar conmigo mismo, repito las palabras poco usadas, y vuelvo a los signos del pensamiento que me han sido funestos: así deslizo las horas de la existencia, así me distraigo y aparto la contemplación de mis desventuras. Busco en los versos el olvido de mi miserias, y si consigo este premio me daré por satisfecho.

VIII

No caí tanto, a pesar de mi abatimiento, que me considere por debajo de ti, pues nadie puede descender a tal punto. Perverso, ¿qué causa alienta la rabia con que me persigues? ¿insultas las desgracias que tú mismo puedes padecer un día? ¿no te vuelve más dulce y benévolo el verme abatido por golpes capaces de conmover a las fieras y obligarlas al llanto? ¿no te asusta el capricho de la fortuna en pie sobre la movable rueda y que aborrece las palabras orgullosas? ¡Ah!, la vengativa Ramnusia te impondrá el condigno castigo. ¿Por qué pisoteas iracundo mi destino? Yo vi hundirse en el abismo al que se reía de un naufrago, y exclamé: «Nunca las ondas fueron más justas»; otro que negaba viles alimentos a los miserables, ahora vive gracias al pan que mendiga. La voluble fortuna vaga con pasos inciertos, y en ningún lugar perma-

nece firme y estable: ya se nos muestra sonriente, ya nos pone cara sombría, y sólo es constante en su ligereza. Yo también florecí, mas mi flor era caduca, y la llama de mi leve paja brilló un solo instante; sin embargo, para que no se embriague con gozo cruel toda tu alma, aun abrigo la esperanza de aplacar al dios que ofendí; sea porque errase sin llegar a delinquir, y bien que mi falta me avergüence, no es de aquellas que provocan el odio; sea porque desde el Oriente al Ocaso, en la vasta extensión del universo, no existe príncipe más indulgente que aquel a quien obedece, y si nadie es capaz de vencerle a la fuerza, su corazón se rinde enternecido a las tímidas preces; y al ejemplo de los dioses entre quienes se ha de sentar, con el perdón de mis culpa le pediré otras muchas mercedes.

Si cuentas los soles y nublados de un año entero, encontrarás que han sido más numerosos los días espléndidos; así, no te regocijes demasiado con mi ruina; piensa que al fin puedo levantarme de mi prostración, y piensa que, calmado el enojo del príncipe, podrías verme con dolor cara a cara en las calles de Roma. Que yo te vea desterrado por una causa gravísima; después de los primeros votos, es el más enérgico que hago.

IX

Si consintieses que tu nombre sonara en mis versos, ¡qué de veces te verías repetido en ellos! A ti sólo cantaré mi profunda gratitud, y tu recuerdo

llenaría las páginas todas de mis libros. Toda la ciudad sabría los favores que te debo, si a pesar de la expatriación lee aún las obras del desterrado; la edad presente y la futura conocerían tus bondades como mis escritos llegasen a triunfar de los tiempos, y el lector inteligente no cesaría de bendecirte, gloria bien merecida por la salvación de un poeta.

Si aliento con vida, debo a César este primer beneficio; pero después de los grandes dioses, a ti sólo tengo que rendir acciones de gracias. Él me concedió la vida, tú defiendes lo que él me concedió, y por ti gozo el favor recibido. Cuando la mayor parte de mis amigos se espantaron de mi ruina y otra menor simulaba temerla y desde alta roca contemplaba mi caída, sin tender la mano al naufrago que luchaba con las irascibles olas, tú sólo salvaste de la onda Estigia al amigo expirante, y obra tuya es si hoy llego a reconocerlo. Que los dioses y César te sean siempre propicios; mis votos no pueden ir más lejos.

Si lo permitieses, mi labor consignaría en versos sonoros tus servicios, dignos de exponerse a la luz del sol; pero aunque me ordenas el silencio, con dificultad se allana mi Musa a celar tu nombre. Como el perro que sigue la pista de tímida cierva, lucha vanamente por romper la cuerda que le sujeta; como el corcel brioso golpea con los pies y la frente la barrera aún no abierta de la liza, así mi Talía, atada y opresa por la ley que le impones, ardé en deseos de proclamar tu nombre prohibido. Cesa de temer, obedeceré tus órdenes, no te perjudicará el testimonio de mi reconocimiento; mas no te obedeciera si

con ello imaginases que me olvidaba de tí. Lo que no me prohíbe tu voluntad es que te acredite mi gratitud, y mientras vea la luz del sol, ojalá por poco tiempo, me consagraré a rendirte los homenajes que mereces.

X

Desde que resido en el Ponto, tres veces el hielo enfrenó la corriente del Íster, tres veces se han endurecido las ondas del Euxino, y me parece estar lejos de la patria tantos años como la ciudad de Dárdano estuvo sitiada por las huestes de los Griegos. Diríase que el tiempo detiene tardío su marcha, y que el año recorre su camino a lentos pasos; ni el solsticio me quita un momento de sus prolongadas noches, ni el invierno abrevia mis días angustiosos. Sin duda en mí se trastorna el orden de la naturaleza y da a todo la duración eterna de mis tormentos. Acaso el tiempo sigue su curso ordinario para los demás y sólo se desliza lento para la vida que arrastro en las playas del Euxino, nombre engañoso, y las costas doblemente siniestras que baña el mar de Escitia.

Hordas innumerables nos amenazan de todos lados con guerras asoladoras, y no juzgan torpe el vivir de la rapiña. En las afueras nada hay seguro, y la pequeña colina se defiende trabajosamente con sus débiles muros y la posición del lugar. Cuando menos lo recelas, compactas falanges de enemigos vuelan como las aves, y apenas se les ha visto se lanzan so-

bre la presa. Muchas veces, dentro de los muros y cerradas las puertas, recogemos en las calles las flechas envenenadas que arrojan. Raro es el que se atreve a cultivar el campo, y el infeliz que se aventura, con una mano abre los surcos y con otra empuña el arma. Ceñido el yelmo, el pastor hace resonar su flauta de cañas unidas por la pez, y en lugar del lobo, el tumulto de la guerra asusta a las tímidas ovejas. Apenas nos escuda el castillo, en cuyo recinto una turba feroz, mezclada con los Griegos, siembra el espanto; pues los bárbaros habitan confundidos con nosotros y ocupan la mayor parte de las estancias. Cuando no te infundan miedo te infundirán odio, viéndolos cubiertos de pieles y con las sienas cercadas del argas greñas. Estos mismos, que se creen oriundos de una ciudad griega, en vez del traje patrio visten las bragas de los Persas, se entienden por una jerga común a todos, y yo tengo que valerme de los gestos si quiero ser comprendido. Aquí soy yo el bárbaro, porque ninguno me entiende, y los estólicos Getas se ríen al oír mis palabras latinas. A menudo, y con la mayor impunidad, dicen pestes de mí hallándome presente, y tal vez me imputan el destierro como un crimen; y si mientras hablan hago signos de aprobación o desaprobación, sacan de ellos argumentos contra mí. Añádase que la espada cruel es el ministro de su Justicia, y que muchas veces corre la sangre a presencia del tribunal. ¡Oh Láquesis cruel, que no rompiste la trama de mi existencia, viéndola condenada al influjo de un astro pernicioso!

Si carezco de la vista de la patria y la vuestra, ami-

gos míos; si me lamento de morar en estos confines de Escitia, es porque una y otra pena son harto intolerables, y si merecí ser expulsado de Roma, no creo merezca habitar en tierra tan odiosa. ¡Ah! ¿Qué digo, insensato? Era digno hasta de pagar con la vida el haber ofendido la divinidad de César.

XI

Te quejas en tu carta del miserable que te insultó llamándote la esposa del desterrado, y me duele su ruindad, no tanto porque hagan de ella caso mis infortunios, que ya me acostumbré a soportarlos con entereza, como por haber sido la causa de tu ultraje, que de ningún modo me fué posible evitar, y porque pienso que acaso te sonrojaste de mi castigo. Llévelo en paciencia y ten valor; sufriste golpes mucho más graves cuando la cólera del príncipe me arrebató de tus brazos. Pero se equivoca ese sujeto que por afrentarme me llama el desterrado; fué menos acerba la pena impuesta a mi culpa. Mi mayor responsabilidad estriba en haber ofendido a César, y hubiera querido que antes me llegase la última hora. Mi barca quedó quebrantada, no rota ni sumergida; carece de puerto, mas se sostiene sobre las aguas. No me quitó la vida, ni el patrimonio, ni los derechos de ciudadano, y en verdad que merecí perderlo todo por mi falta; pero como en ella no vió el menor indicio de crimen, sólo me impuso el abandono del patrio hogar, y como con otros, cuyo número es incalculable,

se mostró clemente conmigo el numen de César. Empleó contra mí el nombre de relegado, no desterrado, y mi causa se asegura con tal juez. Tienen derecho, pues, mis versos, valgan lo que valieren, a entonar, César, con entusiasmo tus alabanzas, y con derecho imploro de los dioses que no te abran aún las puertas del cielo, y te permitan ser otro dios entre los mortales. El pueblo suplica lo mismo, pues como los ríos se precipitan en el vasto Océano, así corren también los arroyos de exiguo caudal. Y tú, cuya lengua me llama el desterrado, cesa de agravar mis infortunios con ese falso título.

XII

Me escribes que mate con el estudio el tiempo calamitoso, no sea que la torpe desidia aniquile mis bríos. Difícil es, amigo, seguir el consejo que me das, porque los versos son hijos de la alegría, y reclaman un espíritu sosegado. Mi fortuna se ve combatida por furiosas borrascas, y peor que la mía no es la suerte de nadie. ¿Quieres que Príamo se regocije en los funerales de sus hijos, y que Níobe, huérfana de los suyos, guíe las festivas danzas? ¿Es el duelo o el trabajo lo que, a tu juicio, debe preocuparme solo y relegado a los últimos confines de los Getas? Aunque supongas mi ánimo con la fortaleza del duro roble, como la fama pregona en el acusado de Anito, toda mi ciencia caería aplastada por la mole de mi ruina, pues la cólera de un dios sobrepuja a las fuer-

zas humanas. Aquel viejo a quien Apolo llamó el sabio no acertaría a componer una obra en circunstancias semejantes.

Cuando me olvidase de la patria y de mí mismo, cuando perdiese el sentimiento de todo lo pasado, el temor me prohibiría entregarme a pacíficas tareas. Vivo rodeado de innumerables enemigos, y además el ingenio se embota en una larga inacción, y pierde sus bríos anteriores. El campo fértil, si no se remueve con surcos incesantes, no producirá más que grama y abrojos; el caballo largo tiempo sin ejercicio correrá mal, y llegará el último cuando se lance a la carrera; si alguna barca permanece meses y meses fuera de las aguas acostumbradas, la carcoma roe sus tablas y sus costados se entreabren. Yo, lo mismo, siendo ayer tan insignificante, desespero de llegar nunca a lo que fuí. El continuo sufrimiento en los trabajos aniquila el ingenio, y ya me falta gran parte del antiguo vigor; lo que no obsta muchas veces a que tome las tablillas, como ahora mismo, y me afane en someter las palabras a los pies cabales, sin producir un solo verso, o produciéndolos tales como los que lees en consonancia con la situación de su autor y del lugar que habita.

La gloria impulsa al ánimo con poderosos estímulos, y el amor de la alabanza crea partos fecundos. En otros días me deslumbraba el brillo de un nombre famoso, porque el aura propicia impulsaba mis velas; hoy no me siento tan dichoso que apetezca la gloria, y, a ser posible, desearía pasar completamente desconocido. Tal vez porque mis primeros poemas

merecieron elogios, me persuades a que siga escribiendo, y a que conquiste nuevos éxitos. Séame permitido decirlo sin ofenderos, nueve hermanas, vosotras fuisteis la principal causa de mi extrañamiento. Como el artífice del toro de bronce pagó la pena merecida, así yo la debo igualmente a mi *Arte*. Yo no debiera nunca acordarme de escribir poesías, ni confiarme de nuevo a las olas después del naufragio; mas, en mi demencia, vuelvo de nuevo a su fatal estudio. ¿Será que este sitio me ofrezca ocasiones de proseguirlo? No hay aquí ningún libro, ni oídos dispuestos a escucharme, ni nadie que comprenda la significación de mis palabras. Reina por dondequier la barbarie, las voces propias de fieras y el acento espantable de los Getas. Hasta me parece haber olvidado el idioma latino desde que aprendí a hablar el Geta y el Sárмата; y a pesar de todo, si he de confesarte la verdad, mi Musa no es dueña de contenerse en la manía de escribir. Escribo, y arrojo al fuego los poemas compuestos; y una ligera llama es el éxito que premia mis afanes. Deseo no escribir versos, y me es imposible; por esto condeno al fuego los productos de mis vigiliás, y a vosotros llega sólo una mínima parte de mi inspiración que el azar o la astucia arrebató a las llamas. ¡Ojalá hubiese reducido igualmente a cenizas aquel *Arte* que perdió a su maestro, bien ajeno del golpe que le amenazaba!

XIII

Tu amigo Nasón te envía salud desde la comarca del Ponto, si alguien puede enviar aquello de que carece. Enfermo del ánimo, he contagiado al cuerpo, para que ninguna parte de mi ser quede libre de tormentos: sufro desde muchos días agudos dolores de costado, efecto, sin duda, de los fríos rigurosos del invierno; pero si tú gozas buena salud, yo no me hallaré mal del todo, puesto que en mi caída, tus hombros me sirvieron de sostén. Tú que me diste tan buenas pruebas de amistad, defendiendo mi vida día tras otro, haces mal en no dirigirme casi nunca una epístola consoladora, y cumplirás un piadoso oficio si eres conmigo menos avaro de recuerdos. Te suplico la enmienda, y si corriges esta falta, ningún lunar empañará el brillo de tu persona. Insistiría más en mi reproche si no temiera que no hayan llegado a mi poder las cartas que tal vez me escribiste. Plegue a los dioses que mi querella resulte infundada, y te acuse sin motivo de haberme olvidado. Lo que deseo es evidente; no me resigno a creer que la firmeza de tu amistad pueda desmentirse. Antes faltarán los blancos ajenos en las llanuras heladas del Ponto, y en el Híbla de Sicilia desaparecerán los olorosos tomillos, antes que nadie te convenza de indiferente con tu amigo. No es tan negra todavía la trama de mi destino; mas para rechazar victorioso cualquiera falsa acusación, evita equívocas apariencias, y como solíamos entretener horas y horas en nuestros coloquios; sor-

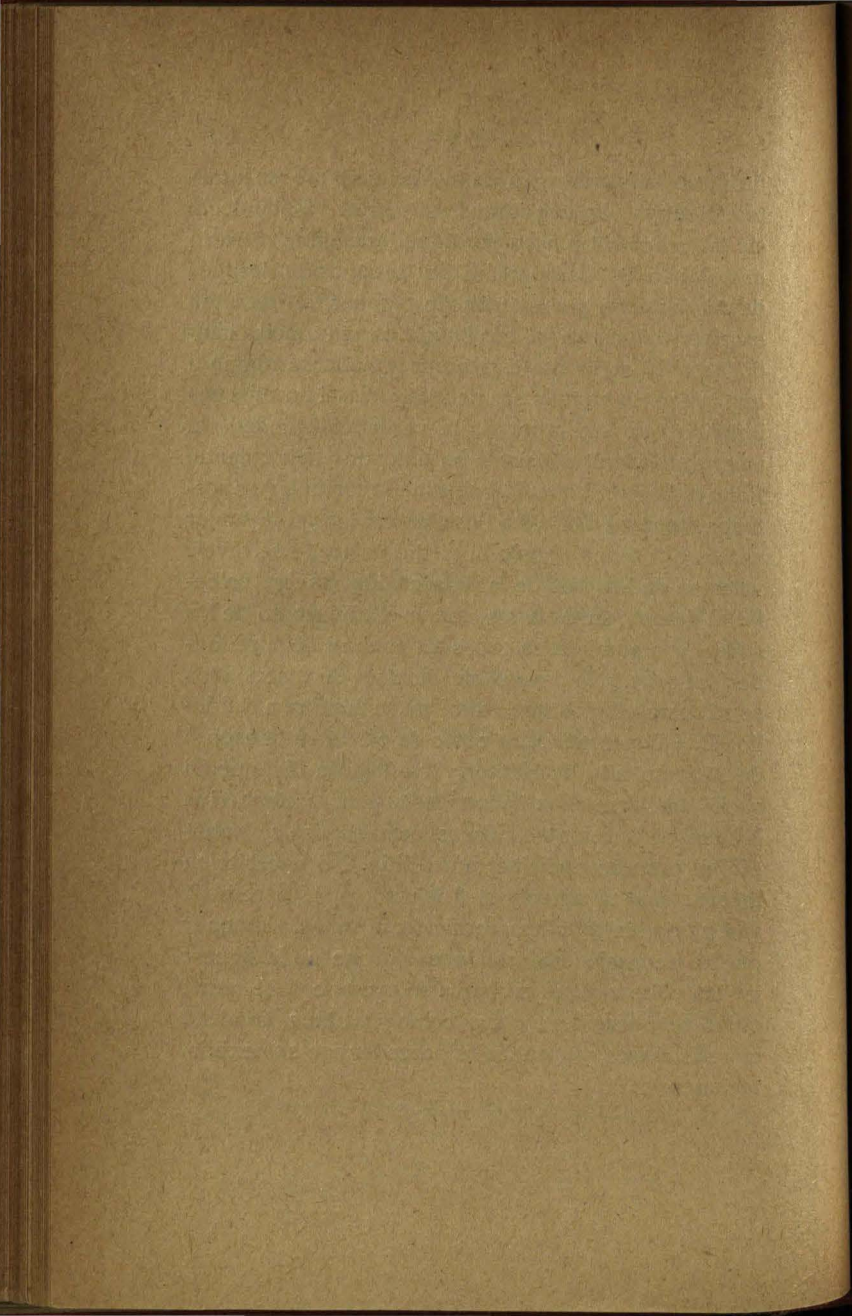
prendiéndonos la noche con la palabra en la boca, así lleven y vuelvan nuestras cartas los secretos del alma, y las tablillas y la mano substituyan al oficio de la lengua. Por no parecer sobre tal punto desconfiado en demasía, baste la advertencia de estos pocos versos: recibe el adiós con que siempre terminan las epístolas, y que no se parezca en nada al mío tu destino.

XIV

Cuantos testimonios de estimación te he tributado en mis libros, tú misma lo ves, ¡oh esposa más querida que mi propia existencia! Por mucho que el rigor de la fortuna quite a la gloria del poeta, a lo menos serás célebre gracias a mi numen. Mientras sea leído, se leerán igualmente tus sonoros títulos, y no perecerás del todo en las llamas de la pira. Bien que parezcas digna de compasión por la caída de tu esposo, encontrarás algunas que quisieran verse en tu lugar, que te llamen feliz y te envidien a pesar de que apuraste buena parte de mis amarguras. No te hubiese dado más proporcionándote riquezas, pues la sombra del rico no se las brinda a los Manes; te di un nombre imperecedero, y con él recibes el don más precioso que pude hacerte. Añade que siendo el único apoyo de mi adversidad, no has conquistado honor de poca monta, y debes sentirte orgullosa del afecto de tu marido, cuya voz nunca permaneció muda en tu elogio.

Condúcete de modo que nadie pueda tacharme de

lisonjero; sálvame y guarda la fidelidad que me juraste. Mientras vivimos juntos, tu virtud resplandeció sin la menor nube, y tu probidad intachable mereció mis alabanzas. Tampoco se ha desmentido después de mi desastre, y así acabe de coronar su obra tan magnífica abnegación. Ser buena es muy fácil cuando los obstáculos están remotos y nada se opone a que la esposa cumpla sus deberes; mas si un dios nos intimida con sus truenos, la verdadera piedad, el amor verdadero, consisten en arrostrar la tormenta. Rara es la virtud que no gobierne la fortuna y se sostenga firme cuando ésta desaparece; mas si la mujer espera por único premio la virtud misma, y se revela valerosa en los días de la persecución, huelga calcular el tiempo; su fama resuena en el transcurso de los siglos, y la admiran en todos los pueblos de la redondez del orbe. ¿No oyes cómo después de tantos años se tributan elogios que eternizan su nombre a la fidelidad de Penélope? Mira cómo se celebra a la esposa de Admeto, a la de Héctor y a la hija de Ifis, que no vaciló arrojar a las llamas de la pira, y cómo vive la fama de la reina de Filaces, cuyo esposo se precipitó el primero en la tierra de Ilión. No necesito tu muerte, sino tu amor y tu fidelidad; puedes recabar alta gloria sin difíciles sacrificios; ni vayas a suponer que te aconsejo esta conducta porque no la sigues: izo las velas aunque mi barca se ayude con el remo; quien te persuade a obrar como ya obras, te alaba con sus avisos, y aprueba tu proceder con sus exhortaciones.



LAS PÓNTICAS

LIBRO PRIMERO

EPÍSTOLA I

A BRUTO

Nasón, antiguo habitante de la tierra de Tomos, te envía esta obra desde el litoral Gético. Si el ocio te lo consiente, ¡oh Bruto!, concede hospitalidad a sus libros extranjeros y dales un asilo en cualquier parte. No se atreven a presentarse en los monumentos públicos por miedo a que el nombre del autor les prohíba la entrada. ¡Ah, cuántas veces exclamél: «Puesto que no enseñáis nada vergonzoso, marchad; los castos versos tienen acceso en aquel sitio.» Sin embargo, no se atreven a tanto; y como tú mismo lo ves, se juzgan más seguros refugiándose bajo un techo privado. Me preguntas que dónde los podrás colocar sin ofensa de nadie. En el sitio de *El Arte de amar*, que ahora se halla vacío. Sorprendido de la novedad, acaso vuelvas a interrogarme qué motivo los lleva a tu casa. Recíbelos tales como se presentan, pues no tratan del amor. Aunque el título no anun-

cie temas dolorosos, verás que son tan tristes como aquellos que les han precedido. El fondo es el mismo, con título diferente, y cada epístola indica sin ocultarlo el nombre de aquel a quien se dirige. Esto, sin duda, te desagrada; mas no tienes derecho a prohibírmelo, y el obsequio de mi Musa llega a visitarte contra tu voluntad. Valgan lo que valieren, júntalos con mis obras; nadie impide a los hijos de un desterrado gozar la residencia de Roma sin quebranto de las leyes. Desecha el temor; los escritos de Antonio son leídos, y los del sabio Bruto andan en todas las manos. No estoy tan loco que me equipare a estos ilustres varones; pero jamás empuñé las crueles armas contra los dioses, y tampoco ninguno de mis poemas deja de rendir a César los honores que él mismo no desea que se le tributen.

Si recelas acoger mi persona, acoge las alabanzas de los dioses y recibe mis versos borrando el nombre del autor. El pacífico ramo de oliva nos defiende en los combates, ¿y no ha de servirnos de nada invocar el nombre del pacificador? Cuando Eneas conducía sobre los hombros la carga de su padre, dícese que las mismas llamas abrieron al héroe libre pasaje. Mi libro conduce al nieto de Eneas, ¿y no hallará desembarazados los caminos? Augusto es el padre de la patria; Aquiles lo fué sólo de Eneas. ¿Quién será tan audaz que rechace de sus umbrales al egipcio que agita el sistro resonante? Cuando el que empuña el clarín celebra a la madre de los dioses con su retorcido instrumento, ¿quién le negará un pequeño óbolo? Sabemos que el culto de Diana no prescribe las

ofrendas; pero al adivino nunca le faltan los medios de vivir. Los mismos dioses mueven nuestros corazones, y no es vergonzoso obedecer a tal credulidad. Yo, en vez del sistro y la flauta de Frigia, llevo el santo nombre del descendiente de Julo; yo enseño y profetizo: abrid paso al portador de cosas sagradas; no lo exijo por mí, sino por un dios poderoso. Porque sentí la ira del príncipe o por haberla merecido, no vayáis a creer que rechazo la veneración que le debo. Yo he visto sentado ante el fuego de Isis a un sacrílego que confesaba haber ultrajado su numen, y a otro que por delito semejante quedó reducido a la ceguera, le oí gritar en medio de las calles que merecía tal castigo. Los númenes celestes oyen con placer tales confesiones y las miran como testimonios evidentes de su divino poder; y a veces alivian las penas de los culpables y les vuelven el tesoro de la vista si los creen sinceramente arrepentidos de su culpa. ¡Ah!, yo me arrepiento, si merecen fe las palabras de un desdichado; yo me arrepiento, y el recuerdo de mi falta constituye mi suplicio. El dolor de mi delito es más grande que el de mi destierro, y menos doloroso sufrir la condena que haberla merecido.

Aunque me favorezcan los dioses, y entre ellos el más visible a los ojos de los mortales, tal vez me libren de la pena, nunca del remordimiento de mi culpa. Cuando me llegue la última hora pondrá término a mi destierro; pero la muerte no borraré la mancha de mi pecado. Nada tiene de extraño que mi alma, transida de dolor, se derrita como el agua en que se deshace la nieve. Como la oculta carcoma roe la

madera de la vieja nave; como las salobres olas socavan los peñascos opuestos a su furor, y la áspera herrumbre desgasta el hierro abandonado, y como la polilla devora las páginas del libro que se guarda, así mi pecho se consume en honda tristeza que nunca tendrá fin. Antes me abandonará la vida que estos remordimientos, y mi dolor acabará después del que lo padece. Si los dioses árbitros de la humana suerte dan crédito a mis palabras, tal vez me juzguen digno de algún consuelo y me trasladen a lugar donde me vea seguro de los arcos de los Escitas; cometería una imprudencia si llevase más lejos mis súplicas.

II

A MÁXIMO

Máximo, digno del nombre ilustre que enalteces, igualando con la nobleza del ánimo tu linaje esclarecido; tú, que no hubieses visto la luz si el día en que cayeron los trescientos Fabios no perdonara a uno de ellos, acaso me preguntes de dónde viene esta epístola, y quieras saber quién te la dirige. ¡Ay de mí, ¿qué haré? Recelo que leyendo mi nombre te disgustes y leas el resto con displicencia. Si alguien viera esta epístola, ¿me atreveré a confesar que yo te la he escrito y que he vertido lágrimas sobre mi propio infortunio? Que la vea; me atreveré a confesar que la escribí para darte cuenta del modo que expió mi culpa. Declaro que me hice reo de más duro castigo; pero ya no podría sufrirlo más riguroso. Vivo.

rodeado de enemigos y en medio de los peligros, como si al perder la patria hubiese perdido mi tranquilidad. Estas gentes, a fin de causar heridas doblemente mortales, mojan todos sus dardos en la hiel de las víboras, y provistos con ellos, cabalgan los jinetes ante nuestros muros espantados, a la manera que el lobo da vueltas en torno del redil. Una vez que tienden el arco, con el nervio de un caballo por cuerda, ésta permanece tirante sin aflojarse jamás. Las casas se ven erizadas de flechas cual un campamento, y los sólidos cerrojos de las puertas apenas resisten el empuje de las armas. Añádase el aspecto del país, sin árboles ni verdor, donde el invierno sucede inmediato al invierno transcurrido, y ya es el cuarto que me fatiga luchando contra el frío, las saetas y la crueldad del destino. Mis lágrimas sólo cesan cuando pierdo el sentido, y caigo en tal postración, que se asemeja a la muerte. ¡Dichosa Níobe, que al ver la muerte de sus hijos perdió el sentimiento de su dolor, convirtiéndose en una roca, y vosotras también felices las que al clamar por Faetón os visteis de pronto convertidas en álamos, y desgraciado de mí que no consigo transformarme en árbol y pretendo en vano convertirme en roca! Aunque la misma Medusa se ofreciese de súbito a mis ojos, la misma Medusa sería incapaz de petrificarme. Vivo condenado a sentir sin descanso la amargura de mi situación, y la lentitud de las horas agrava mis penas. Así las destrozadas entrañas de Ticio vuelven a renacer y no perecen jamás, para que sufra eternamente. Cuando me rindo al sueño, descanso y general medicina de

cuitas, confiado en que la noche me libre de dolores incesantes, los sueños me aterran reproduciéndome desgracias verdaderas, y los sentidos vigilan y se gozan en atormentarme. Ya me figuro que hurto el cuerpo a las flechas de los Sármatas, o que entrego al hierro duro las cautivas manos; y si me engaña la imagen de un sueño delicioso, contemplo mi casa de Roma abandonada, donde charlo largamente con vosotros, amigos que tanto me estimáis, o con la esposa querida de mi corazón, y apenas he saboreado un placer fugitivo e imaginario, la dicha momentánea viene a recrudecer mis males presentes; y ya el día ilumine esta miserable cabeza, ya galope en los caballos de la noche que trae las heladas, mi pecho, quebrantado por incesantes golpes, se deshace como la cera reciente se liquida al contacto del fuego.

A veces llamo a la muerte, y al mismo tiempo le suplico que me perdone por no dejar mis restos sepultados en el suelo de los Sármatas. Cuando pienso en la inagotable clemencia de Augusto, creo que podría dar a los náufragos playas menos salvajes; pero cuando pienso en la tenacidad del destino que me persigue, caigo en el abatimiento, y mis leves esperanzas se desvanecen, vencidas por el temor. Sin embargo, no espero ni solicito otra merced que vivir desgraciado, mudando el lugar de mi destierro. O nada vales, o esto es lo único que tu amistad pudiera solicitar en mi favor sin compromiso de tu crédito. Máximo, gloria de la elocuencia romana, toma a tu cargo el patrimonio de mi difícil causa; es mala, lo confieso, pero tu defensa la hará buena. Pronuncia

algunas palabras de piedad en pro del mísero desterrado. César ignora, aunque un dios todo lo sabe, qué vida paso en estos remotos confines del mundo. La carga abrumadora del Imperio descansa sobre sus hombros, y todavía el peso es menor que la grandeza de su ánimo celestial. No tiene tiempo de inquirir en qué región está situada Tomos, ciudad apenas conocida de los Getas, sus vecinos, o lo que hacen los Sármatas, los crueles Jacigas, y la tierra Táurica, tan cara a la Diana de Orestes, y esos otros pueblos que apenas el invierno hiela la corriente del Íster lanzan sus corceles por la endurecida superficie del río.

La mayoría de sus habitantes ni se cuidan de ti, poderosa Roma, ni temen las armas del guerrero de Ausonia; sus arcos, sus aljabas llenas de flechas, y sus caballos, que resisten las más largas caminatas, son los fiadores de su audacia; han aprendido a soportar largo tiempo el hambre y la sed, y saben que el enemigo que les acose no encontrará en sus tierras ningún manantial. La cólera de un dios clemente no me hubiera desterrado a estas regiones a serle mejor conocidas. No se goza en que opriman los enemigos ni a mí ni a ningún otro romano, y menos a mí, a quien acordó la gracia de la vida. Pudo y no quiso perderme con un signo de rigor; ¿hay necesidad de que los Getas se conjuren en mi ruina? No encontré nada en mis actos que mereciese la muerte, y hoy puede hallarse menos irritado conmigo que ayer. Aun entonces hizo sólo aquello a que le obligó mi culpa, y acaso su indignación fuese más templada de lo que yo merecía. Hagan los dioses, de todos los

cuales es el más benigno, que en el orbe no nazca alma de la grandeza de César; que el fardo de los públicos negocios repose años y años sobre sus hombros, y pase luego a las manos de sus descendientes. Y tú, en presencia de juez tan poco riguroso, como ya he tenido ocasión de experimentarlo, alza la voz que ha de secar mis lágrimas; no le ruegues que yo viva bien, sino mal y seguro, y que mi destierro se halle lejos de tan cruel enemigo para que la vida que me concedieron los propios dioses no me sea arrebatada por el desnudo acero de un Geta repulsivo; y, en fin, que después de muerto, mis despojos yazgan en lugar más pacífico y no se sientan oprimidos por la tierra de Escitia; que el casco del caballo tracio no profane mis cenizas mal inhumadas, como suelen quedar las de un desterrado; y si tras la muerte nos queda algo de sentido, que la sombra de un Sárмата nunca venga a espantar mis Manes.

Oyendo estos ruegos pudiera conmovirse el ánimo de César, sobre todo, Máximo, si movían antes el tuyo. Esa voz, que tantas veces ha sido la salvación de los reos atribulados, te suplico que se esfuerce por ganar en mi defensa los oídos de César, deslizando en el pecho del que ha de igualar a los dioses la dulce persuasión que mana de tu docta lengua. No vas a rogar a Teromedón, el crudo Atreo, ni al que ofrecía cuerpos humanos como pasto a sus caballos, sino a un príncipe lento en castigar y pronto en el premio, que se apena viéndose obligado al empleo de la severidad, que vence en todas las empresas y sabe perdonar a los vencidos, que ha cerrado por siempre

las puertas de la discordia civil, que reprime los delitos muchas veces por el miedo del castigo, pocas por el castigo mismo, y raras veces, y a su pesar, lanza el rayo de su mano. Así, pues, te encargo defender mi causa ante príncipe tan indulgente; impe- tra que señale el lugar de mi destierro más cerca de la patria.

Yo soy aquel buen amigo que en los días de fiesta solías sentar a la mesa entre tus comensales; yo soy el que celebró tu himeneo a la luz de las antorchas, cantando versos dignos de tu fausto enlace. Recuerdo que solías ensalzar mis libros, excepto aquellos que perdieron a su autor, y que te dignabas alguna vez leerme los tuyos, que oía con admiración. Soy aquel a quien disteis una esposa de vuestra familia. Marcia la considera, la ama desde su tierna infancia, y siempre la ha contado en el número de sus amigas. Antes mereció igual distinción de una tía de César: mujer apreciada por tales personas, es virtuosa de veras; alabada por ellas, la misma Claudia, superior a su reputación, no hubiese necesitado la ayuda divina. Yo asimismo viví sin tacha los primeros años; sólo los últimos reclaman el olvido. No quiero abogar por mí, mas os importa el cuidado de mi esposa, y no podéis rehusarlo sin eclipsar vuestro honor. Vedla, recurre a vosotros, se abraza a vuestras aras; todos acuden con razón a los dioses que reverencian, y llorando os piden que ablandéis al César con vuestras paces, para que descansen más cerca de ella las cenizas de su esposo.

III

Rufino, tu amigo Nasón, si un desgraciado puede serlo de alguien, te saluda en la epístola que te envía. Los últimos consuelos que de ti recibió mi alma abatida, alientan la esperanza del remedio de mis males. Como el héroe hijo de Peán sintió calmarse el dolor de su herida gracias al saber de Macaón en el arte médica, así yo, presa del abatimiento y víctima de herida más grave, comencé a fortalecerme con tus consejos, y cuando ya desesperaba del todo, tus palabras me restituyeron la salud, como un vino fortificante restaura el pulso desfallecido. Pero la fuerza de tu elocuencia no ha sido tan arrebatadora que haya sanado radicalmente mi dolencia. Por mucho que agotes el abismo de mis hondas tristezas, no conseguirás que su número disminuya. Acaso después de mucho tiempo, la cicatriz llegue a cerrarse: las heridas recientes se irritan contra la mano que se dispone a su curación. No siempre depende del médico el alivio del enfermo; el mal es a veces más fuerte que los recursos de la ciencia. ¿Ves cómo la sangre que arroja un pulmón deshecho conduce por camino seguro a las riberas de la Estigia? Aunque el mismo dios de Epidauro venga con sus hierbas sagradas, no dará ningún remedio a las penas del corazón. La Medicina no sabe curar los dolores de la gota, y es incapaz de salvar al hidrófobo; en ocasiones la tristeza repele todos los esfuerzos del arte, o si es curable, confía en el transcurso del tiempo. Cuan-

do tus preceptos fortalecían mi espíritu decaído, que se pertrechó con las armas que le ofrecía tu noble aliento, de nuevo el amor de la patria, más poderoso que todas tus razones, deshizo en un instante el efecto de tus escritos, y ya me llames piadoso, ya débil como una mujer, te confieso que mi corazón se entenece demasiado en la desventura. Nadie pone en duda la sabiduría del rey de Ítaca; cedió, sin embargo, al ardiente deseo de ver el humo de sus patrios hogares. No sé qué hechizo tiene la tierra natal, que nos encadena e impide que la olvidemos jamás. ¿Qué pueblo más hermoso que Roma, y cuál país más aborrecible que las riberas de Escitia? Pues bien: el bárbaro huye de aquella ciudad, por correr a esta su tierra. Aunque a la hija de Pandión le vaya bien en su jaula, desea a todas horas volver a la selva. Los toros van tras los pastos de los montes que les son conocidos; los leones a pesar de su fiereza se esconden en sus antros, ¿y tú confías endulzar con palabras consoladoras el tormento del destierro que me llena de angustia? Haced, amigos míos, que yo no os ame tanto, y será menos intenso el dolor de haberos perdido.

Viéndome arrojado de la patria donde vi la luz, tal vez me cupo en suerte vivir en país tolerable por el trato de mis semejantes; más no, yazgo proscrito en los últimos confines del mundo, cubierto por eterno manto de nieve. Aquí el campo ni produce frutos, ni sazona las dulces uvas, ni las riberas se adornan con los sauces, ni los robles crecen en los montes. El mar no merece mayores alabanzas que la tierra; las olas, que el sol nunca visita, amenazan siempre, re-

movidas por la impetuosidad de los vientos. Adondequiera que vuelvas los ojos, hallarás campos sin labriegos y vastas llanuras que a nadie pertenecen. El enemigo nos sobresalta con sus ataques a izquierda y derecha; vecindad incómoda que asusta por entrambas fronteras. De una parte nos amenazan las picas de los Bistonios, de otra los dardos que vibra la mano del Sárмата: ahora relátame los ejemplos de los antiguos varones que supieron soportar con fortaleza el ostracismo. Admira la magnánima entereza de Rutilio, que rehusó el permiso de volver a la patria. Vivía relegado en Esmirna, no en la tierra enemiga del Ponto; y Esmirna es, sin duda, preferible a cualquier otra población. El cínico de Sínope no se dolía de su extrañamiento, porque te escogió, comarca Ática, como lugar de su retiro. El hijo de Neocles, que destruyó con las armas el ejército persa, pasó su primer destierro en la ciudad de Argos. Aristides, expulsado de Atenas, huyó a Lacedemonia, y era muy discutible cuál de las dos ciudades aventajaba a la otra. Después de cometer un homicidio el joven Patroclo, abandonó a Oponte y fué huésped de Aquiles en Tesalia. Echado de Hemonia, detúvose al borde de la fuente Pirene el héroe que en su sagrada nave recorría las playas de la Cólquida. Cadmo, el hijo de Agenor, abandonó los muros de Sidón para edificar su ciudad en sitio más venturoso. Tideo, fugitivo de Calidón, acogióse cerca de Adrasto, y Teucer halló grato asilo en una tierra querida de Venus. ¿A qué recordar los antiguos romanos, entre los cuales Tibur se consideraba como el último confin de la tierra? Aun-

que enumerase todos los casos, en ninguna época se señaló a nadie lugar tan horrible y lejano de la patria. Perdona tu saber las quejas de un doliente, en quien producen tan poco efecto tus palabras consoladoras; no niego, empero, que si mis males tuviesen cura, ésta se lograría por la virtud de tus consejos; mas temo que trabajas en balde por mi salvación, y que, enfermo irremisiblemente perdido, resulten ineficaces tus remedios. No hablo así porque sepa más que vosotros, sino porque me conozco mejor que mis médicos, y a pesar de esto, confieso que he recibido como un don inestimable el testimonio de tu buena voluntad, y aplaudo la intención que revela.

IV

A SU ESPOSA

Ya el transcurso de la edad cubre de canas mi cabeza y las arrugas de la vejez surcan mi rostro; ya languidecen el vigor y las fuerzas en mi cuerpo quebrantado, y no siento placer en los juegos que divertían mis mocedades. Si de súbito me presentase a tu vista, no acertarías a reconocerme: tal me han parado los estragos del tiempo.

Reconozco que éstas son las consecuencias de la edad, bien que existen otras causas: la ansiedad del alma y los continuos sufrimientos. Si mis años se contasen por el número de mis males, créeme, sería más viejo que Néstor el de Pilos. ¿No ves cómo el campo de duras glebas quebranta la robustez de los bue-

yes? Y ¿qué animal resiste lo que el buey? La tierra que no huelga en barbecho, agotada por la producción, llega a la esterilidad, y sucumbe el corcel que toma parte sin descanso en las carreras del circo. Por fuerte que sea, el mar destrozará la nave que nunca reposó en seco apartada de las olas. Una serie interminable de penas debilita mi aliento y me envejece antes de tiempo. El ocio tonifica el cuerpo y es también alimento del alma, y un inmodico trabajo destruye al uno y a la otra. Recuerda cómo por haber arribado el hijo de Esón a estas comarcas, consiguió las alabanzas de la remota posteridad, y sus trabajos fueron menos duros y penosos que los míos, si el nombre del héroe no ahoga la voz de la verdad. Él vino al Ponto enviado por Pelias, cuyo poder apenas se extendía a los límites de Tesalia, y a mí me desterró la cólera del César, cuya autoridad temen las tierras del Ocaso y la Aurora. Hemonia se halla más próxima que Roma a las siniestras riberas del Ponto, y se arriesgó en navegación menos prolongada que la mía. Él tuvo por compañeros los principales Aqueos, y mis amigos me abandonaron al partir para el destierro. Nosotros surcamos en frágil leño la vasta llanura, y el vástago de Esón navegaba en una nave excelente. Yo no llevaba un Tifis por piloto, ni un hijo de Agenor me enseñaba qué rutas debía seguir o evitar. Él viajaba escudado por la protección de Palas y la augusta Juno, y ningún numen se dignó defender mi cabeza; él fué secundado por las intrigas de una inclinación secreta, que ojalá el Amor no hubiese aprendido en mis enseñanzas; él volvió a su

casa, y yo moriré en estas tierras, si persiste la cólera del dios a quien he ofendido.

Esposa fidelísima, mi carga es harto más pesada que la del hijo de Esón. Tú también, que aun eras joven cuando abandoné la ciudad, habrás envejecido con el pesar que te produce mi ausencia. ¡Ah! Permitan los dioses que pueda contemplarte tal como eres, estampar tiernos ósculos en tus mejillas desfiguradas, y oprimir en mis brazos tu débil cuerpo, exclamando: «Lo que sufrí por mí lo ha vuelto tan escuálido», y con las lágrimas de mis ojos mezcladas a las tuyas, narrarte mis trabajos, y entretenerme en coloquios inesperados, y en reconocimiento ofrecer por mi mano a César y la esposa digna de su tálamo, el incienso que merecen como dioses verdaderos. Así la madre de Memnón por su boca de rosa me anuncie cuanto antes el día en que se se aplaque el enojo de César.

V

A MÁXIMO

Aquel Ovidio que en mejores días no se estimaba el último de tus amigos, te suplica, Máximo, que leas sus renglones; no pretendas atisbar en ellos rasgos de ingenio, como si estuvieses ignorante de su destierro. Advierte que la inacción enerva el cuerpo perezoso, y se corrompen las aguas estancadas del pantano; así, yo mismo, si tenía alguna habilidad en componer versos, la he debilitado y perdido a consecuencia de la desidia. Créeme, Máximo, estas líneas que

repasas las escribe a su pesar mi mano, casi obligada por la coacción. No se deleita mi alma en lucha con tantos sinsabores, y la Musa que invoco no descien- de al país de los crueles Getas. Ya tú lo notas: me violento al componer los versos, que me salen tan forzados como mi duro destino. Cuando los vuelvo a leer me sonrojo de haberlos escrito; yo que los com- puse los considero dignos de borrarse, y no por eso los sujeto a la corrección: es faena más pesada que la de escribirlos, y mi espíritu enfermo no soporta tan dura labor. ¿Será este el momento de emplear una lima rigurosa, y someter cada voz a un examen severo? ¿Aun me atormenta poco la fortuna porque el Nilo no se precipita en el Ebro ni el Athos trasla- da sus bosques a los Alpes? Es necesario perdonar a un corazón atravesado por dardo cruel; los bueyes rehusan doblar el cuello al yugo que los oprime.

Mas pienso que he de recoger el fruto en justa re- compensa de mi labor, y que el campo me devolverá la simiente con usura. Recuerda todas mis obras; hasta aquí ninguna me fué de provecho, y ojalá nin- guna me hubiese sido perjudicial. ¿A qué, pues, es- cribir? ¿Te admiras? Yo también me extraño, y me pregunto cien veces: ¿Qué fruto sacarás? Acaso el pueblo no desbarra al negar el seso a los poetas, y mi vida es la mejor prueba de semejante opinión; frustrado tantas veces por la esterilidad del campo, insisto en arrojar la semilla en suelo ingrato. Cierto que cada cual se apasiona por sus estudios, y se re- crea consagrando el tiempo al arte que cultiva. El gladiador herido jura no volver al combate, y más

tarde toma las armas olvidando la antigua herida. El náufrago sostiene que no luchará segunda vez con las olas, y luego hiende con el remo el agua en que se ahogaba. Así yo maldigo a todas horas mis inútiles afanes, y en seguida me vuelvo a las diosas que no quisiera adorar. ¿Qué haré mejor? Aborrezco la torpe indolencia, y considero la ociosidad semejante a la muerte. No me place amodorrarme con repetidos tragos hasta la madrugada, y las gratas impresiones del juego tienen poco influjo sobre mí. Después de dar al sueño la parte de noche que pide el descanso del cuerpo, ¿de qué modo pasaré las largas horas del día? ¿Aprenderé a manejar el arco de los Sármatas, olvidado de las costumbres patrias, y me dejaré arrastrar por las artes de este país? ¡Ah! Las fuerzas no me permiten entregarme a tal ejercicio; el temple de mi alma supera a mi débil constitución. Indaga bien mis quehaceres; sólo me ocupo en faenas que no reportan utilidad alguna; con ellas consigo el olvido de mi desventura, y bástame que el campo produzca tan buena mies. Que la gloria os estimule; entretened las vigiliás con el coro de las Piérides para que se aplaudan los poemas que recitéis. Yo me contento con escribir lo que no me cuesta ningún esfuerzo, y no veo razón que me induzca a un continuo trabajo. ¿A qué pulir mis frases con nimio rigor? ¿Voy a temer que no agraden a los Getas? Acaso desbarre mi presunción, pero me envanezco de que el Íster no admira ingenio mayor que el mío: en estos campos donde he de resbalar mi vida, me basta ser un poeta entre los inhumanos Getas. ¿De qué me

serviría perseguir la fama en otras esferas? Sea Roma para mí el sitio que la fatalidad me ha señalado. Mi Musa infeliz se satisface con este teatro; tal lo merecí, tal lo quisieron los númenes poderosos. Por otra parte, desconfío que mis libros, desde estas riberas, arriben al lugar adonde el Bóreas llega con alas fatigadas. El cielo nos separa; la Osa, alejada de la ciudad de Quirino, contempla de cerca a los vellosos Getas. Difícil me es creer que por tantas tierras y tantos mares hallen pasaje los frutos de mis veladas. Imagínate que se leen y, lo que es admirable, que llegan a deleitar: este éxito no servirá seguramente de ayuda al autor. ¿Qué te importa ser alabado en la cálida Siena, o donde las olas del mar Índico ciñen a la isla Trapobana? Subamos a más altura. Si te ensalza el coro de las Pléyadas, tan distantes de nuestro planeta, ¿qué ventajas reportarás? ¡Ay! No consigo arribar con mis mediocres poemas a la ciudad donde vives; mi nombre ha abandonado a Roma conmigo. Vosotros, para quienes dejé de existir el día que sepulté mi fama en la tumba, sin duda que al presente ya no os ocupáis de mi muerte.

VI

A GRECINO

Cuando supiste mi desgracia hallándote en tierra extranjera, dime, ¿se entristeció tu corazón? En vano lo disimularás, en vano temerás confesarlo; si te conozco bien, Grecino: te afligiste de veras. No cabe en

tus dulces costumbres una dureza repulsiva, que desdice por completo de tus estudios preferentes. Las artes liberales a que te entregas con tanto ardor suavizan los afectos ahuyentando la rudeza, y ninguno les consagra devoción tan apasionada, siempre que te lo consienten los afanes y obligaciones de la guerra. Yo, en verdad, apenas pude darme cuenta de mi desgracia; permanecí largo tiempo atónito y falto de sentido, y estimé como la mayor desventura verme privado de tu amistad, que me hubiera servido de eficacísimo auxilio. Contigo me faltaban los consue- los que requería mi mente turbada, y aun la mejor parte de mi alma y mi razón. Mas ahora sólo me queda rogarte que me favorezcas, aunque te halles lejos, y aminores con tus consejos la pesadumbre de mi ánimo.

Si en algo crees la veracidad de tu amigo, le juzgarás más insensato que culpable. No es cosa de leve importancia ni segura escribir sobre el origen de mi falta; mis heridas se recrudecen al ser tocadas. Cesa de rogarme te manifieste de qué modo las he recibido; no las irrites si quieres que se cierren. Sea lo que fuere, mi punible acción debe reputarse una falta, no un crimen. ¿Por ventura se ha de juzgar crimen cualquier ofensa hecha a los dioses? Así, Grecino, no he perdido del todo la esperanza de ver un día conmutada mi sentencia. La esperanza fué la única divinidad que permaneció en el mundo cuando todos los númenes abandonaban la tierra malvada. Ella alienta a vivir al esclavo cargado de hierro, soñando que un día sus pies se verán libres de cadenas; ella incita al

náufrago, aunque no vea tierra por parte alguna, a mover los brazos en medio de las olas. Los médicos expertos desahucian mil veces al enfermo, que no pierde la esperanza ni en el momento en que la sangre cesa de circular por sus arterias. Los encerrados en un calabozo dicese que confían en su salvación, y algunos pendientes de la cruz no dejan de hacer votos. Esta diosa impidió que realizaran sus funestos propósitos muchos desesperados que se echaron un lazo al cuello, y ésta misma detuvo mi resuelta mano cuando intenté con el acero poner fin a mis dolores. «¿Qué haces?—me dijo—. No hay necesidad de sangre, sino de lágrimas, que templan en muchas ocasiones la cólera del príncipe.» Así, reconociéndome indigno del perdón, fundo mis esperanzas en la bondad de este dios. Suplícale, Grecino, que no se me muestre inexorable, y ayuda con tu elocuencia la realización de mis votos. Muera sepultado en las arenas de Tomos, si dudo un instante de los tuyos en mi favor. Primero comenzarán las palomas a no frecuentar las torres, las fieras los antros, las ovejas los prados y el cuervo marino las olas, que Grecino corresponda mal a mi antigua amistad: no todo lo han trastornado mis aciagos destinos.

VII

A MESALINO

Esta carta que substituye a la viva voz, te la dirijo, Mesalino, interesándome por tu salud desde el país de los crueles Getas. ¿Conoces al autor por el lugar? ¿Será preciso que leas mi nombre para saber que te la escribe Nasón? ¿Cuál otro de tus amigos yace relegado a los extremos confines del orbe, excepto el que te suplica que le cuentes siempre en el número de los tuyos? Que los dioses preserven a cuantos te aman y veneran de conocer las gentes de esta nación. Basta con que yo solo viva entre los hielos y las flechas de los Escitas, si merece llamarse vida tal género de muerte; que a mí solo fatigue este país con la guerra, el cielo con sus rigores, el Geta feroz con las armas y el invierno con sus hielos; que yo solo habite una tierra que no produce frutos ni racimos, y en la que el enemigo nunca se cansa de amenazar por todas partes. Viva feliz el grupo numeroso de tus amigos, entre quienes, como en medio de la turba, ocupaba yo un lugar insignificante. Desgraciado de mí si te ofenden estas palabras y niegas haberme contado un día en el círculo de los tuyos. Cuando ello no fuese verdad, deberías perdonar mi mentira; pues mi vanagloria en nada perjudica tu fama. ¿Quién no se envanece de ser amigo de los Césares a poco que los conozca? Perdóname la audacia que confieso, tú serás para mí el César. Mas no penetro a la fuerza

en los sitios que se me prohíben, y me doy por satisfecho con que declares que siempre me abriste tu puerta. Cuando entre los dos no existiese otro lazo mayor, a lo menos antes contabas una voz más que acudía a saludarte. Nunca renegó de mi amistad tu padre, que me alentó en mis estudios, que fué mi antorcha y guía, y a quien rendí como último honor el tributo de mis lágrimas en la hora de su muerte, y de mis versos recitados en el foro. Me consta, además, que tu hermano siente por tí un amor que no cede al de los hijos de Atreo y Tíndaris, y nunca ha desdeñado mi compañía ni mi amistad, porque comprende sin duda que no han de serle dañosas. De lo contrario, confesaría que sobre este punto no dije verdad, prefiriendo que vuestra casa estuviese para mí herméticamente cerrada; mas no se me puede cerrar, no hay poder humano capaz de impedir que un amigo se extravíe, aunque todos saben que nunca he sido un criminal, y quisiera que mi error se pudiese negar igualmente. Si mi culpa no fuera en parte excusable, la pena del extrañamiento me parecería hartamente leve; pero el mismo César, a cuya penetración nada se escapa, vió que mi delito era sólo una imprudencia, y la perdonó tanto como lo permitía mi error y lo consintieron las circunstancias; usó con moderación de sus rayos, no me quitó la vida, ni la esperanza de regresar a la patria, si vuestras preces consiguen calmar su cólera. Gravísima fué mi caída, ¿qué tiene de extraño? El mortal anonadado por los rayos de Jove, no recibe daños de poca monta. Aun pretendiendo reprimir su brío, los dardos que lanza-

ba Aquiles producían horribosas heridas. Así, pues, siéndome favorable la sentencia del juez, no hay motivos para que tu puerta deje de reconocerme. Confieso que mis atenciones no llegaron hasta donde debían; pero esto, a mi parecer, fué obra del destino. Sin embargo, nunca hubo persona a quien más honrase, y ya en tu casa, ya en la de tu hermano, gocé la protección de vuestros Lares. Tu fraternal piedad es tan grande, que sin rendirte mis homenajes, por ser el amigo de tu hermano, ya tengo derecho sobre ti. Si el reconocimiento debe acompañar siempre a los beneficios, ¿no convendría a tu fortuna merecerlo? Si me concedes persuadirte acerca de lo que has de pedir, suplica a los dioses lo que pueden dar mejor que vender. Esto es lo que haces, y, si mal no recuerdo, solías obligar a muchos con tus relevantes servicios. ¡Mesalino, dame cualquiera plaza en el número de los tuyos, con tal que no me mires como extraño en tu casa; y si no te conduce que Ovidio padezca los males que mereció, duélete al menos de que los haya merecido.

VIII

A SEVERO

¡Oh, Severo, que dominas la mejor parte de mi alma!, recibe el testimonio de afecto que te envía tu querido Nasón. No me preguntes lo que hago; si te lo contase todo, llorarías; basta que conozcas el resumen de mis tristezas. Vivo sin conocer un momen-

to de paz, en continuos rebatos y luchas mortíferas, que promueve el Geta provisto de su carcaj. De tantos como residen fuera de la patria, yo solo soy soldado y desterrado: todos los demás, y no los envidio, reposan seguros. Para que te dignes leer con indulgencia mis libros, ten presente que sus versos se han compuesto en los preparativos del combate. Cerca de las riberas del Íster, conocido por dos nombres, álzase una antigua ciudad casi inexpugnable por sus muros y excelente situación. A creer las historias de sus habitantes, el caspiano Egigso la fundó y le dió su propio nombre. El Geta feroz, después de acuchillar a los Odrisios por sorpresa, se apoderó de ella, y sostuvo la guerra con el rey. Éste, fiel a la memoria de su alta nobleza que acreditaba con el valor, lanzóse al campo rodeado de innumerables guerreros, y no se retiró hasta que con la muerte merecida de los culpables, llevando al extremo la venganza, él mismo incurrió en la nota de culpable. ¡Oh, rey valentísimo de nuestra época!, ojalá tu mano gloriosa empuñe siempre el cetro, y lo que vale más, ¿podría desearte gloria mayor?, ojalá recibas el aplauso de la belicosa Roma y de su excelso César. Vuelvo al punto de partida. Me quejo, carísimo amigo, de que el estrépito de las armas venga a acrecentar mis dolores. Cuatro veces el otoño ha visto surgir las Pléyadas, desde que carezco de vuestra compañía sepultado en estas riberas infernales. No vayas a creer que Ovidio suspira por las diversiones de la vida romana, y, no obstante, las echa de menos con pesar.

Pues ya, dulces amigos, os hacéis presentes a mi

memoria, ya pienso en mi hija y mi cara esposa, y después me imagino que salgo de casa y paseo por los sitios más hermosos de la ciudad, y los recorro todos con los ojos del pensamiento y visito las plazas, los palacios y los teatros revestidos de mármol, o los pórticos de suelo igualado y el césped del campo de Marte, desde donde se contemplan jardines deleitosos, y los estanques y las aguas de Euripo y la fuente Virginal. ¿Por ventura, al arrebatarse a este mísero los placeres de Roma, se le permite gozar de otra campiña cualquiera? Mi ánimo no se obstina en apetecer los campos perdidos, o los sembrados fértiles de la comarca de los Pelignos, ni los jardines plantados en las colinas que sombrean los pinos, y se descubren en el punto donde la vía Clodia se junta con la Flaminia, jardines que yo mismo cultivé sin saber para quién, y a los que solía, no me avergüenza confesarlo, conducir las aguas de la próxima fuente. Si existen todavía, allá se yerguen árboles en otros tiempos por mí plantados, pero cuyos frutos no ha de recoger mi mano.

Ojalá me fuera dado reemplazar su pérdida cultivando aquí un huertecillo que entretuviese mi destierro. Yo mismo, si pudiera, apoyado en mi báculo, llevaría a pacer las ovejas y las cabras que trepan por las rocas; yo mismo descargaría el pecho de cuantas incesantes, guiando los robustos bueyes uncidos al corvo yugo, y aprendería el lenguaje que conocen de oírlo a los Getas, añadiendo los gritos amenazadores que acostumbran proferir; yo mismo, sujetando con la mano el arado que hiende la tierra, apren-

dería a esparcir la semilla en el surco removido, no titubearía en limpiar de brozas el campo con el largo azadón, y llevaría a mi sediento huerto el agua que reclamase; pero ¿cómo dedicarme a tales ocupaciones si apenas se alza un muro y una cerrada puerta entre mí y el enemigo? Los fatales dioses hilaron para ti estambre de felices agüeros en el momento de nacer; ya frecuentas el campo de Marte, ya paseas a la sombra del pórtico, ya en el foro al que dedicas breves instantes, ya la férvida rueda te conduce por la vía Appia derecho a tu casa de Alba; una vez allí, acaso deseas que César temple su justa cólera, y tu villa me sirva de refugio. Es demasiado, amigo, lo que pretendes; modera tus deseos, te lo suplico, y reprime el vuelo audaz del pensamiento. Yo viviría satisfecho en tierra menos lejana y menos expuesta a los trances de la guerra, sintiéndome aligerado de una gran parte de mis sufrimientos.

IX

A MÁXIMO

Apenas recibida la epístola tuya que me anunciaba la muerte de Celso, la he regado con mis lágrimas, y, lo que me cuesta decir, lo que nunca juzgué posible, la he leído bien, a pesar mío. Desde que habito en el Ponto, no había llegado a mis oídos noticia tan dolorosa, y ojalá sea ésta la última. Su imagen se ofrece a mis ojos como si le tuviera presente, y mi amor aún le cree vivo. Recuerdo mil veces el

abandono con que se entregaba a las diversiones, y su probidad inmaculada en los negocios graves. De todas mis épocas, ninguna se me representa con la tenacidad de aquélla, que habría querido fuese la última de mi existencia. Cuando mi casa se derrumbó de golpe con espantosa ruina, cayendo sobre la cabeza de su dueño, Máximo, él vino en mi ayuda, y cuando casi todos me abandonaban, él no siguió a la fortuna. Yo le vi llorar desolado mi desgracia, como si presenciara que llevaban a su hermano a la pira; se arrojó en mis brazos, consoló mi honda aflicción y mezcló sus lágrimas con el raudal de las mías. ¡Oh!, ¡cuántas veces, guardián aborrecible de mi amarga vida, contuvo mis manos prontas a terminar con ella!; ¡cuántas veces me dijo!: «La cólera de los dioses se deja aplacar; vive, y no desesperes de la posibilidad del perdón.» Y oye las palabras que me impresionaron más: «Considera de cuánto auxilio te puede servir Máximo; Máximo se esforzará, con el celo de la amistad que te profesa, rogando a César que no lleve al extremo los efectos de su cólera. A sus esfuerzos juntará los de su hermano, y no habrá recurso a que no apele para dulcificar tu suerte.» Estas palabras consolaron el tedio de mi ánimo; a ti, Máximo, toca acreditar que no se pronunciaron en balde. A menudo solía jurarme que vendría aquí, siempre que tú le dieses licencia para emprender tan largo viaje; porque el culto que tributa a tu casa es tan respetuoso como el que tú mismo rindes a los dioses que imperan en el mundo. Créeme, tienes merecidamente innumerables amigos, pero ninguno que supere los qui-

lates de su amistad; que no es la hacienda ni el linaje, sino la honradez y el talento, lo que enaltece a los hombres. Vierto con sobrada razón en la muerte de Celso el llanto que él derramó hallándome sin vida el día de mi destierro; con razón le dedico estos versos que testifican sus nobles cualidades, para que los venideros lean el nombre de Celso. Es lo único que puedo enviarte desde los campos Géticos, lo único que puedo llamar mío. No me fué dado acompañar tu funeral y esparcir perfumes sobre tu cuerpo, porque el universo entero me alejaba de tu pira.

Quien pudo, Máximo, a quien tú en vida reverenciabas como un Dios, te ha rendido los últimos honores; él dispuso tus exequias, él hizo a tus despojos sentidas demostraciones, y esparció el amomo sobre tu helado seno; en su dolor diluyó los ungüentos con las lágrimas que derramaba, y guardó tus cenizas en una tierra vecina. El que así cumple con los amigos fallecidos sus deberes, bien haría en contarlos igualmente entre los muertos.

X

A FLACCO

Desde su destierro, Nasón saluda a su amigo Flacco, si alguien puede enviar aquello de que carece. Mi cuerpo, aniquilado por tantos embates, desde hace tiempo languidece, incapaz de recobrar sus perdidas fuerzas. No siento ningún dolor, no me abrasa ninguna fiebre sofocante, y la sangre circula por mis venas

de un modo regular; pero con el mal gusto de boca, repugno las viandas que me ponen en la mesa, y me aflige que llegue la hora aborrecida de comer. Sirveme los pescados del mar, los frutos de la tierra y las aves del aire, y no hallaré nada que estimule mi apetito. Si la hermosa Hebe con solícita mano me brindase el néctar y la ambrosía que beben y comen los dioses, su rico sabor no excitaría mi paladar embotado, y como un peso incómodo fatigaría tenazmente mi estómago. No me atrevo a escribir estas molestias sobrado reales a cualquiera, por el temor de que llame delicadezas a mis padecimientos; en verdad que, dada mi situación y el aspecto de mi fortuna, las delicadezas estarían en su lugar; yo se las deseo tales como las pruebo, al que estimó que la ira de César fué harto benévola conmigo. Hasta el sueño, reparador alimento de un organismo debilitado, no cumple sus deberes restaurando las fuerzas del mío. Paso la noche en el insomnio, y me desvelan de continuo las aflicciones a que dan pábulo las tristezas del lugar. Así, aun viéndolo, apenas reconocerías mi rostro, y preguntarías: «¿Adónde huyó el color que antes lo sonrosaba?» Gotas escasas de sangre sostienen mis débiles miembros, ya más pálidos que la cera reciente. Estos estragos no me los produjeron excesos de embriaguez; tú sabes que el agua es casi mi única bebida. Mi vientre no abusa de las viandas, y a tener ese gusto, sería imposible satisfacerlo en el país de los Getas. Tampoco enervó mis energías la peligrosa voluptuosidad de Venus, que no suele visitar los lechos de los desgraciados. Lo que me daña es el agua y el

clima, y sobre todo la ansiedad del ánimo que no me abandona un instante: si no la calmas tú con ese hermano que tanto se te parece, mi espíritu agobiado sucumbirá al peso de la tristeza. Vosotros, para un frágil esquife, sois una tierra hospitalaria; vosotros me acordáis la protección que muchos me niegan; dispensádmela siempre, os lo ruego, pues siempre he de necesitarla mientras el numen de César aliente irritado contra mí. Uno y otro orad suplicantes a vuestros dioses, no que cese, sino que disminuya su cólera merecida.

LIBRO SEGUNDO

EPÍSTOLA I

A GERMÁNICO CÉSAR

La fama del triunfo de César también ha llegado a estas tierras, que apenas visita el lánguido soplo del cansado Noto. Siempre pensé que nada me sería grato en la región de Escitia, y hoy encuentro este país menos aborrecible que antes. Disipada la nube de mi tristeza, por fin he visto un día sereno, y me he burlado de la adversa fortuna. Aunque César me prohibiese toda satisfacción, ésta al menos ha de permitir que todos la gocen. Los mismos dioses quieren ser adorados con una piedad alegre, y ordenan depone-
ner la tristeza en los días a sus fiestas consagrados, y, en fin, sea una verdadera insania la audacia de confesarlo, aunque él me lo prohíba, gozaré de la común alegría.

Cuantas veces Júpiter favorece con sus lluvias benéficas a los campos, el lampazo ténaz arraiga entre las mieses; así nosotros, hierba inútil, sentimos el hálito de un numen fecundo, y, mal de su grado, a veces nos regocijamos con sus beneficios. Los goces de César me pertenecen como romano: esta familia no tiene nada exclusivamente suyo. ¡Oh fama!, yo te doy las gracias, pues me permitiste contemplar la

pompa triunfal, aunque relegado en medio de los Getas. Por tus relatos supe que poco ha se reunieron pueblos innumerables para contemplar de cerca el rostro de su caudillo, y Roma, cuyas extensas murallas encierran al orbe universal, apenas pudo recibir a tantos extranjeros. Tú me referiste que por espacio de muchos días el Austro tempestuoso no cesó de derramar continuas lluvias, y que el sol iluminó con luz celestial el día del triunfo, armonizándolo con el aspecto regocijado del pueblo; así pudo el vencedor distribuir a los guerreros el premio de sus hazañas, prodigándoles merecidos elogios, y antes de vestir las ropas bordadas, como insignia esclarecida, ofreció el incienso en las santas aras y aplacó piadoso a la Justicia, tan reverenciada de su padre, que reside como en un templo dentro de su corazón. Por donde pasaba oía votos felices, ahogados por los aplausos, y las rosas, impregnadas de rocío, cubrían el pavimento. Iban delante las imágenes en plata de los muros rotos, las ciudades expugnadas y sus habitantes vencidos; los ríos, los montes, los prados que ciñen altas selvas; las armas y los dardos agrupados en trofeo. El áureo carro triunfal, que el sol encendía, doraba con sus reflejos las casas del foro romano; los jefes cautivos, con los cuellos en cadenas, eran tan numerosos, que casi formaban un ejército de enemigos, y la mayor parte obtuvieron la vida y el perdón, entre ellos Bato, el promovedor y cabeza de esta guerra. ¿Por qué he de negar que puede disminuir la cólera de los dioses contra mí, cuando los veo tan benévolos con los enemigos? Germánico, el

El mismo rumor esparcido por acá publicó las ciudades que aparecieron inscritas a tu nombre, sin que valiesen nada contra tu valor la solidez de los muros, la fuerza de las armas ni la situación ventajosa que ocupaban. Que los dioses te concedan muchos años; lo demás corre de tu cuenta, como den a tu virtud luenga vida. Mis súplicas serán escuchadas, algo significan los oráculos de los vates; un dios responde a mis preces con señales favorables. Roma, alborozada, te verá vencedor sobre tus corceles coronados subir por la roca Tarpeya. Tu padre, testigo de los honores decretados a su hijo, experimentará el gozo que él mismo hizo sentir a los autores de sus días. ¡Oh tú, el más ilustre de los jóvenes en la paz y la guerra!, ya desde ahora te predigo un brillante porvenir. Tal vez mis versos celebren tu triunfo, si mi vida se sobrepone a mis crudos sufrimientos, si antes no tiño en mi sangre las flechas de los Escitas y el feroz Geta no corta con su espada mi cabeza; mas si aún aliento cuando recibas la corona de laurel en el templo, habrás de confesar que mis predicciones han resultado verídicas dos veces.

II

A MESALINO

Mesalino, aquel Nasón que desde la primera infancia honró siempre a tu familia, y ahora yace relegado en las tristes playas del Euxino, te envía desde el país de los indomables Getas el saludo que viviendo

en Roma se apresuraba a ofrecerte. ¡Desventurado de mí si al leer mi nombre se te altera el semblante y vacilas en proseguir lá lectura! Continúa, no condenes mis palabras conmigo; vuestra ciudad no se afrenta de recibir mis poemas. Yo no concebí el proyecto de lanzar el Pelión sobre el Osa para tocar con mi mano los astros rutilantes; no he movido, siguiendo a la hueste insensata de Encélado, las armas contra los dioses que dominan el universo, ni lo que ejecutó la temeraria diestra de Diomedes, he lanzado mis dardos contra ninguna divinidad.

Mi culpa es grave, pero sólo se ha vuelto en mi daño, sin cometer indignidad mayor; no se me debe acusar más que de insensato y temerario: estos dos calificativos sí que realmente los merezco. Después de haber irritado la cólera de César, confieso la razón que te asiste para mostrarte reacio a mis súplicas. Tal veneración sientes por los que llevan el nombre de Julo, que te consideras agraviado de aquel que osa ofenderlos. Mas aunque empuñes las armas y amenazas inferirme crueles heridas, no conseguirás que yo llegue a temerte. Una nave troyana acogió al griego Aqueménides, y la lanza de Aquiles sanó al rey de Misia. A veces el profanador de un templo se acoge ante el ara, y no teme implorar la clemencia del numen ofendido. Alguien dirá que esto es peligroso; pero mi barco no se desliza por plácidas aguas. Busquen otros la seguridad: mi fortuna miserable vive sin recelo y libre de temer sucesos más desesperados. El que es juguete del destino, ¿a quién sino al mismo destino pedirá socorro? Es frecuente que

la aguda espina produzca lindas rosas. El náufrago, combatido por las olas espumantes, tiende sus brazos a la costa, y se agarra a las peñas y a las matas punzadoras. El ave que con alas temblorosas huye del gavilán, se recoge fatigada en el seno del hombre, y no titubea guarecerse en la cabaña vecina la cierva que huye espantada de los rabiosos canes. Dulce amigo, oye mi petición, mira compasivo mis lágrimas y no cierras insensible tu puerta a mis tímidas voces; dignate elevar piadoso mis ruegos a los númenes que Roma venera, y a quienes tú no honras menos que al Tonante del Capitolio; como legado toma a tu cargo la defensa de mi causa, aunque sea tan perdida por acompañarla mi nombre.

Ya próximo a la tumba, ya con el escalofrío de la muerte, difícilmente me veré salvado por ti, en el caso que me salves. Despliega ahora en pro de mi abatida suerte el favor que el príncipe te dispensa, y así lo conserves eternamente. Inflámate ahora en aquella elocuencia hereditaria que tan provechosa solía ser a los atribulados reos. La lengua de un padre elocuentísimo revive en vosotros, y su mérito ha encontrado dignos herederos. Yo no la solicito para que se apreste a mi defensa: no la tiene el reo que confiesa su culpa. Mira si consigues excusar su falta como un error, o si es más conveniente callar sobre el fondo de la misma. Mi herida es de aquellas que se dicen incurables, y creo lo más seguro no tocarla siquiera. Cállate, lengua; no profieras molestas palabras; ojalá pudiese enterrar el misterio con mis cenizas. Cual si me hubiese dejado engañar por un

error, háblale de modo que me permita el goce de la vida que le debo. Cuando le veas sereno, cuando remita el ceño que llena de espanto al orbe y al Imperio, ruégale que no tolere que yo sea una débil presa de los Getas, y acuerde clima menos duro a mi destierro miserable. El momento es propicio a tales pretensiones : se siente dichoso y ve prosperar la pujanza de Roma, que ha consolidado; su esposa, en perfecta salud, conserva la pureza del tálamo nupcial, y su hijo extiende el poderío de Ausonia. El mismo Germánico se aventaja a los años con su valor, y el arrojado de Druso no cede a su nobleza, y, en fin, sus nueras, sus tiernas nietas, las hijas de sus nietos y todos los miembros de la familia de Augusto gozan vida floreciente. Añádasē a esto los Peonios recién subyugados, los brazos de los montañeses Dálmatas sujetos a la quietud, y la Iliria, que, deponiendo las armas, no se desdeña de someter su cabeza esclava a las plantas de César. Él mismo, montado en su carro y atrayendo las miradas con plácido rostro, ceñía a sus sienes el laurel de la virgen amada de Febo. Con vosotros acompañábanle en la marcha sus piadosos hijos, dignos de tal padre, dignos de los honores recibidos y semejantes a aquellos hermanos a quienes desde su excelsa mansión vió el divino Julo ocupar el próximo templo. Mesalino no les disputa el primer lugar en la común alegría : debe ceder ante ellos; mas fuera de ellos no hay quien le emule en su adhesión; en este particular, Mesalino, no ocupará nunca el segundo puesto; le honras porque, sin reparar en tu corta edad, premió tus méritos ciñendo de

laurel tu frente ennoblecida por el valor. Felices los que fueron testigos de semejantes triunfos y gozaron la presencia de un caudillo igual a los dioses. ¡Ah!, yo, en vez del rostro de César, tengo que contemplar los de los Sármatas, y una tierra privada de la paz y unas aguas que encadena el hielo. Pero si me oyes y mi voz llega hasta ti, haz que tu influjo obtenga otro lugar para mi destierro. Tu padre, a quien tanto respeté desde mis primeros años, te pide esto mismo, si aun conserva el sentido su elocuente sombra; esto mismo te pide tu hermano, aunque tal vez recele que te sea perjudicial el empeño de salvarme; te lo pide toda tu familia, y tampoco osarás negar que me constaste en el número de tus amigos. Excepto *El Arte de amar*, por lo menos aplaudías mi ingenio, del cual reconozco haber abusado; tu casa no tiene por qué avergonzarse de mi vida, si suprimes las últimas faltas: así reine en ella siempre la felicidad y te protejan siempre los dioses y César. Impetra de este numen benévolo, y contra mí justamente irritado, que me saque de la tierra salvaje de los Escitas. No se me oculta que el negocio es difícil; pero la virtud acomete arduas empresas, y mi reconocimiento será mayor que tan grande beneficio. Además, no es Polifemo en el antro profundo del Etna, ni Antífates el que ha de escuchar tus ruegos, sino un padre indulgente y bondadoso, dispuesto al perdón, que truena cien veces sin despedir el rayo fulminante, que si decreta alguna severidad se affige él mismo, y la pena que impone la siente como propio castigo. Mas su clemencia fué vencida por mi culpa, y su cólera

forzada a armarse de omnímodo poder. Puesto que vivo separado de la patria por un mundo y no puedo prosternarme a los pies de los mismos dioses, sé tú el sacerdote que dirija mis instancias a los númenes que veneras, y une a las mías tus propias súplicas; pero no te empeñes si recelas algún inconveniente. Pernóname; soy un náufrago que teme en todos los mares.

III

A MÁXIMO

Máximo, que igualas el brillo de tu nombre con tus preclaras virtudes, y no consientes que la nobleza eclipse tu ingenio; a quien reverencié hasta el postrer instante de mi vida, porque mi estado actual ¿en qué difiere de la muerte?; no repudiando al amigo afligido das prueba de un temple harto raro en nuestro siglo. Vergüenza siento al decirlo, pero he de declarar la verdad: el vulgo sólo aprueba las amistades que reportan interés, mira antes a lo provechoso que a lo honesto, y la fidelidad se mantiene o se pierde con la fortuna. Entre muchos miles es difícil hallar un hombre persuadido de que la virtud lleva consigo la recompensa. El honor de actos honrosos, sin el aliciente del galardón, no estimula a nadie, y todos se arrepienten de la probidad gratuita. Sólo se ama lo que trae utilidad; anda, quita la esperanza del provecho a la avidez humana, y no tropezarás ni un virtuoso. Hoy cada cual se atiene al amor de sus rentas, y calcula solícito con los dedos lo que cree más

útil. La amistad, numen venerable en mejores días, hoy se prostituye, y como una meretriz se rinde a quien la compra. Por eso me admira que, resistiendo al ímpetu del torrente, no te dejes arrastrar por el contagio de la común bajeza.

Contéplate en mi espejo: ayer rodeado de numerosos amigos, porque un soplo favorable hinchaba mis velas; pero así que la tempestad encrespó las irritadas olas, me vi abandonado, con mi nave deshecha, que invadían las aguas; y cuando muchos se esforzaban por aparentar que no me conocían, apenas quedasteis dos o tres que me socorriesen en el naufragio. Entre ellos tú fuiste el principal; tú, digno, no de seguir a nadie, sino de marchar a la cabeza de todos; no de imitar el ejemplo, sino de imponerlo a los demás. Tú no recabas otro provecho de tus actos que la satisfacción de haber obrado rectamente; la probidad y la conciencia del deber son tus únicos guías; en tu opinión, la virtud rehusa el salario, y ha de amarse por sí misma, aunque no la acompañen los bienes externos. Juzgas torpe acción rechazar al amigo que cayó en la desgracia y que por su infelicidad deje de constituir parte de los tuyos. Es más noble sostener con la mano la cabeza del nadador fatigado que hundirlo en el seno de las olas. Recuerda lo que hizo el nieto de Eaco después de la muerte de su amigo, y no dudes que mi vida es una especie de muerte. Teseo acompañó a Piritoo hasta las márgenes de la Estigia. ¡Ah, cuán poco dista mi suerte desdichada de sus aguas funestas! El joven Foceo asistió a Orestes, privado de la razón, y en mi culpa no se

advierte menos el furor de la insensatez. Recibe tú por igual las alabanzas de tan egregios varones, y haz lo que alcancés para levantar al caído. Sí, te conozco bien; si eres al presente el de otro tiempo y tu temple conserva su grandeza, cuanto más se encone la adversidad le opones mayor resistencia, y, como lo demanda el honor, te resistes a ser por ella vencido. El valor del enemigo acrisola el tuyo, y así la misma causa me favorece y a la vez me perjudica.

Sin duda, clarísimo joven, estimas indigno de ti servir de cortejo a la diosa que se alza en la instable rueda; tu constancia es inquebrantable; y ya que las velas de mi destrozada nave no se yerguen altivas, como quisieras, las riges del modo que se hallan. Estas ruinas peligrosas y a punto de derrumbarse, aun se sostienen apoyadas en tus hombros. En el primer instante tu cólera fué justa, y no menor que la de aquel que se irritó contra mí viéndose ofendido. El resentimiento que alteró el pecho del divino César jurabas sentirlo con la misma intensidad; mas luego que supiste el origen de mi desdicha, es fama que lamentaste mis errores. Una carta tuya vino entonces a proporcionarme el primer consuelo y a infundirme la esperanza de que podría ablandarse el dios ofendido. Entonces recordaste la firmeza de mi larga amistad, que había comenzado antes de tu nacimiento. Si con la edad granjeaste otros amigos, al nacer ya lo eras mío, y te di los primeros besos cuando aún te mecías en la cuna, y habiendo desde mis tiernos años honrado siempre a tu familia, ahora la desgracia me fuerza a ser para ti una antigua carga. Tu padre,

dechado de la elocuencia romana, y cuya facundia se igualaba con su nobleza, fué el primero que me incitó a confiar mis escritos a la fama y el guía de mi juvenil ingenio; tengo la certeza de que tu hermano no acertaría a señalar la fecha en que comenzó la amistad que nos profesamos, pues te amé sobre todos y en la próspera y adversa fortuna tú fuiste el objeto único de mi afeción. Las últimas playas de Italia viéronme en tu compañía y recibieron las lágrimas que resbalaban por mis tristes mejillas. Cuando me interrogabas por la verdad del rumor pregonero de mi culpa, yo quedé vacilante entre la confesión y la negativa; el miedo ponía en mi boca tímidas excusas, y a la manera de la nieve que el Austro húmedo derrite, el llanto descendía por mi rostro espantado. Recordando esto, imaginas que mi falta es capaz de admitir disculpa, como se perdona un primer error; te interesas por el antiguo amigo que cayó en el abismo y aplicas a sus heridas el bálsamo de tus consuelos. Si se me concediese la libertad de hacer votos, pediría al cielo los mil favores que mereces por tantos beneficios, y si tengo que ajustar mis deseos a los tuyos, rogaré que te conserven salvos a César y a su madre. Recuerda bien que esto era lo primero que solías demandar a los dioses cuando quemabas los granos del incienso en sus altares.

IV

A ÁTICO

Ático, cuya fidelidad no me inspira la menor sospecha, recibe la carta que Nasón te envía desde el Íster helado. Y bien, ¿te acuerdas aún de tu infeliz amigo, o ya no te cuidas de su tristísima situación? ¡Ah!, los dioses no me son tan adversos que me incline a creerlo; imposible que me hayas olvidado tan pronto. Ante la vista tengo siempre tu imagen, y los rasgos de tu rostro fijos en mi pensamiento. Recuerdo nuestras frecuentes conversaciones sobre trascendentales materias, y las largas horas que pasábamos en divertidos esparcimientos. Muy a menudo abreyábamos el tiempo con los coloquios, y nuestros discursos se prolongaban más que los días. A menudo te recitaba los versos acabados de componer, y mi novicia Musa se sometía a tus juiciosas observaciones. Lo que tú aplaudías, lo consideraba ya aplaudido por el público, y este era el dulce premio de mis recientes trabajos. Para que mi libro fuese corregido por la lima de un amigo, siguiendo tus consejos borraba no pocas frases. Juntos nos vieron las plazas, los pórticos, las calles, y juntos tomábamos asiento en los teatros. En suma, caro amigo: el afecto con que te distinguí era tan intenso como el que sentía Aquiles por el niéto de Actor. Aunque bebieses las aguas olvidadizas del Leteo, yo nunca me persuadiría de que tales recuerdos se llegaran a borrar de tu

memoria. Antes amanecerán los largos días en la estación brumosa, y las noches del invierno serán más cortas que las del estío; ni en Babilonia se dejará sentir el calor, ni en el Ponto los hielos, y el perfume de la calta vencerá al de las rosas de Pesto, antes de que se borre de tu mente el recuerdo de mi persona; mi destino no me fustiga con tanto rigor. Sin embargo, haz por evitar que las gentes se burlen de mi engañosa confianza y afirmen que he sido víctima de mi necia credulidad; protege al antiguo amigo con tu probada constancia todo lo posible, y en tanto que no te sea gravoso.

V

A SALANO

Yo, Ovidio Nasón, envió a mi Salano estos versos de medida desigual, después de interesarme por su salud, que ojalá sea excelente y el buen suceso confirme mis anhelos. Deseo, amigo mío, que los leas en la más próspera situación; tu bondad, en estos tiempos virtud casi fenecida, exige de mi parte semejantes votos. Aunque haya sido corto el trato que sostuve contigo, dícenme que lamentaste mi destierro, y que leyendo los versos que enviaba desde el lejano Ponto, a pesar de su escaso mérito, los realzaste con tu aprobación. Tú deseaste que el César amado de los dioses aplacase pronto su ira contra mí; y el mismo César aprobaría tales deseos si le fueran conocidos. Tu noble carácter te obligó a prorrumpir en tan benévolos votos, y no por esto me son menos

agradables. Doctísimo Salano, lo que más te conmueve al meditar sobre mi proscripción es, sin duda, la naturaleza del país que habito: créeme, apenas hallarás en todo el orbe tierra que goce menos la paz que Augusto le ha dado. Tú, no obstante, lees los versos compuestos aquí en medio de feroces rebatos, y una vez leídos los colmas de elogios; aplaudes el ingenio que mana de mi vena casi exhausta, y conviertes el arroyuelo en un río caudaloso. En verdad que estas aprobaciones alientan mi ánimo decaído, y ya sabes que las desdichas se permiten pocos momentos de placer. Cuando me pongo a escribir sobre asuntos ligeros, mi numen se acomoda a la facilidad del tema; mas hace poco, cuando llegé hasta mí la fama de un magnífico triunfo, y osé echar sobre mis hombros carga tan abrumadora, la grandeza y el esplendor de los sucesos refrenaron mi audacia, y hube de sucumbir bajo la pesadumbre de la empresa comenzada. La buena voluntad es lo único que allí merece tu alabanza; lo demás decae ante la magnitud del asunto. Si por ventura mi libro llega a tus manos, le encargo se recomiende a tu protección; tú se la concederías aunque no te lo rogase, mas quiero que mi súplica se junte a tu favorable disposición. No merezco tus alabanzas, pero tu alma es más pura que la leche y más cándida que la nieve no pisada. Admiras a los otros, siendo digno de admiración; pues a nadie se esconde tu talento y soberana elocuencia. César, el príncipe de la juventud, a quien la Germania ha dado su nombre, te asocia a sus estudios; tú, su antiguo compañero; tú, unido con él desde los

tiernos años, le places por tu ingenio que armoniza con sus costumbres. No bien hablas, se siente arrebatado, y tu elocuencia es el estímulo que despierta la suya. Cuando cesas y se apagan las voces mortales y el silencio reina breves minutos, entonces se levanta este príncipe digno del nombre de Julo, como surge el lucero dé la mañana por las aguas orientales. Mientras permanece en pie y callado, su ademán denuncia al orador, y bajo su toga con elegancia dispuesta, se adivina un joven elocuente. Luego, tras breve pausa, al romper su boca divina el silencio, jurarías que su lenguaje es el usado por los dioses, y dirías: «Esta es la elocuencia digna del príncipe»; ¡tanta nobleza pone en sus palabras! Y tú, que privas con él; tú, que tocas con la frente los astros, ¿tú ambicionas poseer los poemas de un vate proscrito? Sin duda existe un lazo oculto de concordia que une los ingenios, y cada cual observa fielmente el pacto común. El labriego ama al cultivador del campo, el soldado al que marcha a la guerra, el marino al piloto que rige la insegura nave; así te entregas al cultivo de las Musas porque las amas, y favoreces mi número porque lo tienes en alto grado. Nuestras obras son distintas, pero surgen de la misma fuente; uno y otro profesamos las artes liberales. Tú empuñas el tirso, yo me ciño de laurel, y el entusiasmo nos arrebató por igual a los dos. Si tu facundia da vigor a mis versos, de ellos toman tus palabras su brillantéz. Piensas con sumo acierto que la poesía es afine de tus estudios, y debemos defender su culto bajo las mismas banderas; por eso te ruego que hasta los úl-

timos instantes de la vida conserves al amigo que te honra con su favor, y que un día, dueño del mundo, empuñará las riendas del Imperio: todos los pueblos prorrumpen en este voto conmigo.

VI

A GRECINO

El triste Nasón que presente solía hacerlo de viva voz, saluda con sus versos a Grecino desde las playas del Ponto. Es la voz de un desterrado; la escritura me sirve de lengua, y si no se me permite escribir, permaneceré mudo. Corrige como debes las faltas de tu insensato amigo, y me enseñas a soportar los males que merecí mayores. Los reproches de mi proceder son justos, pero tardíos: ten menos severidad con el reo que confiesa su delito. Cuando podía atravesar derecho los montes Ceraunios y evitar las rocas peligrosas, entonces era la ocasión de amonestarme; mas ahora, ¿de qué me aprovecha en medio del naufragio aprender la ruta por donde debí guiar mi barca? Tiende más bien los brazos en socorro del nadador fatigado, y no te sonroje sostener su cabeza con tu mano. Sé que lo haces, y te suplico que sigas haciéndolo; así tu madre, tu esposa, tus hermanos y toda tu familia rebosen de bienestar; así lo que sientes en el foro interno, lo que revelan siempre tus labios y todas tus acciones, sean gratos a los Césares.

Torpe fuera para ti no prestar al viejo amigo nin-

gún auxilio que le conforte; torpe retroceder y no sostenerle con pie firme; torpe abandonar su nave combatida por la borrasca; torpe seguir las vicisitudes de la suerte, cejar ante la fortuna y renegar del amigo porque no es venturoso. No se condujeron así los hijos de Agamenón y de Estrofo; no fué ésta la amistad de Piritoo y el vástago de Egeo, a los que admiró la edad pasada y ha de admirar la venidera, y en cuyo honor resuenan los aplausos en todos los teatros. Tú, del mismo modo, por haber socorrido al amigo en tiempo de adversidad, mereces un nombre insigne entre tan excelsos varones; lo mereces, y ya que tu piedad es acreedora de alabanza, mi gratitud no será sorda a tus beneficios. Créeme: a no ser mortales mis versos, andarás con frecuencia en boca de la posteridad. Permanece fiel, Grecino, al caído en la desgracia, y que el tiempo no debilite jamás tu abnegación. Confío que lo realices; aunque ayudado por el viento, yo me serviré del remo: no perjudica aguijar con la espuela al corcel lanzado a la carrera.

VII

A ÁTICO

La carta, Ático, que te envió desde el país de los Getas mal domados, desea lo primero que goces perfecta salud, y después recibirá gran placer sabiendo en qué te ocupas, y si todavía te acuerdas de mí, sean cualesquiera tus atenciones. No dudo de esto último, pero el temor de mis males me induce a fal-

sas inquietudes. Perdóname, te lo suplico, y echa un velo sobre mis excesivos temores: hasta en las aguas tranquilas, el náfrago se siente estremecido de horror. El pez que sintió un día clavársele el pérfido anzuelo, teme que la punta del acero se oculte en todos los alimentos. Muchas veces la oveja se espanta, tomándolo por un lobo, del perro que ve a lo lejos, y, en su error, huye del que la defiende. Un miembro lastimado se resiente al más ligero contacto, y una vana sombra llena de miedo a los temerosos; así yo, atravesado por los dardos crueles de la adversidad, no concibo en el alma más que amargas tristezas y tengo por evidente que mi destino, siguiendo su curso, no se ha de apartar de las vías acostumbradas. Estoy convencido de que los dioses se empeñan en que todo me sea contrario y de que me es imposible burlar el rigor de la fortuna; ha resuelto perderme, y la que solía ser voluble, es constante y tenaz en perseguirme. Créeme, si me tienes por hombre veraz, y no cabe exageración en el relato de mis sufrimientos. Contarás las espigas de los campos de Cinifia y los innumerables tomillos que florecen en el Hibla, y sabrás cuántas especies de aves se elevan con sus rápidas alas por los aires, y las de los peces que bogan en las aguas, antes que calcules el número de los trabajos que he padecido en la tierra y el mar. En todo el universo no hay pueblo más truculento que el de los Getas; sin embargo, éstos han gemido al conocer mis infortunios, que formarían una larga *Ilíada* con sus tristes azares, si pretendiese enumerarlos en mis versos.

No temo, pues, porque recele falsías en tu amistad, de la que me diste mil pruebas, sino porque todo mísero se vuelve tímido, y de largo tiempo mis puertas se han cerrado a la alegría. Ya mi dolor se ha hecho costumbre; como horada la peña el agua en su caída incesante, así yo me veo destrozado por los continuos golpes de la adversidad, que apenas hallará parte en mi cuerpo donde producir nuevas heridas. La reja del arado se desgasta menos al continuo frote, y la vía Appia padece menos con el tránsito de las veloces ruedas, que mi pecho se lacera por la no interrumpida serie de trabajos, sin acertar con la medicina que lo libre de sus dolores. Muchos solicitan la gloria cultivando las artes liberales, y yo, desventurado, me perdí por mis dotes poéticas. Mi vida anterior fué digna y deslizóse sin mancha, lo cual no me sirvió de ningún alivio en la miseria. Perdónase a veces una culpa grave por las deprecaciones de los amigos, y todas las amistades enmudecieron en mi defensa. La presencia favorece a otros en los críticos momentos, y la borrasca procelosa me aniquiló hallándome ausente. Aunque enmudezca quien no temblará ante la ira de César, a mi castigo se añadieron palabras ignominiosas: alíviase el destierro con la bonanza del tiempo; yo hube de arrostrar las amenazas del Arturo y las Pléyadas. La placidez del invierno favorece en ocasiones a los navegantes, y jamás las olas se enfurecieron tan crueles con las naves de Ítaca. La noble fidelidad de mis compañeros hubiese endulzado mis amarguras, y una pérvida turba se enriqueció con mis despojos. El lugar hace tolerable el des-

tierra, y entre los dos polos no hay región más sombría que la que habito. Algo vale estar próximo a las fronteras de la patria, mas yo vivo en un pueblo relegado a los postreros confines del orbe.

Tus laureles, César, aseguran la paz a los desterrados; mas el Ponto siempre se halla expuesto a los ataques de sus vecinos. Es grata ocupación la de consagrarse al cultivo de los campos; un bárbaro enemigo impide laborar la tierra. El cuerpo y el alma se vigorizan con un clima benigno; el frío eterno hiela las playas de Sarmacia. Beber agua dulce es placer que pocos envidian, y aquí se bebe la del pantano mezclada con la salobre del mar. Todo me falta; pero mi ánimo se sobrepone a todo y presta fuerzas a mi cuerpo abatido. Para resistir una carga, precisa que el hombre ponga a contribución todas sus fuerzas, pues caerá al suelo a poco que los nervios se relajen. Sólo la esperanza de aplacar un día la cólera del príncipe me impide desear la muerte y sucumbir a mis penas. Asimismo me ofrecéis grandes consuelos vosotros, contados amigos, cuya fidelidad experimenté en mis duros trances. Te ruego, Ático, que prosigas y no abandones mi nave en las olas; conserva a tu amigo y la estimación en que le tienes.

VIII

A MÁXIMO COTA

Son en mi poder, Máximo Cota, las imágenes de los dos Césares, esos dioses que acabas de enviarme; y para que el regalo adquiriera incalculable valor, con los Césares viene la imagen de Livia. ¡Plata dichosa más que todo el oro del mundo, ayer metal informe y al presente convertida en un dios! Dándome copiosas riquezas, no me las hubieras proporcionado mayores que enviándome esas tres divinidades. No es dicha de poca entidad la contemplación de tales seres, y poder conversar con ellos cual si estuvieran presentes. ¡Qué premio tan magnífico el de los dioses! Ya, como antes, no habito en los últimos confines; vivo feliz en la ciudad de Roma, veo el rostro de los Césares como en otro tiempo, apenas mis votos se atrevían a llegar tan lejos; como anteriormente, saludo hoy al numen celeste: nada más satisfactorio podrías brindarme a la vuelta del destierro. ¿Qué falta al placer de los ojos si no es la vista del palacio, que sin la presencia de César sería un lugar despreciable? Contemplándolo, me figuro ver la población de Roma, porque los rasgos de su fisonomía reproducen la imagen de la patria. ¿Me engaño, o los ojos de este retrato vibran irritados contra mí? ¿No hay en sus torvas facciones algo de amenazador? Perdona, héroe mayor que el orbe por tus virtudes; detén el azote de tu justa venganza; perdóname, te lo suplico, honor eterno de

nuestro siglo, cuyo celo te valió ser dueño del universo: por el nombre de la patria, que te es más caro que tu persona; por los dioses, que nunca fueron sordos a tus votos; por la compañera de tu lecho, única mujer digna de compartirlo y capaz de soportar el esplendor de tu majestad; por la salud de tu hijo, copia fiel de tus altas prendas, y en cuyas costumbres se reconoce un vástago tuyo; por tus nietos, dignos del padre y el abuelo, que avanzan a grandes pasos en el camino que les has trazado, templa en parte el rigor de mi suplicio y concédeme una residencia lejos de la enemiga Escitia. Y tú, el primero después de César, que tu numen, si lo merezco, no rechace inclemente mis plegarias. Así la feroz Germania, con el rostro despavorido, no tarde en caminar cautiva delante de tu carro triunfal. Así tu padre viva la edad de Néstor el de Pilos, y tu madre los años de la Sibila de Cumas, y puedas ser hijo mucho tiempo. Tú, igualmente, esposa dignísima de un excelso varón, oye benévola las preces del suplicante: ojalá el cielo preserve a tu esposo, a sus hijos y sus nietos, y con las virtuosas nueras a las hijas que dieron a luz. Ojalá Druso, a quien te arrebató la cruel Germania, sea la única víctima de tus felices partos, y el otro hijo, vengador de la muerte del hermano, en premio de su bravura, vista la púrpura y se vea conducido por corceles tan blancos como la nieve. Divinidades clementes, escuchad mis tímidos votos, y séame de provecho la presencia de los dioses. A la llegada de César, el gladiador, libre de riesgo, deja la arena; su aspecto le sirve de auxilio poderoso. En

lo permitido, favorézcenos también la vista de su semblante y haber recibido en casa la visita de tres divinidades. Felices aquellos que no contemplan las imágenes, sino los dioses mismos, y ven los verdaderos cuerpos de las personas divinas. Ya que el hado adverso me niega esta felicidad, rindo culto a las efigies tuyas que el arte ofrece a mis votos. Así conocen los hombres a los dioses ocultos en la celeste mansión, y adoran la figura de Júpiter por el mismo Júpiter. En suma: vuestra efigie está conmigo y lo estará siempre; haced que ella no resida en tan aborrecible lugar. Antes caerá cortada la cabeza de mi cuello, y saltarán mis ojos de las vacías órbitas antes que me seáis arrebatados, númenes de las gentes, que habéis de ser el puerto y el ara de mi destierro. Os abrazaré si los Getas me rodean con sus armas, y seréis las águilas y los estandartes que siga. O yo me engaño, juguete de mis deseos ardorosos, o puedo alimentar la esperanza de más dulce destierro; porque el aspecto de la imagen cada vez aparece menos severo, y pienso que por fin accede a mi demanda. Así lleguen a realizarse los presagios que concibe mi timidez, y la cólera de un dios, aunque justa, se aplaque en mi favor.

IX

AL REY COTYS

Cotys, descendiente de reyes, cuyo noble origen se remonta hasta Eumolpo, si la fama parlara ha hecho llegar a tus oídos que estoy desterrado en país

vecino de tu reino, escucha, clementísimo joven, la voz de un suplicante y préstale en su ostracismo el socorro que puedes. La fortuna me puso en tus manos, de lo cual no me quejo: en esto sólo no se me ha mostrado enemiga; recibe en tu benigna playa mi nave maltrecha, y que la tierra donde imperas no me asuste más cruel que las olas.

Créeme: es virtud regia amparar a los desvalidos, y propia de príncipe tan preclaro como tú; eso conviene a tu fortuna, que, siendo tan extremada, apenas iguala a la grandeza de tu ánimo. Nunca el poderío se ensalza con tan justos títulos como en las ocasiones en que se rinde a las súplicas. Esto lo exige el esplendor de tu linaje, como pensión de una nobleza que procede de los dioses; esto te persuadió, Eumolpo, insigne fundador de tu raza, y antes que él, su bisabuelo Erictonio. En esto te asemejas a los dioses: uno y otros, vencidos por los ruegos, soléis dispensar vuestra ayuda a los suplicantes. ¿Y qué razón habría para rendir a los númenes los honores acostumbrados, si les quitas la voluntad de favorecernos? Si Júpiter se hace el sordo a la voz que le implora, ¿por qué ha de caer la víctima herida en su templo? Si el Ponto no permite un momento de reposo a mi nave, ¿por qué ofrecer a Neptuno el inútil incienso? Si Ceres burla la esperanza del colono laborioso, ¿por qué ha de recibir las entrañas de una puerca en estado de preñez? El macho cabrió no se inmolará a Baco, el de largos cabellos, si el mosto no salta bajo los pies que aplastan los racimos. Deseamos que César sostenga las riendas del Imperio, por-

que atiende solícito al interés de la patria. Los servicios que nos prestan engrandecen a los hombres y los dioses, y cada cual ensalza a los que le protegen. Tú, pues, ¡oh Cotys, vástago digno de un noble padre!, socorre al desdichado que hoy mora en tus dominios. El placer más grande de un hombre es salvar a otro : de ninguna manera se conquistan mejor las voluntades. ¿Quién no maldice al Lestrigón Antífates o reprocha la munífica generosidad de Alcinoos? Tu padre no fué el tirano de Casandrea o el de Fera, ni el que tostó en el toro de bronce a su inventor, sino un rey valeroso en la guerra e invencible en los combates, que odiaba la sangre una vez concluída la paz. Añádase a esto que el dedicarse a la bellas artes suaviza las costumbres y doma la ferocidad, y ningún rey las ha cultivado más que tú, ni consagró tanto tiempo a su estudio deleitable. Lo atestiguan tus versos, que si no llevasen tu nombre, negaría que los compuso un joven de Tracia. Bajo tal aspecto, Orfeo no ha sido el único vate; la tierra Bistonía se enorgullece también con tu inspiración. Cuando el coraje te incita a tomar las armas y teñir las manos en la sangre del enemigo, si lo impone la necesidad, sabes arrojar el dardo con robusto brazo y refrenar con destreza el fogoso corcel; mas luego que has dado a los ejercicios de tu padre el tiempo que reclaman, y que tus hombros se aligeran de tan pesada carga, para no consumir en indolente sueño tus ocios, por el cultivo de las Musas te abres camino hacia los astros rutilantes. Este culto forja entre nosotros un lazo de unión : los dos estamos iniciados en los mis-

mos misterios. Como poeta, extendiendo mis brazos en ademán de súplica al poeta, para implorar que su tierra acoja benigna a un desdichado. Yo no vine a las tierras del Ponto acusado de homicida, ni mis manos confeccionaron ningún letal veneno, ni sufrí el castigo del que pone su sello en apócrifas escrituras, ni cometí viles acciones que la ley prohibiese, y, no obstante, tengo que confesar mi delito, más grave que todos éstos. No me preguntes cuál; escribí un *Arte* insensato, y eso impide que mi mano se considere inocente; no pretendas inquirir si he pecado en otro terreno, y que toda mi culpa recaiga sobre *El Arte de amar*.

Sea lo que quiera, experimento la cólera de un juez hartado moderado, que no me privó más que el residir en la tierra natal. Puesto que carezco de ella, que tu vecindad, al menos, me consienta vivir seguro en una región aborrecida.

X

A MACER

Macer, dime, ¿reconoces que Nasón te escribe esta epístola por la imagen grabada en el sello? Si el anillo no te revela su autor, ¿puede ocultársete la mano que ha trazado las letras? Acaso el transcurso del tiempo borró de tu memoria su recuerdo, y tus ojos no caigan en la cuenta de los caracteres vistos tantas veces. Mas poco importa que te hayas olvidado por igual del sello y de la mano, siempre que no se debilite el

afecto que sientes por mí. Lo debes a la amistad que de largo tiempo nos profesamos, a mi esposa, no extraña a tu familia, y a los estudios, que cultivaste con más prudencia que yo; pues avisado, no escribiste ningún *Arte* digno de castigo. Tú cantas lo que olvidó el inmortal Homero, y llevas hasta su fin el relato de la ruina de Troya. Nasón, poco prudente, por haber escrito *El Arte de amar*, recibe hoy el triste premio de sus lecciones. Sin embargo, los poetas, aunque siga cada cual rutas diferentes, únense con lazos sagrados; sospecho que los tienes presentes, bien que vivamos lejos el uno del otro, y que deseas verme libre de mis trabajos. Tú fuiste mi guía al visitar juntos las magníficas ciudades de Asia, y me acompañabas cuando la Sicilia se descubrió ante mis ojos. Vimos resplandecer el cielo con las llamas del Etna, que vomita de su boca el gigante sepultado en el monte; los lagos de Ennia, los pantanos fétidos de Palico, el Anopo, que mezcla sus aguas a las del Ciane, y no lejos a la Ninfa que huyendo del río Elida se desliza ahora por debajo de las marinas olas. Allí dejé resbalar una gran parte del año fugitivo, y cuán poco se asemeja aquel lugar al país de los Getas, y cuán poca parte son éstas de las grandezas que vimos ambos en las excursiones que tú me hacías tan deleitosas. Ya en nuestro barco pintado surcásemos las cerúleas ondas, ya el carro nos condujese en su rueda veloz, abreviábamos casi siempre el viaje con amenas conversaciones, y nuestras palabras, si las cuentas bien, fueron más numerosas que nuestros pasos. A veces nos sorprendía la noche conversando,

y los largos días estivales terminaban antes que nuestros coloquios. Algo vale haber corrido juntos los peligros de las olas y elevado juntos nuestros votos a los dioses marinos, y ya tratar unidos los negocios importantes, ya recordar, sin avergonzarnos de elló, las diversiones a que después nos entregábamos.

Si recuerdas estos tiempos, tus ojos me verán a todas horas, aunque me halle ausente, como entonces me veían, y yo, relegado a los postreros confines del mundo, bajo la estrella Polar que permanece inmóvil sobre las líquidas ondas, te veo también como alcanzo en mi imaginación, y bajo este cielo helado converso muchas veces contigo. Vives aquí, y lo ignoras; bien que ausente, la celebridad te conduce a mi lado : te veo salir de Roma y arribar al país de los Getas. Págame en la misma moneda; y puesto que tu residencia es más dichosa que la mía, haz por no apartarme nunca de tu memoria y tu corazón.

XI

A RUFO

Nasón, el autor de un *Arte* bien poco afortunado, te envía, Rufo, esta obra que compuso en brevísimo tiempo, para advertirte que todavía me acuerdo de ti, aunque vivimos separados por el mundo entero. Antes me olvidaré de mi propio nombre que arroje del corazón tu piadosa amistad, y mi alma volará en los vacíos aires antes que deje de reconocer los beneficios de ti recibidos. Llamo gran beneficio a las lá-

grimas que inundaron tus mejillas cuando secaba las mías la intensidad del dolor; llamo gran beneficio a los consuelos que ofreciste a mi profunda tristeza, aliviando a la par tu pecho y el mío. Cierto que mi esposa es digna de alabanza por sí misma, pero tus advertencias contribuyen a dignificarla más. Yo me regocijo de que seas para mi esposa lo que fué Cástor para Hermíone, y Héctor para Julo; ella se esfuerza en igualar tu honradez, y con su conducta acredita que corre tu sangre por sus venas; así, lo que había de hacer sin extraños estímulos, lo realiza mejor alentada por tus consejos. El corcel brioso y resuelto por sí a conquistar la palma de la carrera, redobla su ardor si le animan con los gritos. Además cumples los encargos del amigo ausente con fidelidad escrupulosa, y no te pesa sobrellevar ninguna obligación. Que los dioses te premien, puesto que yo no puedo, como te premiarán si tus piadosas acciones no se ocultan a sus miradas; y ojalá las fuerzas del cuerpo respondan a tus nobles cualidades, ¡oh Rufo, la gloria mayor del país de Fundil!

LIBRO TERCERO

EPÍSTOLA I

A SU ESPOSA

¡Oh mar que atravesó por vez primera la nave de Jasón, tierra sin vagar, azotada por feroces enemigos y horribles nevascos!, ¿cuándo llegará el día en que Ovidio os abandone, obligado a trasladarse a región menos hostil? ¿Por ventura he de vivir siempre entre estos bárbaros y habré de ser sepultado en el suelo de Tomos? Comarca del Ponto, siempre hollada por el rápido corcel del enemigo que te circunda, permítete decir en paz, si la paz es posible en tus hábitos, que constituyes la parte más intolerable de mi duro destierro. Tú agravas excesivamente mis males; tú ni sientes el hálito de la primavera ceñida con guirnaldas de flores, ni ves el cuerpo medio desnudo del segador, ni el otoño te brinda sus uvas entre los pámpanos, sino que en todas las estaciones horripilas con tu frío insoportable. Tú cristalizas las aguas del mar que te baña, y a menudo el pez surca las ondas encerrado bajo una capa de hielo. No te enriquecen fuentes de agua que no sepa a salada, y es dudoso si calma o irrita la sed de quien la bebe; en tus campos dilatados es rarísimo e infructuoso el árbol que se

descubre, y la tierra viene a parecer una imagen del mar; nunca oyes el canto de las aves, si no es de aquellas que huyen de las selvas y acuden con roncocos graznidos a beber en las ondas marinas; el triste ajenjo se yergue en tus estériles planicies, amarga cosecha y propia del suelo que la produce; júntense a los continuos sobresaltos los muros combatidos por un enemigo que tiñe sus saetas con mortífera ponzoña, y el apartamiento del país, inaccesible a todos, donde ni la tierra ofrece seguridad al caminante, ni el mar a las naves. ¿Será de extrañar que, anhelando el fin de tantas contrariedades, suplique una y mil veces que se me señale otra residencia? Más de admirar es que no consigas, esposa mía, tal merced, y que puedas contener un momento las lágrimas considerando mi triste situación. Me preguntas qué debes hacer: pregúntatelo a ti misma, y lo sabrás, si en realidad quieres saberlo. Querer es poco: conviene que lo desees con ardor para lograr tu propósito, y que este cuidado te quite las horas del sueño; sé que lo mismo quieren muchos, ¿pues quién habrá tan enconado conmigo que me desee la vida del destierro privado de reposo? Necesito que lo hagas de todo corazón, con todas tus fuerzas, trabajando en mi favor sin descanso noche y día. Aunque otros ayuden, tú debes sobrepujar a los amigos y, como esposa, acudir la primera a defenderme. Mis escritos te obligan a representar un papel de importancia: en ellos afirmo que eres el dechado de la buena esposa. No decaigas de este concepto, procura que mis elogios resulten verdaderos, y así mantendrás tu reputación. Cuando

yo no me quejase, la fama se quejaría, haciendo bafa de mi silencio, si no mereciese de ti los solícitos cuidados que me debes. La fortuna me expuso a las miradas del pueblo, dándome la notoriedad que antes no tenía. Capaneo se hizo más célebre por haberle herido el rayo, y Anfiarao más famoso por habérselo tragado la tierra con sus corceles. Sería menos conocido Ulises a no haber vagado por los mares, y Filotectes conquistó la celebridad gracias a su herida. Si queda lugar para un modesto nombre entre éstos tan ilustres, también yo atraeré las miradas con motivo de mi destierro. Tampoco consentirán mis libros que pases ignorada, y ya les debes una nombradía no inferior a la de Batis de Cos. Tus acciones serán representadas en un vasto teatro, y tu piedad conyugal tendrá numerosos testigos. No lo dudes: cuantas veces te ensalzo en mis versos, la que lee tus alabanzas pregunta si las mereces. Y como muchas, a mi juicio, alientan tus virtudes, así hay no pocas que se gozarían en criticar tu conducta; por eso has de esforzarte en que la envidia no pueda decir: «Ésta anda poco solícita por salvar a su mísero esposo.»

Ya que me siento desfallecer e incapaz de dirigir el carro, procura sostener tú sola el débil yugo. Enfermo y agotado, vuelvo los ojos hacia el médico; asístememe mientras conserve el último aliento de vida. Quiero que me prestes los auxilios que te daría si fuese más vigoroso, ya que eres tú la más fuerte. Esto lo reclama nuestro mutuo amor, el pacto conyugal, y lo exige, esposa mía, tu proceder intachable, como también la familia a que perteneces, para hon-

rarla con tus esfuerzos no menos que con tus prendas excelentes. Si olvidas la abnegación de esposa, aunque hagas prodigios, nadie osará creer que cultivas la amistad de Marcia. No soy indigno de tu afecto, y si quieres confesar la verdad, dirás que merezco de tu parte la mayor gratitud. Cierto que me vuelves con usura la deuda, y la envidia, aun queriendo, no sabría encarnizarse contigo. Sin embargo, a tus pasados servicios añade este otro: que mis desgracias te infundan gran atrevimiento y trabajos por que me releguen a tierra menos dañosa: así habrás cumplido todos tus deberes.

Mucho pido, pero tus súplicas desarmarán el odio, y cuando no consigas tu pretensión, la repulsa no te expondrá al peligro. No te enojés conmigo si te exhorto tantas veces en mis versos a que hagas lo que haces seguramente, y a que seas siempre la misma. El sonido de la trompeta suele enardecer a los bravos, y el caudillo con sus voces incita el coraje de los combatientes. Tu honradez es bien conocida, y vivirá largos siglos: que tu constancia no aparezca inferior a tu honradez. En mi defensa no tienes que empuñar la segur de las Amazonas, ni manejar con diestra mano el recio escudo; tienes, sí, que implorar de un numen, no que me sea favorable, sino que temple la cólera que antes descargó sobre mí. Si no recabas favor alguno, las lágrimas te ayudarán a obtenerlo: no acertarás con mejor recurso para ganarte a los dioses, y mis desdichas se encargarán de que asomen a tus ojos. A la que se llama mi esposa nunca le faltan motivos de llanto; temo,

según van mis negocios, que llores toda la vida: tales son las riquezas que te suministra mi fortuna. Si mi muerte hubiera de redimirse con la tuya, sacrificio que me repugna, sería la esposa de Admeto el ejemplo que imitaras, y te transformarías en la rival de Penélope si, fiel a tus deberes, intentases engañar con honesto fraude a tus importunos pretendientes; si acompañases a la tumba los Manes de tu marido, caminarías por las huellas de Laodamia, y ante tus ojos aparecería la hija de Ifias, resuelta a entregar el cuerpo a las llamas de mi pira; mas, no hay necesidad de la muerte, ni de la tela de la hija de Icaro: basta que tus labios importunen a la hija de César, tan excelsa por su virtud, que no permite a los pasados siglos disputar a los nuestros la palma de la castidad. Ella reúne la hermosura de Venus a las virtudes de Juno, y es la única digna de acostarse en el tálamo de un dios. ¿Por qué tiembles?; ¿porque te detienes en correr a su palacio? No vas a conmovér con tus voces a la impía Procne, ni a la hija de Etes, ni a la nuera de Egipto, ni a la cruel esposa de Agamenón, ni a Escila, que espanta con sus caderas las olas de Sicilia, ni a la madre de Telegón, diestra en mudar las figuras de los hombres, ni a Medusa, que lleva los cabellos entrelazados de serpientes; sino a la principal de las mujeres, a la que nos persuade que la fortuna tiene ojos, aunque sin razón la acusan de ciega. Desde el Occidente hasta la Aurora, excepto César, el mundo entero no se envanece con mujer más esclarecida. Acecha el momento propicio a tus ruegos, y no salga la nave del puerto si el mar ruge albor-

tado. No siempre los oráculos dan las sagradas respuestas, y los mismos templos no se abren a las mismas horas. Cuando la ciudad goce el estado que supongo al presente, y ninguna aflicción entristezca las caras de sus habitantes; cuando en la casa de Augusto, que merece los honores del Capitolio, reinen la alegría y la paz, y ojalá reinen siempre, quieran entonces los dioses facilitarte el oportuno acceso, y entonces no dudes del éxito que alcanzarán tus pretensiones. Si la distraen asuntos de importancia, difiere la presentación; no sea que el apresuramiento arruine mis esperanzas. No por eso te ordeno que solicites su favor el día en que la halles desocupada; apenas dispone de tiempo libre para arreglar su tocado. Cuando asedien su palacio los respetables senadores será la ocasión de acercarte a ella a través de todos los obstáculos, y cuando hayas conseguido llegar a la presencia de esta Juno, no olvides el papel que te toca representar. No defiendas mi delito, una mala causa reclama el silencio, y suenan tus palabras como ardientes plegarias. Entonces no contengas las lágrimas, y prosternada en el suelo, extiende los brazos a los pies de la inmortal, y no le pidas más que verme alejado de un cruel enemigo: bastante tengo con sufrir la enemistad de la fortuna. Otras recomendaciones me ocurren, pero turbada por el respeto, apenas acertarían a pronunciar esas palabras tus trémulos labios: sospecho que esto no te acarreará daño alguno; importa que ella sienta que su majestad te anónada. No me perjudicará que entrecorten las palabras tus sollozos; a veces las lágrimas tienen más

peso que los ruegos. Escoge asimismo un próspero día que aliente tu empresa, y que la favorezcan una hora conveniente y un presagio feliz. Pero antes enciende el fuego en los sacros altares, y ofrece incienso y vino puro a los grandes dioses, y sobre todos adora al numen de Augusto, a su piadoso hijo y a la compañera de su tálamo. Ojalá se muestren contigo tan benévolos como acostumbran y miren tus lágrimas con el rostro enternecido.

II

A COTA

Celebraré, Cota, que la salud que te envió en la presente carta la goces tan perfecta como deseo; así aliviarás mucho mis tormentos, pues tu salud es la mejor parte de mí mismo. Mientras algunos se acobardan y abandonan mis velas al furor de la tempestad, tú resistes como la única áncora de mi nave destrozada. Agradezco infinito tu amistad, y perdono a los que me volvieron la espalda en la adversa suerte. El rayo, aunque hiera a uno solo, aterra a muchos, y estremece de espanto a la turba que se congrega en torno del herido. Cuando un muro amenaza desplomarse, el temor nos aparta con presteza del peligro. ¿Qué persona algo tímida no huye del enfermo contagioso, temiendo contraer la enfermedad que padece? De igual modo algunos de mis amigos me desampararon, por exceso de miedo y aun temor, no por odio. No les faltó el cariño ni la voluntad de servirme, pero les asustó la cólera de los dioses. Cuanto

más, deben llamarse cautos y tímidos, sin merecer que se les tenga por malvados.

De esta manera excusa mi bondad la flaqueza de los caros amigos, dispuesta a absolverlos por su parte de toda acusación. Queden satisfechos de mi indulgencia, y puedan afirmar que mi testimonio disculpa su proceder. Mas algunos pocos tan leales como tú, estimasteis deshonoroso no prestarme ayuda en la adversidad, y vivid seguros de que sólo olvidaré vuestros beneficios el día que mi cuerpo, consumido, se reduzca a cenizas. Me equivoco; este recuerdo será más permanente que mi vida si la posteridad llega a leer mis escritos. La funesta hoguera reclama los cuerpos exánimes, mientras la gloria y la nombradía se libran de las llamas. Murió Teseo, murió el compañero de Orestes; pero uno y otro viven en las alabanzas a sus nombres tributadas: así también nuestros últimos descendientes encomiarán vuestras acciones, y en mis poesías resplandecerá vuestra gloria. Aquí mismo los Getas y Sármatas ya os conocen, y sus hordas bárbaras ensalzan vuestro aliento generoso. Relatándoles yo hace poco vuestros nobles hechos, pues he aprendido a hablar los idiomas de entrambos pueblos, un viejo que al azar se hallaba entre el concurso, respondió con tales palabras a las mías: «Extranjero, también nosotros conocemos el nombre de la amistad, aunque habitamos lejos de vosotros las riberas heladas del Íster. Hay una región de Escitia por los antiguos llamada Táurida, y no muy distante del país de los Getas; allí nací yo, y no me avergüenzo de mi patria; sus habi-

tantes rinden culto a la diosa hermana de Febo; aun subsiste su templo sostenido en poderosas columnas, y se penetra en él subiendo cuarenta gradas. Es fama que allí se alzaba una imagen de la divinidad venida del cielo, y para que no lo dudes, todavía permanece la base que sustentaba el simulacro de la diosa. El ara, deslumbrante con la blancura de la piedra, perdió su color enrojecida por la sangre que en ella se vertía. Preside los sacrificios una mujer que desconoce la antorcha de Himeneo, y aventaja en nobleza a las doncellas de Escitia. La ley de los ritos, que establecieron los antepasados, ordena que todo extranjero caiga herido por el cuchillo de una virgen. Toas, ilustre en las orillas de la laguna Meotis, gobernaba el reino, y ningún otro obscurecía su notoriedad en las riberas del Euxino. En los días que empuñaba el cetro no sé qué virgen llamada Ifigenia, atravesó el éter flúido y depuso a Diana en estos lugares, conduciéndola bajo una nube a favor de los vientos por la superficie del piélago. Desde muchos años ella presidía en el templo los ritos y prestaba de mal grado su mano a tan tristes sacrificios, cuando he aquí que arriban dos jóvenes en nave de rápidas alas y huellan con su planta nuestro litoral; los dos de la misma edad, y unidos por igual afecto: el uno se llamaba Orestes y el otro Pílates; la fama conserva sus nombres. Al momento, con las manos sujetas a la espalda, son conducidos al ara sangrienta de Diana; la sacerdotisa griega derrama sobre los cautivos el agua lustral antes de ceñir largas ínfulas a sus rubias cabeleras. Mientras prepara el sacrificio y ata las vendas

a sus sienes, halla a cada instante motivos que retrasen la ejecución. «Perdonad, jóvenes—les dice—; yo no soy cruel, pero me veo obligada a realizar estos sacrificios más bárbaros que el país en que se ejecutan: son leyes de esta gente. Mas, decidme, ¿de qué ciudad llegasteis?; ¿hacia dónde os dirigíais en vuestra infausta nave?» Dijo, y así que la piadosa virgen oyó el nombre de su patria, dióse cuenta de que habían nacido en la misma ciudad donde ella viera la luz, y exclama: «El uno de vosotros caerá víctima ante el ara de la diosa, y el otro llevará la noticia a la mansión de sus padres.» Pílates, dispuesto a morir, pretende que vaya su querido Orestes; éste lo rehúsa, y el uno y el otro pugnan ofreciéndose a la muerte. Fué la única ocasión en que no anduvieron concordes; en las demás nunca discreparon alterando su fiel amistad. En tanto que los generosos mancebos luchan en aquel certamen de abnegación, ella traza breves palabras dirigidas a su hermano; ella daba órdenes para el mismo, y aquel que las recibía, admira los azares de los hombres, era su propio hermano. Sin demora quitan del templo la estatua de Diana y secretamente huyen en su nave por la inmensa llanura. Aunque han transcurrido tantos años, la desinteresada amistad de aquellos jóvenes todavía se recuerda con admiración en Escitia.»

Cuando acabó de contar este suceso de todos conocido, todos aplaudieron el proceder y noble fidelidad de los mismos; y es que aun en estas playas, las más feroces del mundo, el nombre de la amistad exalta los bárbaros corazones. ¿Qué no debéis hacer

los que nacisteis en la capital de Ausonia, cuando tales hechos conmueven a los crueles Getas? Además, tu propensión se inclina siempre a los sentimientos tiernos, y en tu carácter se revela tu alta prosapia, que no desmentirá Voleso, tu antepasado por la línea paterna, ni Nenna, de quien descienes por la parte de madre, que aplaudirían ver unido el de Cota a sus ilustres nombres, pues sin tu enlace hubiese perecido tan noble casa. Digno heredero de tus insignes abuelos, piensa que el socorrer al amigo desvalido cuadra perfectamente a las virtudes de tu familia.

III

A FABIO MÁXIMO

Máximo, astro brillante de la casa de los Fabios, óyeme ahora, si concedes un momento de atención a tu desterrado amigo, y te relataré lo que vi, ya fuese una sombra vana, ya un ser real, ya la imagen de un sueño. Era de noche, y la luna penetraba por los batientes de mis ventanas, tan espléndida como suele brillar a mediados de mes. El sueño, general descanso de las cuitas, se había apoderado de mí, y mis miembros se extendían lánguidamente sobre el lecho, cuando de súbito el aire resuena agitado por unas alas, y golpea la ventana produciendo un leve gemido. Me levanto asustado, apoyo el cuerpo sobre el brazo izquierdo, y el sueño huyó por el sobresalto que me embargaba. Tenía al Amor en mi presencia, no con el semblante de otros tiempos, sino triste y

puesta la mano izquierda sobre un bastón de acebo. Ni lucía el collar en la garganta, ni la cinta sujetaba su cabellera, menos bien peinada que de costumbre; sobre el rostro demudado caíanle en desorden sus finísimas hebras, y una de sus alas ofrecióse a la vista erizada, cual suele quedar el plumaje de aérea paloma infinitas veces manoseada. Apenas le reconocí y nadie me es más conocido; mi lengua sin freno le habló en estos términos: «¡Oh niño, que engañaste al maestro ocasionándole el destierro, a quien me fuera más útil no instruir con lecciones!, ¿por fin has llegado aquí, donde nunca reina la paz y el hielo encadena las ondas del Íster que baña estas bárbaras comarcas? ¿Qué te impulsó a venir sino el deseo de contemplar mis males, que, si lo ignoras, te han hecho para mí odioso? Tú me dictaste el primero juveniles cantos, y uní bajo tu dirección a los versos de seis los de cinco pies; tú no consentiste que me elevase a la altura del vate de Meonia, ni ensalzase las hazañas de los ínclitos caudillos. Tu arco y tus antorchas enervaron la fuerza de mi ingenio, débil acaso, pero de algún valor; pues mientras glorificaba tu imperio y el de tu madre, retraías mi ánimo de componer poemas de mayor trascendencia. Y no fué esto sólo: en mi necesidad compuse versos dándote lecciones para que aparecieses menos rudo, y a ellas, desdichado de mí, debo el destierro como recompensa en los últimos confines del orbe, que desconocen las dulzuras de la paz. No fué tal Eumolpo el hijo de Quione con respecto a Orfeo, ni Olimpo con el Sátiro de Frigia, ni Quirón recibió de Aquiles semejante premio,

ni se dice tampoco que Numa persiguiese a Pitágoras. Y por no recordar los nombres célebres en el transcurso de las edades, yo solo fuí víctima de mi propio discípulo, mientras ponía en tu mano las armas, mientras te aleccionaba, joven travieso, con mi doctrina: he aquí los dones que el maestro ha recibido de su alumno. Sin embargo, tú lo sabes, y puedes jurarlo con certeza, jamás enseñé a mancillar el tálamo de los desposados. Escribíamos para aquellas que ni sujetan con las cintas sus púdicos cabellos, ni cubren sus pies con la larga estola. Vaya, dime, ¿cuándo aprendiste en mi escuela a seducir a las casadas ni a hacer por mi mandato incierta la paternidad de los recién nacidos? ¡Pues qué!, ¿no impedí severamente la lectura de mis libros a cuantos la ley prohíbe los amores clandestinos? ¿Y de qué me aprovecha esto, si se me acusa de haber incitado al adulterio, que una ley severa castiga? Mas tú, y así tus flechas traspasen todos los corazones, y jamás se extinga el rápido fuego de tus antorchas, y así César, tu sobrino, puesto que Eneas es hermano tuyo, rija el Imperio y someta todos los pueblos, impide que su cólera sea implacable conmigo, y decídele a castigar mi falta en país menos odioso.» De este modo creí hablar al rapazuelo volador, y me pareció oír de sus labios las siguientes palabras: «Por los dardos que lanzan mis antorchas y los que vibran mis saetas, por mi madre y la cabeza de César, juro que nada de ilegítimo aprendí en tus lecciones, y que en tu *Arte* no descubrí nada culpable. Ojalá como éste pudieses defender otros hechos punibles; ya sabes que come-

tiste uno que te perjudicó notablemente, sea el que quiera, porque no debo recordar tal dolor, y tampoco puedo afirmar que no hayas delinquido; aunque disfraces tu crimen con la apariencia de un error, la cólera de tu juez no fué más lejos de lo que merecías, lo cual no impidió que por visitarte y consolar tu desventura, mis alas se hayan deslizado en rutas interminables. Visité estos lugares por vez primera, cuando a los ruegos de mi madre atravesé con mis flechas a la hija de Fasias. Ahora vuelvo a visitarlos después de mucho siglos por ti, uno de los soldados predilectos de mi hueste. Ea, depón el miedo; la cólera del César se templará, y una hora feliz dejará cumplidos tus votos. No temas largas demoras, se aproxima el tiempo que anhelamos; el triunfo del príncipe difunde por todas partes la alegría. Cuando tu familia, tus hijos y tu madre Livia se alborozan, como tú mismo, padre insigne de la patria y del triunfador; cuando el pueblo te rinde acciones de gracias, y en todas las aras de la ciudad se quema el odorífero incienso; cuando el templo que infunde más veneración permite un fácil acceso, de esperar es que se oigan nuestras preces.» Dijo, y al punto se desvaneció en las tenues auras, o comenzaron a despertarse mis sentidos. Antes, Máximo, que dude de tu aprobación a estas palabras, creeré que los cisnes tienen el tinte de Memnón; pero ni la leche muda su color en el de la negra pez, ni el blanco marfil se trueca en el obscuro terebinto.

No desmientes con el carácter tu linaje, y compites con Hércules en la nobleza y lealtad del corazón.

La envidia, vicio de los ruines, no cabe en almas generosas, y, como la víbora, se arrastra y esconde en la tierra. Tus altos pensamientos se elevan por encima de tu alcurnia, y el nombre que llevas no amengua el lustre de tus talentos: que otros atormenten a los miserables, gocen de ser temidos y se armen de dardos bañados en hiel corrosiva; pero tu casa acostumbra favorecer a los suplicantes, y en el número de ellos te ruego que me cuentes.

IV

A RUFINO

Tu amigo Nasón te envía desde la ciudad de Tomos estas frases que te desean cumplida salud, y te suplica, Rufino, que acojas benévolo su *Triunfo*, si ha llegado a tus manos. Es una obra modesta que no corresponde a la grandeza del asunto; mas te pido que la protejas, valga lo que valiere. La salud se sostiene por sí misma, y no acude a ningún Macaón: sólo el enfermo de cuidado recurre al auxilio de la Medicina. Los eximios poetas no necesitan al lector indulgente, porque dominan a los más rebeldes y descontentadizos. Yo, que siento mi ingenio abatido por incessantes dolores, o que tal vez no lo haya tenido nunca, con mis escasas fuerzas espero la salud de tu bondad; si me la niegas, creeré que todo se me ha arrebatado. El conjunto de mis obras reclama favor y benignidad; pero ninguna como este libro tiene tanto derecho a la indulgencia. Otros vates describieron el

espectáculo del triunfo, y no vale poco que la memoria guíe la mano al narrar lo que se ha visto; yo escribo lo que mi ávido oído apenas recogió en los públicos rumores, y sólo vi por los ojos de la fama. ¿Podrá igualarse mi estro y ferviente entusiasmo al de aquel que todo lo ha oído y todo lo ha visto? No me quejo de no haber admirado el fulgor de la plata, el oro y la púrpura que os deslumbraron; pero las imágenes de los lugares, las gentes de mil diversos aspectos y las mismas batallas hubiesen alentado mi inspiración, a la vez que los semblantes de los reyes, fieles retratos del alma, me habrían ayudado en la realización de mi poema. Cualquier vate puede enardecerse oyendo los aplausos del pueblo y los entusiastas vítores; yo con tal clamoreo habría cobrado el aliento del soldado bisoño cuando oye el toque de la trompeta. Aunque mi corazón estuviese más frío que la nieve y el hielo, y más que esta región que por mi daño padezco, el rostro del caudillo, de pie en su ebúrnea carroza, habría sacudido el frío de todos mis miembros. Sin tales elementos, y valiéndome de confusas noticias, me acojo con derecho al auxilio de vuestro favor. Desconozco los nombres de los caudillos, y los lugares y el asunto casi se me escapan de las manos. ¿Qué parte de tan magnos sucesos pudo referirme la fama o comunicarme algún amigo? Por esto, lector, debes perdonarme si erré en algo o lo pasé por alto. Además, mi lira, habituada a las incesantes quejas de su dueño, se resiste a acompañar festivas canciones. Apenas se me ocurrían palabras felices, después de tantas lamentaciones, y

el regocijo venía a ser para mí una cosa harto extraña. Como por falta de costumbre temen los ojos mirar al sol de frente, así no osaba mi espíritu embriagarse de contento. También la novedad es siempre lo que más sorprende, y no logra favor el servicio que la demora retrasa. Sospecho que el pueblo ha saboreado ya de largo tiempo los demás poemas escritos a competencia sobre este magnífico triunfo; el lector los apuró sediento, y mi copa lo encuentra satisfecho: bebió un agua fresca, y la que le brindo ya comienza a entibiarse. No fui yo el remiso, ni la desidia ocasionó mi tardanza, sino el vivir extrañado en las últimas tierras que azota el inmenso Océano. Mientras se susurra la noticia, y compongo de prisa los versos, y los remito acabados, ha podido transcurrir un año, y no es de poca entidad que cojas el primero la rosa intacta, o que alargues la tardía mano a la que quedó olvidada en el rosal. ¿Y habrá quien admire, cuando se han cogido todas las flores del jardín, que no pueda entretejer la corona digna del esforzado caudillo? Deseo que ningún vate considere dicho esto contra su poema; mi Musa habla en la propia defensa. Poetas, son sagrados los lazos que me unen a vosotros, si le es permitido a un mísero formar en vuestros coros. Amigos, vivisteis conmigo la mejor parte de mi ser, y nunca me he separado de vosotros ni dejé de amaros. Sean mis versos recomendados por vuestro favor, puesto que no me es lícito salir a su defensa. Los libros apenas se alaban tras la muerte del autor, porque la envidia se goza en perseguir a los vivos y clavarles el inicuo diente. Si vivir mal es

una especie de muerte, la tierra aguarda mis despojos y sólo falta el sepulcro a mi triste destino. Por lo demás, no habrá nadie que reprenda mi ocupación, aunque se censuren en muchas partes los frutos de mis desvelos. Si me faltan las energías, al menos la voluntad es acreedora de alabanzas, y pienso que con ella se dan los dioses por satisfechos. Ella hace que el pobre sea bien acogido en el templo, y con la ofrenda de una cordera obtenga lo mismo que si sacrificase un toro. Asunto tan grandioso habría abrumado al sublime cantor de *La Ilíada*. El débil carro de la elegía no era capaz de soportar con sus ruedas desiguales el enorme peso de este triunfo. Ahora me hallo indeciso acerca del metro que deba preferir, pues tu conquista, ¡oh Rhin!, nos anuncia nuevas victorias. Los presagios de los veraces poetas nunca dejan de realizarse; estando aún verde el primero, hemos de ofrecer a Jove un segundo laurel. No soy yo quien lo dice; yo, relegado a las márgenes del Íster, cuyas aguas beben los Getas mal domados: es la voz de un dios que resuena en mi pecho, y vaticino y afirmo lo que él me revela. ¿Por qué, Livia, te detienes en preparar el carro y la pompa triunfal; los éxitos de la guerra no permiten la menor demora. La pérfida Germania arroja las armas por ella condenadas, y acabas reconociendo la veracidad de mis presagios. No lo dudes: los sucesos me acreditarán pronto, tu hijo recibirá segunda vez este honor y será de nuevo conducido en el carro triunfal. Apresata la púrpura que ha de cubrir sus hombros victoriosos; la misma corona reconocerá la cabeza en que ya

resplandeció. Que el escudo y el yelmo deslumbren con el oro y las piedras preciosas, y álcense en trofeos las armas de los guerreros vencidos; que el marfil represente sus ciudades ceñidas de muros y torres, y el fingido espectáculo parezca una visión de la realidad; que el Rhin doliente esparza en desorden sus cabellos bajo las rotas cañas, y revuelva sus aguas teñidas de sangre. Los reyes cautivos demandan sus bárbaras insignias y sus estofas, más ricas que su presente fortuna. Dispón el aparato que el valor invencible de los tuyos te reclamó tantas veces y otras tantas has de preparar. ¡Oh dioses, por cuyas órdenes hemos revelado el oculto porvenir!, os suplico que acreditéis pronto con los faustos sucesos mis pronósticos.

V

A MÁXIMO COTTA

¿Quieres saber de dónde te llega la epístola que lees? De aquel lugar en que el Íster se mezcla a las cerúleas olas. Conocida la región, debes reconocer al autor, el poeta Nasón, castigado por su propio ingenio, que te envía, Máximo Cotta, desde el país de los feroces Getas, la salud que quisiera mejor desearte personalmente. He visto, ¡oh joven, que rivalizas con la elocuencia de tu padre!, el discurso magnífico que pronunciaste en el Foro, y aunque lo leí con rapidez durante largas horas, éstas me han parecido muy breves; pero las he prolongado releyéndolo varias veces, y siempre lo hallé tan ameno como en la pri-

mera lectura; y cuando leído una y otra vez nada pierde de su encanto, es que sorprende por el mérito y no por la novedad. ¡Felices los que te lo oyeron pronunciar y gozaron la dicha de tu voz elocuente! Por dulce que sea el sabor del agua que se nos sirve, lo es más todavía el de la que se bebe en la misma fuente; nos place más coger el fruto de la corva rama, que tomarlo de un plato cincelado. ¡Ah!, si yo no hubiese delinquido, si mi Musa no me lanzara al desierto, habría escuchado de tus labios el discurso que leí, y acaso elegido entre los centumviro, cual en otras ocasiones, hubiera sido el juez de tus argumentos, y sintiera la mayor dicha mi corazón al ceder a tu persuasiva palabra y concederte mi sufragio. Mas ya que el destino quiso que viviese entre los inhumanos Getas, privado de la patria y de vuestra compañía, al menos te suplico, esto me es permitido, que me remitas los frutos de tus estudios; leyéndolos con afán asiduo, imaginaré encontrarme más cerca de ti. Sigue mi ejemplo, si no lo desdeñas; y eso que mejor debieras ser tú mi modelo. Yo, Máximo, que hace tiempo he muerto para vosotros, me esfuerzo en no perecer del todo con los partos de mi numen. Págame del mismo modo, y que mis manos reciban con frecuencia los frutos de tu talento, que han de serme gratisimos. No obstante, dime, ¡oh joven entregado a los mismos estudios!, ¿nuestras inclinaciones iguales no te obligan a acordarte de mí? ¡Pues qué!, cuando recitas a tus amigos los versos recién acabados, o, como sueles a menudo, exiges que te reciten los suyos, ¿no se lastima a ratos tu corazón,

sin percatarse de lo que le falta? Lo adivino : sientes un vacío imposible de llenar.

Dime, como solías hablar tanto de mí en presencia, ¿el nombre de Nasón brota ahora lo mismo de tus labios? Perezca de una vez atravesado por las flechas de los Getas (y ya ves cuán cerca amenaza el castigo del perjurio) si, a pesar de la ausencia, no te veo casi en todos los instantes; porque, gracias a los dioses, el pensamiento vuela adonde quiere. Cuando en sus alas, y no visto de nadie, llego a Roma, hablo contigo muchas veces, y otras tantas me recreo en tu conversación. Entonces me es difícil expresar el júbilo que experimento y lo dichosas que resbalan las horas de mi vida; entonces, puedes creerlo, me figuro que soy recibido en la celeste mansión y converso con los dioses inmortales. Luego, al volver aquí, abandono el cielo y sus dioses; la tierra del Ponto dista poco de la Estigia; si pretendo abandonarla contra los decretos del destino, Máximo, líbrame de esa esperanza irrealizable.

VI

A CIERTO AMIGO

Nasón envía desde las playas del Euxino esta breve carta al amigo a quien no osa nombrar; pues si mi diestra poco precavida escribiera tu nombre, acaso mi oficiosidad provocase tus quejas. ¿Por qué cuando los demás no ven en ello ningún peligro, erés tú el único que suplicas no te descubra en mis versos? En mí puedes aprender, si lo ignoras, cuán grande es la

clemencia de César en medio de su cólera. Yo mismo no podría quitar nada al castigo que sufro si me viese forzado a juzgar mi propio delito. César no prohíbe a nadie acordarse de sus camaradas, ni me impide que te escriba ni que tú me escribas a mí, ni te imputará como crimen consolar al amigo, ni aliviar su adversa suerte con dulces expresiones. ¿Por qué temes sin fundamento y haces odiosa con tus temores la providencia de los augustos dioses? Hemos visto más de una vez a los heridos por el rayo alentar y recobrar la vida sin que Jove se opusiese. Porque Neptuno destrózára la nave de Ulises, no negó Leucotoe al naufrago su socorro. Créeme: los dioses del cielo perdonan a los desgraciados, y no los persiguen siempre ni los abruman sin descanso. Ningún dios iguala la moderación de nuestro príncipe, que temple su poderío con la justicia; antes de erigir un templo de mármol a esta diosa, ya de larga fecha reinaba en el santuario de su corazón. Júpiter vibra inconsiderado sus dardos contra muchos que acaso no merecen por sus culpas igual castigo. Cuando el dios de los mares encrespa las implacables olas, ¿qué parte de los naufragos es digna de sepultarse en ellas? Cuando los más bravos sucumben en la batalla, el mismo Marte reconoce su injusticia en la elección de las víctimas; y si quieres averiguar nuestras faltas, no hallarás uno solo que niegue haber merecido el castigo que padece. Hay más: las víctimas de las olas, de la guerra y del rayo no pueden restituirse de nuevo a la existencia; mientras César salvó a muchos o les indultó en parte la pena. ¡Ojalá sea yo uno de tantos! Y tú,

viviendo bajo el amparo de tal príncipe, ¿recelas temeroso conversar con un desterrado? Acaso fuese justo tu miedo bajo la dominación de Busiris o del tirano que tostaba sus víctimas en el toro de bronce.

Cesa de infamar a un ánimo clemente con tus vanos temores. ¿Por qué temes peligrosos escollos en las plácidas aguas? Yo mismo apenas acierto a excusarme de haberte escrito antes sin poner tu nombre; pero el pavor me sobrecogía, privándome el uso de la razón; mi nueva desventura me impidió todo consejo, y receloso de mi fortuna, no de la cólera de mi juez, me asustaba firmar las cartas con mi nombre. Ya que estás seguro, concede en adelante al poeta reconocido el derecho de nombrar en sus epístolas a quienes le son caros. Vergonzoso sería para entrambos si, a pesar de nuestro íntimo trato, tu nombre no se leyese en ninguna página de mi libro. Y para que el miedo no llegue a perturbar tu sueño, mi amistad no irá más lejos de lo que deseas; ocultaré quién eres mientras no me permitas la publicidad. A nadie obligo a que acepte los dones de mi estimación. Tú podrías sin riesgo amarme a la luz del día; pero si esto te asusta, ámame en secreto.

VII

A SUS AMIGOS

Ya me faltan las palabras para repetir tantas veces los ruegos; ya me abochorna insistir en súplicas inútiles. Vosotros leeréis con tedio mis monótonos dís-

ticos, porque juzgo que os son conocidos de antemano mis anhelos, y sabéis el contenido de mi epístola antes de romper las ligaduras que la atan. Múdense, pues, el tema de mis escritos, para no nadar siempre contra la corriente del río. Perdonad, amigos, si confié demasiado en vuestra ayuda; es una falta que debo de enmendar. No quiero que me llame importuno mi esposa, de tanta fidelidad como tímida y poco arriesgada. Tú, Nasón, sobrellevarás esta contrariedad, como sobrellevaste otras mayores; tanto, que ninguna pesadumbre puede ya abatirte. El toro, separado del rebaño, odia la reja, y su cuello novicio rehusa el duro yugo; mas yo, a quien el destino tan cruelmente maltrata desde largo tiempo, no conozco mal que me coja de nuevo. Vinimos a los confines de los Getas, muramos en ellos, y acabe la Parca conmigo del modo que comenzó. Abrácese a la esperanza los que no se ven por ella siempre burlados, y espongan sus deseos los que confían llegar a su realización. Lo mejor sin duda es desesperar resignado de la salud y saber de una vez que se está perdido sin remedio. Vemos algunas heridas que se enconan al intentar la cura, y más valiera no haberlas tocado. Muere con menos angustias el tragado de repente por el abismo, que quien fatiga sus brazos luchando con las irritadas olas. ¿Por qué me forjé la ilusión de abandonar un día los límites de la Escitia y gozar de tierra más benigna? ¿Por qué esperé nunca el lenitivo de mis males? ¿Acaso no me era bastante conocida la contraria suerte? Mis tormentos se agravan de día en día, y la vista de los lugares que me representa la

memoria renueva mi triste destierro, como si fuese de ayer. Sin embargo, hallo menos doloroso el tibio celo de mis amigos, que reconocer la ineficacia de sus repetidas súplicas. Amigos míos, es importante el negocio de que teméis encargaros; mas si alguien se atreviese, encontraría benévolo oídos. Como la cólera de César no os ha dado la negativa por respuesta, moriré briosamente junto a las márgenes del Euxino.

VIII

A MÁXIMO

Meditaba qué dones podría enviarte del campo de Tomos que te acreditasen mis afectuosos recuerdos. Tú eres digno de la plata y más digno del oro resplandeciente; pero sólo cuando los das te agradan estos regalos. Además, en estas tierras no se explotan minas de tan preciosos metales; gracias si el enemigo consiente los surcos del labriego. La púrpura deslumbrante adorna con frecuencia tu vestido; pero las manos de los Sármatas no saben teñirla, y las matronas de Tomos desconocen el arte de Palas. La mujer aquí, en vez de tejer la lana, muele los granos de Ceres o lleva sobre la cabeza el pesado cántaro de agua. Aquí los pámpanos de la vid no se enredan al olmo, ni los frutos encorvan con su peso las ramas de los árboles; las llanuras yermas producen el triste ajenjo, y la tierra declara en los frutos su amarga naturaleza. En toda la región izquierda del Ponto no hallaba cosa que mi acendrada amistad pudiera ofre-

certe; por eso te envié los dardos encerrados en la aljaba de Escitia, que ojalá se tiñan en la sangre de tus enemigos. He ahí las plumas; he ahí los libros de esta comarca; he ahí, Máximo, la Musa que reina en estos lugares. Siento vergüenza al remitirte objetos de tan poco valor; mas te suplico que los recibas de buen talante.

IX

A BRUTO

Me escribes, Bruto, que un censor que no conozco critica mis versos porque en todas las epístolas domina el mismo pensamiento, porque sólo sé rogar se me conceda vivir en sitio menos apartado y lamentarme de ser oprimido por innumerable tropa de enemigos. Como entre tantos defectos se me reprende uno solo, respiro satisfecho si mi Musa pecó en esto únicamente. Yo mismo noto los lunares que afean mis libros, aunque todos aprecian sus versos más de lo justo. El cantor aplaude sus obras; así Agrio en otro tiempo afirmó que tal vez no era despreciable la cara de Tersites. Sin embargo, el error no turba a tal extremo mi juicio, que considere perfecto cuanto acabo de producir. Me preguntas: «¿Cómo, si notas tus faltas, incurres en ellas y dejas pasar los deslices de tus escritos?» No es lo mismo sentirse enfermo que curarse la dolencia: todos se dan cuenta de sus males, y sólo el arte los cura. A veces deseo corregir alguna frase, y por fin lo dejo; no me abandona el gusto, sino las fuerzas. Otras muchas me cansa corre

gir, ¿por qué no he de confesar la verdad?, y soportar el fastidio de una asidua faena. La inspiración alienta al escritor, disminuye su fatiga y con el fuego del ánimo enardece su obra al paso que avanza; pero la corrección es empresa tanto más ardua cuanto el gran Homero se eleva sobre Aristarco, y deprime los bríos con el mismo cuidado que exige, como el jinete doma con el freno la fogosidad del corcel.

Así los benéficos dioses amainen en mi favor la cólera de César, y yazgan mis huesos sepultados en una tierra pacífica, como es cierto que la imagen de mi cruel fortuna contrarresta mi brío siempre que intento alardear de ingenioso. Apenas me atrevo a creer que estoy en mi juicio cuando compongo versos, y me aplico a corregirlos en medio de los bárbaros Getas; y en verdad, nada más disculpable en mis escritos que expresar casi siempre el mismo pensamiento. En mis alegres días canté sucesos regocijados; en los tristes, desahogo mis tristezas: mis poemas convienen con la época en que se escriben. ¿Qué he de lamentar ahora sino las miserias de esta odiosa región?; ¿qué he de suplicar sino morir en suelo más benigno? Aunque tantas veces digo lo mismo, casi nadie me escucha, y mis palabras no obtienen ningún resultado. Y bien que repita las mismas quejas, no lo hago a las mismas personas; si mi súplica es siempre igual, se dirige a muchos valedores. Acaso, Bruto, debí rogar a uno solo de mis amigos, evitando así que el lector hallase repetidos dos veces mis deseos. No valía la pena; perdonad, hombres doctos, al que confiesa su error: antepongo mi salud a la fama de mis

escritos. Otrosí, el poeta varía a su antojo muchas circunstancias del asunto que ha concebido en su imaginación. Mi Musa es el intérprete demasiado verídico de mis aflicciones, y tiene la autoridad de un testigo incorruptible. Mi propósito y deliberado objeto no fué componer un libro, sino escribir una carta a cada uno de mis amigos; más tarde las reuní, disponiéndolas sin orden; no vayas a pensar que hice de ellas una selección escogida. Muéstrate indulgente con estos escritos, que no me dictó el amor a la gloria, sino el interés y la obligación de la amistad.

LIBRO CUARTO

EPÍSTOLA I

A SEXTO POMPEYO

Recibe, Sexto Pompeyo, los versos que compuso aquel que te es deudor de la vida, y si no me prohibes que los encabece con tu nombre, añadiré este nuevo favor a tus muchos beneficios; si, por el contrario, frunces el ceño, confesaré mi pecado, y, no obstante, debes aprobar los motivos por que he delinquido. Mi ánimo no pudo contenerse en darte pruebas de su reconocimiento; te suplico que no te enojés, rechazando mi piadoso deber. Cuántas veces en mis libros me acusé de ingrato porque tu nombre no se leía en ninguna de sus páginas; cuántas veces, queriendo escribir otro distinto, mi mano, sin percartarse, trazó el tuyo sobre la cera, y no me desagradaba incurrir en tales equivocaciones, que apenas borraba después a regañadientes. Quéjese enhorabuena cuanto quiera, me dije; me avergüenza no haber merecido antes sus reproches. Dame a beber, si existe, el agua del Leteo, que priva del sentido, y aun así no podré olvidarte. No me lo impidas, por favor; no rechaces con desdén mis palabras, ni estimes que en mi celo se oculta dañada intención; por tantos beneficios, acepta este débil testimonio de mi

gratitud; si lo rehusas, me confesaré agradecido contra tu voluntad. Jamás hallé tu ayuda perezosa en los días adversos, ni el arca de tus caudales me negó los recursos de su munificencia, y ahora mismo tu protección, sin asustarse de mis súbitos reveses, me presta y seguirá prestando generoso auxilio. Acaso me preguntes de dónde procede mi omnímota confianza en el porvenir. Cada cual defiende la obra que ha realizado. Como la Venus que recoge su cabellera humedecida por las aguas marinas es labor y gloria del artífice de Cos; como surgieron de las manos de Fidias las estatuas en bronce y marfil de la diosa guerrera que defiende la ciudadela de Atenas; como Calamis reivindica para sí el aplauso de los caballos que labró, y Mirón el de la vaca esculpida, tan semejante a las verdaderas, así yo, Sexto, que no soy la última parte de tus buenas obras, me considero un don y efecto de tu generosidad.

II

A SEVERO

¡Oh Severo, el poeta más grande de los poderosos reyes!, la carta que lees te llega desde el país de los Getas de larga cabellera. Si me permites hablarte con sinceridad, te diré que me avergüenza el que aún no haya sonado tu nombre en mis libros; nunca, sin embargo, cesaron las epístolas escritas en prosa de acreditar por tu parte y la mía la amistad que nos une; sólo dejé de enviarte versos que te confirmasen

cuánto me acuerdo de ti; y ¿a qué había de ofrecerte lo que tú mismo sabes hacer? ¿Quién dará miel a Aristeo, vino de Falerno a Baco, granos a Triptoleme y frutos a Alcinoos? Tienes un ingenio fecundo, y entre los que cultivan las faldas del Helicón, ninguno te aventaja en producir mieses abundantes. Dedicar versos a tal persona era lo mismo que llevar ramas al bosque: he ahí, Severo, la causa de mi retraso. Por otra parte, mi numen no responde como antes a los propósitos, y labro con la inútil reja un árido suelo. Sin duda, como obstruye el limo las venas por donde surte el agua, o se detiene ésta en su fuente oprimida de algún obstáculo, así mi espíritu, contrastado por el limo de las desgracias, hace fluir mis versos de una vena empobrecida. Si alguien trasladase a esta tierra al mismo Homero, bien pronto lo vería, no lo dudes, convertido en un Geta. Perdóname, te confieso que ya no pongo tanto ardor en mis estudios, y rara vez trazan mis manos las letras. Extinguióse el fuego sagrado que enciende el corazón de los poetas, y que antes inflamaba también el mío. La Musa se niega a favorecerme, y cuando tomo las tablillas, casi a la fuerza pone en ellas sus manos perezosas. Siento poco placer, casi ninguno, en la tarea de escribir, y no me deleita sujetar las palabras a la medida, ya porque no recogí ningún fruto de tan ingrata labor, que antes al contrario fué el principio de mis desdichas, ya porque me parece lo mismo danzar en las tinieblas que escribir versos que nadie ha de leer. El oyente estimula al escritor, los aplausos remozan su brío y la gloria es un aguijón pode-

roso. ¿A quién recitaré aquí mis poemas sino a los Corales de rubios cabellos, y otros bárbaros pueblos que moran a las márgenes del Íster? ¿Pero quién divertirá mi soledad? ¿Cómo entretendré mis ocios infelices y abreviaré las horas del día, si no me distrae el vino, ni el juego engañoso de los dados, que deja resbalar el tiempo sin sentir? Tampoco puedo, como desearía, si la guerra cruel no lo impidiese, renovar el campo con el cultivo, y recrearme en tal ocupación. ¿Qué, pues, me queda sino el triste consuelo de las nueve hermanas que merecieron tan poco de mí? Tú, que bebes venturoso en la fuente Aonia, ama de veras un estudio que te proporciona la felicidad: rinde a las Musas el culto que les debes, y remíteme aquí para leerlo algún fruto de tus nuevos desvelos.

III

A UN AMIGO INCONSTANTE

¿Me quejaré, o callaré? ¿Delataré tu crimen sin nombrarte, o daré a conocer a todos quién eres? Pasaré en silencio tu nombre, por no recomendarte con mis quejas, temeroso de que mis versos te conquisten la celebridad. En tanto que mi nave se asentaba firme sobre la sólida quilla, fuiste el primero que quiso navegar conmigo, y ahora que la fortuna me arruga la frente, te apartas de mí; sabiendo que necesito tu auxilio, te haces el disimulado, pretendes que se crea que no me conoces y preguntas al oír mi nombre: «¿Quién es este Nasón?» Aunque no quieras,

yo soy aquel que casi niño se unió a tu niñez con una íntima amistad; aquel que conoció primero tus graves negocios, y el primero que tomó parte en tus alegres diversiones; aquel amigo inseparable que nunca te abandonaba, y aquel a quien admirabas como a tu única Musa. Soy aquel mismo que ahora, pérfido, no sabes si vive, y cuya suerte no te merece el menor desvelo. O nunca te fuí caro, y entonces habrás de confesar que me engañaste, o si no fingías tu afecto, te acreditas hoy de inconstante. Dime, pues, dime, ¿qué resentimiento te obligó a tal mudanza? Si tus quejas no son justas, lo será mi recriminación. ¿Qué causa te impide conducirte como en otros días? ¿Juzgas un delito que el infortunio se encone contra mí? Si no podías prestarme ningún socorro con tu influjo o tu caudal, debiste al menos escribirme algunas palabras de consuelo. Trabajo me cuesta creerlo: se dice que insultas al caído, y no le perdonas en tus conversaciones. Insensato, ¿qué haces?; porque si la fortuna te vuelve la espalda, tú mismo rechazas las lágrimas que habían de llorar tu naufragio. Cuán voluble sea esta diosa, nos lo confirma la instable rueda, que gira sin cesar bajo su planta insegura; es más liviana que la hoja, más que el viento; sólo tu falsedad iguala a su ligereza. Los destinos de los hombres penden de un frágil hilo, y el más robusto edificio se desploma con súbito estruendo. ¿Quién no oyó ponderar la opulencia del rico Creso? Pues al fin cayó cautivo, y debió la vida a su enemigo. Aquel tirano tan temido en la ciudad de Siracusa, gracias si consiguió aplacar el hambre de-

dicándose a bajos oficios. ¿Quién mayor que el gran Pompeyo? Y no obstante, en la fuga hubo de suplicar con voz apagada el auxilio de su cliente, y el caudillo a quien obedecían todas las tierras del orbe, vino a parecer el más miserable de los hombres. Aquel Mario esclarecido por sus triunfos sobre Incurta y los Cimbro, que siendo cónsul dió a Roma tantas veces la victoria, ocultóse entre el cieno y el cañaveral de un pantano y sobrellevó mil ultrajes indignos de tan excelso varón. La potencia divina juega con la suerte de los mortales, que apenas tienen por segura la hora presente. Si alguien me hubiese dicho que saldría desterrado a las playas del Euxino, y temería las flechas del arco de los Getas, le hubiera contestado: «Anda, bebe los brebajes que curan el seso y cuantos jugos producen las hierbas de Anticira.» Sin embargo, he padecido este trabajo; pues si pude evitar los dardos de los hombres, no pude precaver los de un dios poderoso. Tú, asimismo, aprende a temer, y piensa que lo que ahora te regocija, mientras hablas, puede convertirse en motivo de tu tristeza.

IV

A SEXTO POMPEYO

No hay día tan obscurecido por las húmedas nubes del Austro, que descargue la lluvia sin interrupción, ni campo tan estéril que no brote las inútiles hierbas mezcladas con las zarzas espinosas. La fortuna nunca es tan despiadada que no endulce con al-

gún regocijo los rigores de la tribulación. Así yo, sin familia, sin patria, sin el trato de los amigos, y naufragó arrojado a los bordes del litoral Gético, hallo en medio de todas las ocasiones para desarrugar el ceño y olvidar mi adverso destino. Cuando sumido en tristeza me paseaba por la roja arena, parecióme oír a la espalda el rumor de unas alas; me volví, y no había detrás nadie a quien pudiese distinguir con la vista; no obstante, sonaron en mis oídos estas palabras: «¡Mírame, soy la Fama, que atravesando las inmensas rutas del aire, vengo a anunciarte felices sucesos! Pompeyo, el más caro de tus amigos, ha sido nombrado cónsul, señal de que el año próximo será feliz y venturoso.» Dijo, y luego que esparció en el Ponto tan fausta nueva, la diosa dirigió sus pasos hacia otros pueblos. Disipados mis negros pesares con el nuevo regocijo, perdió este lugar para mí su aspereza salvaje. Así, pues, Jano de dos caras, cuando abras la puerta al año que tarda tanto en llegar, y el mes que se te consagra ahuyente al diciembre, Pompeyo revestirá la púrpura de la suprema dignidad, para que nada falte a sus títulos gloriosos. Ya me parece ver la turba que se precipita en tu palacio, donde todos se apretujan por la deficiencia del local, y que después subes al templo de la roca Tarpeya, e invocas a los dioses, dispuestos a escuchar tus votos. Los toros, blancos como la nieve, que alimentó la hierba de los prados Faliscos, brindan ya su cuello a la cortante segur. Cuando te afanes por hacerte propicio a todos los dioses, ruega con mayor devoción a Júpiter y César. El Senado te recibirá, y

los padres, reunidos según costumbre, prestarán oído atento a tu discurso; y así que tu palabra elocuente los embargue de emoción, y acojan tus votos de felicidad como es de rigor, cuando hayas rendido justas gracias a los dioses y a César, que te ofrecerá mil ocasiones de repetirlas, volverás acompañado por todos los senadores a tu casa, apenas capaz de contener la multitud ansiosa de aclamarte. ¡Desgraciado de mí, que no bulliré entre la turba, ni mis ojos gozarán de este espectáculo!; pero aunque ausente, podré verte con los ojos del espíritu, y contemplar el rostro de un cónsul que me es tan querido. Hagan los dioses que en uno de estos momentos mi nombre se destaque en tu memoria, y exclames: «¿Qué hará al presente ese desdichado?» Si alguien me transmite que pronunciaste tales palabras, al punto confesaré que mi destierro se ha hecho más tolerable.

V

A SEXTO POMPEYO, CÓNsul

Dísticos ligeros, volad a los doctos oídos del cónsul, y llevad mis acentos al patricio colmado de honores: la ruta es larga, camináis en pies desiguales, y la tierra desaparece bajo la nieve del invierno. Así que hayáis franqueado la región helada de Tracia, el Hemón cubierto de nubes y las olas del mar Jonio, sin apresurar excesivamente vuestra marcha, en menos de diez días llegaréis a la ciudad señora del orbe. En seguida os dirigís a la mansión de Pompeyo, que

es la más próxima al foro de Augusto. Si alguien de la turba 'os pregunta quién sois y de dónde venís, engañad sus oídos con el primer nombre que se os ocurra; pues aunque no recelo que os sea peligroso confesar la verdad, un nombre supuesto os infundirá menos temor. Una vez que hayáis pisado el umbral, no conseguiréis ver al cónsul sin allanar grandes obstáculos: ya le encontraréis haciendo justicia a los ciudadanos sobre un sitial de marfil que adornan cien figuras, o presidiendo la subasta de las rentas públicas, atento a conservar las riquezas de la gran ciudad, o tratando negocios dignos de tan egregio magistrado, si se congregan los senadores en el templo de Julio; ya acudirá a rendir el acostumbrado homenaje a Augusto y su hijo, y les consultará sobre sus obligaciones que no le son bien conocidas. El tiempo que le dejen libre sus deberes lo consagrará a César Germánico, el que más honra después de los grandes dioses, y cuando por fin descansa del cúmulo de tantos afanes, sin duda os tenderá una mano benéfica, y acaso os pregunte qué hago yo, vuestro padre, y entonces quiero que le respondáis en tales términos: «Vive todavía, y se te reconoce deudor de la vida, don que recibió primero de la clemencia de César, y suele recordar con gratitud que al partir hacia su destierro debió a tu favor el recorrer con seguridad las comarcas de los bárbaros, y que el acero Bistonio no se tiñese con su sangre por impedirlo tu tierno afecto, y además que tu largueza le proporcionó recursos abundantes con que atender a sus necesidades, para economizar los propios, y

jura agradecido por estas mercedes que será eternamente tu devoto servidor; pues antes los árboles no darán sombra a los montes, y los mares no se verán surcados por las ligeras velas, y los ríos retrocederán el curso subiendo hacia sus fuentes, que llegue a faltarle el reconocimiento de tus beneficios.» Cuando hayáis hablado de esta manera, rogadle que conserve su propia obra, y habréis cumplido la misión de vuestro viaje.

VI

A BRUTO

La epístola que lees, ¡oh Bruto!, te viene de aquellas tierras en que no quisieras que viviese tu amigo Nasón; mas lo que tú no quieres lo quiso el funesto destino, que es, ¡ay!, más poderoso que tu voluntad. Una olimpiada de cinco años ha transcurrido desde que vivo en Escitia, y pronto va a suceder un lustro a la anterior; pero la fortuna insiste tenaz y rechaza pérfida mis votos con pie maligno. Tú, Máximo, gloria de la gente Flavia, habías resuelto dirigir en mi favor palabras de consuelo al divino Augusto, y mueres antes de haberlas pronunciado; y yo, Máximo, me considero el causante de tu muerte, yo que no valgo tan alto precio. Ya temo confiar a nadie el negocio de mi salvación. Con tu muerte acabaron mis esperanzas de salud. Augusto comenzaba a perdonar la falta por mi error cometida; ha desaparecido del mundo, y se ha llevado mis esperanzas. No obstante, desde lejanas tierras te envió, Bruto, los versos

que pude escribir en honor del nuevo habitante del cielo. Ojalá esta piedad me sea provechosa, ponga término a mis trabajos y calme la cólera de la augusta mansión. Tú también anhelas lo mismo, me atrevería a jurarlo sin temor, ¡oh Bruto! que me diste tantas pruebas de leal afecto; pues habiéndote revelado siempre como verdadero amigo, tu amistad se acrecentó en los días de mi adversidad. El que viese tus lágrimas correr mezcladas con las mías, hubiera creído que los dos sufríamos la misma pena. La naturaleza, Bruto, te dió un temperamento compasivo con los míseros, y a nadie dotó de corazón tan sensible como el tuyo; de tal manera, que si ignorásemos lo que vales en las contiendas del foro, apenas creeríamos que de tu boca acertase a salir la condenación de los reos: aunque parezca una contradicción, cabe en el mismo sujeto ser benévolo con los suplicantes y terror de los culpables. Cuando tienes obligación de satisfacer la severidad de las leyes, infiltras en cada una de tus palabras un veneno mortal. Prueben los enemigos el rigor de tus armas y sientan los dardos de tu elocuencia, que sabes aguzar con tanto arte, que nadie sospecharía ese talento por tu fisonomía; pero si ves alguien perseguido por la iniquidad de la suerte, no hay mujer que se enternezca como tú. Yo lo experimenté de veras cuando la mayor parte de mis amigos renegaron de mí. Me he olvidado de todos ellos, mas nunca me olvidaré de ti, que tan solícito aliviaste mis penas. Antes el Íster, ¡ay!, demasiado vecino mío, revolverá desde el Euxino el curso hacia su fuente, y el carro del sol se

dirigirá hacia los mares orientales, si vuelven los tiempos del festín de Tiestes, antes que ninguno de vosotros, los que os dolisteis al perderme, me arguya de ingrato u olvidadizo.

VII

A VESTALIS

Ya que fuiste enviado, Vestalis, a las playas del Euxino para administrar justicia a los pueblos que habitan bajo el polo, mira y verás con tus ojos el lugar en que languidece mi vida, siendo testigo de que no profiero sin razón mis continuas quejas. Tú, joven descendiente de los reyes de los Alpes, confirmarás la triste realidad de mis palabras. Tú ves sin duda el mar solidificado por una capa de hielo, y cómo éste, endurecerse también el vino. Ves cómo el Jaciga, feroz boyero, conduce sus pesados carros por la superficie del Íster, y dispara sus agudas flechas envenenadas, cuyas heridas son doblemente mortales. Y ojalá que, simple espectador de estos peligros, no los hubieses conocido por la propia experiencia en los combates. El grado de centurión, honor reciente que conseguiste en premio de tu bravura, se alcanza a costa de mil riesgos; y aunque de este glorioso título recabas indiscutibles ventajas, no quita que tu valor exceda en mucho a tu empleo. No lo niega el Íster, cuyas aguas enrojeció tu diestra con la sangre de los Getas; no lo niega Egipto, que expugnada la segunda vez por tu gente, se persuadió

de cuán poco le servía su ventajosa posición; pues siendo dudoso si estaba mejor defendida por el sitio o el valor de los soldados, esta ciudad sita sobre un alto monte que tocaba las nubes, un feroz guerrero la había arrebatado al rey de Sitonia, y vencedor gozaba de sus grandes riquezas, hasta que Vitelio descendiendo por las ondas del río, desembarca sus soldados y lleva sus estandartes contra los Getas. Entonces tú, progenie fortísima del antiguo Dauno, sentiste el noble ardor que te impulsaba contra los enemigos, y sin detenerte, cubierto de las resplandecientes armas que desde lejos te delataban a los sitiados, y esforzándote por que tus hazañas no quedasen oscurecidas, a la carrera afrontas el hierro, la aspereza del lugar y las piedras que llueven tan espesas como una granizada de invierno. Ni te detiene la multitud de venablos que te arrojan de los altos muros, ni los dardos empapados en la sangre de las víboras; clávanse en tu casco las flechas de plumas multicolores, y no hay parte en tu escudo que los golpes dejen sin señalar. Tampoco tu cuerpo alcanzó la dicha de librarse de toda herida; pero tu afán ardiente de gloria acallaba las voces del dolor. Tal en los campos de Ilión, Ajax, en defensa de las naves de los Dánaos, es fama que detuvo la hueste de Héctor, pronta a incendiarlas. Así que llegaste al muro luchando cuerpo a cuerpo, tu tajante espada pudo de cerca resolver el combate. Difícil me sería narrar las hazañas que allí realizó tu valor, cuántos enemigos inmolaste, quiénes eran y de qué modo sucumbieron. Victorioso hollabas los montones de cadáveres hechos por tu espa-

da: tantos eran los Getas que yacían a tus pies. Tu segundo pelea al ejemplo de su jefe, y cada soldado causa y recibe muchas heridas; mas tu heroísmo descuellas tanto sobre los demás, cuanto el Pegaso aventajaba en la carrera a todos los corceles. Egipso cayó, y tus hechos, Vestalis, serán atestiguados por mi canto hasta la remota posteridad.

VIII

A SUILIO

Docto Suilio, tu carta llegó tarde a mis manos; pero aun así me ha causado sumo placer: en ella me dices que si una tierna amistad puede ablandar con sus ruegos a los dioses, te sientes dispuesto a venir en mi ayuda. Aunque de nada me sirvieses, ya soy tu deudor por la benévola disposición de tu ánimo, y considero meritorio que te resuelvas a favorecerme. Así perdure largo tiempo tu celo apasionado, y no se rinda tu piedad vencida por el tropel de mis males. Me dan a ella derecho los vínculos de afinidad que nos unen, y que quisiera fuesen siempre indisolubles. La que llamas tu esposa, yo la amo casi cual a mi hija, y la que te llama yerno, me llama a mí su marido. Desventurado yo, si al leer estos versos frunces el entrecejo y te sonrojas de tal parentesco, y eso que nada hallarás en mi conducta digno de reproche, si no es la fortuna, siempre ciega conmigo. Si miras a mi linaje, advertirás que de antiguo soy caballero por herencia de innumerables abuelos; si

quieres inquirir mis costumbres, las hallarás sin tacha, pasando por alto el último error. Ea, pues; si confía alcanzar algo tu influjo, implora con voz suplicante a los dioses que honras. El joven César es tu dios; aplaca-su numen, ya que ninguna ara te es más conocida: nunca consiente que las plegarias de sus ministros resulten estériles, en él has querido buscar el remedio de mis daños. Por leve que sea el viento próspero que me envíe, mi barca sumergida resurgirá del fondo de las aguas, y entonces quemaré el solemne incienso en las rápidas llamas y daré testimonio del poderío de tus dioses. Y no te elevaré, Germánico, una estatua de Paros ni un templo de mármol, porque la ruina destruyó mis riquezas. Que te edifiquen templos las familias y las ciudades opulentas. Nasón te revelará su gratitud con los versos: confieso que pago parcamente tan grandes servicios, devolviendo palabras por mi salvación; pero el que da lo mejor que tiene, satisface de modo cumplido el reconocimiento y lleva la piedad hasta su término. No agradecen los dioses menos el incienso del pobre en humilde naveta que el que se les brinda en fuente espaciosa. La corderilla de leche y la apacentada en los prados Faliscos tiñen igualmente las aras del Capitolio. Por otra parte, ninguna ofrenda es tan grata a los príncipes heroicos como las alabanzas que les prodigan los vates en sus cantos. Ellos son los pregoneros de la gloria, y preservan del olvido los ilustres hechos. El valor se eterniza en los cantos, que lo libran del sepulcro y lo transmiten a la remota posteridad. El tiempo, destructor, consume el hierro

y la piedra; nada resiste a su fuerza incontrastable; mas los escritos desafían a los años; por ellos conocés a Agamenón y a los guerreros que pelearon en su contra y su favor. Sin los versos, ¿quién conocería a Tebas con sus siete jefes y los sucesos que precedieron a la lucha y los que siguieron después? Los mismos dioses, si es lícito afirmarlo, son obra de la poesía; su majestad suprema necesita una voz que la cante; así sabemos que del Caos, aquella masa informe de la naturaleza en su origen, surgieron los diversos elementos, y que los Gigantes osaron escalar el Olimpo, cayendo precipitados en la Estigia por los rayos vengadores de las nubes. Así coronan a Baco de gloria por su triunfo sobre los Indos y a Hércules por la conquista de Ecalia, y en días más recientes los versos contribuyeron en gran parte a divinizar a tu abuelo, que por su virtud se elevó a la esfera de los astros. Si en mi ingenio queda, Germánico, todavía una chispa de fuego, te la consagraré del todo. Un poeta no cabe que menosprecie el obsequio de otro poeta. En tu sentir la poesía no carece de valor, y si tu excelso nombre no te llamase a nobilísimos destinos, hubieras llegado a ser el orgullo y honor de las Musas; pero juzgas más glorioso prestar asunto a los versos que escribirlos, y aun así no renuncias del todo a tu vocación, y ahora libras batallas, ahora sujetas las voces a la medida y realizas por entretenimiento lo que a otros cuesta sumo trabajo; como Apolo es tan hábil en tañer la cítara y en disparar el arco, y sus manos divinas manejan las cuerdas del uno y la otra, asimismo aprendiste las artes del saber

y las del príncipe, y divides tus talentos entre Júpiter y las Musas. Ya que ellas no me han rechazado de la fuente que hizo saltar el casco del caballo nacido de la Górgona, séame de provecho y présteme ayuda la iniciación en los mismos misterios y el haber cultivado los mismos estudios para librarme al fin de los crueles Getas y sus playas, demasiado próximas a los Corales, cubiertos de pieles. Si por desdicha se me niega la patria, trasládenme a lugar menos lejano de la ciudad de Ausonia, donde pueda celebrar tus recientes glorias y referir sin demora tus altos hechos. Caro Suilio, haz que estos votos muevan a las divinidades del cielo en favor del que casi es tu suegro.

IX

A GRECINO

Grecino, Nasón te saluda desde las riberas del Euxino, adonde le relegaron y donde no vive feliz. Permitan los dioses que recibas mi epístola el primer día que salgas precedido de los doce lictores, y ya que subas como cónsul al Capitolio sin mí, por serme imposible formar parte de tu séquito, que mi carta represente el papel de su dueño y te ofrezca en tan solemne día los agasajos de la amistad. Si hubiese nacido para mejores destinos, si la rueda de mi carro no se rompiera por el eje, las obligaciones que hoy te paga mi mano por escrito las habría satisfecho de viva voz, y al felicitarte mezclara los ósculos con las dulces frases, porque el honor que has recibido me

pertenecería lo mismo que a ti: lo confieso, aquel día me hubiera hinchada tanto la soberbia, que apenas cabría mi orgullo en ningún palacio; y mientras tú caminases rodeado por el cortejo de respetables senadores, yo como caballero abriría el camino a los pasos del cónsul, y deseando ponerme cerca de ti, me alegraría de no encontrar sitio a tu lado, y no me lamentaría viendo que me estrujaban; antes me diera regocijo al verme oprimido por la multitud. Lleno de alborozo contemplaría las largas filas de tu séquito y el inmenso espacio en que se apiñaban las gentes, y, en fin, para que sepas cuánto llaman mi atención las cosas más insignificantes, me fijaría en la púrpura de tu vestido, examinaría las figuras cinceladas en la silla curul y las labores ejecutadas en el marfil de Numidia, y una vez que llegases al templo de la roca Tarpeya, en el momento de caer por tu orden la víctima sagrada, el dios poderoso que se alza en el recinto del templo oiría mis secretas acciones de gracias, y en el fondo del corazón le quemaría más incienso que el contenido en las fuentes, dichoso una y mil veces por ver tu elevación a los supremos honores. Yo permanecería allí entre tus amigos presentes, si los hados benignos me permitiesen la entrada en la ciudad, y el placer que ahora experimento con el alma, lo gozarían también mis ojos.

Los dioses no lo han querido así, y tal vez con justicia. ¿Por qué negar que merecí el condigno castigo? No obstante, gozaré con la mente, que no ha sido desterrada de la patria; contemplaré con ella tu pre-texta y tus fascas, y con ella te veré administrar al

pueblo justicia, imaginándome presente en los sitios que se me han prohibido. Ahora te veré contratar las rentas del Estado por el plazo de un lustro y manejarlas con intachable probidad; ahora oiré resonar tu voz elocuente en el Senado, discutiendo los asuntos que el interés público reclama; ahora decretar acciones de gracias en favor de los Césares y herir los blancos cuellos de los robustos toros. Y ojalá cuando te hayas ocupado de lo más interesante, ruegues que se aplaque en mi favor la cólera del numen, y álcese a tu plegaria el fuego sagrado del ara lleno de ofrendas, y la cúspide de la llama sea de feliz presagio a tus votos.

En el ínterin suprimiré las quejas, y del modo que alcance solemnizaré aquí la fiesta de tu consulado. Otra alegría sentiré que no cede en intensidad a la primera: la de ver a tu hermano sucederte en tan alto honor, que recogerá en el día de Jano, así que ceses, Grecino, en el mando a fin de diciembre. Dado vuestro entrañable afecto, experimentaréis igual satisfacción, tú por las fasces de tu hermano, y él por las tuyas; así serás dos veces cónsul y tu hermano otras tantas, y tu familia ejercerá dos años esta dignidad, que en medio de su alteza, pues en la ciudad de Marte no existe cargo que obscurezca el supremo imperio de los cónsules, todavía la excelsitud del soberano multiplica los timbres de este honor, que realza la majestad del que lo confiere. Os deseo de veras a Flacco y a ti que gocéis en todo tiempo las mercedes de Augusto; mas en el momento que le veáis aligerado del peso de los negocios, os ruego que

juntéis vuestras súplicas a las mías, y si un viento algo favorable hincha mi vela, soltad los cables, para que salga mi nave de las aguas de Estigia. Hace poco, Grecino, que Flacco gobernaba estos lugares, y las riberas del Íster vivían tranquilas bajo su mano; supo mantener a los pueblos Misos en paz no interrumpida, y aterró con la espada a los Getas, confiados en sus certeros arcos; con fulminante embestida reconquistó a Trosmia, presa de los enemigos, y enrojeció el Danubio con la sangre de los bárbaros. Pregúntale por el aspecto del país, los rigores del clima de Escitia y cuáles son los vecinos hostiles que me llenan de espanto, y que te diga si sus veloces saetas se tiñen en veneno de víboras y si sacrifican víctimas humanas en sus crueles altares; si os engaño, o es cierto que el Ponto se endurece con el frío y el hielo ocupa vastas extensiones del mismo. Cuando te haya narrado todo esto, pregúntale por la reputación que aquí tengo y de qué manera empleo días tan adversos. Aquí nadie me tiene odio, y en verdad que no lo merezco; con la nueva fortuna no ha cambiado mi modo de ser, y aun conservo el temple ecuánime que solías alabar y el aspecto pudoroso que se manifiesta en mi rostro. Así en estas tierras apartadas, aquí donde el bárbaro enemigo logra que las leyes cedan a la fuerza brutal de las armas, viví de suerte, Grecino, que, tras tantos años, ni mujeres ni hombres ni niños pueden querellarse de mí. Al contrario, ya que tengo que poner estas tierras por testigos, los habitantes de Tomos me ayudan y favorecen en mi desgracia. Ellos desearían que partiese, porque ven que

lo deseo; mas por su gusto prefieren que me quede. Si no crees mi palabra, da fe a los decretos que me tributan elogios y a las actas públicas que me eximen del pago de impuestos; y bien que la vanagloria no convenga a los desdichados, las ciudades vecinas me conceden la misma exención. Tampoco se desconoce mi piedad, y esta tierra extranjera sabe que en mi casa he levantado un santuario a César, junto con las imágenes de su piadoso hijo y de su esposa, la gran sacerdotisa, númenes tan augustos como el del mismo dios; y para que no falte ningún miembro de la familia, se alzan asimismo las efigies de los dos nietos, el uno junto a su abuelo y el otro al lado de su padre, y les dirijo mis plegarias envueltas en nubes de incienso cuantas veces surge el día por la parte del Oriente. Si interrogas a la comarca entera del Ponto, testigo del culto que le rindo, te dirá que no son fingidas mis palabras; pues sabe que acostumbro a festejar el natalicio de este dios con los juegos solemnes que permite el país, y no es menos conocida mi piedad de los extranjeros que la vasta Propóntida envía a visitar sus playas. Tu mismo hermano tal vez lo oyese cuando estuvo al frente del Gobierno en la izquierda ribera del Euxino. El caudal no iguala mi solícito celo, pero en mi pobreza dedico con gusto mis cortos recursos a tales fiestas. Relegado lejos de Roma, no pretendo deslumbrar con mi culto vuestros ojos, y me contento atestiguando una piedad sin estrépito. Esta devoción acaso llegue un día a los oídos de César, a quien nada se oculta de lo que pasa en el mundo. Al menos la conoces tú, que

vives con los dioses, y la ves, César, porque la tierra está sometida a tus penetrantes miradas. Tú, elevado a la bóveda celeste, oyes las preces que te dirige mi labio fervoroso, y llegan hasta ti los versos que compuse y envié celebrando tu entrada en el cielo.

Sospecho que con ellos se aplacará tu divinidad; que no sin razón llevas el dulce nombre de padre.

X

A ALVINOVANO

Ya corre el sexto estío que habito las playas de los Cimerios en compañía de los Getas vestidos de pieles. Carísimo Alvinovano, ¿qué peñas, qué hierro osarás comparar con mi resistencia? La gota de agua cava la piedra, el anillo se desgasta con el uso y la reja del arado se embota a fuerza de surcar las glebas. El tiempo devorador lo destruye todo, menos a mí, y la muerte se declara vencida por la tenacidad de mis males. Ulises se cita como ejemplo de una paciencia inquebrantable, pues vagó durante diez años a través de mares tempestuosos; mas no siempre tuvo que arrostrar los rigores del destino, y gozó muchas veces de plácido reposo. ¿Por ventura le fué intolerable amar seis años a la hermosa Calipso y compartir el tálamo de esta diosa de los mares? Fué bien acogido por el hijo de Hipotas, que le regaló los vientos aprisionados para que sólo el aura más benigna dirigiese sus velas, y tampoco le costó gran trabajo oír los cantos de las Sirenas, ni el fruto del loto amargó

su paladar. ¡Ah!, yo daría buena parte de mi vida por comprar los jugos que producen el olvido de la patria. No compares nunca la ciudad de los Lestrigones con los pueblos que baña el tortuoso curso del Íster. El Cíclope no aventaja la ferocidad de Fiaces, que constituye una mínima parte de los terrores que me asaltan. Si fieros monstruos ladran en los costados de Escila, las naves de Eníoco causan más estragos en los navegantes; y Caribdis, que vomita tres veces las olas que otras tantas sorbe, no se puede comparar a los terribles Aqueos, que si infestan con mayor audacia la margen derecha del río, no por eso dejan tranquila la opuesta. Aquí los campos están sin hojas, las flechas teñidas de veneno, y el invierno convierte el mar en un llano accesible a los que viajan a pie, de suerte que el marinero abandona su nave y atraviesa en seco las ondas que antes azotaba el remo para abrir camino.

Los que vienen de Roma me dicen que no te resuelves a creer tantos rigores. ¡Cuán desgraciado el que soporta trabajos a los que no se da crédito! Sin embargo, créeme y pasaré a explicarte la causa que hiela el mar de los Sármatas en el hórrido invierno. Próxima a nosotros brilla la constelación, que tiene forma de carro, cuya influencia produce un frío riguroso. De aquí nace el Bóreas, huésped frecuente de estas riberas, que sopla con violencia por su proximidad; mas el templado Noto procede del polo opuesto, y como viene de lejos, llega raras veces con languidez. Añádase que en este mar sin salida desembocan multitud de ríos que mezclan sus aguas a las olas marinas.

y les quitan su fuerza. Aquí desaguan el Lico, el Sagaris, el Penio, el Hipanis, el Crates y el Halis, que se retuerce en hirvientes remolinos; aquí viene a morir el impetuoso Partenio, el Cinapes, que arrastra las peñas, y el Tiras, el más arrebatado de los ríos, y tú, Termodonte, conocido por tus belicosas Amazonas, y tú, Fasis, visitado antiguamente por los héroes griegos; y con el Boristenes, el Diraspe, de límpidos raudales, el Melanto, que silencioso discurre con lentitud sosegada, y el río que separa Asia de la hermana de Cadmo, abriéndose camino entre los dos continentes, y otros sinnúmero, de los cuales el Danubio, más caudaloso que todos, se niega, ¡oh Nilo!, a cederte la primacía. Estas numerosas corrientes adulteran las olas marinas, cuyo caudal aumentan, y no les permiten conservar su propia naturaleza; pues semejantes a un estanque o a las aguas dormidas de un pantano, pierden no poco de su color, que apenas es azulado. El agua dulce sobrenada, como más ligera que la marina, que por la mezcla de la sal tiene mayor peso. Si alguien me pregunta por qué narro estas particularidades a Pedón, y de qué sirve hablar de estas cosas con frases sujetas a la medida, le responderé que así engaño el tiempo y olvido mis pesares: tal es el fruto que me brinda la hora presente. Mientras escribo así, mi continuo dolor se adormece y no me doy cuenta de que vivo entre los Getas; mas tú, al ensalzar a Teseo en los cantos que compones, no dudo que elevas tus sentimientos a la altura del sujeto e igualas al héroe por ti sublimado, que no quiere ver la fidelidad acompañando sólo a la dicha, y ese varón insigne por

sus hazañas, que canta tu voz en el tono que le corresponde, se presta a la imitación en alguna de sus virtudes: en la fidelidad, cualquiera puede ser un segundo Teseo. No pretendo que, armado de la clava y el acero, destruyas los malhechores que cerraban el istmo de Corinto; sí que me atestigües tu amor, cosa fácil al que de veras ama: ¿qué trabajo cuesta no mancillar un puro afecto? Tú, que siempre fuiste mi constante amigo, no receles que mis palabras envuelvan el menor reproche.

XI

A GALLIÓN

Gallión, será una falta de que apenas consiga excusarme no haberte nombrado todavía en mis versos, pues recuerdo que cuando me alcanzaron los dardos de un dios refrescaste mis heridas con tus lágrimas, y pluguiese al cielo que, lastimado por la pérdida del amigo, no hubieras tenido que sentir penas mayores. No lo quisieron así los dioses, ni en su crueldad juzgaron un crimen arrebatarte tu púdica esposa: hace poco ha llegado a mis manos la epístola que me anunciaba tu duelo, y he humedecido con mi llanto la nueva de tu soledad. Yo con mis cortas luces no osaré consolar a hombre tan sabio, ni prodigarle las sentencias de la filosofía, que le son bien conocidas. Presumo que el tiempo, si no la razón, habrá puesto fin a tus dolores. Mientras tu carta me llega, y la contes-tación recorre tantos mares y tierras hasta dar con-

tigo, transcurre todo un año. El momento propicio para dar consuelos es cuando el dolor sigue su curso y el enfermo reclama un alivio; pero si el tiempo comienza a sanar la herida del corazón, el que la toca intempestivamente la encona. Por otra parte, y ojalá mis presagios se acrediten de verdaderos, aun podrías ser venturoso con un nuevo enlace.

XII

A TUTÍCANO

El que aún no hayas sonado, amigo, en mis libros débese a la condición especial de tu nombre, pues a ninguno antes que a ti hubiese concedido este honor, si de veras lo es el figurar en mis escritos. La ley de la medida y las sílabas de que consta aquél son obstáculos a mis deseos, y nõ encuentro medio de introducirte en mis dísticos. No me atrevo a dividir tu nombre en dos versos, de modo que sea el fin del primero y el principio del segundo: me avergüenza abreviar una sílaba que se pronuncia larga y llamarte Tutícano. Tampoco cabes en el verso llamándote Tuticano y mudando en breve la primera sílaba larga. No oso retardar la brevedad de la segunda sílaba y darle un valor que nõ le conviene, pues si corrompiera tu nombre con estas libertades, la gente se mofaría de mí, diciéndome con razón que la había perdido.

He aquí el motivo de la tardanza en satisfacer la deuda que mi campo te pagará con usura. Yo te cantaré en cualquier metro y te remitiré mis escritos.

Casi desde la infancia me fuiste conocido, siendo yo también niño, y en el transcurso de los años que uno y otro contamos te quise tanto como un hermano a su hermano. Tú fuiste mi sabio consejero, mi guía y mi camarada, cuando mi débil mano aún no sabía manejar las riendas. Muchas veces corregí mis poemas dócil a tus censuras, y muchas por mi consejo limaste tus versos, cuando las Musas te impulsaron a componer la *Feacida*, digna del cantor Meonio. Esta armonía y cordialidad nacieron en el verdor de nuestra juventud y llegaron inmutables hasta la edad de las canas: la guerra y el hielo desaparecerán de estas comarcas que me hacen el Ponto tan aborrecible, el Bóreas será templado y el Austro sumamente frío, y aun se endulzarán las amarguras de mi suerte antes que tu corazón se manifieste insensible con tu desgraciado amigo: aún no me abruma tal colmo de desdichas, y así no me abruma jamás. Sólo te pido que no dejes de rogar a los dioses, y al principal de todos ellos, cuyo Imperio enalteció tu gloria sin cesar, en defensa del desterrado con perseverante amistad, para que el viento favorable impulse sus velas. Me preguntas cuál es mi solicitud. Perezca yo si acierto a decirlo y si puede perecer el que ya dejó de vivir. No sé lo que debo hacer, lo que quiero o no quiero, ni conozco lo que me conviene mejor. Créeme, el buen sentido es lo primero que abandona a los desdichados; la razón y el consejo huyen con la fortuna. Inquiérete tú mismo el modo de favorecerme y por qué camino has de llegar a la realización de mis votos.

XIII

A CARO

Recibe mi saludo, ¡oh Carol, digno de contarte entre mis mejores amigos, por ser para mí lo que significa tu nombre. De dónde procede esta salutación te lo indicará pronto el color de las tablillas y la estructura de los versos; no porque sean admirables, sino porque no se parecen a otros muchos, y, buenos o malos, delatan a su autor. Cuando tú mismo borras el título de tus poemas, pareceme que sabría afirmar de quién eran, y revueltos con otros cien libros, reconocería los que te pertenecen y los distinguiría por inequívocas señales. Se revela el autor en su estro vigoroso, digno de Hércules y del esfuerzo del héroe que ensalzas en tus cantos, y tal vez mi ingenio se destaque en el propio colorido de sus cuadros y los defectos que le son inherentes. La fealdad de Tersites impedíale pasar desconocido, como Nireo con su belleza atraía todas las miradas. No te sorprenda que mis versos adolezcan de defectos, pues fueron producidos por un autor casi Geta. Me abochorna confesarlo, pero escribí un poema en lengua Gética; sometí sus bárbaras voces a nuestra medida y, dame la enhorabuena, conseguí agradar y merecí el nombre de vate entre los fieros Getas. ¿Quieres conocer el asunto? Entoné las alabanzas de César, y su numen divino ayudó la novedad de mi empresa. En ella enseñé que era mortal el cuerpo de Augusto,

padre de la patria, pero que su alma divina había volado a las celestes mansiones; que el hijo, heredero de las virtudes paternas, tomó mal de su grado las riendas del Imperio que rehusaba; que tú, ¡oh Livial, tan digna de tu hijo como de tu esposo, eras la Vesta de las púdicas matronas, y que los dos jóvenes, firmes báculos de su padre, han dado irrecusables pruebas de la grandeza de sus almas.

Así que les recité mi poema, fruto de Musa extranjera, cuando se desprendía de mis dedos la última página, todos los oyentes agitaron las cabezas y las aljabas llenas de flechas, y de sus bocas se escapó un prolongado murmullo. Uno de ellos dijo: «Puesto que tan bien escribes de César, César debía restituirte a la patria.» Así habló; pero ya, amigo Caro, el sexto invierno me ve relegado bajo el polo helador, y nada me aprovechan los versos que en otro tiempo me perjudicaron, siendo la principal causa de mi amargo destierro.

Tú, por los lazos del culto a las Musas que nos unen; por el nombre de la amistad que respetas como sagrado, y así Germánico preste abundante materia a los ingenios de Roma, oprimiendo al enemigo vencido con las cadenas del Lacio, y así se fortalezcan de día en día esos jóvenes tan queridos de los dioses que para tu gloria se confiaron a tu educación, emplea todo el influjo que gozas por la salud del amigo, que se verá aniquilada si no muda el lugar de su destierro.

XIV

A TUTICANO

Te envía estos versos quien se quejaba días pasados de que tu nombre no encajase en la medida de los mismos. No leerás en ellos nada que te interese, excepto el saber que defiando mi salud como puedo; pero la misma salud me es odiosa; mis últimos votos se reducen a mudar estos lugares por otro sitio. No tengo mayor anhelo que cambiar de tierra, porque cualquiera me será más grata que la presente. Empuja mi nave en medio de las Sirtes, o a través de los escollos de Caribdis, como me libre del país donde resido. Trocaré gustoso el Íster por la Estigia misma, si es que existe, y si hay en el orbe un abismo más profundo, también lo prefiero. El campo cultivado aborrece menos la grama y el frío la golondrina que Ovidio estas comarcas vecinas de los belicosos Getas. Los de Tomos se revuelven contra mí por tales palabras, y mis poemas desatan la cólera pública. ¿No cesaré nunca de perjudicarme con mis escritos, y seré siempre víctima de mi imprudente ingenio? ¿Aún vacilo en cortarme la mano para no escribir, y como demente lanzo los dardos que me han sido tan fatales? ¿De nuevo me arrojo a los antiguos escollos y a las olas en que el naufragio destrozó mi nave? Yo nada hice, no soy culpable, Tomitas, a quienes amo, aunque aborrezco vuestro país. Escudriñe cualquiera las producciones de mis viglias, y no hallará

en mis cartas una frase en que me queje de vosotros; en cambio me lamento del frío, de las incursiones que por todas partes me amenazan, y de los enemigos que baten las murallas. Me desaté en justos dicerios contra el país, no contra los hombres, y vosotros mismos sentís los rigores de este suelo. La Musa del antiguo poeta que cantó la cultura de los campos atrevióse a decir que Ascra, su patria, era en todo tiempo insoportable; y no por eso Ascra se sublevó contra su poeta. ¿Quién amó más a Ítaca que el astuto Ulises? No obstante, confesó la escabrosidad de la isla. Escepcio, en sus amargos dicerios, no atacó el lugar, sino las costumbres de Ausonia: Roma fué puesta en tela de juicio, soportó sus falsas acusaciones con ecuanimidad, y no castigó al autor por las osadías de su lenguaje. Pero algunos malignos intérpretes concitan en mi daño la ira popular, y descubren en mis dísticos un nuevo crimen. Ojalá fuese tan venturoso como ingenuo en mi sentir; hasta hoy nadie cayó herido por los dardos de mi lengua, y aunque fuera yo más negro que la pez de Iliria, no osaría ultrajar a un pueblo que me acredita tanta fidelidad. Habitantes de Tomos, la hospitalidad y buen acogimiento que en mi infortunio me dispensasteis, delatan vuestro origen griego. Mis compatriotas los Pelignos, y Sulmona, mi ciudad natal, no pudieran mostrarse más sensibles a mi desgracia. El honor que apenas concederíais a quien la suerte no hubiese maltratado acabáis de concedérmelo vosotros, y hasta ahora a mí solo eximisteis de tributos, excepto aquellos que gozan tal privilegio por la ley. Habéis ceñi-

do mi frente con una corona sagrada que el favor público me concedió contra mi voluntad. Así cuan grata es a Latona la isla de Delos, por haberle ofrecido seguro asilo cuando andaba errante, tan querida me es Tomos, donde al ser extrañado de la patria hallé fiel hospitalidad. ¡Pluguiese a los dioses que gozara en ella de paz tranquila, y que estuviera menos cerca de las nieves polares!

XV

A SEXTO POMPEYO

Si existe en el mundo alguien que se acuerde de mí, y pregunta lo que hace el desterrado Nasón, sepa de su boca que debo a los Césares la vida y a Sexto la salud; después de los dioses, serás para mí siempre el primero. Si repaso en mi memoria el largo transcurso de mi vida miserable, no hallo un solo día que no esté señalado por tus beneficios, tan numerosos como los granos purpúreos que envuelve la blanda corteza de la granada en los fértiles huertos, como las mieses en África, los racimos en las laderas del Tmolo, las olivas en Sicilia y los panales del Híbla. Lo declaro, y puedes aducir mi testimonio; Romanos, confirmadlo; no hay necesidad de coacción legal; yo mismo lo digo. Aunque valgo poco, puedes contarme entre los bienes patrimoniales; quiero ser una pequeña parte de tus rentas; como son tuyas las tierras de Sicilia donde reinó Filipo; tu mansión, que linda con el foro de Augusto; tus posesiones de Campania, tan

gratas a los ojos de su dueño, y todas las haciendas que adquiriste por compra o herencia, así, Sexto, te pertenezco yo; triste propiedad que te impide afirmar que no posees nada en el Ponto.

Ojalá consigas un día que se me designe sitio más favorable, y pongas tu bien en mejor lugar; puesto que depende de los dioses, reitera las súplicas para ablandar a los númenes que honra tu constante piedad, ya que apenas alcanzo a discernir si tu amistad es la prueba mayor de mi inocencia o mi mayor auxilio. No desconfío al implorarte; pero el que navegó abajo, ayuda con los remos el curso de la corriente. Me sonroja e infunde temor repetirte a todas horas lo mismo, y recelo que el tedio justificado se apodere de tu ánimo. Pero, ¿qué hacer? Un violento deseo es cosa inconsiderada; perdona, dulce amigo, mi tenaz insistencia. Muchas veces, queriendo escribir de otros asuntos, caigo en el mismo, y la misma letra ruega por mí otro lugar de destierro. Pero ya tu influjo me resulte provechoso, ya la Parca cruel decreta que muera bajo el helado Polo, mi reconocimiento no olvidará nunca tus beneficios, y esta tierra sabrá que soy tuyo por completo; lo sabrán todos los pueblos que viven en igual clima, si nuestra Musa traspasa las fronteras de los inhumanos Getas, y sabrán que te debo la conservación de la vida, y que soy tuyo con más justo título que si me hubieses comprado con tu dinero.

XVI

A UN ENVIDIOSO

Envidioso, ¿por qué muerdes los versos de Nasón, que ya dejó de ser? La muerte no suele perjudicar a los ingenios. La fama se engrandece después que el cadáver se redujo a cenizas, y yo conquisté la celebridad cuando me contaba en el número de los vivos.

Cuando florecía Marso y el elocuente Rabirio, Macer, el cantor de *La Iliada*, y el divino Pedón, y Caro, que habría ofendido a Juno en su *Hércules*, si este héroe ya no fuese el yerno de la diosa; y Severo, que dió al Lacio magníficas tragedias; y los dos Priscos, con el elegante Numa; y tú, Montano, que te aventajaste en los dísticos desiguales y los exámetros, alcanzando renombre en los dos géneros; y Sabino, que obligó a Ulises, errante por dos lustros en los mares alborotados, a contestar a Penélope; Sabino, que por su prematura muerte dejó sin concluir su *Trecene* y sus *Fastos*; y Largo, que debe este sobrenombre a su fecundidad, y el que condujo a los campos de los Galos al anciano Frigio; y Camerino, que cantó a Troya conquistada por Hércules; y Tusco, que ganó alta nombradía con su *Filis*; y el vate que describió los mares poblados de velas, poema que creerías compuesto por los dioses marinos, y el que narró las huestes de Libia y las batallas romanas; y Mario, sobresaliente en todo género de poesía; y Trinacrio, el autor de *La Perseida*; y Lupo, que celebró

la vuelta a la patria de Menelao y Helena; y el traductor de la *Fedécida*, inspirada por Homero; y tú también, Rufo, que emulaste la lira de Píndaro; y la Musa de Turrano, calzada con el coturno trágico, y la tuya, Meliso, con el ligero zueco; y cuando Varo y Graco ponían en boca de los tiranos crueles sentencias, y Próculo seguía las huellas del tierno Calimaco, y Títiro conducía los rebaños por los prados paternos, y Crago daba a los cazadores las armas convenientes, y Fontano cantaba a las Náyadas amadas de los Sátiros, y Capella encerraba su pensamiento en versos desiguales, y florecían otros cuyos nombres me ocasionara ímprobo trabajo citar, y cuyas obras andan en manos de todos; y vivían cien jóvenes que por sus ensayos inéditos me quitan el derecho de elogiarlos, sin atreverme a dejarte obscurecido entre la turba, ¡oh Cotta, honra de las Musas y columna del foro, que descienes por tu madre de los Cottas y por tu padre de los Mesalas, reuniendo los timbres de dos nobilísimas familias!

Si me es lícita la vanagloria, entre tantos ingenios también mi Musa alcanzó claro renombre y no pocos lectores; deja, pues, Envidia, de encarnizarte con un desterrado, y cruel no esparzas al viento sus cenizas. Lo he perdido todo; sólo me resta la vida para sufrir y alimentar mis dolores. ¿Qué te aprovecha clavar el hierro en un cadáver? Ya no queda en mi cuerpo lugar para nuevas heridas.

LA CONSOLACIÓN A LIVIA

EN LA MUERTE DE SU HIJO DRUSO NERÓN

Viviste largo tiempo feliz; poco ha te llamabas todavía la madre de los Neronos, y ya sólo te queda la mitad de este nombre. Livia, ya lees versos fúnebres dedicados a Druso, y ya tienes uno solo que te llama madre; ya tu cariño no se divide entre los dos, y al oír el nombre de hijo no preguntas: «¿Cuál?» ¿Quién se atreverá a imponer leyes a tu dolor ni a enjugar las lágrimas que inundan tu rostro? ¡Ay de mí!, cuán fácil es, aunque tu duelo nos aflige a todos, pronunciar en el luto de otro palabras fortificantes. Diríase que fuiste alcanzada por el ímpetu del rayo, para mostrarte superior a sus estragos.

Murió el joven modelo intachable de virtudes y tan ilustre en las armas como bajo la toga, el que recientemente destruyó a los enemigos en los desfileros de los Alpes, siendo caudillo de la guerra en compañía de su hermano; el que redujo a los feroces Suevos, a los indomables Sicambros, les constriñó a volver la espalda en la fuga, y proporcionó a los Romanos nuevos triunfos, extendiendo el Imperio sobre nuevas comarcas. Tú como madre, sin presagiar el golpe que te amenazaba, disponíaste a cum-

plir los votos hechos a Jove y a la belicosa Palas, a llevar tus ofrendas al Gradivo Marte y a todos los dioses que tienen derecho a nuestro piadoso culto. En tu pensamiento maternal se agitaba la ilusión del sagrado triunfo, y acaso ya te desvelaba el carro de marfil; mas en lugar del cortejo triunfal asistes a una pompa fúnebre, y Druso reposa en el túmulo en vez de subir al Capitolio. Te lo figurabas de regreso, sentías el alma llena de alborozo y tus ojos ya le veían vencedor: «Ya va a llegar — decías —, ya el pueblo me verá transportada de júbilo, ya es hora de llevar a los dioses las ofrendas por mi querido Druso. Correré a su encuentro, las ciudades me llamarán dichosa, y estamparé los besos de mi boca en su cuello y sus ojos. Tal se me presentará, así saldrá a recibirme, así juntará sus ósculos a los míos; he aquí lo que me contará, y yo le hablaré así la primera.»

Te forjas engañosas ilusiones, desventurada; renuncia a vanas esperanzas, cese el regocijo por la vuelta de tu caro Druso. El alumno predilecto de César, el que compartía la mitad de vuestro cariño ha muerto. Arranca los adornos de tu cabellera. ¿De qué te aprovechan ahora la santidad de tus costumbres, el proceder intachable de toda la vida, y ser amada de tan excelso varón? ¿Qué la modestia inmaculada en medio de la grandeza, que venía a ser la última de tus preclaras virtudes? ¿Qué sostener la rectitud de tus miras frente a la corrupción del siglo y levantar altiva la cabeza sobre el fango de los vicios, y no haber hecho daño a nadie, cuando podías hacerlo, ni ser de nadie temida por tus violencias, ni dejar sen-

tir tu influjo en el campo de Marte o en el foro, ni haber turbado nunca el bienestar de las familias? Cierto que por ofender estas virtudes aparece más odiosa la injusticia de la fortuna, y patentiza la inconstancia de sus favores; se deja sentir aquí también, y para no perdonar a nadie, se enciende en furor y revuelve a su arbitrio lo justo con lo injusto. ¡Pues qué!, ¿hubiese disminuído su poder de no afligir a Livia con tan amargo duelo?; ¿acaso para que su felicidad no excitara la envidia debía aparecer en la conducta menos virtuosa? Además se trataba de la casa de César, que, libre de los estragos de la muerte, debía elevarse sobre las miserias humanas. Vigilante cuidadoso del Imperio desde la altura del solio sagrado, merecía contemplar seguro los accidentes de los mortales, y que ni los suyos le llorasen, ni llorar a ninguno de los suyos, ni padecer lo que padecemos nosotros, hijos del montón. Vímosle desconsolado por la muerte del hijo de su hermana, y todo el pueblo sintió aquel duelo como el de Druso. Detrás de ti, Marcelo, descendió Agrippa al sepulcro, y en la misma tumba reposan los dos yernos de César. Apenas se acabó de cerrar la puerta del túmulo donde yacía Agrippa, he aquí que su hermana paga el tributo a la muerte, y en pos de estas tres pérdidas viene la más dolorosa, la cuarta de Druso, que arrancó lágrimas copiosas al gran César.

Cerrad ya, Parcas, los sepulcros abiertos con insistente frecuencia; cerradlas; esta familia sufre ya más de lo justo. Druso, mueres, y tu gloria radiante se desvanece al morir; que al menos sea el último este

pavoroso golpe, este dolor que puede llenar siglos enteros y ser el principio de una eterna aflicción. En ti han muerto muchos, pues no era uno solo quien reunía tal suma de prendas, quien se adornaba con tantas virtudes. No hubo mujer tan fecunda como tu madre, que dió en sólo dos alumbramientos tal número de bienes. ¿Dónde está aquella pareja dechado de cien virtudes, de perfecta armonía y amor profundo? Vimos a Nerón inconsolable por la muerte de su hermano, pálido y con los cabellos hirsutos anegarse en llanto, y en su rostro desfigurado se marcaban las huellas del dolor. ¡Ay de mí!, ¡cuán honda tristeza se leía en su aspecto! Sin embargo, Nerón, viste a tu hermano en los instantes postreros, y él también vió correr tus lágrimas; sintió moribundo cómo le oprimías a tu pecho y puso en ti las miradas de sus ojos oscurecidos poco a poco por las sombras de la muerte, sus ojos que pronto iban a cerrar tus manos fraternales; mas su desventurada madre ni le dió los últimos besos, ni pudo reanimar los helados miembros al calor de su seno estremecido, ni recoger en su boca el último suspiro, ni cubrir los despojos con sus cabellos recién cortados. La muerte, Druso, te arrebató estando lejos de ella, ocupado en una guerra sangrienta, mientras servías a la patria más que a ti mismo.

Deshácese en llanto, como a la venida de la primavera se derrite la blanda nieve con el hálito templado de los Céfiros y los rayos del sol; llora por ti, lamenta su infortunio, y desolada maldice los años de su existencia, que le parecen eternos. Tal Procne en-

terneceda llora por fin a su hijo Itis en las opacas selvas de Tracia, y en iguales lamentos prorrumphen los alciones por los mares tempestuosos, sin que su débil voz enternezca las olas. Así llorasteis a Diomedes vosotros los que, transformados de súbito en aves, observasteis vuestros pechos cubiertos de nuevas plumas; así lloró Clímene, así sus hijas todas, cuando el joven Faetón, herido del rayo, se precipitó con el carro de su padre.

A veces reprime las lágrimas, les ordena detenerse cautivas, su entereza les impide asomarse a los ojos; mas al fin se desbordan y resbalan de nuevo por su seno y garganta, después de inundar sus pálidas mejillas. Con el descanso cobra fuerzas el llanto y se desborda en torrente impetuoso, si cualquier obstáculo lo detiene un momento. Por fin, cuando las lágrimas se lo permitieron habló así desolada, entre cortando con los sollozos sus palabras: «Hijo mío, fruto de vida tan efímera, y el segundo que di a luz; hijo mío, orgullo de tu afligida madre, ¿dónde estás? Perdí el segundo de mis vástagos; ¿dónde ver ahora al hijo que era el orgullo de su madre afligida? Tú hace poco tan grande, ¿ya qué eres? Un féretro, una pira: he aquí los dones que te esperan a tu regreso. ¿Merecías presentarte así a los ojos de tu madre? ¿Merecía yo verte así al volver a la patria? Si no es delito en la esposa de César hablar tan atrevidamente, ya dudo de que existan los dioses poderosos. ¿Qué crimen he cometido? ¿A qué númenes no rendí culto? ¿A cuáles no lograron vencer mis plegarias? Este es el premio de la piedad que me arrojó sobre sus res-

tos exánimes, y la pira y las llamas los arrebatan de mis brazos. Yo, maldecida, ¿podré asistir a tus exequias y tendré, ¡hijo mío!, valor para ungirte con mis manos? ¡Qué desventura!; te contemplo y abrazo por última vez, estrecho tus manos y junto mi boca con la tuya. Hoy que por vez primera te ve tu madre cónsul y victorioso, ¡en qué estado ofreces tan altos timbres a la vista de la desgraciada! En tus funerales vi por vez primera las fascas abatidas en señal de dolor. ¿Quién lo creerá?; el día más triste para una madre fué aquel en que vió a su hijo colmado de altísimos honores. ¿Qué se hizo mi felicidad? Ya me arrebatan a Druso Nerón, célebre por el nombre de su abuelo materno; ya no puedo llamarle hijo ni yo llamarme madre; yo dejé de serlo para Druso en el momento de expirar. Cuando se me anuncie la llegada de Nerón victorioso ya no podré preguntar: ¿Es el mayor o el más joven? Toqué en el extremo del infortunio; no más tengo el derecho de madre sobre un hijo; lo conservo para éste y lo perdí para aquél. Miserable de mí, me estremezco de horror, el escalofrío penetra mis huesos, a nada puedo llamar mío con certeza. Éste, mi hijo, me enseña a temer por su hermano; ya tiemblo de todo; antes era más valiente. Ojalá muera yo, Nerón, sobreviviéndome tú, para que me cierres los ojos y en tu piadosa boca recibas mi postrer aliento. Así los dioses dispusieran que la mano de Druso y la de Tiberio humedeciesen y cerrasen mis párpados; pero al menos consiente, Druso, que yazgamos en el mismo sepulcro, y no irás solo a la presencia de tus antiguos abuelos; mis cenizas se

mezclarán con las tuyas, mis huesos con tus huesos: quiera el rápido huso de la Parca traerme pronto este día tan deseado.»

A estas quejas siguen otras, las lágrimas acompañan a las voces, pero voces y lamentos se pierden en vano. Costó trabajo remitir el cuerpo del hijo a la madre, que estuvo a punto de no asistir a sus funerales, porque todo el ejército había resuelto quemar el cadáver de su caudillo sobre el montón de armas entre las que pereció, y, mal de su grado, el hermano hubo de arrebatar aquel cuerpo digno de veneración y entregarlo a la patria que lo reclamaba. El fúnebre cortejo de Druso atraviesa las ciudades romanas que, ¡oh desgracia!, debía atravesar vencedor, después de haber aniquilado las huestes de los Retios. ¡Ay de mí! Su primer viaje ¡qué diferente del actual! Llega como cónsul a la ciudad desolada, pero con las fascias rotas: si así entra vencedor, ¿cómo entraría vencido? Resuenan los sollozos en la triste mansión cuyo alegre dueño ofreciera adornar con los trofeos conquistados en el campo del valor. El pueblo gime, y la aflicción se retrata en todas las caras: que este abatimiento reine en los pueblos enemigos. Los ciudadanos, inquietos, cierran sus casas, estremecen con sus alaridos las calles de la ciudad, y por acá y allá, o se lastiman en silencio o prorrumpen en amargos clamores. La justicia enmudece, las leyes callan sin vigor, y en todo el foro no brilla un solo ropaje de púrpura. Los dioses se ocultan en sus templos, apartan la vista de tan inicua muerte y no reclaman que se quemé el incienso en sus altares; retraídos a lo más

oculto del santuario, no se atreven a resistir las miradas de los devotos por miedo a la cólera que han provocado. Un piadoso de la ínfima plebe elevaba al cielo las manos por la salud de su hijo, ya dispuesto a las plegarias, cuando exclama: «¿A qué en mi necia credulidad dirigir votos inútiles a dioses que no existen? Livia, la gran Livia, no los conmovió en favor de Druso, ¿y habré yo de inspirar más solicitud a Jove poderoso?» Dice, y colérico renuncia a sus votos antes de proferirlos, fortalece el ánimo y ahoga las plegarias. La turba se precipita al paso del cortejo, y con los semblantes regados de lágrimas grita que la pérdida del cónsul constituye una calamidad pública; los ojos húmedos se deshacían en llanto, y ni un solo caballero faltó a la triste ceremonia. Allí se apiñan todas las edades, jóvenes y viejos, las matronas de Ausonia y sus nueras. La triste efigie del héroe ceñía el laurel victorioso que había de depositar en los templos; la juventud noble se disputa el honor de conducir el féretro, y se dispone a cargarlo en sus hombros, y tú, César, pronunciaste el panegírico de tu alumno con las lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos que te arrancaba la aflicción, y contra el designio de los dioses, te deseaste una muerte semejante, como si tus hados te permitiesen morir. Mas no; has nacido para escalar el cielo, y fulgurante con el rayo, el magnífico palacio de Jove te recibirá henchido de satisfacción. Druso alcanzó lo que pretendía, que sus hechos te agradasen, y en tus alabanzas conquistó el más alto premio de su muerte.

Las cohortes armadas celebran según costumbre

sus juegos en torno de la pira; infantes y caballeros rinden honores a su jefe; una y cien veces suenan los últimos clamores, y las opuestas colinas devuelven el eco de las voces. El mismo padre Tíber estremeciéndose de espanto en sus rojizas ondas, y levantó en medio de la corriente su cabeza que anublaba el dolor. Con vigorosa mano descubre el cerúleo rostro, recogiendo sus cabellos entrelazados de musgos, cañas y ramas de sauce, y desata tal torrente de lágrimas por sus ojos, que apenas el profundo cauce del río pudo contener las aguas que rebasaban las riberas, pretendiendo extinguir con sus raudales desbordados las llamas de la pira, y arrebatarse el cadáver todavía intacto; detenía las aguas, y reprimía la impetuosidad de sus corceles para sumergir la hoguera con toda su corriente; pero del templo vecino, el dios del campo de Marte, con los ojos preñados de lágrimas, exclamó: «Aunque la cólera conviene a los ríos, no obstante, Tíber, aplaca tu furia: ni a ti ni a nadie se concede vencer al destino. Mi Druso ha perecido en medio de las armas y las espadas, luchando por su patria; la causa de su muerte se ignora. Le concedí cuanto pude, le enaltecí con la victoria; murió el vencedor de pueblos, mas quedan sus conquistas. En época ya lejana quise persuadir a Cloto y sus dos hermanas, que con los dedos mueven los husos del humano destino, que Remo, el hijo de Ilía, y su hermano, el fundador de Roma, se librasen por cualquiera vía de las aguas estancadas de la Estigia, y una de las tres me contestó: «Sólo en parte se colmarán tus aspiraciones; uno de los dos alcanzará lo

»que pretendes. Éste será por ti inmortal; luego lo
»serán por Venus los dos Césares, únicos dioses que
»reverencia la ciudad de Marte.» Así lo decretaron las
Parcas; tú, ¡oh Tíber!, no te opongas en vano, ni pre-
tendas apagar las llamas con tu corriente; respeta los
últimos honores tributados al cadáver de este joven,
vuelve a tu lecho, y desciendan por él tus raudales.»

Obedece, sus ondas se dilatan en largo espacio, y
vuelve a su morada abierta entre escarpadas rocas.
La llama que se detuvo largo tiempo antes de que-
mar aquella cabeza sagrada, erró lenta en torno del
lecho fúnebre; pero al fin cobra fuerzas, abrasa la
leña y toca en los astros celestes con su cabellera de
fuego, como en los collados de Oeta resplandeció la
hoguera que devoraba los despojos del divino Hér-
cules. ¡Ay!, aniquila la belleza de aquel joven, la her-
mosura de sus formas, su simpático rostro y su vigor
reconocido, y con las manos victoriosas, la boca elo-
cuente y el pecho morada de altísimos sentimientos,
quedan destruídas las esperanzas de muchos buenos
en sus llamas, que penetran hasta en las entrañas de
su mísera madre; pero aún viven las hazañas del cau-
dillo, la gloria de sus difíciles empresas aún perman-
nece; es lo único que escapó a la avidéz del devora-
dor elemento. Su nombre pasará a la historia, los
siglos futuros leerán sus hechos, y darán abundante
materia a las artes y a la poesía. Alzaráse en los Ros-
tros tu magnífica estatua con sus títulos y honores, y
nos acusará, Druso, de haber sido los fautores de tu
muerte. A ti, bárbara Germania, no te queda derecho
ninguno al perdón, y pronto tu muerte dejará satis-

fecha nuestra venganza; pronto veré los cuellos de tus reyes amoratados por las cadenas, sus crueles manos cargadas de hierro, sus frentes contraídas de espanto, y lágrimas de despecho resbalar por sus rostros feroces. Aquel aliento amenazador y orgulloso por la muerte de Druso se abatirá en sombría cárcel a manos del verdugo. Yo me detendré lleno de júbilo ante el montón afrentoso de los cadáveres desnudos arrojados al fango de las cloacas. Que la Aurora cuajada de rocío nos traiga pronto en sus fogosos corceles el día que ilumine tan grato espectáculo, y con ella los hijos de Leda, astros concordés, cuyo templo se abre en medio del foro.

¡En cuán pocos años acabó la carrera del príncipe, muerto como viejo por los grandes servicios hechos a la patria! ¡Desdichado de mí! Ni Druso gozará los galardones de sus empresas, ni leerá su nombre grabado en el frontis del templo. Mil veces Nerón, anegado en llanto, dirá con voz apagada: «¿De qué me sirven Cástor y Pólux si yo no tengo hermano? Estabas seguro de que regresarías vencedor, de que te veríamos triunfante, y, en efecto, saliste vencedor. Ahora hemos perdido al cónsul, al caudillo, al victorioso, y la tristeza invade los últimos rincones de la ciudad.» Los infelices, pero leales compañeros de Druso, le rodean con las caras afligidas y los cabellos en desorden, y alguno de ellos, tendiendo hacia él sus brazos, exclamaba: «¿Por qué partes sin mí y sin que nadie te acompañe?» ¿Qué diré de ti, esposa dignísima de Druso, y nuera igualmente digna de su madre Livia? Pareja feliz e incomparable: el uno, el más es-

orzado de nuestros jóvenes; la otra, objeto de la ternura de tan intrépido varón. Tú, princesa; tú, hija de César; tú, por Druso equiparada a la esposa del omnipotente Jove; tú desde que se te concedió amarle fuiste para él la primera y la última, y tú eras el descanso delicioso de sus fatigas; tu ausencia le arrancó al morir las postreras lamentaciones, y su helada lengua aún pronunció tu nombre. ¡Infeliz! Sales a recibirle, no como te había prometido al partir; era tu esposo, y no lo es a su vuelta. Ya no podrá contarte la destrucción de los Sicambros, ni cómo su espada obligó a volver la espalda a los Suevos; no te describirá los ríos, los montes, los lugares de nombres altisonantes ni las cosas admirables que vió en aquel mundo nuevo. Sólo te devuelven su cuerpo frío e inanimado; mira el lecho fúnebre que le levantan, donde yacerá sin tu compañía. ¿Adónde corres con los cabellos alborotados y puesta en furor? ¿Adónde te despeñas, y por qué en tu desesperación te golpeas el rostro con los puños? Así pareció Andrómaca cuando su esposo, atado al carro de Aquiles, espantaba con su sangre a los corceles que lo arrebataban; tal Evadne, cuando Capaneo con impavidez ofreció su cabeza al estrago de los rayos fulminantes. ¿Por qué en tu amargura llamas a la muerte, y abrazada a tus hijos estrechas las únicas prendas que te ha legado Druso? ¿Por qué durante el sueño te turban falaces imágenes, creyendo que aún le oprimes contra tu seno, y de súbito extiendes la mano confiada en retenerlo y le buscas en la parte del lecho vacío que antes ocupaba? Si esta creencia no es una temeridad,

Druso será recibido en los Campos Elíseos entre sus ilustres antepasados; su gloria, tan excelsa como la de sus ascendientes maternos, iguala a la de los paternos, y le llevará, revestido de oro y soberbio con los ornamentos imperiales, en el carro ebúrneo de cuatro corceles, con las sienas ceñidas por el lauro triunfal. Recibirán al joven que les trae las enseñas de los Germanos, precedido de las fasces que anuncian la autoridad del cónsul; se regocijarán en extremo con el sobrenombre de su familia, que por sí solo bastó a vencer y domar al enemigo, y apenas creerán que en tan pocos años haya realizado tantas conquistas, pues sus magnánimos hechos requieren plazo más largo. Alcanzará por sus timbres la inmortalidad, y esta consideración debería, ¡oh la más excelente de las madres!, atenuar tu inmenso dolor. Mujer digna de llamarte madre y esposa de aquellos príncipes que nos trajo la edad de oro: oye lo que conviene a la madre de Druso y Nerón; oye por qué debes abandonar el lecho de madrugada. No son iguales las obligaciones del vulgo y las de las personas ilustres, y tu casa las tiene muy sagradas. La fortuna, Livia, te puso en lo alto y te obliga a sostener el puesto de honor: acepta esta carga. Atraes las miradas y la atención de todos; todos observamos tus hechos, y ninguna voz que sale de labios del príncipe queda oculta. Resiste con fortaleza, sobreponete a tus amargos dolores, y en cuanto puedas, ahógalos con tu inflexible constancia. Te pediremos ejemplo más raro de virtud que el rebelarte con la entereza de una princesa romana. Nadie escapa a la

ley del destino; el ávido barquero nos aguarda a todos, y apenas su barca puede contener la turba de los asaltantes; allí corremos todos y nos precipitamos al mismo fin. La obscura muerte somete a todos a su dominio, y se atreve al cielo, a la tierra y al mar, cuya triple destrucción está vaticinada. Anda, pues, y en medio de la ruina universal que amenaza, pon los ojos en ti sola y en la pérdida que has experimentado. Cierto que Druso fué el más heroico de los jóvenes, la esperanza del pueblo y la gloria suprema de la familia en que nació; mas era mortal, y tú misma quedaste intranquila cuando marchó a pelear en una guerra encarnizada. Se nos da la vida para gozarla, se nos presta sin interés y sin plazo fijo de restitución. Por todas partes la fortuna dispone a su antojo del tiempo; ella arrebató a los mancebos, ella sostiene a los viejos. Por donde se despeña, corre furiosa; sus rayos abrasan el orbe universal, y como ciega precipita triunfantes sus arrestados corceles. Teme irritar con tus lamentos a esta divinidad; teme provocar el resentimiento de esta reina poderosa. Si en una sola ocasión extremó contigo sus rigores, en otras muchas te ha favorecido como buena amiga. Si te concedió nacer de alta alcornia y dilatarte en dos generosos vástagos y enlazar tu suerte al sumo Jove; si César vuelve siempre a tu lado después de sus conquistas, y su ánimo invencible es siempre venturoso en la guerra; si los Neronés han satisfecho tus votos y esperanzas maternas, y por uno y otro caudillo fué tantas veces deshecho el enemigo, y el Rhin, los valles Alpinos y el

Itargo, ennegrecido con la sangre que infesta sus raudales, testifican su valor, como el impetuoso Danubio y el Apulo de Dacia, en los últimos confines del orbe, cuya ruta más breve es la del Ponto Euxino; y el Armenio en fuga y el Dálmata por fin suplicante, y los Panonios dispersos en las cumbres de sus montañas, y el Germano hasta ayer desconocido de Roma, considera cuántos beneficios debes a la fortuna por este único golpe. Además, Druso ha muerto lejos de ti; no hubieses podido sobrellevar el aspecto de sus ojos moribundos; así el dolor penetró más blandamente en tu ánimo abatido, pues hubiste de conocerlo sólo por los oídos. En los grandes peligros, el miedo nos anticipa mil congojas, y tú vivías con ansiedad por los muchos que le amenazaban. El dolor no penetró repentinamente en tu corazón, sino paso a paso por la vía que tus temores le abrieron. Júpiter dió antes señales funestas de su hado cruento, cuando su mano vibró el rayo y destruyó tres templos en una noche siniestra: el de Juno, la belicosa Minerva y el palacio sagrado de César. Díjose asimismo que los astros huyeron del firmamento, y el lucero de la mañana se negó a su giro acostumbrado, porque nadie le distinguió en todo el orbe y brilló el día sin que aquél le precediera. Esta desaparición amenazaba destruir la tierra y sepultar en las aguas de Estigia el honor del Imperio. Mas tú, que eres el único consuelo de tu afligida madre, así ella te vea tocar en la última vejez, y así a tus largos años juntes los de tu hermano, y tu anciana madre viva con su hijo también viejo. Mis ruegos serán

oídos. El destino, por excusar lo pasado, después de la pérdida de Druso te proporcionará motivos de satisfacción, y sin embargo no osas contrarrestar tu inmenso dolor, y descorazonada rehusas prolongar la vida negándote los alimentos. Apenas te quedaban ya pocas horas, cuando César vino a prestarte el auxilio que rechazabas; te suplicó, unió a las súplicas el mandato, y sólo entonces consiguió que un poco de agua refrescase tu boca sedienta. El segundo hijo no acude con menos solicitud a salvar a su madre, y también suplica tiernamente y la exige que viva.

Todos reconocieron la abnegación del esposo y del hijo; Livia, a tu esposo e hijo debes la vida. Reprime ya las lágrimas, que no han de volver el aliento al que una vez Carón acogió en su barca cargada de sombras. Todos sus hermanos y hermanas, su padre, su esposa, su tierno Astianacte y su vieja abuela lloraron a Héctor; no obstante, su cadáver recuperado se entregó a la pira y su sombra no volvió a repasar las aguas de la Estigia. Lo mismo aconteció a Tetis; su hijo, el devastador Aquiles, sólo oprimió los campos de Ilión con las cenizas de sus huesos. Panope, la hermana de Tetis, se mesó por él la cerúlea cabellera y acreció las ondas del piélagos con los raudales de su llanto. Las cien diosas sus compañeras, la avanzada esposa del vasto Océano, el padre del mismo Océano, y Tetis sobre todos; pero ni Tetis ni todos juntos pudieron revocar los crueles decretos del ávido Platón. A qué aducir antiguos ejemplos: Octavia lloró a Marcelo, y César a éste y aquella pú-

blicamente; pero la muerte no se deja vencer, es inevitable, y no hay mano capaz de reanudar el hilo de la existencia que se ha cortado. Si el mismo Druso se dejase oír desde la margen del nebuloso Averno, te diría con enérgicas voces: «¿Por qué cuentas mis años? Yo me adelanté a la edad; los hechos hacen al viejo, y éstos debes contar: son los que prolongan mi vida y no los estériles años. Quede para mis enemigos una larga senectud; tales consejos recibí de mis antepasados los abuelos Nerones, que aniquilaron la pujanza de Cartago; tal enseñanza me inculcó la familia del gran César, que por ti es la mía, y tal, madre, debió ser el fin de mi carrera. Tampoco el honor dejó de premiar mis servicios, aunque éstos me satisfacen más: madre mía, los timbres gloriosos ilustran mi nombre. Fui cónsul, llevé el sobrenombre de Germánico como vencedor de un mundo desconocido, y en él perdí la vida sirviendo a la patria. Ceñí las sienes victoriosas con el laurel de Apolo; yo mismo asistí a la pompa de mi funeral, vi el concurso de los guerreros conocidos, las ofrendas de los reyes y las ciudades todas con sus títulos respectivos, y con qué solicitud condujo mi féretro aquella juventud tan valerosa como fiel. Por último, merecí alabanzas de la boca augusta de César y le obligué a prorrumpir en llanto. ¿Quién ha de compadecerme? Reprime las lágrimas, te lo suplico yo que las ocasiono.»

Así piensa Druso, si en la sombra aún vive el pensamiento; no esperes menos alteza de tan magnánimo joven; te queda, y ojalá sea por largo tiempo, un

hijo que vale por muchos, el primer fruto de tus entrañas, que deseo viva para ti sano y salvo. Tienes un esposo protector de los ciudadanos, y mientras aliente, conviene, Livia, que no sumas tu familia en hondo duelo.

NOTAS A «LAS TRISTES»

LIBRO PRIMERO

I

Verso 1. *Liber*. — Ovidio compuso el primer libro de *Las Tristes* durante su penosa travesía en dirección a Tomos, entre los años 762 y 763 de la fundación de Roma, época en la cual había cumplido cincuenta y dos de edad. La palabra *liber* no se aplica al conjunto de elegías a las que dió oportuno título la tristeza que abatía su ánimo, sino al primer fascículo de las mismas, enviadas a la patria antes de haber llegado su autor a la tierra donde se le confinaba, como si le faltase el tiempo para descargarse de su culpa, recomendarse a los lectores y lisonjear a Augusto a fin de obtener el indulto o un castigo menos riguroso. *Liber* se llamó en la antigüedad a la delgada envoltura del papiro egipcio que se utilizaba para escribir en láminas pegadas las unas con las otras y arrolladas en una varilla cilíndrica, cuyas extremidades se conocían por el nombre de cuernos.

V. 5. *Vaccinia*. — El jacinto del que se extraía un jügo purpúreo.

V. 7. *Minio*. — Color carmíneo con que se trazaban las letras del título.

V. 7. *Cedro*. — Con aceite de cedro se frotaban las

membranas del libro para preservarlo de la destrucción. Así, la frase de Horacio *carmina linenda cedro* equivale a versos que habían de conquistar la inmortalidad.

V. 8. *Candida... cornua*.— Los extremos de la varilla cuando eran de marfil, color que en modo alguno convenía a un libro de lamentaciones, llamados *umbilici* cuando el manuscrito se arrollaba.

V. 8. *Fronte*.— Los antiguos escribían, como los modernos, sus cuartillas sólo por una cara.

V. 11. *Pumice*.— Cuando el pergamino substituyó con ventaja al papiro, se frotaba la superficie con la piedra pómez para raerle sus pequeños pelos.

V. 23. *Mea crimina*.— Fueron dos, según confesión propia, *carmen et error*, o sea su *Arte de amar*, que sirvió de tardío pretexto a la condenación como corruptor de las costumbres, y un error personal que califica en otros lugares de distinto modo, pero sin reconocer nunca que constituyese delito, bien que parezca verosímil que tocarse de cerca a la persona del emperador y se le considerase por ello como reo de lesa majestad. En los días del poeta fué un secreto a voces, en que tuvo más parte la garrulería de la lengua que la maldad; en los tiempos posteriores se convirtió en un enigma indescifrable, y cada conjetura nueva aportada para descorrer el velo del misterio vino a aumentar la confusión de los eruditos. Mas si el interesado no quiso o no se atrevió, temeroso de las consecuencias, a confesar de plano, no es cosa de perder el seso por averiguar lo que él llamaba su falta, su imprudencia o ceguedad, y que sus enemigos calificarían seguramente de delito vergonzoso y abominable. Con razón dice en el verso 22: *Ne quae opus non est forte loquere*.

V. 47. *Maeoniden*.— Homero, natural de Meonia.

V. 79. *Phaeton*.— La audacia y la muerte de Faetón,

hijo de Helios y Clímene, son harto conocidas para que insistamos en ellas.

V. 88. *Capharea*. — Promontorio de Eubea, rodeado de escollos, donde Nauplio, rey de la isla, encendió por la noche una hoguera que sirviese como engañoso faro para sorprender la flota griega, acometida de violenta tempestad, y vengar con su destrucción la muerte de su hijo Palamedes.

V. 100. *Achilleo more*. — La lanza de Aquiles sanó con su herrumbre la herida gravísima inferida a Telefo, rey de Misia.

V. 114. *Oedipodas... Telegonosque*. — Compara sus libros, causantes, por lo menos en parte, del destierro a que se ve condenado, con el protagonista de la tragedia de Sófocles, que mató a su padre Layo sin conocerlo, y con el fruto de los amores de Circe y Ulises, el joven Telegón, que forzado por el hambre devastó los campos de Ítaca y atravesó a su padre con un venablo, y como Edipo con Jocasta, se casó después con la viuda Penélope, a pesar de la diferencia de años.

II

V. 29. *Sicca... ab Arcto*. — Para los habitantes del hemisferio septentrional nunca desaparece la Osa del horizonte, nunca la ven descender hacia las aguas del Océano; de ahí el llamarla *Sicca*, si ya no le da este calificativo por la sequedad que producen las ráfagas del Bóreas cuando soplan con inusitada violencia.

V. 50. *Posterior nono*. — Una superstición, muy extendida, atribuía a la décima ola efectos más desastrosos que a las anteriores; así que *fluctus decumanus* venía a significar algo tan terrible, que el autor no se atreve a mentarlo directamente, y se vale de la perífrasis *posterior*

nono undecimoque prior, frase esta última innecesaria por redundante, pues claro que la décima ola antecedía a la undécima. Por lo demás, el autor describe la primera tempestad que le sorprendió en el Adriático con el brillante colorido que el fenómeno reclamaba.

V. 79. *Alexandri*. — La ciudad de Alejandría gozaba ama de ser un centro de placeres tan incitantes como peligrosos.

V. 82. *Sarmatis*. — La Sarmatia, situada al norte del Ponto Euxino, y dividida por el Tanais o Don, en parte asiática y parte europea.

V. 83. *Laevifera littora Ponti*. — La ciudad de Tomos, asentada al occidente del Ponto, o sea en la ribera izquierda de costas escarpadas e innumerables escollos; por lo que se le llamó *Axenus*, inhospitalario, y más tarde, por eufemismo, *Euxinus*, hospitalario, a fin de templar el horror que su nombre y sus riesgos infundían.

V. 85. *Nescio quo*. — Nos es desconocida la posición que ocupaba Tomos, y los esfuerzos de los eruditos por precisarla, como las noticias sobre el descubrimiento de la sepultura del vate, se reducen a conjeturas más o menos verosímiles, en las que no puede basarse ninguna afirmación categórica. El poeta ignoraba adónde le llevaban; nosotros ignoramos el lugar en que pasó sus últimos años; y sin sus elegías, tal vez no supiéramos que Tomos había existido.

III

V. 1. *Illius... noctis*. — Difícil es precisar la noche de los obligados preparativos del viaje que Ovidio había de emprender a la mañana siguiente; pero algunos la fijaron en la del día 8 de los Idus de noviembre del 762.

V. 16. *Unus et alter*. — En los críticos y amargos mo-

mentos de la partida, la mayor parte de sus amigos se dispersaron como banda de pájaros espantados y huyeron de aquella casa sobre la que había caído el rayo de la cólera imperial, y sólo uno que otro, sobreponiéndose al temor, le acreditaron los quilates de su amistad, confortándole y dejándole entrever la esperanza de que su pena fuese conmutada por otra más llevadera.

V. 19. *Nata*. — Séneca menciona a Fido Cornelio como yerno de Nasón, y parece indudable que se refiere a nuestro poeta.

V. 26. *Haec facies Trojae*. — Sí, es lícito comparar las cosas grandes con las pequeñas; mas no admisible la exageración del sentimiento que descubre su falsedad, y en vez de conmover, deja una fría indiferencia en el espíritu del lector: tal sucede con este rapto de fantasía, impropio del abatimiento que sin duda dominaba a la víctima en la postrera noche de su estancia en Roma.

V. 30. *Functa*. — No se ha de entender que estuviese junta, sino próxima al Capitolio.

V. 48. *Parrhasis Arctos*. — La Osa de Parrasia, ciudad de Arcadia donde nació la hermosa Calixto, amada de Jove, y colocada entre las constelaciones del polo Norte.

V. 66. *Thesea Pectora*. — Proverbial es la amistad recíproca de Piritoo y Teseo, héroe legendario y semidivino que emuló los trabajos de Hércules, ayudó a su amigo en el combate que sostuvo con los Centauros, y descendió con él a los infiernos para arrebatar a Perséfone, tentativa pagada con duro cautiverio. Murió traídoramente a manos de Licomedes.

V. 75. *Sic Metius doluit*. — Lemaire, siguiendo una lección antigua bastante generalizada, trae Priamus por Metius; pero la inteligencia del pasaje resulta tan difícil y enrevesada, que no es posible aceptarla sin escrúpu-

los. También D. Ignacio Suárez de Figueroa, comentador castellano de *Las Tristes* y *Las Pónticas*, se inclina a la lección casi general de *Priamus*, en vez de *Metius*, y traslada el dístico de modo tan ambiguo, que aún acertamos menos a penetrar su sentido. He aquí sus palabras: «Así se dolió Príamo entonces cuando, vuelto a cosas contrarias, el caballo de la traición tuvo vengadores.» Dos manuscritos substituyen *Priamus* por *Metius*, y solucionan la dificultad. Efectivamente: *Metio Sufetio*, caudillo de Alba, fué descuartizado por la traición hecha a los Romanos, sus aliados, en una batalla contra los de Fidenas; y el poeta compara su dolor, al arrancarse a la presencia de tantos seres queridos, con el que debió sentir este malaventurado en el atroz suplicio que puso fin a su vida y sus traiciones.

V. 88. *Utilitate*. — Le convenía que su esposa permaneciese en Roma para avivar el celo de los amigos y trabajar sin descanso por la remisión o conmutación de la condena que se aprestaba a cumplir con tan poca entereza.

IV

V. 1. *Tingitur*. — La cuarta elegía viene impresa en muchas ediciones unida a la anterior, a pesar de que los manuscritos la ofrecen por separado. Burmann afirma que la tempestad en ella descrita es la primera arrojada por Ovidio, lo cual no se compagina bien con la afirmación de éste, que dice haber estallado en el Jonio, cuando la que refiere en la segunda elegía debió sorprenderle en el Adriático.

V. 1. *Custos Erymanthidos*. — El guardián de la Osa de Erimanto es el Boyero o Arcturo, que desaparece de nuestro horizonte al llegar diciembre, época que coinci-

de con el principio del viaje cuyas peripecias aquí se narran con tan amargo desaliento. Llamábase Erimanto el monte de Arcadia donde nació Calixto, metamorfoseada por Júpiter en la Osa.

V. 2. *Turbat aquas.*— Los marinos atribuían a la aparición y desaparición del Boyero las tempestades propias del tiempo.

V. 8. *Pictos... deos.*— La costumbre de decorar las proas de las naves con efigies y pinturas ha llegado hasta nuestros días.

V. 17. *Illiriis... relictis.*— La Iliria, a la izquierda del Adriático con respecto al rumbo de la nave.

V. 19. *Pirithous.*— No podía encarecer más la amistad de Caro, a quien se supone dirigida la misiva, que comparándola con la abnegación de Teseo, amigo de Piritoo, que no vaciló en acompañarle al infierno para robar a Perséfone.

V. 21. *Phocæus.*— Pilades, hijo de Estrofo, rey de Focæa, compañero inseparable del parricida Orestes.

V. 23. *Euryalus.*— En el combate sostenido por las huestes de Eneas contra los Rútulos, halló Euríalo ocasión de conocer la fiereza de Niso, el hijo de Hírtaco. Los dos sacrificaron su vida al honor de las armas y al recíproco afecto que se profesaban, eternizado por Virgilio.

V. 40. *In hoste.*— La clemencia de Augusto tenía hartos visos de sagacidad política; en los principios de su carrera no reparó sacrificar a cuantos servían de obstáculo a sus miras ambiciosas; pero una vez consolidado en el Poder, y cuando la crueldad carecía de objeto, hizo alardes de benignidad, a fin de atraerse aun a los mismos adversarios y convertirlos en instrumentos de sus planes interesados.

V. 57. *Pro duce Neritio.*— Ulises, rey de Ítaca, donde se alzaba el monte Nericio.

V. 60. *Dulichius*. — Dulichio, una de las islas que con Ítaca y Cefalonia constituían el reino de Ulises.

V. 76. *Bellatrix... diva*. — Minerva.

V. 83. *Carendum est*. — No se equivocaba: sus ruegos fueron inútiles, sus esperanzas ilusorias. Estaba escrito que había de morir en el destierro, y murió a los siete años de expatriación, a pesar de la buena voluntad de Augusto, que en sus últimos días se inclinaba a perdonarlo.

VI

V. 1. *Clario poetae*. — Antímaco, a quien supone nacido en Claros, ciudad próxima a Colofón, en la Jonia; pero Plutarco y Ateneo afirman que vió la luz en esta última población.

V. 2. *Coo*. — Filetas, oriundo de la isla de Egeo, conocida con el nombre de Cos.

V. 20. *Laodamia*. — La amantísima esposa de Prote-silas, apenas casada, tuvo que separarse de su marido, el campeón primero que pisó el suelo de la Troada para morir en sus campos, dejando a su consorte sumida en tan hondo desconsuelo, que sólo con la muerte acabaron sus penas y lamentaciones.

V. 21. *Maeonium*. — Homero, a quien se creía natural de Meonia.

V. 25. *Fémina... princeps*. — Marcia, hija de Marcio Filipo, suegro de Augusto y marido de su madre Accia, hermana de Julio César. Marcia casó con Máximo, uno de los favoritos íntimos del emperador.

V. 36. *Tempus in omne*. — Al pronosticar a su esposa la inmortalidad que alcanzaría en sus versos, debió no robar su nombre a los amantes de las letras, ya que sus virtudes la hacían digna de más alto honor.

VII

V. 2. *Hederas*. — La corona de hiedra consagrada a Baco era el premio de los vates elegíacos.

V. 6. *In digito*. — Al principio solían grabarse en los anillos algunas letras significativas; después se engarzaron en ellos piedras preciosas y se esculpieron los retratos de protectores y amigos.

V. 14. *Mutatas... formas*. — Las Metamorfosis.

V. 18. *Thestias*. — Altea, la hija de Testio y madre de Meleagro, héroe que tomó principalísima parte en la caza del monstruoso jabalí de Calidón y por vengar una ofensa mató a los hermanos de su madre; ésta, furiosa, quitó del fuego el tizón encendido del que pendía la vida de su hijo, mereciendo que el poeta y todo el mundo dijese de ella que había sido mejor hermana que madre.

VIII

V. 1. *In caput*. — La desgracia es el crisol de la amistad, y Ovidio, que en la suya tuvo la satisfacción de contar con excelentes amigos prontos a su consuelo y defensa, sintió la ingratitud en la mayoría de ellos, sordos a sus lamentos por indiferencia o temor de malquistarse con el omnipotente Augusto. Esta amarga y sentida filípica la dispara contra uno en particular, que bien pudiera ser Ático, de cuya frialdad se queja en varias ocasiones.

V. 2. *Conversis equis*. — Alude al horroroso festín de Atreo, que sirvió a su hermano Tiestes los despedazados miembros de sus propios hijos; crimen que hizo retroceder espantados a los caballos del Sol.

IX

V. 1. *Metam tibi tangere*. — El conductor del carro que lograba aproximarse hasta rozar casi la meta, dismi-

nuyendo el recorrido sacaba gran ventaja a sus rivales; de ahí que, *tangere metam*, significase salir vencedor en cualquier empeño, y es lo que solicita del sujeto a quien escribe, tal vez el famoso orador Máximo, emparentado con la tercera esposa de Ovidio, y hombre elucuentísimo que gozaba en el más alto grado el favor imperial.

V. 28. *Thoas*. — Entre los príncipes conocidos por tal nombre, el autor designa al hijo de Boristenes, y rey de la Taurida, adonde llegó Ifigenia conducida por Diana.

V. 29. *Actoridae*. — Patroclo, nieto de Actor.

V. 49. *Tronitusve sinistri*. — Eran de feliz agüero los truenos a la izquierda, por creerse que retumbaban a la derecha de los dioses.

X

V. 2. *A picta casside*. — En la proa de la embarcación que conducía al poeta estaba pintado el yelmo de Minerva, para ponerla bajo la salvaguardia de la diosa.

V. 9. *Corinthiacis... cenchris*. — Dejó su primer transporte en el puerto Lyqueo del golfo de Corinto, y atravesando el istmo a pie, embarcó en Cencrea en un segundo navío, al que alaba por sus condiciones marineras.

V. 15. *In Helles*. — Esta princesa tñó su nombre al Hellesponto o estrecho de los Dardanelos. Perseguida por el odio de su madrastra Ino, huyó con su hermano Frixo a la Cólquida, sobre el carnero de áureos vellones que Jove le regalara; mas estremecida de espanto, perdió el equilibrio y pereció en las aguas del mar susodicho.

V. 16. *Tenui limite*. — Como Ovidio no pasó el Hellesponto, la frase indica, a no dudarlo, el surco trazado por la embarcación desde Cencrea hasta la vista del estrecho.

V. 17. *Ab Hectoris urbe*. — Dejó a Troya a la derecha.

V. 18. *Imbria terra*. — Imbros, pequeña isla próxima a Lemnos y Samos, frente a la Tracia.

V. 19. *Zeryutia*. — Nombre de una caverna de Samotracia, donde tenían lugar los misterios de los Cabires.

V. 20. *Threiciam... Samon*. — La isla de Samotracia, así llamada por el corto trecho que de Tracia la separa.

V. 21. *Tempyra*. — Ciudad también de Tracia, vecina a Trajanópolis, y señalada en el itinerario de Antonino.

V. 22. *Hac... tenus*. — Hasta aquí fué embarcado en la segunda nave; ocurriósele atravesar los campos Bistonios a pie, y luego se embarcó por tercera vez en otra distinta para llegar a Tempira.

V. 25. *Dardaniamque*. — Ciudad fundada por Dárdano, próxima a Troya.

V. 26. *Lampsace*. — En Lampsaco nació Príapo de Venus y Baco, emblema de la lascivia, lo que no impidió que se le levantasen altares. La ciudad se halla situada después de Sestos y Abidos.

V. 28. *Seston... Abydena*. — Sestos, pequeña población de Europa enfrente de Abidos en Asia, y las dos inmortalizadas por los amores de Hero y Leandro.

V. 29. *Cycicon*. — Ciudad de Asia, a la entrada de la Propóntida.

V. 31. *Byzantia littora*. — Costa extendida desde Bizancio, hoy Constantinopla, al Bósforo, ancho canal que comunica la Propóntida con el Ponto Euxino.

V. 34. *Cyaneas*. — Islas rocosas a la entrada del Bósforo, que se llaman también Simplegadas, las que se entrechocan; porque era creencia arraigada que se movían y aplastaban a los navíos que pretendiesen abrirse paso por sitios tan peligrosos, hasta que consiguió atravesarlos la nave de Argos, y desde entonces quedaron firmes en sus respectivos asientos. — *Thyniacosque sinus*. El golfo de Tinias se llamó así, del promontorio que se alza a la izquierda de Euxino. — *Apollinis urbem*. Apolonia, hoy Sicéboli. — *Anchiali*. Anquiali eleva sus muros en la costa

de los Getas. — *Mesembriacos portus et Odessa*. Mesembria, en un ángulo de Tracia, confinante con Mesia, y en la parte inferior de esta última región, se levantaba Odessa.

V. 39. *Alcathoi*. — Calatis, edificada por los de Megara.

V. 41. *Miletida*. — Tomos.

V. 45. *Haec insula*. — Sin duda Samotracia, que veneraba a los hijos de Tíndaro.

V. 48. *Bistonias... aquas*. — La tercera nave que tomó al atravesar el mar de Tracia.

XI

V. 2. *Tempore viae*. — Este libro lo escribió Ovidio durante el trayecto de su forzada navegación, y lo envió a Roma antes de llegar a Tomos.

V. 8. *Cycladas*. — Se llaman así porque forman un círculo en torno de Delos.

V. 14. *Steropes*. — Una de las Pléyadas.

V. 16. *Hyadas*. — Las Lluviosas Ninfas, que constituyen un grupo de siete estrellas a la cabeza del Toro.

V. 17. *Maris pars*. — Esta elegía la compuso cerca ya de Tomos, sorprendido por una tercera tempestad no menos imponente que las anteriores.

V. 37. *In nostris hortis*. — Ovidio nos dice en otro lugar que poseía bellos jardines en los arrabales de Roma, entre la vía Claudia y Flaminia.

LIBRO SEGUNDO

ELEGÍA ÚNICA

V. 8. *Ab Arte*. — Es a todas luces inverosímil que Augusto se percatase de la inmoralidad de *El Arte de amar* a los diez años de su publicación, y se resolviese a casti-

garla después de mediar tan largo espacio entre el delito, si así merece llamarse, y la pena gravísima impuesta al autor.

V. 19. *Tenthrañtia regna.* — Telefo.

V. 24. *Turrigerac... Opi.* — En el 746 de Roma ordenó Augusto que las Opalias fiestas en honor de Cibeles se solemnizasen todos los años el 19, 20 y 21 de diciembre.

V. 24. *Phoebo... dici.* — Los juegos seculares que se celebraban cada ciento diez años tuvieron lugar la quinta vez bajo el Imperio, en el 757 de la fundación de Roma, y Horacio recibió el encargo de componer el himno que doncellas y mancebos elevaron en honor de Febo y Diana.

V. 26. *Semel.* — Alude a las palabras del anunciador de los juegos, que advertía a los circunstantes que nadie los había visto ni volvería a verlos jamás.

V. 33. *Si quoties.* — No carece de ingeniosidad del argumento con que llama a las puertas de la clemencia, porque, en efecto, si Jove hubiera de castigar todos los delitos con implacable severidad, pronto se quedaría desarmado de sus rayos, y el número de sus víctimas no sería menor que el de los nacidos, convirtiéndose el planeta en una inmensa sepultura.

V. 53. *Tertia numina.* — Los dioses del cielo.

V. 77. *Hostis.* — En disculpa de Augusto supone el poeta que un enemigo personal le leyó su *Arte de amar* con la dañada intención de perderle y enajenarle sus simpatías.

V. 90. *Illo... equo.* — El día 15 de julio, en conmemoración de la victoria alcanzada por los Romanos junto al lago Regilo, gracias a la ayuda de Cástor y Pólux, tenía lugar la revista que cada cinco años pasaba el censor a los caballeros. Augusto, en posesión de tal magistratura, la pasó varias veces cuando Ovidio pertenecía al orden ecuestre.

V. 94. *Decem decies.* — Al tribunal de los Decemvíros, constituido, según Festo, por tres personas que se elegían de cada una de las treinta y cinco tribus, se encomendaban los negocios poco importantes que atañían a la policía de los pueblos.

V. 91. *Judes.* — Especie de árbitros en los pleitos personales que eran elegidos por el pretor.

V. 103. *Cur aliquid vidi?* — Estas palabras son concluyentes respecto a la falta cometida por Ovidio. Vió lo que no debía ver, y aun es probable y casi seguro que no tuviese la prudencia de callar lo que había visto.

V. 104. *Ynscius Actaeon.* — El famoso cazador Tebano cometió el desacato de ver a Diana desnuda en el baño, la cual, en castigo del atrevimiento, lo transformó en ciervo que momentos después despedazaron sus cincuenta perros. Entre Megara y Platea se asienta la roca desde la que Acteón contempló a la diosa, y cerca surge la fuente donde se bañaba.

V. 137. *Quippe relegatus non exsul.* — El destierro lo decretaba el Senado o el Tribunal y llevaba aparejada la confiscación de bienes; la relegación era temporal y ordenada por el príncipe.

V. 161. *Livia sic.* — Livia Drusila, casada con Tiberio Claudio Nerón, de quien ya tenía a Tiberio, inspiró tan hondo afecto a Octavio, que resolvió hacerla su consorte, y eso que se hallaba embarazada de Druso; mas no halló obstáculo alguno, gracias a la complacencia del marido y al desahogo con que respudió a su mujer Escribonia.

V. 165. *Natus.* — No tuvo Augusto descendencia de Livia, y ésta le obligó a adoptar a sus entenados Tiberio y Druso, y aun se la acusa de haber hecho morir a Cayo, Lucio y Agrippa Póstumo, nietos de Augusto, para allanar el camino a la elevación de Tiberio.

V. 167. *Nepotes*. — Druso, el hijo de Tiberio, y Germánico, su sobrino, e hijo también por adopción.

V. 168. *Sui... parentis*. — Tiberio.

V. 171. *Ausoniumque ducem*. — Alude a Tiberio, y no, como ciertos críticos pretenden, a Druso, que había fallecido diez y ocho años antes de escribirse este libro.

V. 191. *Facigues*. — Pueblo Sárмата que habitó primitivamente en las costas del Euxino y la laguna Meotis.

V. 191. *Colchi*. — La Cólquida se extendía por las costas orientales del Euxino.

V. 191. *Meteraeque turba*. — No se tiene noticia de tal comarca, que Ovidio conocería en su residencia de Tomos.

V. 198. *Basternae*. — Pueblo belicoso de Germania, establecido entre el Tiras, el Borístenes y la desembocadura del Danubio.

V. 228. *Captaque signa*. — Entre los grandes éxitos de Augusto, ninguno le lisonjeó tanto como la entrega hecha por Fraates de las enseñas cogidas a Craso, y depositadas en el templo de Marte Vengador.

V. 247. *Vittae*. — Ya creemos haber indicado en otro lugar que la *vitta* era una gasa que ceñía la frente de las doncellas, cuyo uso se prohibía a las cortesanas.

V. 248. *Instita*. — Ancha franja cosida a los bordes de la túnica, para alargarla, que usaban las matronas.

V. 249. *Nisi legitimum*. — El autor se esfuerza en demostrar que su *Arte* no conculca las severas leyes dictadas contra el adulterio; que sólo habla de hurtos permitidos y fáciles aventuras con libertos y cortesanas; pero vacilamos en dar crédito a su aseveración, desmentida bastantes veces en las páginas de sus libros, que enseñan a burlar a los maridos, a no ser que hagan referencia a aquellos consorcios no santificados por la ley, en su tiempo muy frecuentes, y que no le merecían respetos de ninguna clase.

V. 253. *At matrona.* — Se anticipa a contestar la objeción de que la matrona podría aprovechar las reglas de un *Arte* que no se escribieron para ella, y la refuta victoriosamente, aconsejando de paso a la que se incline al vicio que en absoluto se abstenga de leer las obras menos pecaminosas, porque en todas sorprenderá rasgos que estimulen sus torpes deseos y acallen las voces del pudor, que tan altas suenan en los oídos de las mujeres honradas.

V. 259. *Annales.* — Poema histórico de Ennio, en cuyo principio se narran los amores de Ilía y Marte.

V. 261. *Aeneadum genitrix.* — Lucrecio abre su poema filosófico naturalista con una ferviente invocación a Venus.

V. 267. *Igné quid utilius.* — Plutarco y Séneca desarrollaron magistralmente esta idea que la experiencia pone al alcance del menos reflexivo: el hombre abusa de todo, y mil veces convierte en instrumento de delito lo más útil, santo y necesario.

V. 282. *Arena.* — Como en nuestros circos taurinos, se enarenaba el suelo del anfiteatro antes de comenzar las luchas de gladiadores.

V. 287. *Quis locus?...* — No admite réplica la argumentación: los templos deberían cerrarse al sexo débil, porque a poco que medite sobre los númenes, hasta en Jove descubrirá una fuente inagotable de adulterios que provocaron los rencores de Juno.

V. 293. *Pallades.* — En presencia de Palas se acordará del nacimiento de Erictonio.

V. 295. *Tua munera.* — Después de la derrota de Bruto y Casio, Augusto hizo levantar un templo en el foro de su nombre a Marte Vengador, y allí, próximo a la estatua del numen, se alzaba la de Venus, recordando sus ilícitos amores y la ridícula situación en que pusieron a Vulcano.

V. 297. *Isidis*. — Júpiter transformó en ternera a la ninfa Ío, su amante, para substraerla al odio de Juno, que adivinó el engaño y pidió a su infiel esposo le regalara tan bello animal; así que lo tuvo en su poder, lo puso bajo la vigilancia de Argos, a quien mató Mercurio por orden del padre de los dioses. Entonces Juno atormentó a la infeliz Ío con el azote de las Furias, y la obligó a vagar errabunda por tierras y mares, hasta que llegando a Egipto recobró su forma humana y recibió culto bajo la advocación de Isis.

V. 299. *In Venere*. — De Venus y Auquises nació Eneas.

V. 299. *Latmius heros*. — Diana acudía a visitar por la noche a Endimión en la gruta de Latmos, monte sito entre Jonia y Caria.

V. 300. *In Cerere*. — De los amoríos de Jasón con Ceres nació Pluto.

V. 306. *Acta rea est*. — Se declara culpable la que lee obras de cierta clase o penetra en el santuario cuyos misterios le prohíbe el sacerdote.

V. 309. *Nudas*. — A fines de abril, las cortesanas celebraban de noche los juegos Florales con una licencia desenfadada.

V. 320. *Sub duce... suo*. — Las siete puertas de Tebas fueron atacadas por otros tantos jefes, cuyos nombres ha conservado Esquilo, y son Adrasto, Anfiarao, Hipomedón, Capaneo, Tideo, Parténope y Polinice.

V. 327. *Tenuis*. — Ovidio no se siente con fuerzas para cantar la grandeza romana y los triunfos de Augusto, reservados a la vena de Horacio o Virgilio, y, temeroso de deslucir tan excelsas glorias, dedicóse a componer poemas juveniles, dejando a otros la misión de inmortalizar las empresas imperiales.

V. 359. *Accius*. — Poeta trágico de la primera época,

imitador de los griegos. No quedan de él más que leves fragmentos.

V. 359. *Terentius*. — Las siete piezas de Terencio conservadas hasta nuestros días le acreditaban como maestro de la comedia urbana, que tanto agradaba a la gente de buen tono.

V. 364. *Teia*. — Anacreonte, natural de Teos.

V. 365. *Sapho*. — Celebérrima poetisa que sobresalió en las odas amorosas.

V. 367. *Bathiade*. — Calímaco, hijo de Bato y el más genuino representante de la época alejandrina.

V. 367. *Menandri*. — El inventor de la comedia nueva, con menos fortuna que Aristófanes, no ha conseguido que sus farsas teatrales sobreviviesen a los estragos del tiempo.

V. 371. *Nisi turpis adultera*. — *La Ilíada* es algo más que la glorificación de la adúltera Helena: es el poema del heroísmo griego de los tiempos míticos, y a su grandeza moral y religiosa y su forma artística insuperable debe la inmortalidad que goza y gozará por siglos y siglos en la tierra. Cuando la ofuscación se obstina en defender una causa problemática, suele echar mano de argumentos que en vez de favorecerla la perjudican, y sólo a Ovidio se le ocurrió tachar a Homero de inmoral porque recogiese la tradición del rapto de Helena, que ocasionó la contienda de griegos y troyanos ante los muros de Ilión.

V. 368. *Chryseidas*. — Entregada a su padre la cautiva Criseida, y no queriendo Agamenón ser menos que los otros caudillos, despojó de su amada Briseida a Aquiles, quien, indignado por el ultraje, se recluyó en su tienda y se negó a combatir con los troyanos, que obtuvieron grandes ventajas sobre las huestes aqueas. La discordia entre los dos jefes principales del ejército y sus desas-

trosas consecuencias constituyen el argumento de *La Iliada*.

V. 380. *Duas... deas*. — Calipso y Circe.

V. 383. *Hippolito*. — Tragedia de Eurípides, imitada por Séneca.

V. 384. *Canace*. — Canace, la hija de Eolo, tuvo un hijo de su hermano. Ovidio le dedica la heroida XI.

V. 385 *Tantalides*. — Pelops, el hijo de Tántalo, de quien Ceres había probado un trozo de espalda en el festín sacrilego que este padre desalmado ofreció a los dioses. Júpiter salvó la vida del joven Pelops y substituyó el trozo de carne que le faltaba con otro de marfil.

V. 386. *Pisaeam*. — Hipodamia, hija de Enómano.

V. 387. *Mater*. — Medea.

V. 389. *Cum pellice regem*. — El rey de Tracia Tereo violó a su cuñada Filomela, y fueron convertidos el uno en cuervo y el otro en ruiseñor.

V. 390. *Quaeque*. — Irritada Procne contra Tereo por la violencia hecha a su hermana, sirvióle en un banquete los miembros de su común hijo Itis, y en castigo del horrendo crimen quedó convertida en golondrina, e Itis en faisán.

V. 391. *Aeropen*. — La esposa de Atreo, rey de Micenas, fué seducida por su cuñado Tiestes, crimen que dió lugar al horroroso festín que puso espanto en los caballos del Sol.

V. 393. *Scylla*. — Escila cortó a su padre Niso los caballos, de los cuales pendía la suerte de Megara, y los entregó a Minos, a quien amaba locamente. En recompensa de su traición recibió el más absoluto desprecio, y, desesperado, se arrojó de lo alto de la ciudadela.

V. 395. *Electram*. — Electra y su hermano Orestes, Egisto y su amante Clitemnestra, personajes principales

de *La Orestíada* de Esquilo, son harto conocidos para detenernos en el relato de sus trágicos sucesos.

V. 397. *Tetrico... domitore.* — Belerofonte se negó a corresponder a las instancias de Estenobea, esposa de Proclo, rey de Argos.

V. 399. *Hermionen.* — La prometida de Orestes.

V. 399. *Schaemeia.* — Atalanta.

V. 400. *Phoebas.* — Casandra, hija de Príamo y amada por Agamenón, que la condujo a Micenas.

V. 401. *Danaen.* — Princesa seducida por Júpiter convertido en lluvia de oro.

V. 401. *Nurum.* — Andrómeda, esposa de Perseo.

V. 401. *Matremque Lyei.* — Semele, que tuvo a Baco de sus relaciones con el dios del rayo.

V. 402. *Haemonaque.* — El hijo de Creón, rey de Tebas, se suicidó sobre el cadáver de Antígona, a quien su padre había mandado matar.

V. 402. *Noctes... duae.* — Tan a gusto se holgaba Júpiter con Alcmena, que decidió doblar la duración de la noche para que no amaneciese el alba tan pronto como acostumbra.

V. 403. *Quid generum Peliae?* — El yerno de Pelias Admeto, esposo de Alceste, que por salvarle se ofreció a la muerte.

V. 403. *Quid Thesea.* — En el epitalamio de Tetis y Peleo narra Catulo minuciosamente el desigual combate que Teseo sostuvo con el Minotauro, y el abandono de la infeliz Adriadna en la isla de Naxos.

V. 403. *Pelasgum.* — Protesilas, el esposo de Laodamia.

V. 405. *Jole.* — Hija de Eurito, amada por Hércules.

V. 405. *Pyrrhi parens.* — Deidamia, hija de Licomedes, rey de Esciros, a quien sedujo Aquiles antes de partir a la guerra de Troya.

V. 405. *Herculis uxor*. — Megara, hija del rey de Tebas, Creón.

V. 406. *Hilas*. — Hermosísimo joven amado de Hércules, que se alistó en la expedición de los Argonautas. Habiendo desembarcado en Misia con objeto de tomar agua, las Ninfas le arrebataron, y Hércules lo buscó inútilmente por los contornos de la fuente en que había desaparecido.

V. 406. *Iliadesque puer*. — Ganimedes, hijo de Tros y Calirroe, a quien Júpiter transformó en águila y lo condujo al cielo para que le sirviese la copa en los banquetes.

V. 409. *Obscenos risus*. — La frase alude a los dramas satíricos de los griegos, que se representaban después de la trilogía, constituyendo la tetralogía o conjunto de tres tragedias y un drama satírico, del cual se cita como modelo al *Cíclope*, de Eurípides. En estas piezas los personajes principales hablaban y se conducían con nobleza y gravedad; en cambio, los coros de Sátiros no se recataban en hacer y decir atrevidas insolencias que provocasen la risa del espectador.

V. 411. *Mollem qui fecit Achillem*. — Alusión a cierta tragedia perdida sobre la muerte de Patroclo, en la cual los vínculos de éste con el héroe de *La Ilhada* no parecían revelar una amistad completamente desinteresada.

V. 413. *Aristides*. — No el integérrimo ciudadano ateniense, sino un escritor de Mileto que compuso las fábulas milesianas, cuentos de color subido, que imitaron Luciano y Apuleyo.

V. 416. *Eubius*. — No tenemos noticias, y tampoco lo lamentamos, de este cínico doctor que enseñó a las embarazadas el arte de los abortivos.

V. 417. *Sibaritida*. — Luciano habla de un Hemiteo de Sibaris, que compuso un libro referente a las costumbres escandalosas de esta ciudad.

V. 418. *Nec quae*. — Alude en general a todas aquellas que no se avergonzaron de comunicar al público sus delirios eróticos, como Cilenis, mencionada por Ateneo, y Elefantis por Suetonio, a las que podría añadirse Astianasa, Calistrata de Lesbos, Cirene, Lais y Nico de Samos. Algunas ediciones traen *qui* en lugar de *quae*, y en este caso se designaría a los autores de ambos sexos señalados por la composición de poemas obscenos.

V. 420. *Ducum*. — Paulo Emilio, Sila, Lúculo, Polión y Augusto establecieron bibliotecas que difundiesen la cultura, obra merítisima en aquellos tiempos, en que la adquisición de libros no estaba al alcance de todas las fortunas.

V. 428. *Lesbia*. — El verdadero nombre de la Lesbia de Catulo se cree generalmente que es el de Clodia.

V. 431. *Calvi*. — Cornelio Licinio Calvo quiso rivalizar con Cicerón; amó a Quintilia y compuso multitud de poesías en su honor.

V. 433. *Ticidae*. — También Tcidas escribió elegías a su amada Metela, bajo el seudónimo de Perila.

V. 433. *Memmi*. — Cayo Memmio Gemelo, orador y poeta tan impúdico, según Ovidio, en los asuntos como en la forma de que los revestía.

V. 435. *Cinna... Anser*. — Cayo Helvio Cinna mereció los elogios de Catulo por su poema *Esmirna*, pulido y revisado durante diez años, y Anser fué un poetastro secuaz de Antonio, a cuyas expensas vivía, y del que se mofaba el irónico Cicerón.

V. 436. *Cornifici*. — Macrobio le cita y recuerda algunos de sus versos en las Saturnales. Murió desastrosamente en la guerra y tuvo una hermana poetisa.

V. 436. *Catonis*. — Valerio Catón, célebre gramático de Galia. Nos dejó un poema titulado *Dirae*.

V. 439. *Qui duxit*. — Publio Terencio Varrón Atacino

tradujo el poema *Los Argonautas*, de Apolonio de Rodas, y amó a Leocadia.

V. 441. *Hortensi... Servi*. — Famosos oradores: el uno rival de Cicerón y dotado de prodigiosa memoria, el otro insigne jurisconsulto, y los dos alumnos de las Musas.

V. 443. *Sisenna*. — Historiador contemporáneo de Mario y Sila.

V. 445. *Gallo*. — Galo, el amante de Licoris, y gobernador de Egipto, saqueó la ciudad de Tebas, y se suicidó al tener noticia de que Augusto había nombrado una Comisión para juzgarlo. Otros afirman que tomó tan fatal partido por la confiscación que se le impuso de sus bienes en castigo de ciertas frases injuriosas que molestaron al príncipe.

V. 447. *Tibullus*. — Véase acerca del mismo nuestro primer tomo de *Líricos y elegíacos latinos*.

V. 465. *Properti*. — Véase el segundo tomo de la misma colección.

V. 471. *Alea*. — Los juegos de azar estaban severamente prohibidos por las leyes, y sólo se consentían en el mes de las Saturnales, lo que no impedía que Augusto — y es lógico suponer que no le faltasen imitadores — los jugara sin escrúpulo en todas las épocas del año.

V. 773. *Tali*. — Estos dados tenían cuatro superficies señaladas con números y dos libres: la primera, *unio*; la tercera, *ternio*; la cuarta, *cuaternio*, y la sexta, *senio*.

V. 474. *Canes*. — La suerte peor de todos y la de Venus la mejor.

V. 475. *Tessera*. — Dado cúbico con las seis caras numeradas.

V. 475. *Distante*. — Frase de difícil interpretación, por el somero conocimiento que tenemos sobre el modo de jugar los Romanos, y que tal vez se refiera a los distintos números que componían cifras determinadas.

- V. 478. *Calculus*. — Juego parecido al ajedrez.
- V. 485. *Pilarum*. — Había diversas especies de pelotas: la *pila trigonalis*, pequeña y dura, los jugadores formaban un triángulo; la *foliis*, grande y llena de aire; la *paganica*, de tamaño más reducido que la anterior, y usada entre la gente del campo, y la *harpastum*, la menor de todas, que los jugadores se quitaban unos a otros.
- V. 486. *Trochi*. — El troco era de hierro o bronce y se hacía rodar con una varilla encorvada.
- V. 487. *Fucandi... coloris*. — No fué Ovidio el único que dió lecciones sobre el empleo de los cosméticos.
- V. 488. *Hic epulis*. — El pobre Apicio, como le llamaba Juvenal, derrochó una fortuna en su espléndida mesa y compuso, según Séneca, un *Arte culinario* que se ha perdido.
- V. 491. *Fumosi decembris*. — Del brumoso diciembre, el mes de las Saturnales.
- V. 508. *Praetor*. — El pretor o edil encargado de los juegos escénicos.
- V. 519. *Saltata poemata*. — Varios pasajes de los poemas de Ovidio fueron recitados en el teatro y acompañados del baile, sin que nadie protestara de tal mezcla, y al mismo Augusto regocijaban estos espectáculos tanto como los atrevidos mimos de Laberio y Publio Siro.
- V. 525. *Telamonius*. — El Ajax de Tinómaco que Augusto pagó a buen precio.
- V. 526. *Mater*. — La Medea del mismo pintor.
- V. 527. *Venus*. — La Venus Anadiómene de Apelés.
- V. 530. *Tui generis*. — Tiberio con su hijo Druso, y Germánico, sobrino de Augusto.
- V. 536. *Functus amor*. — Cierta que ningún libro de *La Eneida* se lee con el entusiasmo del cuarto, porque ningún otro se acerca a la sublimidad de la pasión en

que arde la infeliz Dido o Elisa, quien supo amar como mujer y morir como reina; antes que resignarse al abandono a que la rélegaba el impassible Eneas con estoica frialdad.

V. 537. *Tenerosque... ignes.* — Virgilio compuso las Églogas o Bucólicas de los veintiocho a treinta años de edad.

V. 539. *Nos quoque.* — El autor trabajó su *Arte de amar* desde los veintiuno a los veintinueve años; pero no faltan humanistas que retrasan la época, fijándola de los treinta y tres a los cuarenta y dos: aunque así fuera, le asistían razones para lamentarse de una pena tan lejana del delito, si éste hubiese sido el único causante de su perdición.

V. 551. *Caesar.* — Pensó dedicar *Los Fastos* a Augusto, pero mudó de opinión, y los puso bajo la salvaguardia de Germánico.

V. 553. *Choturnis.* — La tragedia *Medea*.

V. 559. *Pauca.* — No pocos, sino excesivos, fueron los elogios que tributó a Augusto por encima del mismo César.

V. 569. *Mordaci.* — El *Ibis* lo compuso en el destierro.

LIBRO TERCERO

ELEGÍA I

V. 1. *Liber exsulis.* — Nuestro poeta arribó a Tomos en la primavera del año 763 de la fundación, e inmediatamente se dispuso a componer el libro tercero de sus *Tristes*, que en el siguiente envió a Roma, después de escribir esta elegía, en la que el libro se personifica y habla por cuenta propia en defensa de su autor.

V. 12. *Vel pedis, vel via.* — La primera razón es con-

vincente; la segunda carece de solidez y resulta un juego del vocablo indigno de la elegía lastimera.

V. 27. *Fora Caesaris*.— El foro de César, próximo al de Augusto.

V. 28. *Via*.— La Vía Sacra que parte del Capitolio, y a un lado y otro conserva todavía los restos de los grandes monumentos civiles y religiosos erigidos por la República y el Imperio.

V. 29. *Vestae*.— El templo circular de Vesta que Numa levantó entre el Capitolio y el Palatino.

V. 30. *Regia*.— El modesto palacio de Numa que Augusto dedicó a colegio de las Vestales.

V. 31. *Porta palati*.— Rómulo amuralló el Capitolio, centro de la futura ciudad, y abrió en él cuatro puertas. La *Saturnia* se llamó después *Pandana*, porque permanecía siempre abierta, y también *Porta Palati* porque miraba al Palatino. En el primer siglo de la Era no existían de ella más que vestigios; sin embargo, se conservó su nombre, como el de otras muchas cosas que viven en la memoria, aunque desaparecidas de la realidad.

V. 32. *Stator*.— El templo de Júpiter Stator, cuyos cimientos echó Rómulo al nordeste del Palatino.

V. 35. *Domus*.— El palacio de Augusto.

V. 42. *Leucadio deo*.— Apolo tenía un templo suntuoso en Léucade, isla del mar Jonio, próxima a Epiro. Aquí alude a la victoria de Accio, ganada por la intervención de este dios en favor de la escuadra augustal.

V. 60. *Intonsi... dei*.— Autores y autorcillos solicitaban que sus obras figurasen como dignas de ser leídas por coetáneos y venideros, en la biblioteca establecida por Augusto en una galería del templo de Apolo que se alzaba sobre el Palatino.

V. 67. *Custos*.— El bibliotecario Cayo Julio Higino.

V. 69. *Altera templa*.— Las opiniones se dividen al

precisar los templos a que alude, y entre éstos se han indicado el de Venus Victoriosa, el de Cibeles, el de Vesta y hasta el atrio de la Libertad; pero es más verosímil que se refiera al pórtico de Octavio, próximo al teatro de Marcelo, donde se alzaban dos templos consagrados, respectivamente, a Juno y Apolo.

V. 72. *Atria Libertas*. — El vestíbulo o atrio del templo de la Libertad que erigió Polión en el monte Aventino, enriqueciéndolo con la primer biblioteca puesta al servicio público.

V. 80. *Privato liceat*. — Antes de Polión hubo otras bibliotecas particulares, como la de Lúculo, donde se reunían los amantes del saber; la de Paulo Emilio, que trajo a su patria multitud de libros griegos, y la de Sila, que dió a conocer a Aristóteles y Teofrasto; y Ovidio, o mejor su libro, intenta refugiarse en una de ellas, ya que se le rehusa el honor de ser admitido en las públicas.

II

V. 1. *Scythiam*. — La primera elegía que escribió en Tomos, término de su fatigosa peregrinación. En la época imperial la Escitia se dividía en dos regiones, la una a la parte noroeste del Imao y la otra al sudeste.

V. 2. *Licaonio... axe*. — Calixto, hermana de Licaón, convertida en la Osa Mayor.

V. 3. *Piérides*. — Las Musas se llamaron así por habitar el monte Pierio, o porque Pierio, rey de Ematía, dió los nombres de las nueve hermanas a sus hijas, que pretendieron rivalizar con ellas, siendo convertidas en picazas.

V. 25. *Tot gladios*. — De estas palabras se desprende que viajando por Tracia corrió serios peligros, de los que le salvó la ayuda de Sexto Pompeyo.

V. 30. *Clausas.* — Sin aliento para resistir los continuos y tremendos golpes de la adversidad, solicita hallar en la muerte el descanso que le niegan los hombres y los elementos, conjurados en su destrucción.

III

V. 1. *Haec mea.* — A tal punto había llegado el abatimiento y debilidad del nuevo habitador del Ponto, que ni siquiera se sentía con fuerzas para escribir, y hubo de encomendar a mano ajena que trazase los dísticos de tan hermosísima elegía.

V. 7. *Aquis.* — Era difícil, si no imposible, que se acostumbrase a beber las aguas pantanosas e insalubres de Tomos el caballero hecho a las frescas y cristalinas con que los acueductos regalan a la Ciudad Eterna.

V. 10. *Apollinen.* — Siendo Apolo pastor de las vacas de Admeto, dedicóse al estudio de las plantas útiles a la salud, y por ello se le reverencia como el numen de la Medicina.

V. 17. *Te loquor.* — Pasaje tierno y sentido, donde la voz del corazón, espontánea y sincera, suena como el último adiós del moribundo que se despide de cuanto le fué amado en la tierra.

V. 21. *Supresso... palato.* — Creían los antiguos que el paladar, contrayéndose sobre la garganta, producía la muerte.

V. 39. *Nec mea.* — En cuatro dísticos, notables por su sencillez, traza el cuadro desolador del que agoniza sin reposar sobre el lecho acostumbrado, sin que la mano de una esposa le cierre los ojos, sin que pueda dictar a nadie su postrer voluntad y el llanto de los funerales atestigüe que aun quedan en el mundo personas que le aman; or-

fandad solitaria del alma, cien veces más amarga que el agua del pantano que apagaba la sed del desterrado.

V. 40. *Depositum*. — En Italia y algunas comarcas de España exponíanse los enfermos a las puertas de las casas, para que indicasen el remedio los que hubieren padecido la misma dolencia, si reparaban en ellos; cuando la Medicina constituyó una verdadera profesión, ya no fué el enfermo, sino su cadáver el que se exponía en los vestíbulos, y así daba un mudo adiós a los que le conocieron en vida.

V. 43. *Clamore*. — Después de cerrar los ojos al difunto se le llamaba repetidas veces, hasta cerciorarse de que no había de responder; de aquí vino la expresión *conclamatum est*, ha fallecido.

V. 46. *Indeploratum*. — Comenzaban las lamentaciones al colocar el cadáver en el vestíbulo de la mansión.

V. 62. *Samii... senis*. — Pitágoras de Samos floreció en tiempos de Polícrates y profesó la doctrina de la transmigración de las almas.

V. 67. *Thebana*. — Antígona dió a su hermano Polinice piadosa sepultura, despreciando las órdenes de Cleón y anteponiendo las leyes de la humanidad y la sangre al capricho del poderoso.

V. 70. *Suburbano*. — Una ley de las Doce Tablas ordena que los cadáveres sean enterrados fuera de la ciudad, y en las cercanías de las poblaciones importantes alzábanse los sepulcros a entrambos lados de los caminos más transitados.

V. 76. *Nasonis molliter*. — *Sit tibi terra levis*, séate la tierra ligera, inscripción grabada en las tumbas, porque se creía que la tierra cargaba con peso abrumador e intolerable sobre los despojos de malvados y criminales.

V. 81. *Feralia*. — Las ofrendas fúnebres se hacían a los nueve días de la defunción, consistiendo en el sa-

crificio de animales, libaciones de vino y guirnaldas que ornasen la sepulturas.

IV

V. 5. *Praclustria*. — Se comprende que aconsejara a su amigo huir de los honores y los altos personajes el poeta que en su afán inmoderado de renombre, al que por sus talentos tenía derecho, pagaba tan cara esa vanagloria con las interminables amarguras de su vejez.

V. 19. *Miser Elpenor*. — Uno de los compañeros de Ulises, que entregado a la embriaguez quedóse dormido sobre el techo del palacio de Circe, y al revolverse cayó al suelo y se mató.

V. 21. *Daedalus*. — De Dédalo e Ícaro se habló en nota anterior.

V. 25. *Bene qui latuit*. — La sentencia, aunque profunda, no reza con los hombres a quienes enciende el entusiasmo por la gloria o seducen los esplendores de la ambición; pero es indubitable que la condición modesta y sencilla conviene mejor a la inmensa mayoría de los mortales, pues los libra de la manía de grandezas, que tantos cerebros ha perturbado, y les evita las desilusiones y contratiempos a que se arriesgan los favoritos de la suerte, en la cumbre del poder un día y al siguiente caídos y llenos de vilipendio y confusión.

V. 27. *Eumedes*. — Dolón, que murió a manos de Diómedes.

V. 30. *Merops*. — Esposo de Clímene y padre de Faetón, que vió a su hijo devorado por las llamas y a sus hijas convertidas en álamos.

V. 49. *Bosporos et Tanais*. — El Bósforo Cimerio y el río Don, que nace en el centro de Rusia, desciende hacia el Sud, acercándose al Volga, y torciendo su curso va a desembocar en el mar de Azof.

V

V. 7. *Ausus es.* — Los trances difíciles ponen a prueba la verdadera amistad y nos advierten que en los días felices tal vez distinguimos a los lisonjeros, y relegamos a segundo o tercer término a los que nos aman sinceramente y son capaces de arrostrar por nosotros grandes sacrificios.

V. 31. *Quo quis.* — En efecto, la bondad y grandeza se aman con amor invencible, o más bien, la última es hija predilecta de la primera, y sólo se da en rehenes a los espíritus sanos, nobles y generosos, alentados por el ideal que los impulsa a magnánimas empresas.

V. 38. *Dardanii.* — Los ruegos y lágrimas de Príamo desarmaron la violenta cólera de Aquiles.

V. 39. *Poros.* — Rey de la India, de talla gigantesca, fuerzas atléticas y valor formidable, que, vencido por Alejandro, supo captarse pronto el afecto del vencedor.

V. 48. *Funomi gener.* — Hércules casado con Hebe, hija de Juno.

VI

V. 1. *Carissime.* — Tal vez Ático.

VII

V. 1. *Perillam.* — Los que suponen a Perila hija del poeta no han reparado en que el tono y los conceptos de la elegía hacen más bien pensar en alguna de sus predilectas discípulas, a la que exhorta a no abandonar la compañía de las Musas, para él tan fatales, porque tiene la certeza de que no ha de escribir poemas escabrosos y discutidos como los suyos. El designarla con su nom-

bre propio no prueba que le estuviese ligada con los lazos de la sangre; pues no iba a ensañarse Augusto con una joven instruída y virtuosa, sin otro delito que haber tomado a Ovidio por consejero y guía de sus pasos en los encantados vergeles de la poesía.

V. 15. *Pegasidas*. — La fuente Hipocrene, en Beocia, que el Pegaso hizo surgir de tierra.

V. 20. *Lesbia*. — Safo.

V. 41. *Irus*. — Iro, mendigo de Ítaca, que menciona Homero en *La Odisea*.

VIII

V. 1. *Triptolemi*. — Triptolemo recibió de Ceres un carro tirado por dragones lleno de semillas, y por dondequiera que pasaba esparcía los beneficios de la agricultura. Reinó en el Ática y allí estableció las Tesmoforias.

V. 3. *Medeae*. — Medea, consumada su atroz venganza, huyó de Corinto en un carro tirado también por dragones; pero una tradición antigua achaca a los Corintianos la muerte de sus hijos, e insinúa que sus descendientes ofrecieron a Eurípides cinco talentos para que descargase este crimen sobre la misma madre en la tragedia que sobre sus hazañas compuso.

V. 6. *Perseu*. — A Perseo, hijo de Dánae y Júpiter, dieron las Ninfas un canastillo, unas sandalias aladas y un casco que lo hacía invisible, con cuyos elementos pudo cortar sin riesgo a Medusa la cabeza y librarse de la persecución de las otras dos Górgonas.

IX

V. 3. *Mileto*. — Cinco siglos antes de Jesucristo la ciudad de Mileto en el Asia Menor, floreciente y poderosa,

sostenía un comercio que le proporcionaba inmensas riquezas, con sus ochenta colonias por ella fundadas y extendidas hasta el Ponto Euxino.

V. 6. *Absyrti*. — Medea despedazó a su hermano para interrumpir la persecución de su padre.

V. 7. *Rate*. — La nave de los Argonautas.

V. 13. *Minyae*. — Nombre de los Argonautas.

X

V. 5. *Bessique Getaeque*. — Los Bessos, pueblos de Tracia que habitaban junto al monte Hemo y se extendían hasta el Ponto, y los Getas, después llamados Dacios, que vivían al sur de la desembocadura del Íster o Danubio.

V. 19. *Braccis*. — Pantalones o bragas que usaron los Medos, Persas, Getas y Sármatas.

XI

V. 1. *Improbe*. — En ésta y otras elegías se dispara contra un perverso que se gozaba en agravar su triste situación, y la filípica del *Ibis* va enderezada contra el mismo sujeto, tal vez Higino, que le perseguía con salvaje encono.

V. 8. *Maenalis*. — El Menalo, en Arcadia.

V. 28. *Haemonios*. — La Tesalia, antiguamente llamada Hemonia.

V. 39. *Busiride*. — Busiris, rey de Egipto, sacrificaba a los extranjeros en las aras de Jove, y murió a manos de Hércules.

V. 40. *Qui falsum*. — De Falaris, el tirano de Agrigento, y su modo de premiar a Perilo, el inventor del diabólico toro de bronce, ya se habló en nota anterior.

XII

V. 1. *Zephyri*. — Pinta el cuadro seductor de la primavera de Italia, en contraposición al crudo invierno de Escitia.

V. 3. *Hellem*. — El carnero que condujo a Helle ocupa el primer lugar entre las constelaciones zodiacales y anuncia la proximidad del equinoccio de primavera.

V. 22. *Virgine... aqua*. — La fuente Virginal mana a ocho millas de Roma, y la descubrió una joven a los soldados sedientos. Agripa condujo sus aguas a la ciudad, y hoy se admira convertida en la monumental *fontana di Trevi* por la munificencia y el gusto artístico de los Papas.

V. 24. *Tribus... terna*. — El foro de Roma, el de César y el de Augusto, con los teatros de Pompeyo, Marcelo y Balbo.

V. 46. *Latio... Jovi*. — El Júpiter del Capitolio.

V. 48. *Ducis*. — Tiberio; pues Druso había fallecido.

XIII

V. 2. *Natalis*. — Ovidio nació el 18 ó 19 de marzo.

XIV

V. 9. *Fuga... libellis*. — Mucho sentía el autor las privaciones y miserias de su destierro, pero aún le preocupaba más que sus libros careciesen de lectores, ya que contra ellos no se fulminó ningún edicto de condenación: vanidad de poeta, que se olvida de sí mismo por atender con preferencia a los partos de su fantasía.

V. 13. *Palladis*. — Palas surgió del cerebro de Júpiter.

ter sin pasar por la gestación materna, y en esto se asemejaba a los libros, frutos del entendimiento que los engendra, concibe y da a luz, sin necesidad de ajeno concurso, y por esto se la adoraba como diosa del saber.

LIBRO CUARTO

ELEGÍA I

Verso 15. *Lirnesside*. — Briseida o la hija de Briseo de Lirueso, cuyo nombre era el de Hipodamia.

V. 31. *Lotos*. — El fruto del loto hacía olvidarse de la patria a los que lo gustaban, como algunos compañeros de Ulises.

V. 42. *Edonis*. — En el monte Edón, de Tracia, se celebraban las orgías de Baco.

V. 71. *Militiae*. — Ovidio no sirvió en el ejército cuando joven por su temperamento pacífico, inclinado a los gratos ocios de las Musas, y tuvo que hacerlo de viejo, embrazando el escudo, ciñéndose el casco y empuñando el acero, para rechazar las frecuentes acometidas de los Bessos y Getas contra las débiles murallas de Tomos.

II

V. 1. *Caesaribus*. — Augusto y Tiberio.

V. 1. *Germania*. — Tiberio pasó con su ejército a Germania para vengar la derrota de las legiones de Varo, y el poeta fantasea su triunfo antes de haber terminado la campaña.

V. 9. *Juvenes*. — Druso, hijo de Tiberio, y Germánico, su sobrino, adoptados por Augusto.

V. 11. *Nuribus*. — Livila, hermana de Germánico y esposa de Druso, y Agripina, nieta de Augusto, casada con Germánico e hija de Julio y Agripa.

V. 20. *Titulis*. — En cuadros de madera se escribían los nombres de los pueblos vencidos y las ciudades conquistadas, y aun se trazaba en ellos los croquis de las regiones que se habían subyugado.

V. 33. *Perfidus hic*. — Arminio, que atrajo a Varo a un sitio pantanoso, y allí lo destruyó totalmente.

V. 35. *Ministro*. — Alude a los Druidas, que sacrificaban a los prisioneros de guerra.

V. 39. *Drusus*. — Druso realizó varias expediciones a Germania, y en la última perdió la vida.

V. 55. *Inde petes*. — La carrera triunfal partía del campo de Marte, dirigiéndose por la calle de los Triunfos y las principales plazas hasta subir al Capitolio.

III

V. 1. *Ferae*. — La Osa Mayor y la Menor.

V. 29. *Thebana*. — Andrómaca.

V. 46. *Tacta*. — En el momento de nacer el niño, la madre lo depositaba en tierra e invocaba en su favor a la diosa *Ops*, *opem ferre*; luego el padre lo levantaba, *tollebat*, y se dirigía a la misma diosa bajo el nombre de *Levana*, *levare*, sin cuya ceremonia no se consideraba legítimo ningún nacido: de ahí la frase *tollere liberos*, criar hijos.

V. 63. *Capaneus*. — Uno de los siete caudillos que acompañaron a Polinice al sitio de Tebas, donde murió herido por el rayo de Jove; su desolada esposa *Évadne* arrojóse a la pira que consumía sus restos mortales.

V. 67. *Semele*. — Hija de Cadmo, amante de Jove y madre de Baco.

V. 77. *Tiphy*. — Constructor y piloto de la nave de los Argonautas.

IV

V. 1. *O qui.* — Esta elegía la dedica a Máximo, uno de sus mejores amigos, a quien se recomienda en varias epístolas, fiando que su elocuencia y prestigio alcancen lo que se niega a las repetidas instancias del autor.

V. 3. *Patrii.* — El año 743 de la fundación de Roma se nombró cónsul a Máximo, padre del joven a quien escribe veinte años después.

V. 63. *Taurica.* — La península de Crimea.

V. 65. *Thoantis.* — Toas, hijo de Borístenes y rey de Crimea, adonde Artemisa condujo a Ifigenia cuando iba a ser inmolada.

V. 73. *Triviae.* — Sobrenombre de Artemisa o Diana, que presidía las encrucijadas, defendiendo a los viajeros.

V

V. 1. *O mihi.* — Parece aludir a Sexto Pompeyo, amigo generoso que puso a disposición del vate su influencia y su caudal, y le infundió alientos cuando mayor era su desconsuelo, aunque prohibiéndole por cautela que lo nombrase en sus versos, lo cual no impidió que éste le deseara toda clase de felicidades y bienandanzas en el seno de su adorada familia.

VI

V. 1. *Tempore.* — En antiguas ediciones, la elegía VI aparece unida a la anterior.

V. 7. *Inda... Bellua.* — El elefante.

V. 19. *Bis.* — Dos años. Había salido de Roma en las postrimerías del 762, y terminó este libro a fines de otoño del 764.

V. 39. *Deficio*. — Hasta entonces habíale sostenido la esperanza de verse un día reintegrado a la patria; mas viendo pasar un año y otro sin que obtuviesen el menor éxito sus instancias, el desaliento se apodera de su ánimo, y su cuerpo desfallece como si quisiera inclinarse a la tierra, que había de recoger pronto sus mortales despojos.

VII

V. 1. *Bis me sol*. — Esto se escribía en la primavera del 765.

V. 2. *Pisce*. — Piscis, el signo último del Zodíaco donde, entra el sol en febrero, para salir en marzo tocando al de Aries.

V. 7. *Vinula*. — Ligadura sellada puesta a las cartas, y que hoy se usa en los paquetes postales de cierto tamaño.

V. 13. *Canes*. — Bajo el vientre de Escila ladraba de continuo una trailla de perros; absurda creación que rechazaban los espíritus selectos.

V. 13. *Chimeram*. — Monstruo con la cabeza de león, el vientre de cabra y el resto del cuerpo de dragón, que vomitaba llamas, y vino a morir a manos de Belerofonte: es una personificación del volcán conocido por el mismo nombre en Faselis de Licia. Homero y Hesíodo describen de diferente modo la Quimera, lo que prueba que las tradiciones eran bastante confusas.

V. 15. *Cuadrupedes*. — Los Centauros.

V. 16. *Virum*. — Gerión.

V. 16. *Canen*. — El Cerbero.

V. 17. *Sphinga*. — La Esfinge griega se representa en forma de león alado, con busto y cabeza de mujer; pasaba por hija de Tifón y la Quimera, y se dió muerte

cuando Edipo descifró el enigma cuya solución propuso a los de Tebas.

V. 17. *Harpías*. — Monstruos con cabeza de mujer, alas y garras de ave de rapiña.

V. 17. *Serpentipedes*. — Los Gigantes de colosal estatura y colas de dragón, sepultados por su arrogancia en las entrañas del Etna, cuyas erupciones dieron argumento a la guerra de aquéllos con los habitantes del Olimpo.

V. 18. *Gigen*. — Gíges o Gías, uno de los tres Gigantes de cien brazos.

V. 18. *Virum*. — El Minotauro.

VIII

V. 10. *Rura paterna*. — El poeta tenía su patrimonio rural en el país de los Pelignos.

V. 20. *Languidus*. — Este magnífico verso nos induce a respetar al caballo viejo que ganó cien veces el premio de la carrera, dejándole pacer libre en los prados, sin exponerle a un fracaso que desluzca sus éxitos anteriores.

V. 24. *Rude*. — El gladiador cargado de años y servicios, cuando se sentía inútil para luchar en la arena, imploraba desde ella su retiro, y recibía una vara que le dispensaba de seguir en su peligrosa profesión.

V. 45. *Delphi, Dodonaque*. — Se prestaba una fe ciega a los oráculos de Delfos y Dódona.

IX

V. 1. *Si licet*. — Ignoramos quién fuese este sujeto que, pisoteando la santidad de la desgracia, se encontró tan brutalmente con el poeta y le obligó a desfogar su

resentimiento y a fulminar amenazas en términos severos, callando su nombre, indigno de que lo pronunciasen personas honradas.

V. 4. *Novies... decem.* — Debían ser las antiguas millas menos largas que las actuales, porque Ciófano afirma que Roma no distaba de Sulmona más que 70.

V. 6. *Consul uterque.* — Hircio y Pansa, cónsules en el 711, que perecieron el mismo día de la batalla de Módena contra Antonio.

V. 10. *Tribus... quater.* — Un año.

V. 13. *Haec est.* — Las fiestas de Minerva, llamadas Quinquatrías porque duraban cinco días, comenzaban el 19 de marzo, consagrado a la diosa, y en el siguiente se verificaban los combates: nació, pues, Ovidio el 20 de marzo.

V. 16. *Insignes.* — De todos sus insignes maestros no conocemos más que a Aurelio Fusco y M. Pornio Latrón, a los que cita Séneca en sus *Controversias*.

V. 17. *Frater.* — Lucio.

V. 29. *Lato clavo.* — Al tocar en la edad viril vestían la laticlavia los caballeros que aspiraban a desempeñar funciones públicas.

V. 34. *Viris... tribus.* — Los triunviros, cuyos servicios se asemejaban a los de nuestros jueces de paz.

V. 35. *Clavimensura.* — La augusticlavia, túnica guardada de una franja de púrpura, con botones como cabezas de clavos.

V. 44. *Macer.* — Macer de Verona, además de los poemas naturalistas que Ovidio enumera, compuso otro sobre la guerra de Troya.

V. 47. *Ponticus.* — Escribió un poema sobre el sitio de Tebas.

V. 47. *Bassus.* — Anfidio Baso publicó otro sobre la guerra con Germania.

V. 51. *Vidi tantum*. — Virgilio murió el año 19 antes de Jesucristo, cuando Ovidio contaba cuarenta y cuatro años.

V. 51. *Tibullo*. — Murió en el mismo año que Virgilio, a los cuarenta y cinco de edad.

V. 53. *Gallo*. — Propercio falleció el 15 antes de Jesucristo, y Galo el 26.

V. 54. *Quartus*. — El primero, Galo; el segundo, Tibullo; Propercio, el tercero, y el cuarto, Ovidio.

V. 58. *Barba resecta*. — Los jóvenes comenzaban a afeitarse a los veinte o veintidós años.

V. 61. *Multa*. — Se refiere a las elegías que quemó por estimarlas indignas de la publicidad.

V. 96. *Decies*. — La olimpiada constaba de cuatro años; mas como en cada una se incluía el primero de la siguiente, venía a resultar de cinco.

LIBRO QUINTO

ELEGÍA I

Verso 1. *Hunc libellum*. — Se compuso en los años 765 y 766.

V. 11. *Caystrius*. — El cisne se llamó Caistro por la hermosura y abundancia de estas aves en las cercanías del riachuelo de Éfeso que lleva el mismo nombre.

II

V. 13. *Paeantius*. — Filotectes.

V. 73. *Zanclaea*. — Zanclea, antigua ciudad de Sicilia, sobre la que se levantó más tarde Mesina; algunos denominan a toda la Sicilia con este vocablo, derivado de la hoz que Saturno dejó caer sobre sus campos como símbolo de fertilidad.

III

V. 1. *Illa dies*. — El 15 de las Calendas de abril, o sea el 18 de marzo.

V. 22. *Strimona*. — El Estrimón, río de Tracia.

V. 29. *Illo*. — Capaneo.

V. 39. *Licurgi*. — Rey de Tracia y enemigo de Baco, que se armó de un hacha para destruir los viñedos de sus territorios.

V. 40. *Pentheos*. — Rey de Tebas, despedazado por su madre y su tía en castigo de oponerse a las orgías de Baco.

IV

V. 25. *Menoetiaden*. — Patroclo.

V. 25. *Qui comitavit*. — Pílates.

V. 26. *Aegiden*. — El hijo de Egeo, seductor de Ariadna.

V. 26. *Eurialum*. — Euríalo, el amigo entrañable de Niso.

V

V. 3. *Laertius*. — Ulises, hijo de Laertes.

V. 34. *Fratribus*. — Eteocles y Polinice.

V. 38. *Bathiades*. — El hijo de Bato, Calímaco.

V. 44. *Action Icarisusque*. — La hija de Etión es Andrómaca, y la de Ícaro, Penélope.

V. 53. *Echionius*. — Equión, compañero de Cadmo, el fundador de Tebas.

V. 53. *Vir*. — Capaneo.

V. 55. *Nobilis una*. — Alceste.

V. 58. *Laodamia*. — La esposa de Protésilas.

V. 62. *Pylis*. — Néstor, rey de Pilos.

VI

V. 10. *Automedontis*. — El guía del carro bélico de Aquiles.

V. 11. *Podalirius*. — El hijo de Esculapio, que prestó sus servicios médicos durante el sitio de Troya.

V. 25. *Agamemnone*. — Orestes, el hijo de Agamenón.

V. 38. *Hibla*. — Monte de Sicilia, famoso por la miel que sus abejas producían.

VII

V. 35. *Euboicis*. — La isla principal del Egeo, que se extiende al frente de Ática, Beocia y Tesalia, en cuyo mar naufragó la escuadra de los griegos, sorprendida por una tempestad, y Nauplio acabó de dar cuenta de las pocas naves que quedaron indemnes con el engañoso faro que encendió en el promontorio de Cafarea.

VIII

V. 2. *Non adeo*. — Vuelve a la carga contra el sujeto a quien sacó a la vergüenza en la elegía IX del libro anterior, echándole en cara su proceder despreciable.

V. 9. *Rhamnusia*. — Némesis o Ramnusia, por el templo que se le levantó en Ramno, arrabal de Ática.

IX

V. 1. *Tua nomina*. — Esta elegía gratulatoria rebosa el fervor de un himno entusiasta y espontáneo, y se supone escrita, en pago de los múltiples favores recibidos, a Sexto Pompeyo, uno de los pocos que socorrieron al naufrago en la deshecha borrasca que amenazó poner fin

a la carrera de sus días, y no le olvidó en el destierro, trabajando sin cesar por el indulto o la conmutación de la pena; pero quiso que sus gestiones permaneciesen ignoradas y prohibió al poeta señalarle particularmente; de ahí que no conozcamos con certeza al personaje a quien alude, que sería famoso en su edad y las venideras si hubiese permitido publicar su nombre. Épocas tristes aquellas en que la nobleza del proceder y la defensa del desventurado solicitan la sombra como las fechorías del crimen, temerosas de perjudicar al defensor y al defendido, ocasionándole la ruina que se pretende evitar.

X

V. 1. *Ter frigora*. — Salió de Roma en diciembre del 762 y llegó a Tomos en la primavera siguiente, por lo cual se refiere al invierno del 773, con los del 64 y 65.

V. 7. *Solstitium*. — El solsticio de verano.

V. 8. *Bruma*. — El del invierno.

XI

V. 9. *Exsul*. — No se resigna al calificativo de desterrado, puesto que no se le privó de sus riquezas ni derechos, gracias a la benignidad un poco dudosa del César, a quien adula con exceso, olvidando la entereza que tanto dignifica a las víctimas de injustas persecuciones.

XII

V. 12. *Anyti... reo*. — Sócrates acusado de impiedad por Anito, Melito y Micón.

V. 15. *Nullum*. — Sócrates no escribió su doctrina, pero Platón, Jenófote y otros discípulos se encargaron

de transmitirla a la posteridad, con sus dichos y hechos memorables, y pocos filósofos han ejercido, gracias a la difusión y buen acogimiento de su escuela, un influjo más decisivo en la marcha de la humanidad.

V. 47. *Fabricator*. — Perilo.

XIII

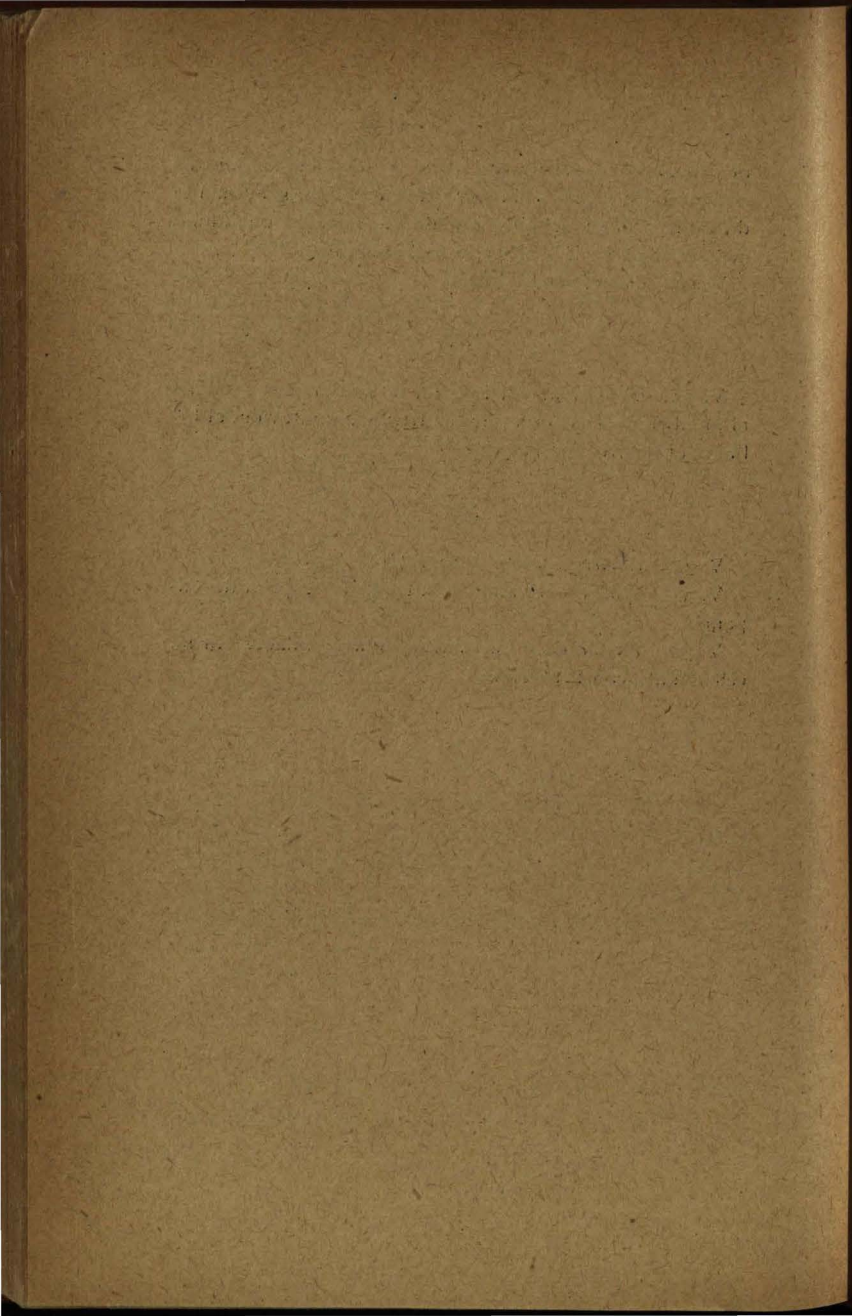
V. 22. *Trinacria*. — Dióse en la antigüedad a Sicilia el nombre de Trinacria por sus tres promontorios: el Libeo, el Peloro y el Paquino.

XIV

V. 37. *Admeti... uxor*. — Alcestes.

V. 38. *Iphias*. — Evadne, hija de Ifias y esposa de Capaneo.

V. 39. *Phylactia*. — Laodamia, nieta de Filaces por su casamiento con Protésilas.



NOTAS A «LAS PÓNTICAS»

LIBRO PRIMERO

EPÍSTOLA I

Verso 1. *Non novus incola.*—No exageraba el poeta al reputarse como un antiguo morador de Tomos; llevaba cuatro años en su impaciente destierro, y todos sabemos cuán breves se deslizan las horas risueñas y cuán lentos discurren los días de la persecución, ofreciéndonos la tristísima imagen de una eternidad irredimible. Durante los tres primeros escribió repetidas veces a sus valedores de Roma, solicitando que templasen el justo resentimiento de Octavio, sin declarar abiertamente los nombres de los sujetos a quienes interesaba, temeroso de que sus elogios y exhortaciones perjudicasen a los que llamaba sus amigos; mas en el cuarto, cuando cumplía cincuenta y seis años de edad y su constitución nada robusta amenazaba caer destruída por los rígurosos fríos, los sobresaltos incesantes de la guerra, las aguas insalubres de la comarca y, sobre todo, el abatimiento del espíritu, al reflexionar que de tantas puertas adonde había llamado ninguna se abría a la esperanza, y alguna hasta le rechazó de sus umbrales, olvida miramientos y exquisiteces y redacta sus *Pónticas*, nombrando sin rodeos a los personajes a quienes van dirigidas, invitándoles una vez y otra a que se esfuerquen en su liberación, o les re-

crimina por su tibieza en consolar al afligido, que tanta necesidad siente de palabras y protestas cariñosas, balsamo de las penas que se niegan a una curación radical.

Es verosímil que algunos agradeciesen poco su exhibición en las cartas del desterrado, que otros lo tolerasen con desabrimiento, y aun hubo quien le prohibió terminantemente esta libertad, orden acatada y aprovechada por el vate para clavarle finos alfilerazos, y advertirle que a quien ofendían sus recelos era al gran César, cuya generosidad competía con su poder, siendo éste el mayor que los siglos conocieron. A los demás, que tenían figurar en sus epístolas lastimeras, les contesta que no tienen derecho a prohibirle las expansiones de la amistad, ni a obligarle a sepultar su gratitud ni enmudecer ante los favores recibidos; por lo cual los nombrará siempre y cuando lo juzgue necesario, prefiriendo la nota de irreflexivo a la de ingrato con los eximios varones que tanto le distinguieron en otros días, y de quienes tanta ayuda espera en los de su presente adversidad.

V. 1. *Tomitanae... terrae.* — Tomos, situada en el país de los Getas que, según Ovidio, ocupaban la ribera derecha del Danubio; aunque Herodoto los pone también a la izquierda sin precisar el territorio. Los Tomitas lindaban al Sud con los Traecios, al Norte con los Sármatas y Escitas, y al Este y Oeste con los Getas, de los cuales formaba parte la población.

V. 3. *Bruto.* — Este Bruto, a quien ensalza en la primera de las *Pónticas*, créase hijo de aquel que apuñaló en el Senado a Julio César y tras la rota de Filipas se suicidó, evitando así caer en las manos del vencedor.

V. 5. *Publica... monumenta.* — Las bibliotecas públicas de donde se habían excluido sus libros eróticos, como corruptores de las costumbres y atentatorios a la santidad del matrimonio.

V. 23. *Antoni scripta*. — A pesar de la enemistad de Marco Antonio contra Augusto, sus escritos no sufrieron la proscripción que se fulminó contra los de Ovidio.

V. 24. *Doctus*. — Bruto, a las prendas de excelente capitán, unía, según Cicerón, las de orador elocuentísimo y sabio filósofo.

V. 37. *Deum matrem*. — Cibeles.

V. 41. *Dianae*. — Diana Aricina, porque Orestes la trasladó de la Táurida a la ciudad italiana de Aricia, donde se le erigió un templo.

V. 52. *Isidis*. — Isis reducía a la ceguera a quien juraba por su numen y violaba el juramento.

II

V. 1. *Maxime*. — Fabio Máximo, íntimo de Augusto, pertenecía a la antigua familia de los Fabios, que remontaba su origen a Hércules y el anciano Evandro, y después de dos años de heroica resistencia contra la hueste de Veyes, sucumbió en Cremera con todos sus individuos, menos uno, que fué el continuador de tan ilustre linaje.

V. 31. *Felicem Niobem*. — Llama feliz a la desolada Níobe, que vió muertos sus hijos por las flechas de Apolo y Diana en castigo de la presunción materna, porque, convertida en insensible roca, no pudo darse cuenta de su inmensa desventura.

V. 33. *Clamantia*. — Al prorrumpir en clamores las hermanas del audaz Faetón quedaron metamorfoseadas en álamos.

V. 37. *Ipsa Medusa*. — La única de las Górgonas de condición mortal, que petrificaba a cuantos la miraban.

V. 41. *Tityi*. — Dos buitres devoraban en el Tártaro

las entrañas renacientes del gigante Ticio, por haber pretendido atentar a la castidad de Diana.

V. 79. *Iacyses*. — Pueblo de Sarmacia que habitaba últimamente las costas de Euxino y la laguna Meotis.

V. 80. *Oresteae... deae*. — La Diana de Táurida, cuya sacerdotisa era Ifigenia, hermana de Orestes, a quien reconoció en el momento en que se aprestaba a inmolarlo ante el ara de la diosa.

V. 121. *Theromedon*. — Tirano de Sicilia.

V. 140. *Marcia*. — La esposa de Máximo.

III

V. 21. *Epidaurius*. — Esculapio, hijo de Apolo.

V. 39. *Pandione*. — Pandión, el padre de Filomela, convertido en ruiseñor.

V. 59. *Sarissas*. — Largas picas usadas en Macedonia.

V. 63. *Rutili*. — Rutilio, tan sabio como probo, fué lanzado al destierro por el odio que le profesaban los caballeros, y tuvo la entereza de rechazar el perdón que Sila le ofreció invitándole a volver a Roma.

V. 75. *Pirenida*. — La fuente de Pirene, próxima a Corinto, donde se refugió Jasón después de la muerte de Pelias.

V. 77. *Tydeus*. — Por el asesinato que perpetró Tideo, hijo del rey de Calidón, hubo de abandonar la patria y refugiarse en Argos, gobernada por Adrasto, el cual le purificó de su crimen y le dió a su hija en matrimonio.

V. 80. *Teucrum*. — Teucer, el primer rey de Troya, protegido por Venus.

IV

V. 3. *Aesone natus*. — Jasón penetró en la Cólquida dispuesto a arrebatarse el Vello de oro.

V. 27. *Pelia mittente*. — Pelias, tío paterno de Jasón, recelando que éste intentase desposeerle del reino de Tesalia, lo envió a la Cólquida, como jefe de la expedición memorable de los Argonautas.

V. 31. *Haemonia*. — Antiguo nombre de Tesalia, tomado de Hemón, hijo de Pelasgo y padre de Tésalo.

V. 38. *Agenore*. — Los hijos de Agenor enviados por su padre en busca de Europa.

V. 57. *Memnonio*. — El hijo de Titón y la Aurora.

V

V. 22. *Athos*. — Península montañosa que se extiende entre la Calcídica y Macedonia.

V. 72. *Quo Borea*. — El Bóreas no azota las campiñas de Italia con el rigor que deja sentir en Tracia.

V. 79. *Syene*. — Ciudad a la margen izquierda del Nilo en el alto Egipto, situada un poco más abajo de la primer catarata: tenía gran importancia geográfica por hallarse en el trópico de Cáncer.

V. 80. *Taprobana*. — La isla de Ceilán.

VI

V. 3. *Graecino*. — Además de esta epístola, escribió la VI del libro segundo y la IX del cuarto a Grecino, cónsul el año 769 de la fundación, y a quien sucedió en el siguiente su hermano Pomponio Flaco.

VII

V. 1. *Messalline*. — El hijo de Mesala Corvino, que murió antes de partir Ovidio al destierro.

V. 32. *Atridis Tindaridisque*. — Agamenón y Menelao, Cástor y Pólux.

VIII

V. 2. *Severe*. — Al poeta Severo volvió a dirigir más adelante la epístola II del libro cuarto.

V. 15. *Odrysiis*. — Pueblo belicoso de Tracia que habitaba las llanuras regadas por el Ebro.

V. 38. *Virgineusque liquor*. — Un acueducto conducía a Roma las aguas de la fuente Virginal.

V. 42. *Peligno... solo*. — Como nacido en Sulmona, Ovidio tenía sus haciendas en los campos Pelignos.

V. 44. *Flaminiae... Clodia*. — La vía Flaminia llegaba hasta Rímini, y se juntaba con la Clodia a diez millas de la capital.

IX

V. 1. *Celso*. — Aulo Cornelio Celso, cuya vastísima erudición se extendía a todas las artes, y de tal competencia en Medicina, que se llamó el Hipócrates latino.

V. 52. *Amoma*. — Planta de exquisito perfume y muy parecida al apio.

X

V. 1. *Flacci*. — Pomponio Flaco, cónsul después de su hermano Grecino el año 770 de Roma.

V. 12. *Iuventa*. — Hebe.

LIBRO SEGUNDO

EPÍSTOLA I

Verso 1. *Fama triumphii*. — Escribe a Germánico, hijo de Druso y sobrino de Tiberio, conmemorando el triunfo por este último alcanzado sobre los Panomios y Dálmatas el año anterior al de la muerte de Augusto.

II

V. 3. *Messalline*. — Vuelve a lisonjear a Mesalino con motivo de los éxitos obtenidos en Iliria, y cuyo honor le cupo en gran parte como lugarteniente de Tiberio.

V. 11. *Enceladi*. — Uno de los Gigantes de cien brazos, hijo del Tártaro y la Tierra, aniquilado por Júpiter y sepultado en las entrañas del Etna.

V. 13. *Tydidæ*. — Diomedes, el hijo de Tideo, campeón valeroso que peleó con Héctor y Paris, y llevó su audacia hasta el punto de herir a Marte y a Venus, que defendían la causa troyana. La diosa del amor, encolerizada, castigó su impiedad de modo que le doliera; pues al regresar de Troya encontró a su esposa Egialea en los brazos de un adúltero, disgusto que le forzó a huir de Argos para no ser testigo diario de su afrenta.

V. 25. *Achaemenidem*. — Uno de los compañeros de Ulises, abandonado por éste en Sicilia cuando escapó del antro del Cíclope.

V. 82. *Phoebea virgine*. — Dafne.

V. 85. *Pratribus*. — Cástor y Pólux.

V. 115. *Polyphemus*. — El cíclope Polifemo, en su antro del Etna, devoraba las presas humanas que hacía en los contornos.

V. 116. *Antiphates*. — Rey de los Lestrigones de Sicilia, cuya crueldad lo reveló como el prototipo de los tiranos bárbaros e implacables.

V. 125. *Sacerdos*. — Llama sacerdote a Mesalino porque le ruega implorar la gracia del César, a quien venera como a un dios.

III

V. 1. *Maxime*. — Vuelve a insistir por tercera vez con Máximo sobre el manido tema de sus pretensiones.

V. 41. *Aeacides*. — Aquiles, hijo de Peleo y nieto de Eaco.

V. 43. *Theseus*. — De la amistad de Teseo y Piritoo ya nos ocupamos en nota anterior.

IV

V. 22. *Actoridisque*. — Patroclo.

V. 28. *Caltha*. — Una especie de violeta amarilla.

V

V. 27. *Triumphii*. — Alude al triunfo celebrado en la epístola I del libro segundo.

V. 67. *Thyrsus... laurea*. — El tirso coronado de pámpanos o hiedra que las Bacantes empuñaban en las fiestas del hijo de Semele era por Ovidio considerado como el emblema de la elocuencia; mientras el laurel con sus hojas resplandecientes pregonaba la gloria de los egregios vates.

V. 69. *Utque meis numeris*. — Afirma el estrecho parentesco que une la elocuencia a la poesía, de la cual toma la brillantez de las imágenes y descripciones, al paso que le presta el calor de la pasión que enardece los ánimos de los oyentes.

VI

V. 1. *Graecine*. — Es la segunda carta que escribe a Grecino, uno de los pocos amigos que tomaron con interés el empeño de conseguir la amnistía del desterrado.

V. 9. *Ceraunia*. — Cadena de montañas que se extiende desde Iliria hasta el Epiro, y en cuyas cimas tronaba con frecuencia la tempestad.

V. 25. *Strophio atque Agamemnonen*. — Pílates y Orestes.

VII

V. 2. *Attice*.—Consideraba a Ático como un excelente amigo, cuya constancia y afecto no necesitaban ponerse a prueba, y el poeta intenta disculparse en esta epístola de haber dudado de la firmeza de su amistad, no porque le fuera sospechosa, sino porque, como dice muy bien, el desgraciado se torna con facilidad tímido y receloso, y en todas partes cree encontrar motivos a los temores. La felicidad engendra a los confiados y tal vez arrogantes; la persecución, en cambio, suele encoger el ánimo, hasta el punto de que la más leve sombra le asuste y llene de pavor; y esta disposición inquietante del espíritu es la que retrata en la misiva presente, enriquecida con observaciones profundas y conceptos elevados que denuncian al vate de sus mejores tiempos, aunque abatido y quebrantado por la tenacidad del infortunio que le persigue.

V. 62. *Pérvida turba*.—No es verosímil que aluda, como pretenden algunos comentadores, a los compañeros que le desvalijaron en su viaje, cuyo contratiempo no menciona una sola vez en sus epístolas, y más bien parece referirse a ciertos desleales amigos que intentaron enriquecerse con la confiscación de sus bienes; y lo hubieran conseguido de no oponerse Augusto a tan inícuo despojo.

VIII

V. 2. *Cotta*.—Máximo Cota, hermano de Mesalino, cuyo sobrenombre heredó a su muerte.

V. 9. *Spectare deos*.—A pesar de tantas y tan ruines adulaciones, que aquí llegan al extremo, no consiguió el indulto que solicitaba; triste pensión conquistarlo a costa

de la bajeza, y más triste todavía descender a ella para verla recompensada con el desprecio y la humillación.

IX

V. 2. *Eumolpi*. — Cantor excelente y uno de los más renombrados de Tracia, fruto de los amores de Neptuno con Quione, hija de Bóreas, la cual lo arrojó al mar para que su flaqueza no se divulgase; pero lo supo su padre, lo salvó y condujo a Etiopía, en la que habitó algunos años, hasta que, habiéndose trasladado a Ática, halló la muerte a manos de Ericteo.

V. 2. *Coty*. — Nombre que llevaron muchos reyes de Tracia.

V. 43. *Cassandreus*. — Después de la destrucción de Potidea, Casandro edificó en el mismo sitio la ciudad de su nombre, que llegó a ser la más floreciente de Macedonia.

V. 43. *Pheraeae*. — Fera, ciudad de Tesalia, a la que dieron triste celebridad sus tiranos.

X

V. 2. *Macer*. — Emilio Macer de Verona pretendió continuar *La Ilíada* de Homero, que, como es sabido, termina con los funerales de Héctor.

XI

V. 13. *Laudabilis uxor*. — Como dijimos en su biografía, Ovidio casó tres veces, repudió a sus dos primeras esposas, y sólo la tercera le pareció digna de compartir su lecho, su nombre y su adversa fortuna.

V. 15. *Hermiones Cástor*. — Cástor fué tío de Hermiones, Héctor de Julio, y Rufo de la esposa de Ovidio.

V. 28. *Fundani*. — Fundi, antigua ciudad del Lacio sobre la vía Appia, cuyas tierras producían excelentes vinos.

LIBRO TERCERO

EPÍSTOLA I

Verso 2. *Nec hoste fero, nec nives*. — Tierna es y conmovedora esta epístola dirigida a su esposa; en ella el poeta renuncia a las galas de la fantasía y a los escarceos del ingenio, entregándose con potencias y sentidos a esas intimidades conyugales que constituyen el placer acaso más puro e intenso del matrimonio. Primero le pinta el aspecto ceñudo y desolador de los campos que le rodean, convertidos por la guerra incesante de los bárbaros en yermos improductivos, sin vides ni espigas, sin árboles y sin flores, como si la crudeza del clima y la crueldad de los hombres lo hubiesen arrasado con la guadaña de la muerte, y luego le manifiesta la repulsión que le inspira la vista de aquel desierto, donde el agua, en vez de calmar la sed, contribuye a irritarla; donde no cantan los pájaros, pero en cambio silban las flechas emponzoñadas; donde la nieve casi perpetua no consiente distinguir el límite que separa la tierra del mar, y donde teme que sus despojos mortales queden pronto sepultados entre los aborrecibles Getas, para que sus penas traspasen los umbrales de la muerte, que acaba todos los dolores humanos; y exhorta a su esposa a trabajar con decisión en defensa de su existencia amenazada, con tan sentidos ruegos, que serían capaces de quebrantar la dureza de una roca, cuanto más el ánimo fiel y compasivo de una esposa, a quien reconoce las egregias virtudes de las antiguas heroínas. En lo que dudamos que le asista la razón es en ponderar los elogios que sus versos le tri-

butan, como si la mujer virtuosa se moviera a impulsos de la vanidad y no por los dictados de una recta conciencia, máxime siendo algo dudosa la fama que recabara de sus escritos, puesto que no la nombra una sola vez, quitando a la posteridad el derecho que le asiste a conocer cónyuge tan excelente, para aplaudir sus generosas prendas, ya que tantas bribonas, infieles y culpables pululan en las obras poéticas de aquel tiempo, obligándonos a formar tristísimo concepto de la sociedad romana, que a pasos gigantescos caminaba hacia su disolución: contraste doloroso que nos trae a la memoria estos magníficos versos de la epístola moral atribuída a Rioja :

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

II

V. 1. *Cotta*. — Cota Mesalino, hijo de M. Valerio Mesala Corvino — si damos crédito a las frases de la segunda sátira de Persio, que le llama *Messalae lippa propago* —, había degenerado bastante de la nobleza de sus antecesores, y su íntima amistad con Ovidio viene a corroborar tan dudosa reputación.

V. 16. *Non odio*. — En vez de resentirse de aquellos que le desampararon en los críticos instantes de la persecución, los disculpa con loable generosidad; comprende que en casos semejantes al suyo la mayoría de los amigos se rinden al temor y disimulan la fidelidad para evitar que les alcance, al menos en parte, el castigo del culpable.

V. 59. *Thoas*. — Hijo de Borístenes y rey de la Táurida, a cuyas tierras condujo Diana a la virgen Ifigenia, arrancándola del ara en que iba a ser inmolada.

III

V. 2. *Sidus Fabiae gentis*. — En *Los Pastos* dice que no perecieron todos los Fabios en la desastrosa batalla con los de Veyes, porque de esta nobilísima familia debía nacer un vástago, Fabio Máximo Cunctator, que con su decisión y prudencia atajase los progresos de Aníbal; en *Las Pónticas* afirma — lisonja que disculpa su lamentable situación — que la muerte perdonó a uno de sus miembros para que con el transcurso del tiempo naciese de sangre tan generosa el ilustre Fabio Máximo, a quien se dirige en esta y otras epístolas implorando la protección del magnate que ejercía tan decisivo influjo en el ánimo de Octavio Augusto.

V. 41. *Eumolpus*. — El bardo de Tracia Eumolpo pasaba por fundador de los misterios Eleusinos y era el primer sacerdote de Ceres y Baco.

IV

V. 3. *Rufine*. — Recomienda a Rufino el poema que envió a Salano conmemorando el triunfo de Tiberio en Iliria, aunque confiesa que su mérito dista gran trecho de la alteza del asunto, pues lo escribió apoyándose en vagas referencias y pasada la oportuna sazón, por la respetable distancia que le separa de Roma y el tiempo que tardan en llegar a Tomos las faustas nuevas que engrandecen la casa de los Césares.

V

V. 6. *Máximo Cotta*. — En el libro cuarto vuelve a mentar a Máximo Cota, ilustre abogado que en nada desmerecía de su padre Valerio Mesala Corvino, y en ésta

le testifica su agradecimiento por el discurso que le remitió, escrito después de pronunciado ante el Tribunal de los centuriones, y le exhorta a que le envíe con frecuencia los frutos de su talento, para saborearlos en el destierro e imaginarse que se halla conversando con sus amigos de Roma.

VI

V. 4. *Parta querela.* — El poeta publicó sus *Tristes* sin indicar los nombres de los sujetos a quienes las dirigía, temeroso de que su amistad les perjudicara en el concepto del príncipe de cuya clemencia esperaba el remedio a sus males; pero cuando comprendió que la cólera ardía con menos violencia, no tuvo escrúpulo de dar a sus *Pónticas* una dirección personal, seguro de que la nube que había descargado sobre su cabeza no amenazaba ya a sus amigos; aun así hubo alguien — desconocemos afortunadamente quién fuese — que con vivas instancias le suplicó que no lo nombrase en sus epístolas, e hizo bien, privando con su temor a la posteridad de conocer a sujeto tan ruin y pusilánime. A pesar de tan fea conducta, Ovidio, con la resignación que sólo se aprende en la desgracia, le reprocha dulcemente sus infundados temores, y se da por satisfecho si le sigue amando en secreto, ya que le amedrenta la voz de la publicidad.

V. 20. *Leucothoe.* — Diosa marina, casada con Atamas.

VII

V. 1. *Verba desunt.* — La presente misiva reza con todos en general, sin excluir a su esposa, y con ninguno en particular. Escrita en esos amargos momentos en que veía cerradas todas las puertas de la esperanza, se acusa

a sí mismo por insistir en lo que rotundamente se le niega, y se resigna a terminar sus días en la aborrecida tierra de Escitia, sin revolverse encolerizado contra nadie ni dudar de la lealtad de los amigos, y menos de las virtudes de su esposa, sino de la suerte, resuelta a perseguirle tenaz, até cuyo poder se estrellan las instancias hechas a su favor, acaso por la tibieza y falta de resolución de aquellos en quienes confió demasiado, para ver sus ilusiones desvanecidas un año y otro, al paso que los achaques le advertían que pronto iba a quedar libre de los sinsabores que amargaban su existencia.

VIII

V. 2. *Dona Tomitanus*. — Epístola breve y preciosa que patentiza la singular estimación del vate por Máximo, a quien envía un carcaj lleno de saetas disparadas por los Escitas, ya que la tierra no producía otros dones ni su corta fortuna le consentía ofrecerle la púrpura y el oro de que sus altas cualidades le hacían merecedor.

IX

V. 1. *Brute*. — El reproche de Bruto advirtiéndole que un censor desconocido tilda sus epístolas de monótonas y fastidiosas, por ocuparse todas del mismo asunto y a veces con los mismos conceptos y frases, no peca de injusto seguramente, ya que no parezca oportuno ni piadoso añadir aficciones al desdichado. La rica y exuberante fantasía de que el cielo dotó al desterrado del Ponto se revela impotente para amenizar con los recursos de la variedad un tema siempre idéntico y versificado siempre en el mismo metro y el mismo tono lastimero; de ahí que el conjunto de estas elegías, aunque algunas

en particular se reputan bellísimas, produce cierto cansancio y fatiga, porque las últimas no son más que la repetición de las primeras, y esta uniformidad continua mata la deleitosa impresión que producen, por ejemplo, sus elegías eróticas. El hecho es cierto, inconcuso, y ante la crítica severa, digno del fallo riguroso; sin embargo, como la obra y el autor viven inseparablemente unidos, reconociendo la justicia de la censura, disculpamos al reo en gran parte del delito que las circunstancias le obligan a cometer. El hombre en la miseria sólo sabe hablar de sus trabajos, y si pretende remontarse a más luminosa esfera, el dolor implacable, asido a sus potencias, le corta los vuelos, le reproduce las amargas de su situación y no le consiente más que prorrumper en quejas y lamentaciones, como si las sombras de la tristeza se extendiesen a todos los objetos de su pensamiento; y Ovidio en *Las Pónticas* escribe como poeta y como desterrado; pero el dolor se sobrepone al ingenio, y el poeta cede su lugar al suplicante, abatido por un castigo que no acertaba a soportar con la entereza del héroe o el estoicismo del mártir.

LIBRO CUARTO

EPÍSTOLA I

Verso 1. *Accipe Pompei.*—Este Pompeyo, según Heinsio, descendía del vencido ante los muros de Numancia, y se cree que desempeñaba el consulado a la muerte de Augusto.

V. 29. *Gloria Coi.*—Apeles, nacido en Cos, cuya Venus Anadiomene, esto es, saliendo del baño, pasaba por la labor más maravillosa de su pincel.

V. 31. *Arcis.*—La estatua colosal de Minerva, impo-

nente por su majestad, obra maestra de Fidias y trabajada en oro y marfil.

V. 33. *Calamis*. — Plinio ensalza a Calamis por la habilidad con que supo dar vida a los caballos, y Mirón excitó el pasmo y asombro de los inteligentes por haber cincelado una vaca que casi se confundía con las verdaderas.

II

V. 2. *Severe*. — El poeta a quien se dirige Ovidio es sin duda Cornelio Severo, citado por Quintiliano.

V. 9. *Aristeo*. — Hijo de Apolo y Cirene, aunque nacido en Libia, pasó a Tracia, donde se enamoró locamente de Eurídice, esposa de Orfeo. Las Ninfas destruyeron sus enjambres de abejas, en castigo de haber ocasionado la muerte de su amada persiguiéndola sin descanso, y es muy patético el episodio de la Geórgica IV de Virgilio, que lo presenta quejándose de su madre e implorando el remedio de la calamidad que le llena de consternación. A su muerte fué reverenciado como el numen protector de los rebaños, los viñedos y las abejas.

V. 39. *Corallis*. — Los Corales habitaban las riberas del Euxino.

III

V. 3. *Nomine non utar*. — Aquí la elegía muda de tono, y se convierte en cruel invectiva contra el amigo pérfido que, habiéndole adulado en los días felices y espléndidos, le abandona traidora y cobardemente en los de la tribulación, y se avergüenza de conocerle, si ya no es que el miedo le impulsa a alejarse del caído, temeroso de que le alcancen los efectos de su ruina. La venganza del poeta es noble y delicada: suprime su nombre por

indigno de que le conozca la posteridad, y si no le amenaza con los rayos de su indignación, le advierte que puede un día ser víctima de los azares de la fortuna, y entonces no tendrá derecho a la conmiseración y al auxilio que reclaman los desventurados, puesto que su felonía obligará a quienes le conozcan a sepultar los nobles impulsos, por no desperdiciarlos en favor de ente tan despreciable.

IV

V. 18. *Proximus annus*. — El mismo año en que Sexto Pompeyo ejerció el consulado, regocijando al poeta tan próspero suceso, Augusto descendió a la tumba, burlando sus pronósticos, que anunciaban un año venturoso.

V

V. 5. *Haemon*. — El Hemón (Balcanes), cadena de montes que separaba la Tracia de la Mesia, y en la que reinaba una temperatura extremada y rigurosa.

V. 21. *Fulia templa*. — Julio César elevó un templo a Venus, de quien pretendía descender por parte de su hijo Eneas.

V. 25. *Caesar Germanicus*. — El hijo de Druso Nerón, Germánico, que vengó el desastre de las legiones de Varo y fué padre de Calígula y abuelo de Nerón.

V. 35. *Bistonium*. — Pueblo de Tracia, entre el monte Ródope y el mar Egeo.

VI

V. 1. *Bruto*. — Esta epístola elegíaca es un modelo del género; en ella el autor prescinde de los vistosos escauceos de la imaginación a que le inclina su numen, y deja que hable la voz de la conciencia melancólica y re-

signada ante los nuevos golpes que le asesta la fortuna, persuadida de que los ayes y lamentaciones no han de valer nada contra el severo decreto de los hados. Máximo, en quien fundaba tan legítimas esperanzas de redención, acababa de descender al sepulcro. Augusto, que parecía ya dispuesto a perdonar su falta, siguióle a los pocos días, y en seguida ocupó el solio de los Césares el atroz Tiberio, tan sordo a los encantos de la poesía como a las quejas del dolor que llegaban a las márgenes del Tíber desde las riberas del Ponto; y el poeta, desalentado por tanta contrariedad, cesa de insistir en sus pretensiones, que juzga poco menos que irrealizables, aunque las alentó por espacio de cinco años, confiado en la clemencia de Augusto y en los buenos oficios de los amigos; pero no increpa a nadie, no se revuelve contra su sino fatal, no se desespera furioso e iracundo, no estalla la cólera en sus ojos ni en sus labios, antes al contrario, tiene frases delicadas y lisonjeras para su amigo Bruto, y se complace en recordar los testimonios de su antigua fidelidad, que le alientan en la convicción de que aun hay personas que lloran su mísero estado y se apresurarían a levantarlo si el poder igualase los quilates de la amistad que en ellas reconoce, tributándoles el homenaje de gratitud a que se han hecho acreedoras.

VII

V. 6. *Alpinis... regibus.* — Ni sabemos a qué reyes de los Alpes alude, ni quiénes fuesen los progenitores del centurión Vestalis. Plinio cita a Fabio Vestalis, autor de un tratado sobre la Pintura; mas no es verosímil que se refiera al mismo personaje a quien escribe Ovidio su epístola laudatoria.

V. 9. *Iacyx.* — Los Yácigas, que habitaban las riberas

del Ponto y la laguna Meotis, se establecieron en los tiempos de Claudio cerca de los Quados, entre el Danubio, el Teis y los montes de Sarmacia.

V. 21. *Aegyptos*. — Ciudad de la Media inferior, según Antonino.

V. 25. *Sithonio regi*. — Un rey de Tracia que ocupó parte de la Macedonia.

V. 29. *Danni*. — Hijo de Pilumno y Dánae, y antecesor de Turno.

VIII

V. 1. *Exculte Suille*. — El Suilio que tanto influyó sobre Germánico, si es el mismo que menciona Tácito al principio del undécimo libro de sus *Anales*, habremos de reputarle por un sujeto bien desalmado y villanesco: así lo comprueba su acusación contra Valerio Asiático, por cometer adulterio con Popea, por instigar a la gente de guerra con promesas y dádivas, y haber hecho con su cuerpo deshonestos oficios mujeriles, a lo que contestó el acusado con entereza, aplastando su réplica al cobarde acusador.

V. 62. *Oechalia*. — Ecalia, ciudad Tésala sobre el Peneo.

V. 89. *Corallis*. — Pueblos de la Misia inferior.

IX

V. 4. *Bis senos fasces*. — Los dictadores caminaban precedidos de veinticuatro lictores, como magistrados supremos y extraordinarios, impuestos por las circunstancias para salvar la república de inminentes y graves peligros; los cónsules, que después del César ejercían la primera autoridad, como no necesitaban en tiempos normales gran aparato de fuerza, se acompañaban de doce lictores.

V. 45. *Hastae supponere*. — Las rentas públicas arrendábanse por un lustro o cinco años, y para su adjudicación se plantaba una pica, como en las almonedas; costumbre tomada de los campamentos, donde se recogía el botín alrededor de una lanza, antes de distribuirlo entre jefes y soldados.

X

V. 4. *Albinovane*. — Cayo Pedro Albinovano, distinto del Celso Albinovano a quien Horacio dedicó una de sus epístolas.

V. 15. *Hippotades*. — Eolo, el hijo de Hipotas, que entregó a Ulises encerrados en unas odres los vientos contrarios a su navegación.

V. 26. *Eniochae*. — Las naves de Enfoco, población de la Cólquida, al norte del Fasis, entregada a la piratería.

V. 27. *Achaeis*. — Aqueos se denominaban también ciertos pueblos bárbaros de la costa nordeste del Ponto Euxino.

XI

V. 1. *Gallio*. — Junio Galión, padre adoptivo de Anneo Novato, hermano de Séneca el filósofo y procónsul de Acaya en los días de la predicación de San Pablo.

XII

V. 7. *Nam pudet findere*. — Como halla difícil y poco menos que irrealizable el introducir en sus versos el nombre de Tuticano sin quebrantar las leyes de la armonía, dice que no se atreve a la licencia de partir el vocablo en dos y distribuirlo en otros tantos versos, y eso que tal recurso venía autorizado por el ejemplo de Hora-

cio, que no tuvo escrúpulo en seguir las huellas de Píndaro y Simónides, que lo hicieron más de una vez.

XIII

V. 10. *Getico scripsi sermone.* — Creyó Ovidio que no se había rebajado bastante alzando en su casa una capilla en honor de Augusto y reverenciándole como a un dios, sin excluir de estas honras a los demás individuos de la familia imperial, y aun tuvo el mal gusto de componer en la lengua de los Getas, que llegó a dominar, un poema laudatorio de sus empresas, con el cual seguramente ganó poco la literatura y menos la reputación del autor, harto maltrecha por las desmesuradas y continuas lisonjas que prodiga en sus epístolas al César poderoso que, con razón o sin ella, le había hundido en el abismo de la infelicidad, para que se arrastrase a sus plantas el que tuvo la audacia o imprudencia de ofenderle, sin parar mientes en sus atributos semidivinos, que convertían la más leve falta contra su persona en un delito de lesa majestad, o en un sacrilegio digno de las expiaciones impuestas a los mayores malvados.

V. 14. *Recusati... imperii.* — Tiberio, a quien Augusto adoptó como hijo.

V. 21. *Esse duos juvenes.* — El joven Germánico, hijo de Druso adoptado por Tiberio, y otro hijo natural de éste llamado asimismo Druso.

XIV

V. 32. *Agricolae senis.* — Hesíodo, natural de Ascra y autor de *La Teogonía* y el poema titulado *Los Trabajos y los Días*.

V. 38. *Scepsius.* — Plinio dice que Metrodoro Scepsio logró más reputación de filósofo que de poeta.

XV

V. 3. *Sexto*. — El testimonio de gratitud que tributa Ovidio en esta epístola a Sexto Pompeyo, por los innumerables beneficios a todas horas recibidos, acredita que sabía corresponder a las obligaciones de la amistad, que con tanta frecuencia se suelen relegar al olvido; y hasta la insistencia, rayana en la obstinación, con que vuelve a rogarle que interceda por su salud, procurándole destierro más soportable, para no acabar sus días en la tierra aborrecida de Tomos, si enoja por lo repetida, halla indulgencia entre los espíritus benévolos, que saben cómo el infortunio trastorna el juicio más sereno, rechazando siempre la idea de cerrar la puerta a la esperanza de un alivio próximo.

XVI

V. 5. *Marsus... Rabirius*. — Domicio Marso, poeta eximio de los días de Augusto, a quien el elocuente orador Rabirio Fabio coloca entre los cultivadores de la epopeya.

V. 6. *Macer*. — Pedo Emilio Macer compuso un poema sobre la guerra de Troya, y Pedo Albinovano es llamado *sidereus* por haber escrito otro sobre Astronomía.

V. 7. Caro, a quien escribió la epístola XIII de este último libro, dióse a conocer por su narración poética de las hazañas y trabajos de Hércules.

V. 9. *Severus*. — Cornelio Severo sobresalió en la tragedia, designada aquí por la perífrasis de *carmen regale*, pues constituyen casi siempre sus argumentos las pasiones y los crímenes de los reyes.

V. 10. *Priscus uterque Numa*. — Los dos Priscos y el ingenioso Numa nos son del todo desconocidos.

V. 11. *Montane*. — Julio Montano, amigo de Tiberio.

V. 13. *Et qui Penelopae.* — Sabino escribió la respuesta de Ulises a la heroida que Ovidio le dirigió bajo el nombre de Penélope.

V. 17. *Largus.* — Poeta de secunda vena que cantó la expedición de Antenor a la alta Italia.

V. 19 y 20. *Camerinus... Tuscus.* — Ninguna noticia tenemos del primero ni del segundo, que, en opinión de Heinsio, es el poeta Fusco.

V. 21. *Maris vates.* — Ignoramos a quién alude en esta elegante circunlocución.

V. 23. *Quique acies.* — No se ha conseguido averiguar el nombre de este cantor de las Guerras Púnicas, y de Mario tampoco se han salvado las obras en que acreditó su vasta capacidad.

V. 25 y 26. *Trinacrius... Lupus.* — No queda la menor reliquia de estos autores.

V. 28. *Rufe.* — Acaso Pomponio Rufo.

V. 29 y 30. *Turrani... Melisse.* — El primero desconocido y el segundo autor de comedias togadas.

V. 31. *Varus Crachusque.* — Quintilio Varo de Cremona fué amigo de Virgilio y Horacio, el cual le tributó altísimos elogios por sus tragedias, y Graco, contemporáneo suyo, no le cede en su *Tiestes*.

V. 32. *Proculus.* — La única noticia que tenemos de Próculo es la mención de Fabio que le alaba como elegíaco.

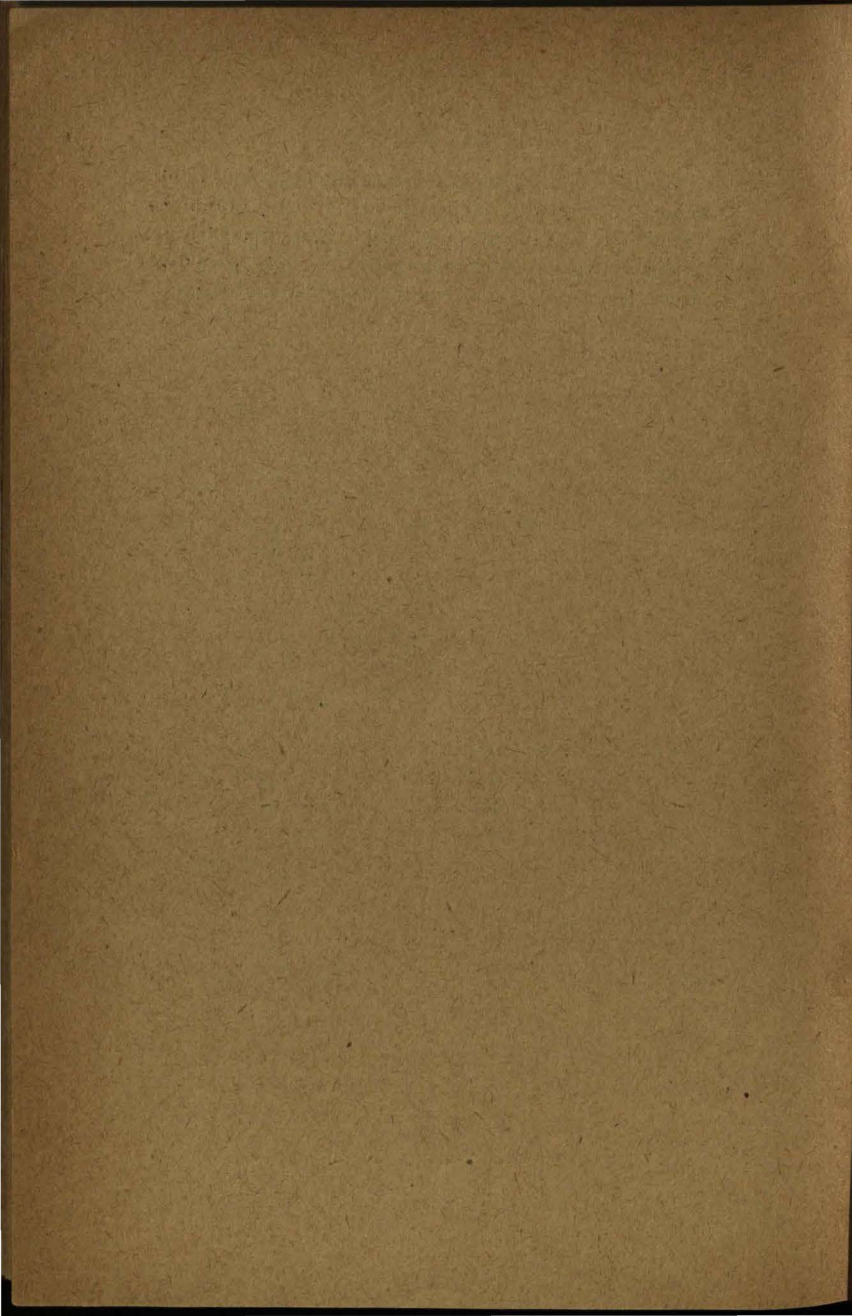
V. 33. *Tityrus.* — Títiro, pastor de la primera égloga virgílica, es el mismo Virgilio convertido en guardián de rebaños al dar las gracias a Augusto por haberle restituido las heredades paternas.

V. 34. *Gratius.* — Autor de un poema sobre la caza.

V. 35. *Fontanus.* — Sujeto desconocido.

V. 36. *Capella.* — Escribió dísticos elegíacos que no han llegado hasta nosotros.

V. 41. *Cotta*.—Máximo Cota, a su esclarecida nobleza añadía el timbre de amigo de las Musas y orador elocuente, que no olvidaba, en el esplendor de sus triunfos, enviar sus discursos al desterrado del Ponto, para divertir sus tristezas y conocer el juicio que le merecían.



NOTAS A «LA CONSOLACIÓN DE LIVIA»

Verso 3. *Drusum*.—Druso, hermano del emperador Tiberio, y, como éste, hijo de Tiberio Nerón y de Livia, peleó con éxito en la guerra sostenida contra los Galos, Grisonos y Germanos, y se cubrió de tanta gloria en su expedición al Rhin, que su ejército le dió el título de *imperator*, y se le decretaron los honores triunfales; pero cuando se disponía a nuevas empresas murió inesperadamente de una caída de caballo, a la edad de treinta años.

V. 23. *Gradivunque*. — Marte Gradivo, esto es, que discurre por las filas de los combatientes incitándolos a la pelea.

V. 67. *Agrippam... Marcelle*. — M. Claudio Marcelo, hijo de Cayo y Octavia, fué adoptado por Augusto, quien le casó con su hija Julia, y hasta pensó en instituirle sucesor; pero su temprana muerte, que llenó de consternación a la familia imperial, hizo imposible la realización de tal pensamiento. A este príncipe se refieren las palabras de Virgilio en el libro sexto de *La Eneida* cuando dice: *Tu Marcellus eris*. Marco Vipsanio Agripa, condiscípulo de Augusto y uno de sus leales amigos, como lo acreditó en las guerras civiles que dieron el golpe de gracia a la república expirante, ganó con sus dotes militares la victoria de Acció, y Augusto le recompensó dándole, a la muerte de Marcelo, en matrimonio a su hija

Julia, de la que hubo cinco hijos: dos hembras y tres varones.

V. 106. *Daulias ales*. — Procne, la infeliz esposa del inhumano Tereo, que transformada en golondrina llora en las selvas, con tardío arrepentimiento, los efectos de su atroz venganza, que le arrastró a servir los miembros del fruto de sus entrañas en un banquete a su mismo padre, en castigo del incesto cometido con Filomela.

V. 110. *Oenidem*. — También se metamorfosearon en árboles los compañeros de Diomedes, el campeón impetuoso, que tuvo el arrojo de revolverse contra los mismos dioses favorables a la causa de Troya.

V. 141. *Fasces... eversos*. — En las marchas triunfales alzábanse las fasces ceñidas de laurel; en las pompas fúnebres, y como señal de luto, se abatían hacia el suelo lo mismo que las armas, costumbre perpetuada a través de los siglos.

V. 175. *Rhaetorum*. — Antigua provincia romana conquistada por Tiberio y Druso Nerón, que corresponde a los pueblos Grisonos y la mayor parte del Tirol; hallábase situada entre la Helvecia, el Nórico y la Galia Cisalpina.

V. 239. *Cloto*. — La primera de las Parcas, que hilaba el estambre del humano destino.

V. 245. *Caesar... uterque*. — Julio César y Octavio Augusto, a quienes Venus prometió la inmortalidad, que ya gozaba Rómulo, reverenciado como un dios por la fundación de la Ciudad Eterna.

V. 311. *Sicambros*. — Pueblos establecidos sobre el Rhin y sometidos por Tiberio.

V. 312. *Suevos*. — Los Suevos comprendían buen número de tribus germánicas inclinadas a la emigración. Andando los tiempos invadieron España y se establecieron por fin en Galicia.

V. 321. *Evadne*. — La esposa de Capaneo se arrojó a las llamas que devoraban el cuerpo de su marido, blanco del enojo de Júpiter por su arrogante impiedad.

V. 362. *Casuram*. — Alude a los versos de Lucrecio en que vaticina el aniquilamiento de tierras, cielos y mares.

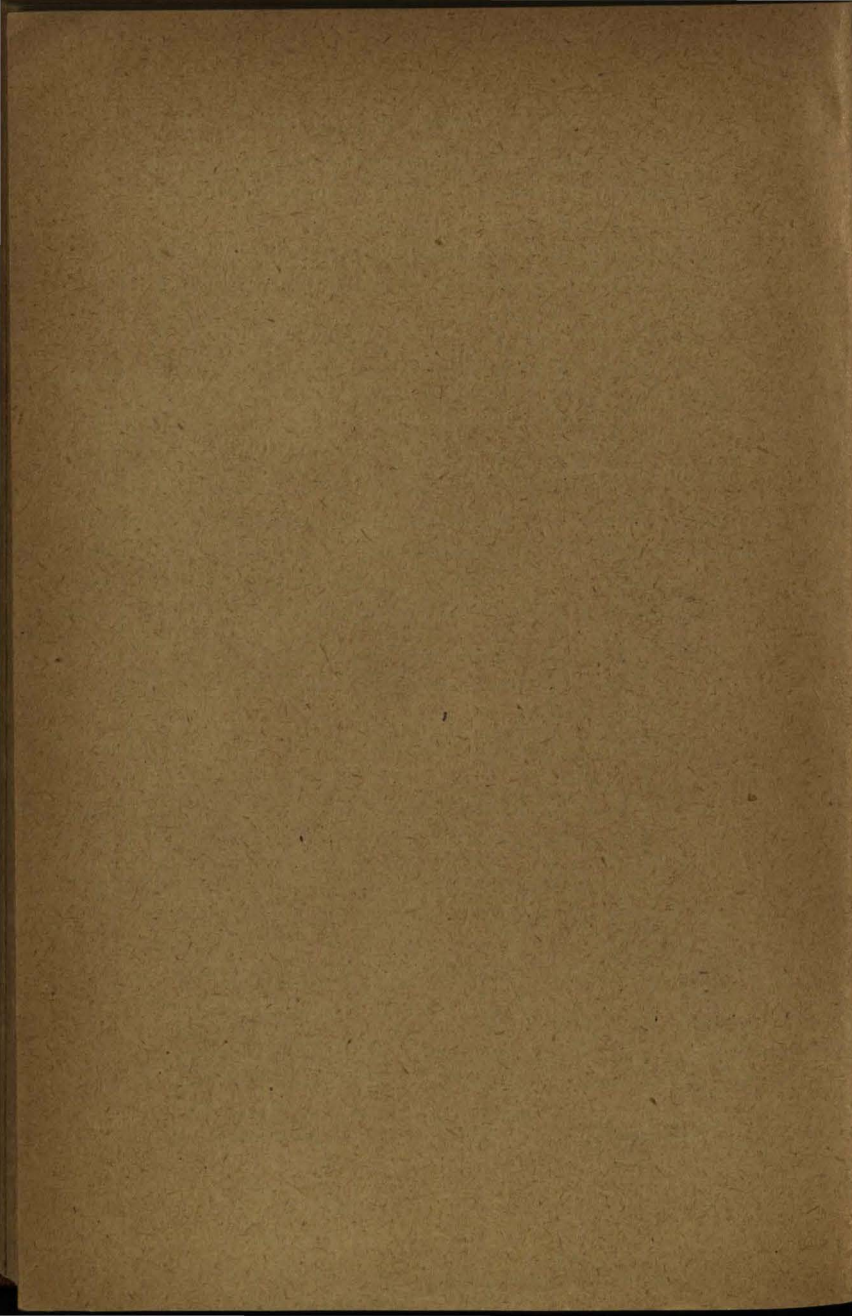
V. 496. *Itargus*. — Acaso el Veses que menciona Floro con motivo de la expedición de Druso.

V. 498. *Apulus*. — Pueblo de Dacia, declarado provincia romana bajo el nombre de Julia Alba.

V. 500. *Pannonii*. — La Panonia, vasto territorio comprendido entre el Danubio y el Save.

FIN





ÍNDICE

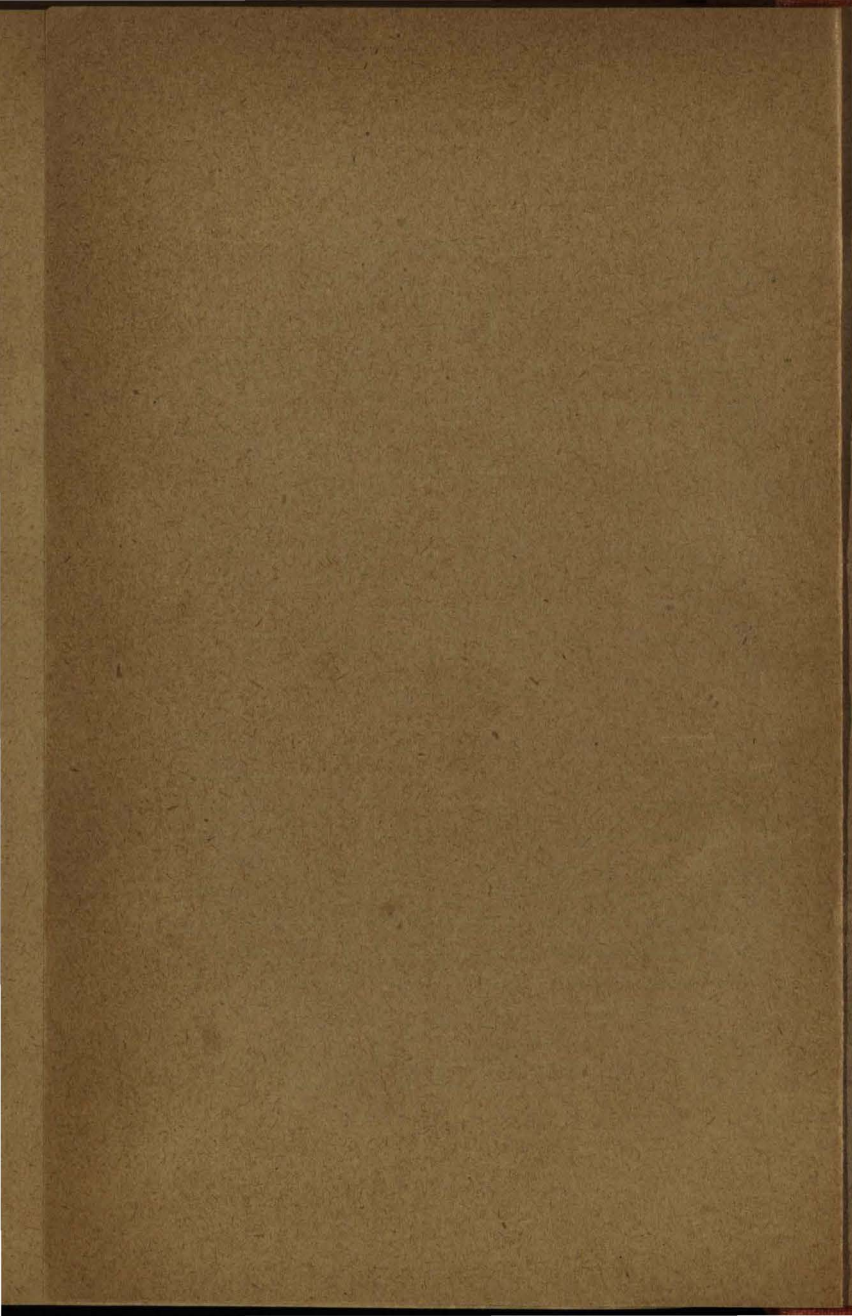
	<u>Páginas.</u>
Ovidio en el destierro.....	5

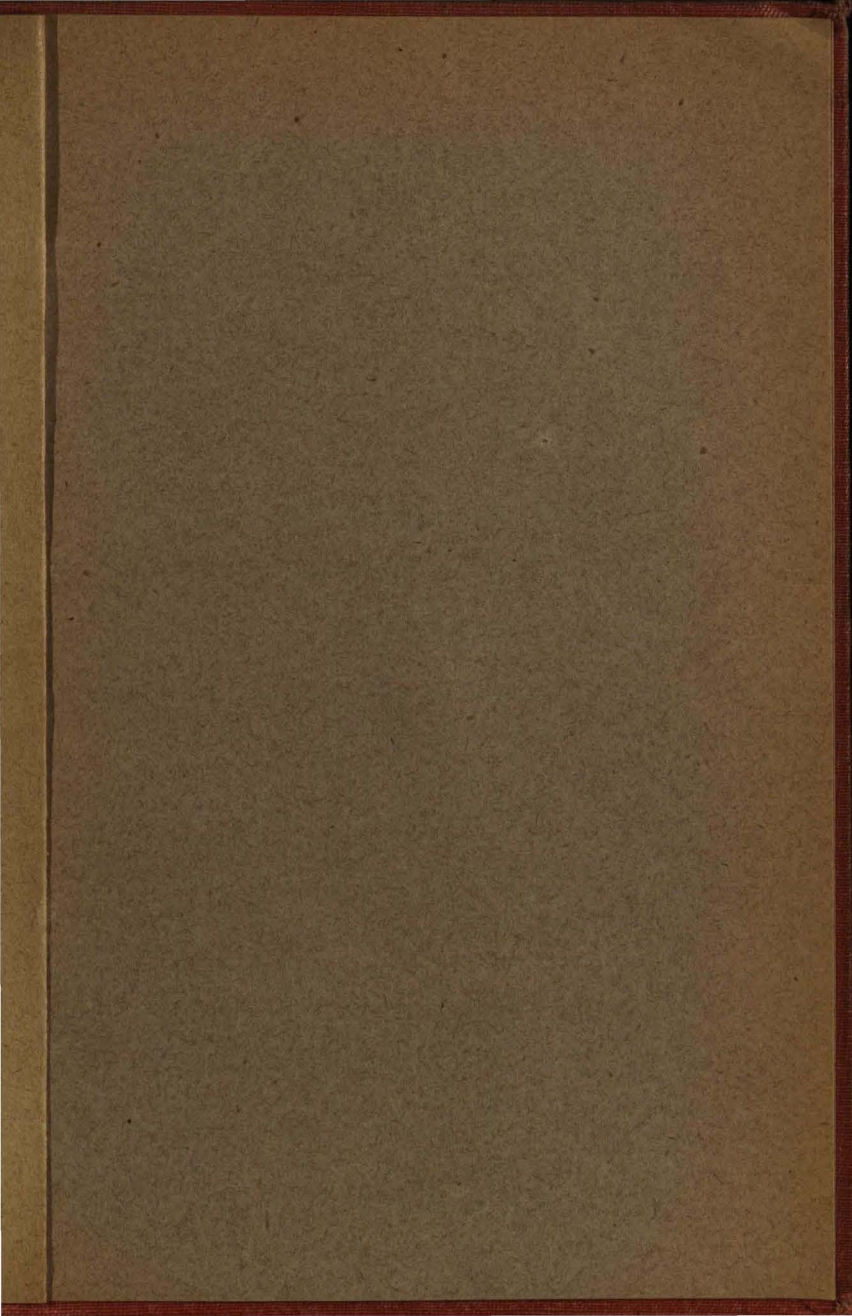
LAS TRISTES

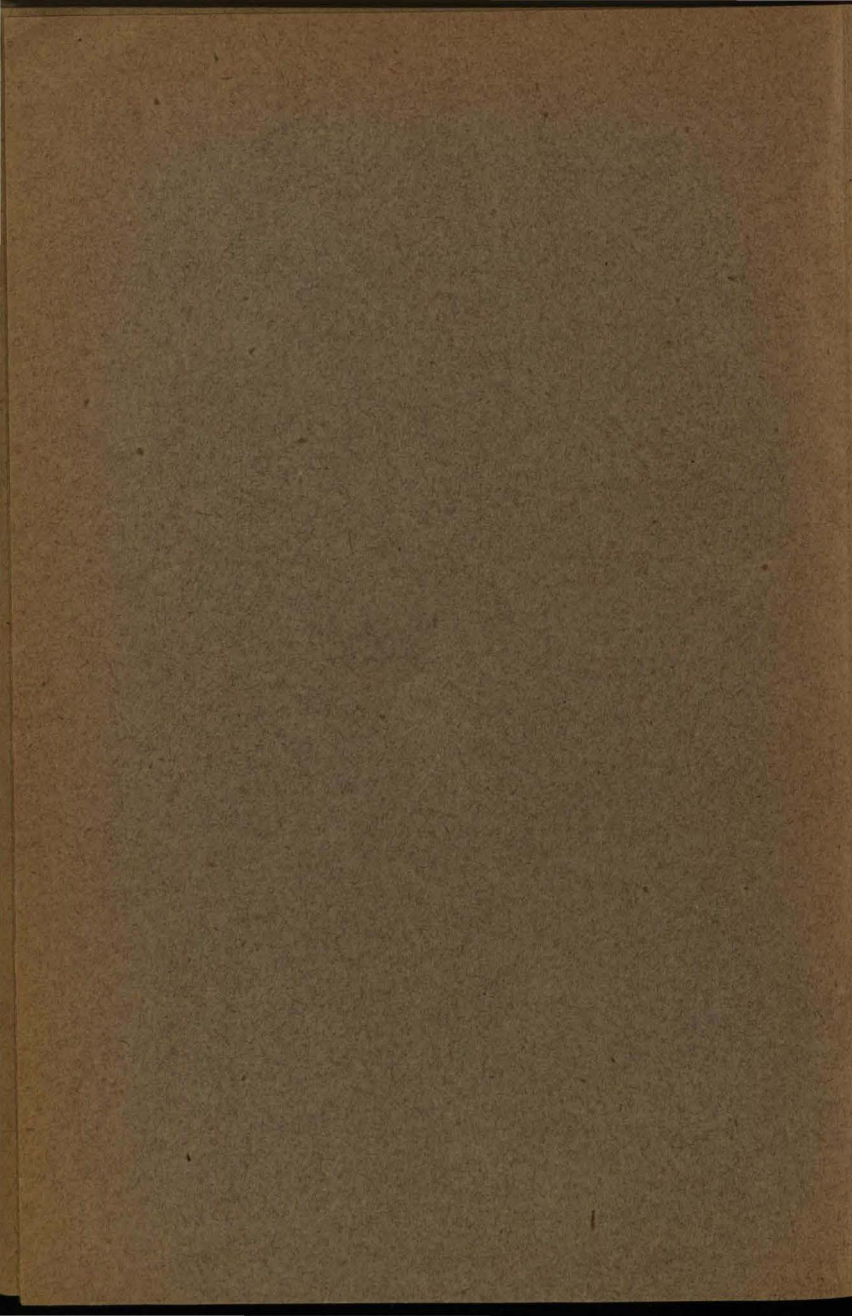
Libro primero.....	55
— segundo.....	83
— tercero.....	104
— cuarto.....	133
— quinto.....	158

LAS PÓNTICAS

Libro primero.....	187
— segundo.....	217
— tercero.....	246
— cuarto.....	274
LA CONSOLACIÓN A LIVIA.....	309
Notas a <i>Las Tristes</i>	327
Notas a <i>Las Pónticas</i>	373
Notas a <i>La consolación a Livia</i>	399







Universidad de Murcia

S-XIX 837

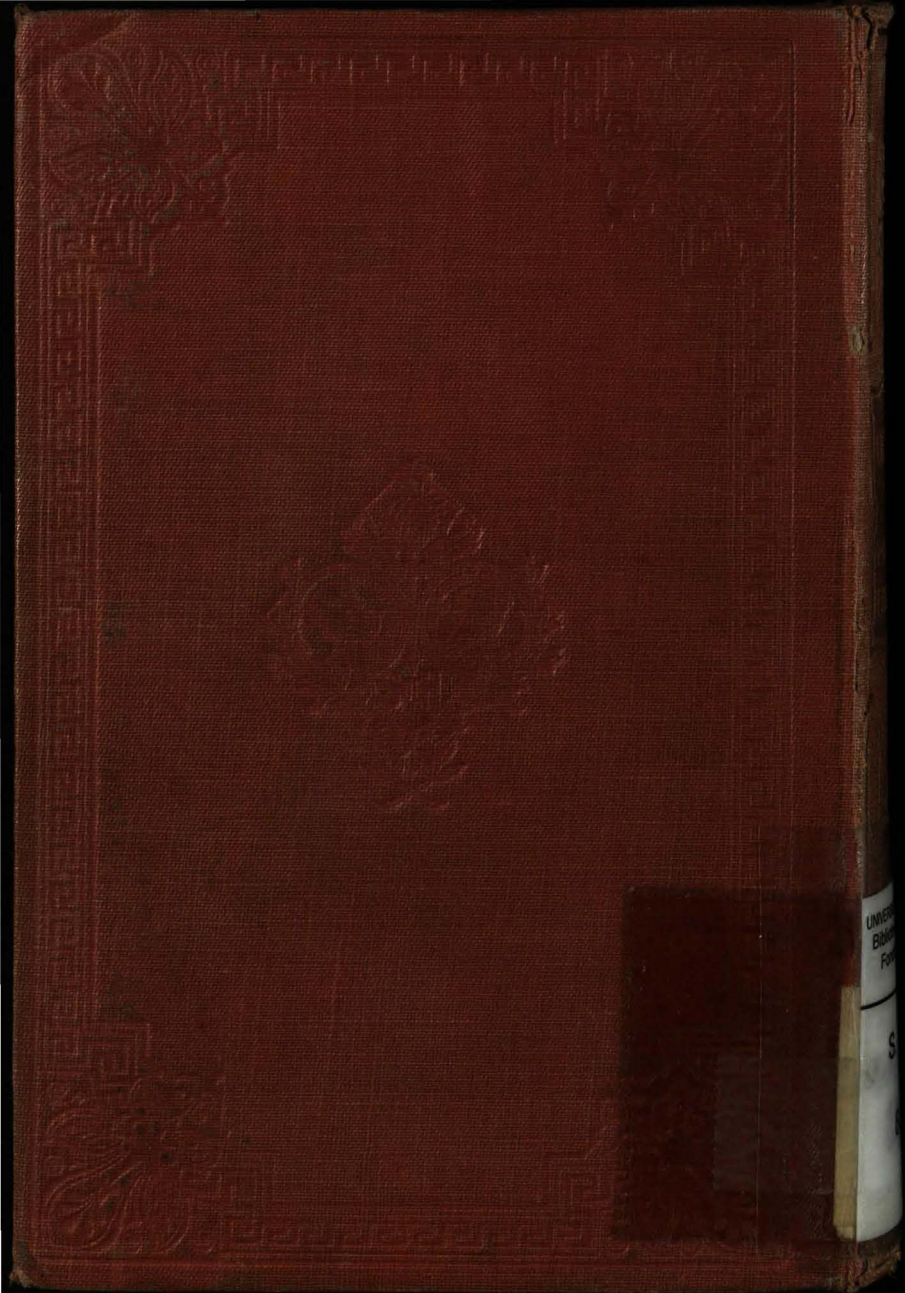
277956

UNIVERSIDAD DE MURCIA



1507659

277956



UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

S